

VOCES Y LETRAS DE MUJERES HONDUREÑAS

COMPENDIO LITERARIO 1892-1948



TOMO III

**COLECCIÓN LETRAS
NACIONALES**

Voces y letras de mujeres hondureñas

Compendio literario 1892-1948

Tomo III



Voces y letras de mujeres hondureñas
Compendio literario 1892-1948
Tomo III

Editorial Sedesol
Primera edición: marzo, 2025
Tegucigalpa
Páginas: 324
ISBN: 978-99979-06-3

Equipo editorial

Director

Pedro Quiel

Edición

Heidy Mondragón

Corrección de estilo

Andrea Navarro
Melvin Figueroa

Recopilación documental

David Milla
Gabriel Sú
Stephanie Núñez
Tin Ching Lau

Diagramación

Rosa Julissa Espinoza

Diseñador de la portada

Dennis Carranza

Todos los derechos reservados

El siguiente libro ha sido impreso con fondos del Estado de Honduras y no es vendible.

Por favor después de leerlo compártalo con otras lectoras y lectores.

©Editorial Sedesol

Centro Cívico Gubernamental José Cecilio del Valle, torre II, segundo piso,
código postal 11101, Tegucigalpa, Honduras.
Teléfono: 2242-7981
www.sedesol.gob.hn

Voces y letras de mujeres hondureñas

Compendio literario 1892-1948

Tomo III



Gobierno Bicentenario de la Refundación de Honduras

Iris Xiomara Castro Sarmiento
**Presidenta Constitucional de la República de
Honduras**

Mirtha Claudina Gutiérrez
**Secretaria de Estado en el Despacho de Desarrollo
Social**

La Editorial Sedesol es un proyecto solidario para la
impresión de libros a bajo costo que puedan llegar a todos
los rincones del país.

Su visión es fomentar la inversión pública en difusión del
pensamiento con el menor costo operativo posible.

¡Por un país donde todos y todas leamos más!

Índice

Prólogo.....	15
---------------------	-----------

Marta Raudales de Alvarado

Papel de la mujer en la formación del ciudadano.....	27
Organización de la Sociedad “Pro-Cultura Escuela Comercial Privada”.....	30
Estampas del 44.....	32
El pasado, presente y futuro de Comayagüela.....	50
La mujer en la universidad.....	63

Melida Fiallos

¡Exámenes! ¿O qué?.....	77
La facción de Olancho.....	78
¿Dónde están los nacimientos?.....	80
Lisandro el muchacho víctima.....	81

Mercedes Laínes

Mañana	87
Quince años.....	87
De noche.....	89
El tiesto mustio.....	90
Natural	91
Nocturno	91
Flores y golondrinas.....	92
La última violeta.....	94
Pasajes de los ríos.....	95
Último sueño romántico.....	96

Mercedes Soto

Morazán, jefe de Estado de Honduras y presidente de la Federación...	101
Idea de la soberanía nacional: manera de proceder para su conservación y defensa.....	103

Ofelia Mendoza de Barret

Problemas de relaciones internacionales que los maestros deberían saber.....	107
La Comisión Interamericana de la Mujer y su labor internacional.....	110

Olga

Carta de una inteligente mujer hondureña.....	117
---	-----

Olimpia Varela y Varela

Por los fueros femeninos.....	121
La obra educativa ante el futuro de América.....	123

Visión de la hora centenaria.....	125
El Panamericanismo en Chile y su influencia en Honduras.....	126
Leyendas y tradiciones de la Ciudad de Yoro.....	128
Sobre el banco de los hondureños.....	145
El día panamericano, significación prometedora para la mujer.....	147
Por los fueros femeninos y por el crédito nacional.....	149
Sensacional evento científico en Honduras, el Congreso Arqueológico de los países del Caribe.....	151
Credo morazánico.....	154
La Escuela Normal Rural de Honduras, obra de cooperación interamericana.....	156
En defensa de nuestros ideales.....	158
Sobre el problema de Palestina.....	163
Por la Confraternidad Americana <i>Pan-América</i> rinde homenaje a la República Argentina.....	165
V Aniversario de la <i>Revista Pan-América</i> el 14 de abril de 1949, Día delasAméricas.....	167
Panorama literario sobre la intelectualidad femenina del Continente Americano.....	169
Campaña Pro-Amistad Mundial.....	171

Paca Navas de Miralda

La Sofía.....	177
Almas afines.....	178
El silencio y la soledad.....	179
Feminismo equivocado.....	180
Consideraciones del momento.....	182
América y sus futuros destinos.....	183
Carta abierta dirigida a las damas que integran en Tegucigalpa, la mesa redonda panamericana, sección de Honduras.....	184
Albores de paz en el Nuevo Mundo.....	187
El recién pasado triunfo literario de Gabriela Mistral.....	188
El grupo femenino <i>Ideas</i> nos recibe cordialmente.....	189
Congreso pacifista que tendrá lugar próximamente en Guatemala.....	191
La mujer mexicana ocupa ya un sitio de alta responsabilidad.....	193
Conceptuosa carta de la estimable escritora doña Paca Navas de Miralda.....	194
La actitud de la mujer pensante en los momentos actuales.....	195
Doce años de labor cultural cumple <i>La Voz de Atlántida</i>	197
Las campañas feministas de los días actuales.....	199

Rafaela Turcios “Leonor”

Tildita y Cándida.....	205
Una flor cariñosa.....	206
Lucila Gamero Moncada.....	207
¡Bienvenida!.....	208
A una violeta.....	209
El invierno.....	210

Hermana.....	211
¡Pobre corazón!.....	212
A Lucila.....	215
Fragmento.....	217
Recuerdo.....	218
Una santa.....	219
Azul pálido.....	221
En familia.....	224
Fígaro.....	225
Página íntima.....	227
A ella.....	228
Rosa Amalia.....	230
Como todos.....	231
Mi abuela paterna.....	232

Rosinda T. Sánchez S.

Tópicos sobre la nueva educación.....	237
---------------------------------------	-----

Sara Barquero

Aforismos pedagógicos.....	241
----------------------------	-----

Sara Molina

Su venganza, silueta de una dama antigua.....	245
---	-----

Sergia Durón de Zúñiga

El maestro, abnegado luchador por la cultura de los pueblos.....	257
Morazán, símbolo de libertad, unión y justicia.....	259
Carretera de oriente.....	260

Siona

Gratos recuerdos.....	263
-----------------------	-----

Teresa V. Fortín

Un recuerdo justiciero.....	267
-----------------------------	-----

Victoria “Toyita” Bertrand “Alma Fiori”

Recuerdo lejano.....	271
Del diario íntimo de Alma Fiori Parte I.....	273
Del diario íntimo de Alma Fiori Parte II.....	276

Victoria Rodríguez

Paz, es el grito universal en los pueblos del mundo.....	281
--	-----

Visitiación Padilla

De mis cartas.....	285
Tierras, mares y cielos.....	286
El porvenir de la escuela hondureña.....	287
A las mujeres de Centroamérica.....	288

La vocación de maestro.....	291
Literatura y política.....	293
Unionismo práctico.....	295
La mujer y la política.....	297
Homenaje de una poetisa hondureña.....	298
El apostolado de la educación.....	299
Día de la Madre.....	301
Por la libertad de los reos políticos.....	301
Por la libertad de elecciones.....	303
Choncita Padilla en la convención liberal.....	305
El pueblo hondureño.....	310
La mujer hondureña pide igualdad de derechos civiles, políticos y sociales que los otorgados al varón como ciudadano de la república.....	312

Prólogo

Las mujeres escriben porque son conscientes del poder que tienen sobre su realidad al hacerlo, por ello, no hay mejor forma de conocer la historia de las mujeres hondureñas que a través de sus propias voces y letras. Con esta idea en mente, la Editorial Sedesol, adscrita a la Secretaría de Desarrollo Social, decide construir el compendio literario *Voces y letras de mujeres hondureñas*.

Tal proyecto se enmarca en una lucha incesante por el rescate y la divulgación de la memoria histórica relacionada a las mujeres. Esta publicación forma parte de las múltiples iniciativas que, desde sectores estatales y de la sociedad civil, se emprenden con el objetivo de visibilizar fragmentos del pensamiento formulado por grupos de la población que han sido relegados en los relatos históricos tradicionales.

Este compendio está conformado por escritos seleccionados por un equipo de investigadores pertenecientes a la Sedesol, quienes, a lo largo de varios meses, recopilaron publicaciones en algunos de los principales fondos documentales del Distrito Central: Sala Hemerográfica del Archivo Nacional de Honduras, la Hemeroteca Nacional, el Fondo Hemerográfico y el Fondo Rafael Fajardo, ambos en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), y el Fondo histórico Dra. Martha Raudales en el Centro Documental del Centro de Arte y Cultura de la UNAH.

La búsqueda de información relacionada a los escritos de las mujeres hondureñas se delimitó a las producciones que realizaron, mayoritariamente, en revistas nacionales, entre las cuales se encuentran: *Alma Latina*, *Atenea*, *El pensamiento*, *Excelsior*, *Ideas*, *La Juventud Hondureña*, *La Voz de Atlántida*, *Mercurio*, *Pan-América*, *Revista Ariel*, *Tegucigalpa*, *Mujer*, entre otras; que en conjunto suman 46 diferentes publicaciones consultadas. En los tres tomos que conforman el compendio literario *Voces y letras de mujeres hondureñas* podrán disfrutar de 342 escritos de 67 autoras, publicados entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. También es importante explicar que se han incluido seudónimos de autoras cuyas identidades no hemos podido aclarar, nombres que aparecen dentro del libro entre comillas.

Resulta necesario, a manera de aclaración, mencionar que, si bien el proceso de recopilación de fuentes es uno de los ejes primordiales del presente compendio, el mismo no escapa a la realidad de los escasos fondos hemerográficos salvaguardados por los entes que se encargan de custodiar el patrimonio documental en el país; así que, aquellas personas doctas en la materia podrán identificar revistas y escritos faltantes. Por tanto, exhortamos a continuar la

búsqueda y el rescate del pensamiento de las mujeres hondureñas a través de los vacíos dejados en estos tomos, y a quienes cuentan con fondos de tal naturaleza, a seguir resguardándolos en beneficio de la memoria histórica nacional.

La elección de la temporalidad de *Voces y letras* (1892-1948) está marcada por un conjunto de acontecimientos esenciales en la historia global y nacional, como la reforma liberal hondureña (1876-1883), las guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945) y la dictadura de Tiburcio Carías Andino (1933-1949), todos bajo el prisma del papel que jugaban las mujeres en ellos.

La reforma liberal en Honduras, como proyecto político y social, entre las numerosas renovaciones realizadas en favor del progreso, fomentó el aparato educativo de la nación. De tal forma, la amplitud de la oferta en educación, no solamente en cantidad de centros educativos, sino también en la población que podía tener acceso a los mismos, modificó el papel que tendrían las mujeres en el espacio público.

La incorporación de las mujeres en las escuelas primarias¹ y, principalmente, en las Escuelas Normales,² significó para muchas la oportunidad de tener acceso a una educación pública, que amplió sus posibilidades más allá de la esfera de lo privado, de los hogares y de lo estereotípicamente femenino.

Si bien, el paradigma del rol que debían cumplir las mujeres no se alteró significativamente —ya que, como puede apreciarse en discursos vinculados a la educación de las mujeres en la época,³ la relación que estas tenían con la maternidad las hacía idóneas para educar, apelando a las supuestas características que por naturaleza estas poseían— sí supuso una brecha en la vida pública, que las mujeres se encargaron de ampliar cada vez más con el pasar de las décadas. Como bien afirma Marvin Barahona, “Por medio de la educación las mujeres participaban activamente

1. “... en 1877 se abrieron y restablecieron 274 escuelas primarias para niños con 9 123 alumnos y 21 escuelas para niñas con 812 alumnas” en Marvin Barahona, “Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña”, *Arte y Cultura*, vol. IV, n. 4, (2016): 64.

2. La primera Escuela Normal pública para mujeres se creó en 1905, pero a estas le antecedieron escuelas privadas de señoritas, como la Escuela Superior para mujeres (1895) en Rina Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, 1.a ed., (Tegucigalpa: Guaymuras, 2001), 107-108.

3. Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, 107-108.

en la construcción de la nación hondureña, sin que el Estado les reconociera sus derechos fundamentales como ciudadanas”.⁴

Como es de suponer, esta coyuntura se ve reflejada en los textos relacionados a la educación que hemos recopilado en este libro. Visitación Padilla, Guillermina Mendoza, María Luisa Herradora, Lucía C. Marín, Isabel García M., Margarita Vidal, Sergia Durón de Zúñiga y María Trinidad del Cid, expresaron su admiración, inquietud y entusiasmo por el sector educativo nacional. “Renace la escuela popular rodeada del prestigio de una generación de maestros que comienza a sentir el orgullo de su apostolado. No cosechamos todavía los frutos de su labor; todavía contemplan el miraje del futuro...”,⁵ reflexionaba Visitación Padilla sobre el renacimiento y la juventud de un gremio que apenas podía dimensionar la importancia de su labor.

Las mujeres, a través de sus críticas y consideraciones, documentaron las progresivas transformaciones dadas en la educación nacional. Guillermina Mendoza ilustra, por ejemplo, los cambios a futuro, diciendo: “La escuela nueva es una escuela viva, abierta, donde el niño pueda lanzarse en todas direcciones, teniendo como factor principal la libertad...”.⁶

Textos como “El magisterio nacional: sus deberes y su papel responsable frente a la evolución de Honduras”⁷ de Adriana Ortega de López, “La nueva orientación en las escuelas hondureñas”⁸ de Margarita Vidal, “La educación de la mujer y su instrucción”⁹ de María Guadalupe Reyes y “Problemas de relaciones internacionales que los maestros deberían saber”¹⁰ de Ofelia Mendoza de Barret, demuestran el compromiso de las mujeres con su labor como educadoras, y su necesidad de sobrepasar la esfera de la enseñanza más allá de las aulas. Y es que, “... la educación serviría como medio para que ellas traspasaran las fronteras de la sociedad y se incorporaran también al orden de la cultura, del que se encontraban excluidas”,¹¹ remarca Barahona.

4. Barahona, “Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña”, 59.

5. Visitación Padilla, “El porvenir de la escuela hondureña”, *El mentor hondureño*, tomo II, n. 9, (1915): 144-117.

6. Guillermina Mendoza M., “Enseñanza y aprendizaje”, *Sinergia*, n. 1, (1947): 19-20.

7. Adriana Ortega López, “El Magisterio Nacional y sus deberes, sus derechos y su papel responsable frente a la evolución de Honduras”, *Senderos*, n. 1, (1949): 9.

8. Margarita Vidal, “Nueva orientación de las escuelas hondureñas”, *Par-América*, vol. II, n. 30, (1946): 14.

9. María Guadalupe Reyes, “La educación de la mujer y su instrucción”, *El Mentor Hondureño*, tomo I, n. 3, (noviembre, 1913): 42-44.

10. Ofelia Mendoza de Barret, “Problemas de relaciones internacionales que los maestros deberían saber”, *Asociación Nacional de Cronistas*, vol. I, n. 3, (1938): 4-24.

11. Barahona, “Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña”, 69.

No solo la educación —pues muchas de las mujeres que se encuentran en este compendio eran egresadas de la Escuela Normal de Señoritas— es un tema recurrente en sus pensamientos escritos, sino también la condición de ser mujeres, y todo lo que ello acarrea.

Clementina Suárez, siempre tan visionaria y adelantada a su época —a propósito de una nueva discusión que dio como desfavorable el derecho al voto para las mujeres— exclamaba en su artículo “Feminismo”, publicado por la revista *Mujer* en 1934:

Es natural, en concepto del hombre hondureño, que la mujer hondureña carece de capacidad (física, mental y moral) hasta para interesarse en los problemas hondureños. Y ante semejante opinión es mejor abstenerse. Nadie ha visto que con solo empujar con un dedo una montaña, caiga la montaña. (...) Los órganos de legislación, en manos de hombres, darán leyes consecuentes con los hombres y abiertamente inconsecuentes con las mujeres. (...) La verdad es que la mujer debe participar de la actividad política. Para despertarse la mente, para ya no sentirse débil (...) la mujer debe ser dueña de sí misma para vivir las realidades sociales.¹²

Desde finales del siglo xix hasta mediados del siglo xx, hubo una serie de debates sobre los derechos políticos de las mujeres hondureñas, suscitando comentarios machistas y retrógrados —incluso para la época— por parte de algunos de los hombres con más poder de decisión en el país, como lo fueron los diputados del Congreso Nacional de Honduras.

Como menciona Rina Villars en su libro *Para la casa más que para el mundo: sufragismo y feminismo en la historia de Honduras*, las reacciones fueron “[de] sorpresa, burla y, sobre todo, rechazo a un planteamiento que blasfemaba el santo reclusorio de la mujer en el hogar y, por tanto, el cimiento de la familia”.¹³ Otros hombres de la época, ante la articulación de las mujeres en movimientos intelectuales, expresaban que “... solo las mujeres «contra-natura», «estériles» y «marimachas» podían abrazar las ideas sufragistas, las cuales eran una amenaza a la «salud moral y física del hogar»”.¹⁴

Como es evidente, las mujeres no pararon su participación en la vida intelectual y política del país, a pesar de las constantes

12. Clementina Suárez, “Feminismo”, *Mujer*, n. 4, (1934): 1.

13. Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, 176.

14. Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, 213.

negativas. Muchas dedicaron sus escritos a reflexionar sobre el rol que debían tomar a nivel social, como Herlinda Rubí de Zelaya, que elaboró varios artículos en la revista *Pan-América* relacionados al papel que debían cumplir las mujeres en la posguerra;¹⁵ Alba Alonzo de Quezada en “Actual situación jurídica de la mujer de Honduras”,¹⁶ en el que realiza un análisis desde el derecho sobre la legislación hondureña que ampara a las mujeres y la necesidad de ciudadanía; y Góhía Isabel López, cuando escribe sobre los partidos políticos, apelando a que las mujeres hondureñas forman parte de la universalidad a la que se refiere la constitución de Honduras sobre ciudadanía, y, por tanto, pueden hacer públicas sus opiniones sobre la política, a pesar de no poder formar parte de ella.¹⁷

La importancia de esta obra recopilatoria también radica en la multiplicidad de puntos de vista expuestos por estas escritoras, ya que en sus páginas se pueden encontrar diversas convergencias y desencuentros en sus posturas. Estos textos recopilan algunas de las conexiones intelectuales en las que coincidían muchas hondureñas, como se explicita en los afectuosos escritos de Lucila Gamero Moncada de Medina a Rafaela Turcios —y las cálidas respuestas que esta última escribía—; en la admiración proclamada de Visitación Padilla a María Luisa Herradora; o la subscripción de ideales sobre el sufragio entre Olimpia Varela y Varela y Graciela Bográn,¹⁸ que no necesariamente coincidían con las posturas de otras mujeres de la época sobre el tema.

Dichas relaciones también son notorias en los escritos vinculados a agrupaciones, como la Asociación de Mujeres Universitarias de Honduras (AMUH), La Liga Antialcohólica de Mujeres Hondureñas, la Sociedad de Cultura Femenina y en las revistas, gestionadas por ellas mismas, que servían de plataforma para un intercambio provechoso de ideas entre mujeres de toda la región. Publicaciones como *Alma Latina*, dirigida por Graciela Bográn; *Pan-América* de Olimpia Varela y Varela; *La Voz de Atlántida* de Paca Navas de Miralda; *Atenea*, bajo la dirección de Cristina Hernández de Gómez; *Mujer* de Clementina Suárez; y *Mujer Americana* con la dirección de María Trinidad del Cid.¹⁹

15. Herlinda de Zelaya, “La mujer y su momento culminante en la posguerra”, *Pan-América*, vol. II, n. 20, (1946): 14-16.

16. Alba Alonzo de Quezada, “Actual situación jurídica de la mujer de Honduras”, *Mujer Americana*, tomo I, n. 1, (1947): 10-13.

17. Góhía Isabel López, “Los partidos políticos y la mujer hondureña”, *Pan-América*, vol. III, n. 32, (1947): 12-14.

18. Olimpia Varela y Varela, “Por los fueros femeninos”, *Alma Latina*, vol. III, n. 33, (1934).

19. Gabriela Eunice Ardón, “La publicación de revistas culturales de mujeres en Honduras (1932-1948)”, *Cuadernos de Historia de Honduras*, vol. I, n. 1, (2021): 2.

Un significativo ejemplo de estos nexos de pensamiento puede verse en las publicaciones relacionadas al escrito “El feminismo”, de Francisco Varela M., dirigido a Olimpia Varela y Varela. En el texto hace referencia a si las mujeres debieran involucrarse en la vida política a través de las luchas representadas por el feminismo, particularmente en lo relacionado al voto. Para reforzar su punto, lanza la siguiente encuesta: “¿Qué preferiría ella ser: una autora famosa de obras literarias, científicas, o progenitora de una generación distinguida por su talento, carácter y virtudes de un orden superior?”.²⁰ Reforzando este pensamiento expresa: “No la expongamos [a la mujer], aún con la mayor buena fe, por el propósito de una ampliación de sus derechos hacia el terreno político, a todas las contingencias, peligros para su vida y su reputación, que por su naturaleza ofrecen siempre las luchas de ese género”.²¹

Ante tales declaraciones, las mujeres comenzaron a responder, a través de las columnas de la revista *Pan-América*, a la encuesta formulada por Varela. Escritos como “Encuesta femenina” y “La mujer y su momento culminante en la posguerra II” de Herlinda de Zelaya, “Contestando a una excitativa feminista” de Margarita Vidal, “En defensa de nuestros ideales” de Olimpia Varela y Varela, “Frente a la vida” de Ángela G. Guillén y “Contestando a una encuesta feminista” de Cristina Hernández de Gómez, atienden y confrontan las ideas de Varela.

En el escrito de Olimpia, esta responde: “Nuestra respuesta inmediata a esta pregunta es la que sigue: la mujer ideal, en nuestro concepto, la que consideramos adecuada para el ambiente moderno, lo que desearíamos ser, es, precisamente, una mujer que, dentro de su acabada civilización y cultura, esté en capacidad de ser a la vez «autora famosa de obras literarias, científicas, y progenitora de una generación distinguida por su talento, carácter y superior, elevada digna y merecedora de la más ferviente admiración»”.²²

Se debe recalcar que, “Las revistas culturales de mujeres que surgieron en los años 40, evitaron verter opiniones sobre la dictadura, a excepción de *Pan-América*, donde Olimpia Varela y Varela divulgó homenajes a Tiburcio Carías Andino”,²³ como remarca Eunice Ardón. Lo anterior no quiere decir que la totalidad

20. Francisco Varela M., “El feminismo”, *Pan-América*, n. 29, (1946): 6-7.

21. Francisco Varela M., “El feminismo”, 6-7.

22. Olimpia Varela y Varela, “En defensa de nuestros ideales”, *Pan-América*, n. 29, (1946): 8-11.

23. Gabriela Eunice Ardón Jiménez, *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948*, (Tegucigalpa: Editorial Sabio Valle de la Secretaría de Educación, 2024), 24.

de las mujeres escritoras no se adhirieran a los movimientos sociales contra el régimen carlista, ya que, “además de su participación en la cultura impresa, las mujeres fueron base importante para las manifestaciones en contra de la dictadura”.²⁴

Tampoco supone que ellas estuvieran a favor de las políticas represivas del régimen, particularmente por las conexiones que un significativo grupo de estas mujeres tenían con intelectuales que debieron irse al exilio, o como las mismas Graciela García o Graciela Bográn, quienes tuvieron que salir del país, entre muchas otras que, por la naturaleza limitada de esta pesquisa, somos incapaces de abarcar.

Dicha participación es bien documentada por la doctora Marta Raudales en sus “Estampillas del 44”,²⁵ en donde señala la intervención activa de las mujeres en las protestas contra la dictadura, y realiza una cronología sobre la masacre del 6 de julio de 1944 y la persecución política sufrida por muchos de los involucrados en los meses posteriores.

Por otro lado, es notorio que una parte muy importante del contenido de estos libros se lo llevan las expresiones literarias de las autoras. Pudiendo encontrar una prolífica cantidad de escritos, tanto de las escritoras más conocidas del país, como Lucila Gamero Moncada de Medina, Argentina Díaz Lozano, Paca Navas de Miralda y Clementina Suárez, hasta de autoras menos conocidas —pero igual de interesantes—, como es el caso de María Guadalupe Reyes, Mercedes Láinez, Rafaela Turcios, Victoria “Toyita” Bertrand (Alma Fiori) y Carlota Membreño.

A través de sus relatos, que sitúan a las y los lectores en algunos de los lugares más conocidos de Honduras, o en lejanas ciudades en otros países, las autoras logran capturar —desde la frescura y el desasosiego de la juventud, hasta la incertidumbre y experiencia de la adultez— su cercana visión del mundo. Creemos que la selección de narrativa en esta recopilación es una importante muestra de la calidad estética de distintas escritoras nacionales. Logrando plasmar bellamente su época, retratando con crudeza el sentir de muchas mujeres en sus relatos; mujeres, que protagonistas comunes en sus obras, también reflejan las convulsas adversidades del tiempo en que les dieron vida sus creadoras, coyuntura ya ligeramente descrita en párrafos anteriores de este prólogo.

24. Ardón Jiménez, *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948*, 25.

25. Marta Raudales Alvarado, “Estampillas del 44”, Fondo histórico Dra. Marta Raudales del CAC-UNAH.

Las y los lectores pueden complementar la información recopilada en estos tomos con otras obras que indagan en diferentes estratos de la vida de muchas de las mujeres que aparecen en este libro. *La palabra iluminada: El discurso poético en Honduras* y *La novela hondureña*, ambos escritos por Helen Umaña, *Visitación Padilla: Escritos* de José González y Alexis Machuca, *Las palabras de Visitación Padilla* de la Editorial Sedesol, *Personalidades, valores femeninos de Honduras (Ensayos bibliográficos) 1970-1975* escrito por Eva Thais, *Argentina Díaz Lozano: Estudio biográfico literario* por Amílcar Echeverría, *Olimpia Varela y Varela: Escritora panamericanista* de Martha Luz Mejía, *Escritoras y sufragistas* por la Editorial Eva Thais, *Lucila Gamero de Medina: Una mujer ante el espejo* con notas de Juan Ramón Martínez, *Honduras: mujer y poesía* de Andaluz Pineda de Gálvez, *El retrato en el espejo: una biografía de Clementina Suárez* de Janet N. Gold, el ya citado estudio *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948* por Eunice Ardón y *Compendio histórico de educación y profesoras hondureñas*, ambos de la Secretaría de Educación, entre muchos otros.

En conclusión, la posibilidad de tener a las mujeres escribiendo sobre sus propias vidas, las coyunturas históricas por las que atravesaban y haciendo críticas sociales desde la cátedra y la narrativa, es también una oportunidad para que, como lectores y lectoras de este compendio, nos adentremos a la complejidad discursiva de las mujeres hondureñas de finales del siglo xix y principios del siglo xx. Por ello, desde la Editorial Sedesol, invitamos a que puedan conocer y disfrutar del compendio literario *Voces y letras de mujeres hondureñas*.

Andrea Navarro
Editorial Sedesol

Bibliografía

- Ardón, Graciela E. *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948*. Tegucigalpa: Editorial Sabio Valle de la Secretaría de Educación, 2024, 24.
- Villars, Rina. *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*. Tegucigalpa: Guaymuras, 2001, 107-108.
- Barahona, Marvin. “Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña”. *Arte y Cultura*. vol. IV, n. 4, (2016): 64.

Marta Raudales de Alvarado



Papel de la mujer en la formación del ciudadano*

Conferencia leída por la Srita. Marta Raudales Alvarado, en el Instituto Normal Martínez Fuentes, con motivo de celebrarse el aniversario de nuestra Independencia Patria

Señores directores,

Señores profesores,

Compañeras y compañeros:

He tenido el alto honor de ser designada por el Sr. director de este establecimiento, P. M. don Carlos E. Martínez, para que en este glorioso día en que celebramos el aniversario de nuestra Independencia Patria, os hable del papel de la mujer en la formación del ciudadano; y os ruego me sepáis dispensar cuantas deficiencias podráis encontrar.

El desprecio y la poca atención que ha sido vista la mujer por parte del hombre, considerándola no como un ser inteligente y racional, sino como una esclava o como un objeto de placer que no le sirve para ayuda en las luchas por la vida, han sido las razones para no darle un completo desarrollo de sus facultades morales, espirituales y físicas dotándola de una buena educación.

La mayor parte de los que han ocupado de la mujer, ha sido para ponderar su belleza física o para admirar sus cualidades de mujer moderna, tributándoles honores inmerecidos; muy pocos son los que se ocupan de la mujer para ponderar sus virtudes y escasos los que ponderan en la mujer sus cualidades de madre abnegada, siendo entonces cuando en la mujer realza toda su belleza y se constituye en una verdadera reina del hogar.

La labor que desarrolla la mujer en el hogar es poco apreciada porque para ello no ha recibido un nombramiento ni se le ha especificado su remuneración, a pesar de que el trabajo de la mujer no se refiere a lo físico y material, sino que lo moral, lo intelectual y lo espiritual.

Por consiguiente, esa labor de tan fácil como parece, puesto que de ella depende que los hijos del país sean buenos ciudadanos; pero para esto hay que dotar a la mujer de una completa educación, puesto que su misión como madre es hacer de cada hijo que nace

* Marta Raudales de Alvarado, "Papel de la mujer en la formación del ciudadano", *Revista de la Escuela Normal de Señoritas*, año IV, n. 21-22, (agosto-septiembre, 1938): 24.

un futuro ciudadano y orgullo de la patria que sepa cumplir con sus deberes como hijo, como hermano, como maestro y como amigo, de aquí que de la educación con que haya sido creada la mujer dependerá de los valores morales de un país.

Pero la labor de la mujer no debe principiar hasta que se casa ni cuando es madre, sino que su misión comenzará cuando sea soltera, en que es hermana o amiga y seguirá hasta que es esposa y madre, en que su labor se intensifica, y su acción pasa a la sociedad y a la vida política.

Como hermana cuando por cualquier causa llegue a perder la madre y quede el padre desconsolado y los hermanos en la orfandad será entonces cuando la hermana suple a la madre, abre la puerta de su corazón a sus hermanitos y se convierte en un ángel guardián, que noche y día vela por ellos. En ella descansa la dicha y la felicidad de aquel hogar y descansará más tarde la gloria de la patria cuando aquellos hermanos hayan llegado a ser ciudadanos honrados y serviciales al país. Pero si la ternura y el amor fraternal no existen en la mujer, ¿qué buenos ciudadanos podrá dar a la nación? Ningunos, porque esa hermana no ha sabido cumplir con su misión.

En la sociedad la mujer desempeña un papel de capital importancia, cuando hace la caridad de ponerse al cuidado de los centenares de niños que viven en un hospicio, y que están huérfanos de cariños maternos, la mujer caritativa y de sentimientos generosos y desinteresados se preocupa porque de cada inocente niño nace un ciudadano de sentimientos nobles y que en días no lejanos sea el orgullo de la patria y orgullo de la mujer que lo formó. Bien sabéis todo lo que influye la mujer, en el ánimo del soldado, cuando en un campamento desempeñando un papel de enfermera, da aliento al soldado desanimado que se cree vencido mientras cura sus lesiones físicas, y pueda seguir luchando.

La actividad femenina debe traspasar los muros del hogar, su acción florece en los jardines de su casa y fecunda en los campos de la sociedad, cuando es maestra y en el aula de una escuela tiene bajo su tutela veinticinco o treinta niños, donde quizá la madre no ha influido en su educación por ser muy deficiente la de ella; entonces aquella maestra trabaja con empeño por inculcar en cada inocente corazón los sentimientos nobles y patrióticos a fin de que cada niño de aquellos sea en el mañana la gloria de una patria, cuyo nombre aparezca en las páginas de la historia.

Pareciera, que la mujer no tuviera ninguna influencia en la vida política, antes bien, no solo se concreta a accionar dentro de los límites de la nación, sino que hasta traspasar las fronteras del país. En la política, la mujer ejerce su acción decisiva por medios indirectos, porque siendo ella la engendradora del hombre en sus manos está el porvenir y la prosperidad de la nación.

Según sean las tendencias que tenga la mujer como madre, para infundir en la conciencia de ese hijo los mejores dotes de virtud, así serán las acciones de ese hijo cuando sea hombre y actúe en su carácter de ciudadano. La firmeza en las ideas y la nobleza de los sentimientos que la mujer inculque en su hijo en la misión de que ha sido dotada como educadora, así serán de valerosas las acciones y procedimientos con que ese niño actuará cuando sea ciudadano y tenga bajo su poder el mando de la nación.

Como dije al principio, la labor de la mujer no se aprecia materialmente y porque no recibe sueldo alguno se cree que es nula, sin embargo, es poderosa y de un valor superior a cualquier otro trabajo. En el seno de la amistad y con la mayor armonía la madre, la hermana, la esposa y la amiga, cooperan indirectamente con su educación y su grado de inteligencia. A los adelantos de la nación influyendo en el hombre con sus consejos y buenas maneras en la formación del ciudadano.

Cuando la influencia de la mujer va dirigida por vías sanas y movida por buenos sentimientos, es innegable que los efectos serán laudables, pero cuando ha sido impulsada por malos sentimientos los efectos serán desastrosos porque van guiados por la avaricia y la pasión a las riquezas, haciendo el mayor daño a la patria. Por consiguiente, para que la patria reciba hijos sanos y verdaderos ciudadanos es indispensable dotar a la mujer de una o completa educación, para que la labor privada que ejecuta en el hogar pase a la sociedad.¹

1. Artículo incompleto.

Organización de la Sociedad “Pro-Cultura Escuela Comercial Privada”*

Con motivo de celebrar el día de su natalicio el director del Instituto Normal “Martínez-Fuentes” P. M. don Carlos E. Martínez, se organizó en ese día como un homenaje de agradecimiento la Sociedad “Pro-Cultura Escuela Comercial Privada”.

Reunidos los alumnos de la escuela en el aula “Francisco Morazán”, del mencionado establecimiento el joven Jorge Alberti Guevara alumno del 5.º año de Ciencias y Letras dio a conocer las finalidades que la sociedad persigue, las cuales son las siguientes:

1. Mejorar nuestra cultura en los diferentes sectores en que actuemos.
2. Organizar dentro del establecimiento conferencias, pláticas de moral, civismo, etc.
3. Premiar entre nuestros compañeros aquel que se distinga por sus buenas maneras.
4. Organizar los clubes deportivos de la escuela y finalmente.
5. Procurar que nuestros actos tiendan siempre a acreditar la agrupación a la que pertenecemos dentro y fuera del plantel.

Acto continuo el señor director tomó la palabra agradeciendo el homenaje tributado. El joven Erasmo Morazán habló en nombre del quinto año de Ciencias y Letras.

Queriendo dejar completamente organizada dicha sociedad se procedió a elegir una directiva provisional, la cual quedó integrada por las siguientes señoritas y caballeros:

Presidente: Jorge Alberto Guevara

Vicepresidente: Marta Raudales Alvarado

Secretario: Modesto Rodas Alvarado

Prosecretario: Daisy Molina

Vocal 1: José Arnaldo Kafie

* Marta Raudales de Alvarado, “Organización de la Sociedad Pro-Cultura Escuela Comercial Privada”, *Revista de la Escuela Normal de Señoritas*, año IV, n. 19-20, (junio-julio, 1938): 22.

Vocal 2: Marta Velásquez

Vocal 3: Erasmo Morazán

Tesorero: Raúl Flores Díaz

Fiscal: Carlos Emilio Guillen

Los miembros de la sociedad tomaron posesión de sus respectivos cargos. El Prof. Raúl Flores tomó la palabra diciendo que cada curso nombre sus representantes ante las sesiones siguientes.

Se acordó por unanimidad de votos, nombrar presidentes honorarios de dicha sociedad a los señores directores de la escuela, Profa. Enriqueta F. de Martínez y P. M. Carlos E. Martínez.

Se nombró una comisión encargada de elaborar los estatutos quedando integrada por las siguientes señoritas y caballeros:

Daisy Molina

Marta Raudales Alvarado

Jorge Alberto Guevara

Modesto Rodas Alvarado

José Trinidad Reyes

Justo Abel Gálvez

A las 16 horas se quebró una artística piñata, habiendo ofrecido el acto la señorita Marta Raudales Alvarado alumna del 5.º año de Ciencias y Letras; inmediatamente después se tocó el Himno Nacional, habiendo continuado la fiesta, al compás de las notas de la Marimba Tegucigalpa hasta las 19 horas y media.

Marta Raudales Alvarado

Tegucigalpa, D. C. 15 de julio de 1938

Estampas del 44

Lunes 1 de julio de 1944:

Hoy se fueron para San Salvador: Alejandro Valladares, Gonzalo Rodríguez Soto, Federico Fiallos, Tarquino Rosales, Lucio Rivera e Irías Valeriano.

Hoy hace un mes que cayó la dictadura de [Jorge] Ubico en Guatemala.

Se fueron para San Salvador: los hermanos Guerrero Fontecha, Mario Vidal Chacón, Julio Ulloa, Jorge Smart, Humberto Zepeda Reina y Eduardo Fernández.

Martes 4 de julio de 1944

Independencia de los Estados Unidos

Ese día se había escogido para entregar la carta de peticiones de un grupo de damas, que solicitaban al presidente Carías la libertad de los presos políticos. Al frente de la manifestación de damas estaban las Sras. Juanita de Bonilla, Enma de Larios, Carlota de Valladares, Lolita Reina de Watson, Paulita de Callejas, Adela de Callejas, Luz de Maier, Elena Molina de Ramírez, Choncita Padilla, las hijas de Aristides Cirón Aguilar, la familia Fortín Inestroza, las hijas del Dr. Castillo Vega, Las Córdova García, las Gómez Roveló y otras damas, que se reunieron en casa de la familia Bonilla Callejas, casa situada al lado del Jardín de Italia, en la casa que estuvo la tienda Gardner.

De allí partieron hacia la casa presidencial para entregar la petición al presidente Carías, de poner en libertad lo presos políticos. Después pasaron al Parque Central y allí se les unió la manifestación de los estudiantes universitarios, que llevaban un ramo de flores al embajador de los Estados Unidos, el Sr. Erwin. La embajada de los Estados Unidos se encontraba frente al parque Valle.

Los estudiantes universitarios venían enarbolando las banderas de los países del continente americano. Encabezaba la manifestación Modesto Rodas Alvarado con la bandera de los Estados Unidos y le seguían los líderes estudiantiles: José Eduardo Gaugell, Gonzalo Rodríguez Soto, Luis Callejas Zelaya, los Días Chávez y

* Marta Raudales Alvarado, "Estampas del 44", en Fondo histórico Dra. Martha Raudales en el Centro Documental del Centro de Arte y Cultura de la UNAH.

los Matute Gutiérrez. Modesto Rodas subió a un balcón el Club Internacional y dijo un discurso muy bello, que fue vitoreado por todos. La manifestación siguió hacia el parque Valle para dejar la ofrenda floral al Sr. Erwin. Allí, en el parque Valle, hubo otro fogoso discurso por otro universitario.

La embajada estaba cerrada, pero al fin fue abierta y entregaron la ofrenda floral. La manifestación siguió por las calles de Tegucigalpa hasta llegar a la embajada de El Salvador, en la calle de la Fuente y después a la Embajada de México en la subida a La Leona.

Por la tarde, una comisión de mujeres entregó la carta pública al presidente Carías. La carta fue recibida por un miembro de la Guardia de Honor. La presidencial estaba cerrada, después de entregar la carta y al final de la tarde, la manifestación se acercó al portón de Casa Presidencial; le pedían la renuncia al presidente Carías y cuando se temía que podían derribar el portón de Casa Presidencial, tiraron bombas lacrimógenas a los manifestantes para disolver la manifestación.

La carta pública para el presidente Carías se publica a continuación.

Por la libertad de los presos políticos

Habiendo tantos presos políticos en las cárceles de Tegucigalpa por el único delito de pertenecer al Partido Liberal; antes del 4 de julio de 1944, un grupo de señoras fueron a solicitar la libertad de los reos al presidente Carías. Esas señoras fueron la Profa. Choncita Padilla, Lolita de Watson, doña Adela de Callejas, doña Carlota de Valladares, doña Enma de Larios, doña Paulita de Callejas, doña Luz de Maier, doña Elena Molina de Ramírez (La Nana), las hijas del Dr. Arístides Girón Aguilar, las hijas del Dr. Castillo Vega, la Profa. Anita Gómez Romero, las Fortín Inestroza, la familia Córdova García y la familia Gómez Roveló. Estas Sras. fueron a casa presidencial a solicitar la libertad de los presos políticos de Tegucigalpa, que se encontraban en las ergástulas penitenciarias de la Penitenciaría Central, cuyo jefe era el Sr. Víctor Carías Lindo.

Ese mismo día, 4 de julio de 1944, fue cuando se llevó a cabo la gran manifestación de los estudiantes universitarios, con el pretexto de la celebración de la Independencia de los Estados Unidos. El permiso fue concedido y, por ser el aniversario de uno de los países más demócratas del mundo, los estudiantes consiguieron banderas de todos los países de América, reuniéndose en el Paseo del Obelisco, de donde partió la manifestación, siguiendo por la calle real, pasaron por Casa Presidencial ya al medio día.

Las señoras antes mencionadas eran portadoras de la carta pública de los estudiantes universitarios para el presidente Carías. Esa carta hizo época, por haber sido enviada cuando menos se esperaba.

A continuación, la carta pública que los valientes estudiantes del 44 enviaron al Gral. Carías, a la sazón presidente de Honduras. La carta pública fue redactada por Alejandro Valladares, Oscar Mejía Arellano, Mario Vidal, Roberto Díaz Chávez, Carlos Muñoz y otros más.

Al día siguiente, 5 de julio de 1944, empezó la persecución de los estudiantes universitarios y de los afiliados al Partido Liberal.

Carta pública del Bloque Universitario Independiente al Gobernante de Honduras, ciudadano, general Tiburcio Carías A.

SEÑOR GOBERNANTE:

Los suscritos, estudiantes universitarios, somos ajenos a toda maniobra partidarista. Procedemos desvinculados en absoluto de toda influencia política y de todo sectarismo mezquino.

Los estudiantes universitarios de Honduras, con toda circunspección, pero a la vez con toda firmeza y con la conciencia de cumplir con un deber imperativo de patriotismo, juzgamos imprescindible e inaplazable dirigirle la presente CARTA CÍVICA.

El análisis más llano y breve que se haga del actual orden político que impera en la república, aun al ciudadano más humilde, está diciendo claramente que es, desde todo punto de vista, incompatible con las aspiraciones del pueblo hondureño y con los ideales del enorme grupo de humanidad que hoy lucha y sufre por la más noble de las causas: el restablecimiento de la justicia, de la libertad y, en definitiva, de la democracia.

En consecuencia, tremendo es el momento histórico que vive nuestro pueblo: pero más tremenda aún es la responsabilidad de los hombres que detentan el poder público.

En el horizonte político de Honduras la atmosfera que se respira es de tempestad. Y de las tempestades, puede saberse como principian, pero no donde ni como terminan.

La suerte y el destino han querido que sea usted la persona llamada a conjurar la tormenta de la lucha civil que se avecina: pero también esa suerte y ese destino serán los que le eximan o le imputen TODA LA RESPONSABILIDAD. El verdadero código que responsabiliza a

los hombres públicos es la historia. Y, ante su fallo definitivo, no hay apelación posible. Y la historia ya ha empezado a juzgar. El ejemplo de lo ocurrido en las hermanas repúblicas de El Salvador y Guatemala es harto elocuente

Nosotros, compenetrados con nuestro papel cultural en el desenvolvimiento de la colectividad hondureña, he informados del más sano patriotismo, APELAMOS A USTED EN DEMANDA DE UNA SOLUCIÓN HONORABLE DEL ASUNTO POLÍTICO DE HONDURAS.

En tal sentido, única y exclusivamente está en sus manos, el impedir mayores e incalculables sacrificios al pueblo hondureño. Usted puede y debe hacer cesar el viacrucis del pueblo. Si usted ignora lo que encierra nuestra petición, nosotros se la planteamos en voz alta y serena: DEJE EL PODER.

Deje el poder señor presidente, porque su gobierno es inconstitucional e impopular. Déjelo por el bien de los hondureños, de la democracia, de la civilización y de la justicia.

Si usted, señor presidente, abriga la íntima convicción de presidir un régimen de derecho ante la opinión pública de Honduras; lo EXCITAMOS para que, como abogado que usted es, acuda a nuestro paraninfo a discutir cívicamente con nosotros el principio fundamental y antidemocrático de su continuismo en el poder, y la justicia de lo que le pedimos: EL ABANDONO INMEDIATO DE LA PRIMERA MAGISTRATURA DE LA NACIÓN.

Acuda usted a nuestra Alma Mater, acompañado de los procuradores que desee. Con la ley en los labios y la buena fe que inspira a las causas justas estamos dispuestos a defender los intereses del soberano pueblo de Honduras y a rebatir los argumentos que usted pudiera alegar.

Usted no podrá negarse a comparecer a este JUICIO UNIVERSITARIO a que lo sometemos los estudiantes hondureños. Usted como gobernante, y como profesional del derecho, esta obligado a hacerse oír en nuestro paraninfo.

Usted no puede ignorar, señor presidente, que la democracia y su esencia tienen su piedra angular de este hecho: LA ALTERNABILIDAD EN EL PODER MEDIANTE ELECCIONES LIBRES.

No obstante, el estrangulamiento de toda la prensa que quiso ser independiente, la opinión pública vive y vibra, habla, pide y exige, y toda esta protesta llega ya, con el dolor de la humildad campesina de la Nación o bien sube desde los tabucos penitenciarios hasta las aulas universitarias, pidiendo como programa mínimo:

- I. Depósito del poder público de Honduras.
- II. Que el depositario coloque en breve plazo a elecciones libres.
- III. Inmediata libertad para todos los presos políticos y militares.
- IV. Abrir las fronteras patrias a los desterrados políticos, asegurándoles a su retorno plenas y positivas garantías.
- V. Irrestricta libertad de prensa y absoluto respeto de los derechos ciudadanos.
- VI. Reforma de la Constitución Política de 1936, conforme a los principios más avanzados del sistema democrático.

Señor presidente: concluimos esta carta resumiendo lo expuesto en las clausulas anteriores. Nuestra condición de hondureños patriotas anhela fervientemente que en los difíciles momentos que vivimos, la historia no condene a nadie. Anhelamos, mas bien, que la historia absuelva.

Y es así que los ESTUDIANTES HONDUREÑOS LIBRES, de pasiones y sectarismos, quedamos esperando el REDENTOR DECRETO que restablezca las libertades públicas, los derechos inalienables de hombre, y ante todo, y sobre todo, las elecciones populares que son las tres razones fundamentales por las cuales están batiendo las Naciones Unidas en los campos de batalla.

Democráticamente, sus conciudadanos.

Tegucigalpa, D.C., julio 4 de 1944.

Alejandro Valladares, Roberto Días Chávez, Dionisio Matute G., Modesto Rodas Alvarado, J. E. Medina G., Francisco Sánchez, Antonio José Valladares, Oscar Mejía Arellano, S. Munguía Alonzo, Silverio R. Zúñiga, Mauricio Gómez, Miguel Zacapa h., Abraham Gúnera h., Napoleón Gúnera, M. A. Cubero, A. Zúñiga L., C. Muñoz h., Ernesto Padgett, Raúl Salgado Rubí, C. Alvarado, José M. Matute, J. Benjamín de León Paz, Juan Zelaya, Rodolfo Berlíos, Carlos de León P., Lucio A. Rivera, P. Vidaurre h., F. Lozano España, Humberto Martínez H., Ángel Rápalo M., Ramón Valladares h., Oscar A. Guerrero G., Roberto Bueso Arias, Hugo Danilo Rivera, R. M. Melghen B., César M. Bulnes, Alfonso López Muñoz, Jorge Meyer Soto, A. Rendón, Ricardo Castillo, Alfredo Cáliz A., Roy Emilio Fajardo, A. Zúñiga C., Miguel Maradiaga, Darío Montes h., Juan E. Paredes, Alicia Andino, E. A. Escher, R. Ramírez D., C. A. Martínez, Rodolfo Dubón M., Roberto Martínez, Ruy A. Zelaya,

Serafín Humberto Borjas, Eliseo García Flores, Julio César Aguilar, Martín Pérez, Tulio Barahona M., Ramón Henríquez Fernández, H. O. Gómez, G. Acosta Mejía, Ruperto Reyes, Antonio Membreno M., Andrés Matamoros h., Ramón Salinas, Fernando Ulloa, Finlander Díaz Chávez, Héctor Felipe Medina, Ruperto Castellanos, Luis H. Zelaya, Luis Felipe Díaz Chávez, José M. Medina, M. Batres, Orison García, Marcos A. Castro, Roberto Pineda, Mario Reina Idiáquez, Emigdio Zúñiga, Leónidas I. Valeriano, Julio C. Carrasco, Héctor Santos Pineda, E. Morazán, Ángel Casanova, Marco A. Raudales, Arturo Brevé, Rodolfo Brevé, Alcides Maradiaga, Rafael Oqueli R., José Oberto Ramírez, Jorge A. Padgett, Neftalí Castillo, Miguel A. Erazo, Alejandro Zúñiga L., Luis Callejas Z., Roberto Brevé, Marta Raudales A., Donaldso Moreno B., Amado Sánchez, M. A. Carrasco F., M. A. Ramírez, J. Rodríguez Soto, Miguel A. Guerrero, César Augusto Zúñiga, F. Baltodano, Mario Vidal, F. Fiallos, A. Raudales A., R. Grimaldi, J. Rafael del Cid, M. R. Moncada, Cipriano Barahona, Luis Zamora, L. Vaquero, A. Guzmán, Marco A. Fortín, Alfonso R. Aceituno h., J. Hernández, Braulio Boquín, Oscar A. Rivera, Eduardo Fernández h., Roberto Gutiérrez, R. Valenzuela h., Lisandro Reyes Q., M. Sarmiento h., Olga Marina Reyes, J. Villeda, Julio Ulloa, Armando Andino M., S. Herrera h., A. R. Aguilar C., O. Zavala C., Carlos A. Delgado h., E. Díaz, C. Benjamín Matamoros, E. L. Caballero M., Darío Inestroza, Rene Cervantes, R. Miranda h., J. Luis S. Silva, Jorge A. Villanueva, Olga Duarte, J. Fajardo h., Gustavo Rivas, Miguel A. Zepeda, Rafael N. Coello, M. P. Benavidez, Jorge Issac Reyes, José R. Zepeda, Miguel A. Batres, J. Adán Fonseca A., Daniel Matamoros C., Alejandro Aguilar C., César Rivera H., A. Fortín, Carlos R. Reina, Jorge Smart Y., L. A. Barahona, J. A. González, J. Eliseo Tábor, René Bendaña, R. Tercero M., Ramiro Figueroa, Roberto N. Flores, R. Flores F., Eva Mannhein, Napoleón Bejarano, A. Velázquez, R. Estrada R., R. Morales S. M., A. Gúnera h., Miguel Ángel Zacapa, B. Arestil De Brán, M. E. Sosa h., Fernando Pineda, M. Saravía G., Julio Sosa Izaguirre, Rigoberto Cuéllar, Juan E. Lozano, Miguel Maradiaga R., H. Bertrand A., Carlota Vásquez, Emérita Valeriano, Ernesto Landa, Doroteo Varela, C. Erazo y Erazo.

Universitarios hondureños en El Salvador, que se adhieren: Salomón Osorto Cisneros, Adán Matute Gutiérrez, Carlos A. Maradiaga, Manuel Aguilar Ordóñez, Armando M. Contreras, Tulio Bertrand Anduray, José Emilio Calderón, Miguel Rafael Muñoz, Rafael Oscar Pinel, Héctor Muñoz Ortega, Ricardo Reyes Ruiz, Omar Martínez, Antonio Muñoz Méndez, Salvador Cabeza Rivas, Roberto Ruiz Vides, Carlos A. Hasbún, Baudilio Torres, Arturo Morales Germán, Roberto Centeno y Víctor B. López.

Marta Raudales Alvarado

Manifiesto y decreto de huelga

Antes del 4 de julio de 1944, los dirigentes estudiantiles incondicionales al régimen del Gral. Carías, acuerpados por algunos profesionales, sacaron un manifiesto, que circuló por los pasillos del Hospital San Felipe, para ser firmado por todos los estudiantes que hacían su internado, en un promedio de 28 o 30 estudiantes. Todos firmaron sin hacer reparos de ninguna clase, pues todos eran incondicionales y no podían decir que no, máxime que quien lo solicitaba era el mismo director del Hospital, el Dr. Juan A. Mejía.

Pero hubo tres muchachos que se negaron a firmar, y ellos fueron: José Eduardo Gaugell, Edas Maradiaga y Raul Maradiaga. (no eran parientes). Y ese fue motivo más que suficiente para ser destituidos del internado del hospital, y las vacantes fueron llenadas por los incondicionales al régimen.

Después de ese acontecimiento, vino el decreto de huelga por parte de la Federación de Estudiantes Universitarios, y que publicamos a continuación.

Miércoles 5 de julio de 1944

Para el día 5 de julio de 1944 se había programado otra manifestación, que se reuniría en el parque Central a las 7 de la mañana, la cual estaba siendo organizada por un grupo de señoras, pero, a esas horas el parque Central ya estaba fuertemente custodiado por soldados armados con ametralladoras y empezaba la persecución de estudiantes.

Los estudiantes estaban buscando refugio en las embajadas y en casas particulares de confianza. En la casa de Alejandro Valladares se refugiaron: Oscar Mejía Arellano, los Hermanos Matute Gutiérrez, Mario Vidal, Armando Rivera, Tarquino Rosales, Gonzalo Rodríguez Soto, Lucio Rivera, Mauricio Gómez y Mariano Bertrand Anduray. Cuando llegaron los policías a registrar la casa todos se escondieron en el tabanco de la casa, y no apresaron a ninguno.

En la casa de Toñita Velásquez se refugiaron: Humberto Zepeda Reina, Ángel Rápalo Guzmán, Alberto Guzmán, Luis Baquero, Raúl Grimaldy y Adán Pineda.

Ese mismo día hice una visita al embajador de El Salvador, el Dr. Leonardo Godoy, a quien le llevaba una carta de Luis Vaquero. El Dr. Godoy me entregó una carta para el Dr. Salvador de la Policlínica, a la sazón, director de la misma. En la carta le solicitaba

que recibiera a unos de estos muchachos como enfermos para hospitalizar, y que el Dr. Godoy pasaría a sacarlos de la Policlínica y trasladarlos a la embajada de El Salvador.

Fui a visitar al Dr. Paredes, que había ofrecido su ayuda al movimiento estudiantil. Primero tengo que decirles que el Dr. Paredes tenía fuertemente custodiado el Hospital La Policlínica, había policías en los portones de acceso, y además un policía permanente al lado de su oficina, registrando a los sospechosos. Logré pasar donde el Dr. Paredes, haciéndome pasar como paciente. Sor Rosbinda estaba enterada de todo, y disimulaba bien todo lo que hacía para ayudar al movimiento estudiantil.

El Dr. Paredes llamó a sor Rosbinda, e inmediatamente le ordenó que se arreglara el cuarto n.º 10, para recibir a los muchachos que llegarían de un momento a otro.

Ese mismo día, a las 2 de la tarde, Humberto Zepeda Reina, Raúl Grimaldy, Ángel Rápalo y Luis Baquero fueron hospitalizados por dos días. Las hermanas de la Policlínica estaban al corriente de lo que hacía el Dr. Paredes, y colaboraban con él: sor Rosbinda, sor Barbarina, sor Electa y sor Berta, guardando el más estricto silencio.

Como a todo paciente, se les tomaba la temperatura, la presión arterial, se les hacía exámenes de laboratorio y se les suministraba sus alimentos; El Dr. Paredes pasaba visita dos veces al día, como a cualquier paciente, hacía las preguntas de rigor y se retiraba de la manera más natural. Ese mismo día, 5 de julio, el Dr. Godoy hizo todo lo posible por evacuar a los muchachos de la Policlínica, pero no lo pudo hacer ese mismo día porque el hospital estaba fuertemente custodiado.

El mismo 5 de julio del 44, a las 4:30 de la tarde, mi hermano Asdrúbal Raudales fue apresado en nuestra propia casa, y fue llevado a las bartolinas de la Policía Nacional, donde estuvo prisionero en compañía de Marco Tulio Bonilla, Roberto Arestil de Bran, Marco Astul Raudales, Enrique Medina y otros más, que les costaba identificarse porque el sótano era muy oscuro. El 6 de julio de 1944 empiezan a retractarse algunos estudiantes. Aquellos que estaban arrepentidos de haber firmado la carta pública para el presidente Carías. Ellos fueron Armando Andino, Alberto Guzmán, Ruperto Berlioz, Adán Zúniga Canales, René Bentaña, René Cervantes, Emilio Fajardo y otros más.

Este día, 6 de julio a las dos de la mañana, los cuatro estudiantes refugiados como pacientes en la Policlínica se asilaron en la embajada de El Salvador.

Los auxiliados salen emigrados

Desde el 6 de julio del 44 empiezan a llegar a las embajadas los estudiantes perseguidos por la policía, y algunos profesionales.

6 de julio de 1944

*Enloquecidas por el miedo las gestes se apiñaban tratando de
penetrar en los portales, las mujeres corrían por las aceras presas
de una mortal agonía, las descargas se sucedían hasta que el
pavimento quedó empapado de sangre.*

William Krehm

Papá recuerda el 6 de julio
como el día que conoció la muerte
salió de casa
silbando como siempre
saludando a las matronas
que aparcaban sus bicicletas en el viejo césped del comisariato.
Mamá quedó limpiando los ventanales
con el sospechado embarazo de mi hermano mayor
como una flor bajo tierra.
San Pedro era una ciudad sitiada por el calor
su catedral parecía un imperio
derrumbado a la hora solar
era la ciudad de Gálvez
de Carías
de Plutarco Muñoz
y de las mujeres tiroteadas desde el aire por la soldadesca
retadas luego a lo largo de la calle

y que Muñoz dijo que sangraban porque estaban menstruando.

Papá también recuerda la fiesta de toros

que había en el estadio

y los fuegos artificiales que se confundían

con aquellos fuegos que se llevaron la vida.

Jueves 6 de julio de 1944

En San Pedro Sula

El 4 y el 6 de julio de 1944 son dos días marcados con sangre en el calendario cívico nacional.

Había pasado en Tegucigalpa la manifestación del 4 de julio y empezaron las persecuciones, pero en San Pedro Sula hubo sangre y muerte.

La manifestación de brazos caídos enfiló por la calle del comercio. La soldadesca que dirigía Ángel Funes iba flanqueando la manifestación para irlos acorralando, hasta que los fueron acercando al cuartel de la policía. A la cabeza de la manifestación iba el Dr. Antonio Peraza, seguido de un grupo de señoras. El Dr. Peraza subió a un balcón para dar por terminada la manifestación, mientras don Alejandro Irías hablaba con Ángel Funes, solicitándole que le permitiera al Dr. Peraza, y el propio Sr. Alejandro Irías fue silenciado de un balazo, empezando allí la balacera hacia los manifestantes. Cayeron sobre el pavimento docenas de personas, entre ellas Irene Santamaría, Antonia Coller, Taurino Bustamante, Chonita Cano y el Sr. Sonseri.

La sangre corrió por el pavimento, los soldados se ensañaron contra los manifestantes, y San Pedro Sula se vistió de luto. Al día siguiente se obligó a los deudos a sepultar sus muertos, había de tres a cuatro en cada barrio, la mayor parte los llevaron al Hospital del Norte, y fueron enterrados por la soldadesca en fosas comunes. Los soldados fueron obligados a lavar las calles ensangrentadas de San Pedro Sula, para no dejar huellas de su crimen. Nunca se supo exactamente cuántos fueron los muertos. El Dr. Juan Manuel Gálvez, que era el ministro de guerra, se había trasladado a San Pedro Sula, de tal manera que se aseguró, en aquel entonces, que él había sido conductor y testigo de la “Masacre de San Pedro Sula”.

Sábado 8 de julio de 1944:

Hoy se asila en la embajada de El Salvador Mario Vidal Chacón. Para mañana se anuncia una manifestación de los gobiernitas, durante toda la noche estuvieron entrando camiones cargados de gente humilde de los pueblos.

Domingo 9 de julio del 44:

Desde muy temprano empiezan a reunirse los manifestantes en el parque Morazán, allí están los empleados públicos y es prohibido que vayan mujeres.

Este día de asilan en la embajada de El Salvador: Gonzalo Rodríguez Soto y Tarquino Rosales.

El Sr. Magaña, secretario de la embajada de El Salvador, anda en su país, tratando el asunto de los asilados. Este mismo día hicieron prisioneros al Dr. Alfredo Trejo Castillo y su hermano, y los llevaron a la Penitenciaría Central. El Dr. Carlos M. Gálvez fue destituido como médico pediatra en el Hospital San Felipe. Hoy se asiló en la embajada de El Salvador Mariano Bertrand Anduray. Hoy salieron libres de las bartolinas de la policía los siguientes estudiantes: Marco Ramírez, Armando Velásquez y Arestil de Bran. Hoy me destituyeron de la Normal de Señoritas, como profesora.

Miércoles 12 de julio:

La situación en San Pedro Sula es desesperante.

Jueves 13 de julio de 1944:

Para mañana se anuncia una manifestación, en la cual todas las mujeres deben usar vestido negro, en señal de duelo por los muertos de San Pedro Sula y de Ocotepeque. Hubo un gran escándalo en la iglesia de San Francisco y agarraron a una pobre anciana. Todas las iglesias están custodiadas.

Hoy llegó una delegación del gobierno a la embajada de El Salvador, para conversar con el embajador y convencer a los refugiados de que evacuaran, que habría garantías absolutas.

La delegación estaba integrada por don Fernando Zepeda Durón, don Esteban Díaz y don Horacio Moya Posas. Fracasaron en su intento, ningún refugiado se salió de la embajada.

Martes 18 de julio de 1944:

Hoy hace 15 días que empezó la huelga de los estudiantes; la universidad está cerrada.

Viernes 21 de julio de 1944:

Hoy salieron de la Policía Nacional: Enrique Medina, Ernesto Padgett y Finlander Díaz Chávez. Hoy han extendido siete salvoconductos para igual número de refugiados en la embajada de El Salvador y cuatro para la embajada de México.

Sábado 22 de julio de 1944:

El embajador Godoy anda por El Salvador, hablando con su gobierno. Los refugiados en la embajada de El Salvador han enviado una carta al Dr. Salvador Paredes, y otra al Lic. Marcos López Ponce.

Lunes 24 de julio de 1944:

Hoy se refugiaron en la Embajada de El Salvador: Enrique Medina, Ernesto Padgett y Trinilo Paredes. Hoy salieron para El Salvador: Federico Smith, Antonio Castillo Vega, Salvador Zelaya, Aristides Girón Aguilar, Gabriel Izaguirre, Hernán López Callejas, Erasmo Morazán, Manuel Cantor y José Venegas.

Anoche se fugó de la Policlínica Amílcar Girón Aguilar, disfrazado de sacerdote, y así llegó a la embajada de El Salvador.

Miércoles 26 de julio de 1944:

Continúan llegando refugiados a la Embajada de El Salvador.

Hoy se fueron para aquella hermana república: Amílcar Girón Aguilar, Modesto Rodas Alvarado, Ramón Henríquez, Luis Baquero, Horacio Padilla y otros.

Viernes 28 de julio de 1944:

Hoy murió el Gral. Calixto Carías, y se fueron 21 universitarios al exilio hacia El Salvador.

Sábado 29 de julio de 1944:

Hoy se fueron para El Salvador 14 asilados más.

Hoy fue el entierro del Gral. Calixto Carías.

Domingo 30 de julio de 1944:

Hoy a las 12 de la noche el Dr. Napoleón Bográn llevó a Alejandro Valladares a la embajada de El Salvador.

Agonía de San Pedro Sula

Por Alberto Velásquez

(Guatemalteco)

Tengo en las tinieblas de glacial vigilia
La visión de un lago que humea y ondula
hecho de la sangre del martirologio
de San Pedro Sula

Viento desolado tráeme al oído
el plañir de un perro que en la noche ulula,
como preguntando si está Dios de espaldas
a San Pedro Sula

Veo entre las sombras los gigantes dedos
de mano fantasma que a un oso estrangula,
hechas de las manos de los niños muertos
en San Pedro Sula

6 de julio. El pueblo viste de domingo
y en la más solemne procesión circula
entre doble valla de machetes torbos,
en San Pedro Sula

Mientras por ser libre se desangra el mundo
y hace ya dos años que Satán recula,
el monstruo anda suelto por las calles tristes
de San Pedro Sula

Tienen los gorilas ametralladoras.
La sevicia es gozo y el sadismo gula.
¡Apurad al cáliz, niños y mujeres
de San Pedro Sula!

Al suplicio siguen la prisión y el éxodo.
Un río de lágrimas el suelo acidula.
Y se van quedando desiertas las casas
de San Pedro Sula

Y Tegucigalpa borda los motetes
de una prensa abyecta que al Tirano adula,

sobre el cañamazo del fatal silencio
de San Pedro Sula
¡Pueblos de la América, silos de futuro;
la fe nuestra es vana, la esperanza nula,
si deja impunes crímenes, crímenes como este
de San Pedro Sula!

Guatemala, julio de 1944

Sábado 5 de agosto de 1944:

Hoy se corre el rumor de que se fugaron del Castillo de Omoa el Dr. Antonio Peraza, Leopoldo Aguilar, Héctor Bueso Arias, y que se fueron hacia Puerto Barrios para llegar a Guatemala.

Hoy se asilaron en la embajada de El Salvador: Juan López y Bueso Arias.

Jueves 12 de agosto de 1944:

Ventura Ramos vino de Tela y tuvo conferencia con el Dr. Villeda Morales. Hoy se fueron ocho emigrados, entre ellos: Juan López, Bill Moncada, Toño Abatte, Sra. Adriane de Matute.

Sábado 27 de agosto de 1944:

Rafael Heliodoro Valle viaja a San Salvador el día 25 de agosto a para platicar con los refugiados.

23 de septiembre de 1944:

Hoy temprano en la noche empezó un incendio en el edificio de la universidad, unos dicen que el fuego comenzó en los laboratorios de la facultad de farmacia, otros dicen que fue en la Lotería Nacional. El fuego se prolongó hasta las 9 de la noche, y se propagó hacia el Instituto Nacional y hacia la Escuela de Artillería.

Lunes 25 de septiembre de 1944:

Empiezan a llamar a declarar a todos los estudiantes que tuvieron clases el día del incendio. Estoy citada para ir a declarar mañana a la policía, iré con mi papá. Me interrogó el Sr. Ángel Rodríguez.

Velada Joco-seria¹

Con el objeto de recaudar fondos para la celebración del centenario de Francisco Morazán, el 3 de octubre de 1942, los estudiantes de medicina dispusimos celebrar una velada el día 11 de agosto de 1942, para lo cual conseguimos el Cine Clamer, en combinación con una película llamada *Una voz en la noche*. Se tiraron hojas volantes anunciando la velada y nos pusimos a ensayar los bailes para esa noche.

Cuando las autoridades universitarias se dieron cuenta que nosotros estábamos preparando esa velada, llamaron a los directivos de la Asociación de Estudiantes de Medicina. Nos hicimos presentes Adán Cueva y yo, ante el Rector de la Universidad, el Lic. don Timoteo Chirinos. El Sr. Chirinos quería saber el contenido de los discursos que se iban a pronunciar, la letra de las canciones que se iban a cantar, la letra de los poemas, y de todo lo que se iba a decir en la velada; le dejamos copias de todos esos documentos y, aparentemente, quedó convencido de que con nuestra velada no estábamos conspirando contra el gobierno.

El presidente de la FEUH era Roberto Palma Gálvez, quien era sobrino del ministro de guerra y aviación, el Dr. Juan Manuel Gálvez, y él, Palma Gálvez, estaba al corriente de las actividades de los estudiantes de medicina, que era una simple actividad juvenil y no una conspiración contra el gobierno.

Se llegó el día en que se iba a llevar a cabo la velada. Era tal el entusiasmo del público, que la calle que conduce al Cine Clamer estaba llena de gente, parecía una procesión de Semana Santa. Se sabía de antemano que los artistas de la velada eran todos hombres, que actuarían con trajes de mujer, semejando a verdaderas bailarinas. Tenía que ser así porque en la Facultad de Medicina solo había una mujer, y esa mujer estaba dirigiendo los actos y no podía actuar.

Toda la avalancha de gente que iba hacia el Cine Clamer se llevó la tremenda sorpresa de que el cine estaba bloqueado por soldados fuertemente armados, con media docena de ametralladoras en el suelo, sobre trípodes, y el establecimiento estaba herméticamente cerrado. Igual número de ametralladoras había en la acera de enfrente, y había soldados desde la Corte Suprema de Justicia —donde hoy está el Museo del Hombre— y de la Imprenta Calderón hasta

1. Textos pertenecientes al Fondo Documental “Martha Raudales” custodiado por el Centro de Arte y Cultura de la UNAH.

la Plazuela. Los soldados no dejaban pasar a las personas, y desde esa hora, las 6 de la tarde, había zozobra en la ciudadanía, y ya el gobierno había decidido que la velada no se llevaría a cabo.

Tanto Roberto Palma Gálvez, como Modesto Rodas Alvarado y otros miembros de la Federación de Estudiantes, trataron de llegar a Casa Presidencial para hablar con el presidente Carias, o con su secretario privado, el Lic. Marcos Carias Reyes, ni con el Sr. Rodríguez, que trabajaba en la presidencial.

No se pudo hablar con ningún funcionario para que dieran contraorden y poder llevar a cabo la velada.

La velada no se realizó, y al siguiente día tuvimos que avisar al público que se les devolvería su dinero al devolver el boleto a quien se lo había vendido.

Los bailes que se iban a llevar a cabo durante la velada habían sido cuidadosamente entrenados por la Profa. María Luisa Matute, hermana de los estudiantes Matute Gutiérrez, que estaban en la oposición, lo mismo colaboraba la Profa. Enriqueta Alvarado. Ellas diseñaron los modelos de los trajes de baile y mi madre los confeccionó.

La presentación del acto, que era el punto n.º 1, lo haría el Sr. Virgilio Banegas, y, en el último número, que dice “El final de un Cabo”, no se iba a hablar nada, simplemente el Sr. José R. Domínguez colocaría un pedacito de candela para que se quemara, sin decir nada, lo dejaría en el escenario. El acto si tenía mucha significación.

Poco después de ese día se dio publicidad a un decreto donde se decía que eran prohibidas las reuniones de más de tres personas. No se podían hacer fiestas. Si se deseaba organizar una fiesta había que solicitar el permiso ante la Gobernación Política, cuyo gobernador era don Lino Zúniga, y si no le daban permiso por escrito, ni lo intentara; y si le daban el permiso, debería terminar la fiesta a la hora que ellos indicaran.

Los estudiantes no volvieron a tener las tradicionales fiestas estudiantiles del 11 de junio.

Jueves 19 de octubre de 1944:

Ayer se estrelló el avión en que viajaban el Prof. Vicente Cáceres, el Gral. José León Castro, el piloto Irán Fiallos y el copiloto.

El avión entró a Tegucigalpa a las 7: 15 p. m. También trajeron otros heridos al Hospital San Felipe, procedentes de Ocotepeque.

Sábado 21 de octubre de 1944:

Ayer fue derrocado el presidente [Federico] Ponce de Guatemala, después de un movimiento revolucionario encabezado por estudiantes universitarios. Se dice que hubo 100 muertos. Hoy cayó el presidente de El Salvador, Andrés J. Menéndez, y subió a la presidencia Osmin Aguirre (martinista). El Prof. Vicente Cáceres sigue grave.

Campos de concentración en Ojo de Agua

Al filo de la madrugada, de un 22 de octubre de 1944, ingresaron al territorio nacional un grupo de presos políticos que enviaba el Gral. Hernández Martínez al Gral. Carías Andino, para que se los tuviera concentrados en El Ojo de Agua, a inmediaciones de El Zamorano, cuyo jefe era el coronel Tomas Martínez.

De El Salvador ingresaron el Dr. Alfonso Rochac, el Dr. Manuel Guandique, Dr. Ángel Goches Gastro, Sr. Benedetto, Sr. Chicas, Sr. Espinoza, Sr. Villalobos, el Dr. Miguel Rafael Urquía y Mario Sol, los cuales eran partidarios del Dr. Arturo Romero; quien después se fue a Costa Rica, donde vivió emigrado, y donde le conocimos como jefe de la sala de dermatología en el Hospital San Juan de Dios. Y años después murió en Honduras, junto con su esposa, doña Coralia, en aquel fatal accidente del ballet costarricense que venía a actuar en Tegucigalpa.

Reproducimos a continuación el artículo publicado en le revista Reportajes, n.º 42 del mes de septiembre de 1989 [sic].

Jueves 26 de octubre de 1944

Anoche a las 9 p. m. murió en [el Hospital] Viera el Prof. Vicente Cáceres, dos horas después de que el Diario *La Época* dijera que el paciente estaba muy mejorado y en completo restablecimiento.

Estudiantes y profesionales que salieron emigrados en 1944

Para El Salvador

Estudiantes de derecho:

1. Roberto Díaz Chávez
2. Luis Díaz Chávez
3. Juan José Sánchez

4. Andrés Alvarado Puerto
5. Boris Saravia
6. Jorge Smart
7. Alejandro Valladares
8. Óscar Mejía Arellano
9. Darío Montes
10. Remigo Díaz
11. Manuel Torres Ramos
12. Modesto Rodas Alvarado
13. José María Matute Gutiérrez
14. Dionicio Matute Gutiérrez
15. Humberto Zepeda Reina
16. Antonio Abatte
17. Luis Medina González
18. Tarquino Rosales
19. Enrique Medina González
20. Ernesto Padgett
21. Trinilo Paredes
22. Dr. Gabriel Izaguirre
23. Dr. Hernán López Callejas
24. Erasmo Morazán
25. Alfredo Martínez
26. Manuel Cantor
27. José Vengas
28. Horacio Padilla
29. Luis Vaquero
30. Lucio Rivera
31. Mariano Bertrand Anduray

Estudiantes de Medicina:

1. Napoleón Bejarano
2. Amado Sánchez
3. Donaldo Moreno
4. Mario Vidal
5. José Eduardo Gaugell
6. Gonzalo Rodríguez Soto
7. Ángel Rápalo
8. Julio Ulloa
9. Alfonso Aceituno Castro
10. Federico Fiallos
11. Eduardo Fernández
12. Oscar Guerrero
13. Miguel Ángel Guerrero
14. Abraham Gúnera hijo

Estudiantes de Ingeniería:

1. Jorge Calle Castro
2. Héctor Santos
3. Armando Zelaya (periodista)
4. José María Medina González
5. Alfonso Reina
6. Juan López
7. Marco Tulio Bonilla

Para Guatemala:

1. Ing. Manuel Zúniga Ortega y familia
2. Rafael Callejas y familia
3. Dr. Emilio Gómez Roveló
4. Dr. Víctor Manuel Velásquez
5. Dr. Arístides Girón Aguilar
6. Dr. Amílcar Girón Aguilar
7. Dr. Antonio Castillo Vega y familia
8. Dr. Antonio Peraza
9. Héctor Bueso Arias
10. Joaquín Medina Planas y familia
11. Dr. Héctor Valenzuela
12. Marco Tulio Mendieta
13. Jorge Rivas Montes

Para México:

1. Dr. Ricardo Alduvín
2. Dr. Ángel Zúniga Huete
3. Dr. José Ángel Ulloa
4. Ing. Félix Canales Salazar
5. René Zelaya Smith
6. Alfonso Guillen Zelaya

El pasado, el presente y el futuro de Comayagüela*

“Polina Deskalsy”

Comayagüela, la hermana gemela de Tegucigalpa, a partir del 2 de marzo de 1898 se declaró parte integrante de la capital de la república; anteriormente, y por Decreto Diocesano del 30 de

* Comité de festejos de la Feria de Concepción de Comayagüela, *Certamen literario*, 1950, 85.

octubre de 1893, la iglesia de Comayagüela fue exaltada a la categoría de parroquia; y por Decreto Legislativo del 10 de julio de 1897, el Dr. Policarpo Bonilla le confirió el título de ciudad.

Con todas las circunstancias favorables que Comayagüela ha tenido siempre, estaba a ser llamada, no sin razón, “Ciudad del Porvenir”, de un porvenir fructífero y lleno de esperanzas, para figurar como parte integrante de nuestra capital. Hoy en día el adelanto material y cultural han colocado a Comayagüela en un nivel superior, y con probabilidades cada vez mayores de llegar a ser una gran ciudad. Todo le favorece: su topografía, su situación geográfica y la gran cantidad de hombres ilustres que ha dado al país, que día a día se esfuerzan por dar realce y renombre a esta pintoresca ciudad de Comayagüela.

Geográficamente, Comayagüela está situada en un terreno francamente irregular, lo que favorece su belleza de paisajes. La parte central está situada entre los cerros de El Berrinche, Juana Laínez, Las Crucitas y Sipile; cuatro grandes centinelas que, como las pirámides de Egipto, son la historia de un pueblo en marcha, que va a pasos agigantados hacia la superación económica y cultural de Honduras.

Limitan a Comayagüela: por el norte, Tegucigalpa y la aldea de El Cerro Grande; Jacaleapa, Agua Salada y Santa Rosa, por el este; Yaguacire, Las Casitas y Mateo, por el sur; Lepaterique y parte de la aldea de Támara, por el occidente.

Comayagüela en el pasado

Remontándonos a la parte histórica, cuenta la tradición, que Comayagüela fue poblada a mediados del siglo ^{xvi} por indígenas de origen mexicano o azteca, quienes venían del pueblo de Jano, en los alrededores del actual departamento de Olancho; esos primeros habitantes se situaron primero en la montaña de Jutiapa, bajando después a los Llanos del Potrero y Toncontín. De este lugar se vinieron poblando los márgenes del río Choluteca, hasta llegar a lo que hoy es Comayagüela.

La leyenda cuenta que los habitantes de Jano se vieron obligados a venirse a estas tierras porque los habitantes de La Mosquita, en el departamento de Colón, se robaban a los niños de Jano, que con frecuencia iban a traer agua o a bañarse al río. Entonces, el rey compadecido de esta pobre gente les había ordenado trasladarse a vivir más al interior del país, para librarlos de las invasiones que continuamente hacían los jicaques o mosquitos, y fue así que se vinieron a fundar lo que hoy es Comayagüela. A favor de esta

leyenda; existen en Jano dos ríos, uno se llama el Carrizal y el otro Comayagüela; y entre nosotros una de las aldeas del municipio de Comayagüela, se llama El Carrizal y el propio municipio Comayagüela.

Hay otros que creen que los primeros habitantes de Comayagüela vinieron de Lejamaní, al occidente de Comayagua, pues los rasgos físicos de aquellos habitantes y los de La Cuesta, El Carrizal y otras aldeas, se asemejan bastante. Para dar más fuerza a esta opinión existe lo que se llama el antiguo Guancasco, o sea, el cambio de visitas entre las patronas titulares de ambos pueblos: Lejamaní y Comayagüela. Un año viene a Comayagüela la Dolorosa de Lejamaní y al año siguiente va la Virgen de Candelaria de Comayagüela a Lejamaní.

Este cambio de visitas viene sucediendo desde principios del siglo xvii, y ha sido una costumbre tan arraigada entre los habitantes de ambas ciudades, que ni el invierno más torrencial los detenía, porque fue una obligación legada por los antepasados, con la condición de no interrumpirla, porque desde el mismo momento en que las interrumpieran, serían víctimas de muchas desgracias como castigo de Dios.

Anteriormente la visita de la Virgen de Lejamaní se llevaba a cabo en los meses de septiembre u octubre; pero en una ocasión el río del Hombre echó un gran creciente que escapó de arrastrar a la patrona, junto con la comitiva, y entonces se acordó pasar la visita al mes de febrero, que ya han pasado las lluvias. Todavía hoy en día, la virgen de Candelaria de Lejamaní visita a la patrona de Comayagüela, precisamente en los mismos días en que se celebra la fiesta de la patrona de Honduras en el Santuario de Suyapa.

El Guancasco se explica como un medio de conciliación entre dos pueblos, que quizá en otro tiempo tuvieron sus rencillas, ya sea por límites territoriales o ejidos, y el celo de una costumbre religiosa, impulsada quizás por lazos de confraternidad, se llevaba a cabo entre parientes lejanos de un pueblo a otro.

Los primitivos habitantes de Comayagüela fueron indios puros, pero después de la llegada de los españoles los indígenas se fueron retirando a los alrededores, y fueron poblando lo que hoy son las aldeas de La Cuesta, El Carrizal, La Soledad, San Matías, etc.

La Iglesia de Comayagüela fue construida entre los años de 1788 y 1796. Antes de la iglesia existía una ermita, que hacía las veces de iglesia, en el lugar donde existen los tapias del proyecto de un calvario. Varios fueron los hombres que dejaron su trabajo en la parroquia, tales son: Juan Anselmo Vargas, el pintor José María

Gómez, el herrero Sixto Bustillo, uno de los canteros Manuel Alvarado, el calero Martín el maestro albañil Teodoro; de estos dos hombres no se sabe su apellido, que, así como los grandes hombres por sus nombres como a Miguel Ángel, Napoleón y Julio César. Así, estos señores pasaron a la historia de Comayagüela como dos hombres importantes. Tan importantes que nunca se supo su apellido, solamente se conocen sus obras que hoy son vivo recuerdo de nuestra pintoresca Comayagüela, cuando empezaba a dar los primeros pasos de la civilización.

Con la fuerza del músculo de esos hijos que ayudaron al progreso material de Comayagüela, el 8 de diciembre de 1796 fue inaugurada solemnemente la iglesia de esta ciudad, ante las autoridades eclesiásticas, municipales y con el júbilo de todo el pueblo de Comayagüela y de las aldeas vecinas.

Comayagüela va progresando, paso a paso, hacia un porvenir mejor. Sus habitantes empiezan a sacudirse el yugo de los españoles. A los nativos de Comayagüela llega el eco del grito de independencia de los Estados Unidos del Norte. El gobierno español en Centroamérica, empieza a bambolearse ante su pedestal de injusticias para los pobres indígenas de la América Central. A los representantes de los Reyes de España se les hace una atmosfera insoportable y amenazadora, los pobres indios pedían la libertad, y las protestas a voz baja corrían de un lugar a otro. En vista del ambiente inquietante en que se vivía, el Sr. Antonio Tranquilino de la Rosa, gran enemigo de los independentes, lanzó la idea de conservar en la alcaldía de Tegucigalpa a los señores Juan Judas Salavarría, a don José de la Serra y a don José Irribaren, que eran españoles y, por lo tanto, fieles a la Corona de España. En vista de tales arbitrariedades e injusticias, el valiente pueblo de Comayagüela empieza las maquinaciones de una futura independencia.

El descontento del pueblo fue progresando, y en la mañana del 1.º de enero de 1812, los vecinos de Comayagüela, La Plazuela y San Sebastián y los de Jacaleapa, se presentaron a la plaza de Tegucigalpa en número de 200 y bien armados de palos, machetes y dispuestos a que los españoles, Serra y Salavarría, no tomaran posesión de sus cargos.

De boca en boca corrían el estribillo sencillo, pero muy espontáneo y de mucha significación para los momentos porque estaba pasando la ciudad:

“Si quieren que no haya guerra
y todo sea alegría,
que renuncie Salavarría
con su compañero Serra”.

El señor cura Márquez tomó cartas en el asunto y se hizo presente en la sala consistorial, para persuadir a la municipalidad que debían depositar las varas en personas gratas al pueblo. En vista de las circunstancias amenazadoras del pueblo, dispusieron depositar la vara en los señores José Manuel Márquez y Joaquín Espinoza, como regidores, y a don Miguel Eusebio Bustamante en lugar de don José Irribaren.

El 1.º de enero de 1812 es una fecha gloriosa para el pueblo de Comayagüela, porque fueron ellos con los de La Plazuela, San Sebastián y Jacaleapa, los que iniciaron el movimiento independiente en Honduras.

Comayagüela y Tegucigalpa, que con el correr del tiempo iban a formar parte de la capital de la república, unidas por los mismos anhelos de superación, estaban separadas por el río Choluteca, y durante el invierno quedaban del todo incomunicadas por los grandes crecientes de este río y paralizado el comercio. Para remediar un poco esas dificultades, el señor cura José Francisco Pineda mandó colocar una hamaca y se vio la necesidad de un puente que comunicara las dos ciudades; que viniera a relacionar más a los habitantes y a incrementar las relaciones comerciales.

En el año de 1817, se inició la construcción del puente antes mencionado en el lugar que ocupa el puente Mallol bajo los auspicios del alcalde Simeón Gutiérrez, quien hizo un llamamiento a fin de que todo el pueblo en los días feriados y festivos acarrearán piedra al toque de las campanas. Y, al hacerse cargo de la alcaldía, don Narciso Mallol dio principio a los trabajos, los cuales se terminaron pocos días después de su muerte en el año de 1812. Ese puente fue llevado por una creciente del río Choluteca, el 23 de octubre de 1822. Casi inmediatamente después, se procedió a reconstruirlo aumentándole dos arcos más del lado de Comayagüela, habiéndolos terminado en 1823. El 12 de octubre de 1906 llovió mucho en la ciudad y nuevamente el puente soportó las consecuencias, y fue partido en tres pedazos, siendo presidente de la república don Manuel Bonilla. La reconstrucción se hizo inmediatamente y fue terminado en la administración de don Miguel R. Dávila.

Comayagüela ya contaba con 1 499 habitantes y, por lo tanto, vislumbraba la necesidad de tener su propio ayuntamiento. Lo solicitó varias veces al alcalde Mallol, y siempre fue denegado hasta que el 17 de noviembre de 1820, le fue concedido su deseo, y paso a elegir su propia municipalidad, dejando de ser el antiguo cabildo de indígenas que existía desde el año de 1806. Don Juan Roque fue el primer alcalde de Comayagüela.

En el año de 1877 se inauguró la primera escuela para niñas, y Comayagüela empezó así su progreso cultural. En el año de 1845, se construyó el antiguo cabildo de Comayagüela y, bajo la administración del Dr. Francisco Bertrand, se hizo la construcción del edificio. En los años de 1915 a 1917, siendo el jefe de la comuna don Francisco Valladares; ese fue el edificio que ocupó el ayuntamiento hasta que fue suprimida su Municipalidad para formar parte del Distrito Central.

Siendo presidente de la república don Juan Lindo y en vista de los progresos de Comayagüela, el congreso, por decreto de 22 de agosto de 1849, la elevaron al rango de Villa, permitiéndose celebrar una feria cada año y que empezaría el 8 de diciembre. Hasta la fecha se sigue celebrando, con giro cultural desde hace aproximadamente unos quince años.

En el año de 1860 se puso al servicio del público el Cementerio de Sipile, siendo alcalde don Martín Sosa. Nunca faltaban las montoneras entre los Comayagüela y los habitantes de los pueblos circunvecinos, librándose verdaderas batallas en los Llanos del Potrero; los curarenses eran unos de los que más hacían revueltas. Tanto en las administraciones de Soto y Bográn, los comayagüenses tuvieron gestos de valentía colocándose siempre al lado de la justicia y la razón a favor de sus conciudadanos.

La ciudad progresaba y se hacía necesario un lugar público para puestos de venta. Anteriormente los vendedores hacían sus ventas en los corredores del cabildo municipal con la consiguiente dificultad; después fueron trasladados a la boca del puente hasta que se les obligó a pasarse al mercado de Los Dolores en Tegucigalpa, con la protesta del pueblo ante tal disposición del señor Longino Sánchez. Fue entonces cuando se acarició la idea de construir un mercado público para Comayagüela, y fue así que se construyó el mercadito El Progreso que prestó sus servicios hasta el año de 1908, en que fue terminado el actual mercado de San Isidro bajo la iniciativa del Gral. Benjamín Henríquez, el que fue incendiado en 1924 durante la administración del Gral. López Gutiérrez, pero fue reconstruido en la administración del Dr. Miguel Paz Barahona.

En el año de 1890 durante la administración del Gral. Bográn, las dos municipalidades de Tegucigalpa y Comayagüela, se habían puesto de acuerdo para fusionar las dos municipalidades; pero después de un acuerdo cuidadoso de parte de los Comayagüela, la fusión no se llevó a cabo por oposición de la mayor parte del pueblo y el intento fracasó.

Posteriormente, Comayagüela siguió su marcha de progreso a pasos agigantados, figurando hoy en día como uno de los municipios de más adelanto cultural en la república.

En el año de 1933 inicia su gobierno el Gral. Carias y con el don Fernando Zepeda Durón como alcalde de Comayagüela; la población aumenta bastante y aparecen nuevos barrios para los pobres. Las escuelas rurales aumentan en todas las aldeas circunvecinas a Comayagüela; la tradicional feria de Concepción cambia sus derroteros y deja de ser un centro de corrupción para convertirse en una serie de actos culturales.

En el año de 1936 llega a la alcaldía municipal don José F. Gómez y con él se inaugura la primera exposición industrial y artística, con el resultado más sorprendente y beneficioso para el país. Ha sido una de las fiestas más concurridas a pesar de que la exposición fue local, pero, si ya se dio el primer paso para una futura exposición industrial de todo el país. Y así fue que en el año de 1937 se llevó a cabo la Primera Exposición Nacional, bajo la alcaldía de don Fernando Zepeda Durón, quien nuevamente había sido electo para regir los destinos de Comayagüela. La exposición fue un éxito y sirvió para dar impulso a la industria, la agricultura y la ganadería. La feria se vio visitada por habitantes de toda la república, y hubo comentarios encomiásticos para la municipalidad de Comayagüela.

Posteriormente se siguieron sucediendo las exposiciones, pero ninguna ha tenido el éxito de esta Primera Exposición Nacional. Desde que empezó la segunda guerra mundial, la exposición no se siguió llevando a cabo en una forma general para todo el país por la carestía de los medios de transporte, que ofrecía serias dificultades para los agricultores e industriales al traer sus productos hasta la capital.

En el año de 1937 por decreto especial emitido por el poder legislativo, Tegucigalpa y Comayagüela fueron fusionadas en una sola municipalidad. Desde entonces Comayagüela y Tegucigalpa perdieron su autonomía municipal, para quedar regidas por autoridades distritales nombradas por el poder ejecutivo.

Así como Comayagüela ha tenido un pasado histórico, rico en episodios gloriosos, que hablan muy en alto tanto del valor patriótico de los comayagüenses, como de su amor acendrado por el pedazo de tierra del cual son nativos. Aún persiste un regionalismo mareado entre sus habitantes; hoy en día con el progreso cultural de sus habitantes, ha ido desapareciendo, pero que aún no ha llegado a desaparecer del todo, y ya ha habido

conatos de movimientos separatistas, con el propósito de volver a la antigua autonomía municipal.

Comayagüela también es rico en leyendas históricas supersticiones que enriquecen el folklore regional y también nacional. Vale la pena hacer mención de algunas de tales leyendas, que han ido pasando de boca desde nuestros más remotos antepasados hasta nuestros días.

La imaginación del hombre llegó a tal extremo que hizo la leyenda del convenio o pauta con el diablo para hacerse rico. Al sudoeste de Comayagüela existe el cerro o colina de Torocagua en donde se decía existía una cueva, tan grande que se prolongaba hasta cerca de Danlí. Allí vivía el diablo con todas sus riquezas quien las cedía a quien hiciera un convenio con él, o se empautara. Para poderse empautar con el diablo, había que entrar en tinieblas a la mencionada cueva donde un gran toro con ojos de fuego, lamia a los iniciados a no más entrar. Detrás del toro estaba una serpiente, las fauces de cuyo animal recibían al visitante, después pasaba frente a un gran sapo de oro, para de allí pasar a los grandes salones donde el diablo guardaba sus riquezas. La tradición cuenta que, en estos salones, se encontraba un millonario de Comayagüela demoliendo huesos y con una hermosa cadena al pie. Era tal la necesidad del pueblo que se sometían a esas torturas, para hacerse rico de la noche a la mañana.

La imaginación del pueblo siempre ha rodeado de misterio las cuevas o grutas oscuras, y en jurisdicción de Masaguara, cerca de Santa Rosa, conocí una gruta excavada en piedra viva, que cuentan los moradores era la salida de la cueva del diablo, de aquí de Comayagüela, que el tiempo la ha ido cerrando. La mencionada cueva la llaman la Cueva del Fierro porque justamente en una de sus paredes, tiene grabado un ferro gigantesco con el cual se cree el diablo marcaba a sus empautados.

La antigua creencia de que el diablo habitaba el Cerro de Torocagua tomo más importancia cuando murió Paulino Reyes; el ganado que este poseía desapareció después de su muerte, y entonces se dijo que estaba empautado con el diablo, y que, al no más morir, el diablo había venido a recoger sus intereses que le pertenecían. Justo Vargas, muchacho como de 15 años, fue por orden de su mamá a sabanear un caballo. Se encontró con don Juan Ramón García, quien salía de la cueva del diablo con gran cargamento de plata al hombro y con traje de Adán. García contó su dinero en el sol porque estaba enmohecido en presencia de Vargas, este salió corriendo a contar a su mamá lo que había visto en las inmediaciones del Torocagua.

La Burrera se llama uno de los barrios de Comayagüela y no deja de tener su leyenda, a quien debe su nombre. En tiempos muy remotos Comayagüela fue invadida por una enfermedad epidémica que atacaba a los burros: la llamaban “la enfermedad de los burros”. Los apacibles animales que eran atacados de tal enfermedad iban a morir al mismo lugar, al mismo que hoy se llama La Burrera. Tal leyenda no deja de tener un tanto de similitud con la muerte de los elefantes africanos que buscan un solo sitio para dejar allí sus cadáveres. La quebrada de La Burrera se convirtió en aquel entonces en el cementerio de los burros.

“El pueblo me lo conto
y yo al pueblo se lo cuento
y de la verdad del cuento
responde el pueblo y no yo”.

El puente Mallol tiene su leyenda, cuando se estaba construyendo, un indio de Comayagüela tenía su novia en Tegucigalpa, y una noche prometió a su novia ir a hacerle su visita por la noche, para llevar a cabo esa misma noche los planes de fuga que ya días se venían preparando. Al llegar a la orilla del río Choluteca, había crecido de tal manera que le fue imposible pasarlo. El galán, al ver que sus planes se habían frustrado, vociferó contra todos, maldijo al invierno, y llegó a ofrecer su alma al diablo si bajaba la creciente para poder ir a visitar a la dueña de sus amores. La noche era muy oscura como la boca del lobo, y a la exclamación desesperada del joven galán, la noche fue iluminada de improviso por una claridad que duro pocos segundos. Al volver la oscuridad, al lado del galán enamorado estaba un hombre montado en una mula, inquieta y arisca, constantemente coceaba furiosa y hacia saltar las chispas de las piedras, y de los ojos del jinete salían llamas de fuego. El enamorado no se inmutó por tal aparición, y se enfrentó ante el desconocido y extraño personaje y empezó a platicar con él. El aparecido se ofreció construirle un puente para que él pasara; este estaría terminado antes que cantara el primer gallo, y en cambio le entregaba su alma.

El enamorado, que era fiel a su palabra empeñada, ofreció su alma a cambio de poder llegar a la otra orilla del río donde su dulcinea le esperaba impaciente. El diablo, que había ofrecido la construcción del puente, con una ligereza vertiginosa dio principio a su obra. Llegó la madrugada y el señor del gallinero dio su primer canto y la obra no había sido terminada. El diablo, al oír el canto del gallo, con todo y su mula se lo tragó la tierra.

A pesar de las promesas del diablo, el galán enamorado no pudo ver a su novia en aquella noche porque el puente no fue terminado. Al día siguiente el pobre niño enamorado estaba tratando de poner las

piedras para construir el puente, y gritándole desesperadamente a su novia. El pobre estaba loco.

EL SIRENO ENAMORADO

Hay una leyenda poética y referente a una joven hermosa de la familia Gómez, que acostumbraba bañarse todos los días en la poza del Carrizal, donde un enamorado de ella trató de seducirla, cosa que no fue difícil. De aquel amor nació una hermosa niña con rostro de mujer y el cuerpo de pez. Los habitantes de la ciudad la molestaban mucho y pidió que la dejaran vivir en el agua, y para tal fue llevada a la Poza del Tabacal que se había aterrado, pero la consideró muy grande para ella, y fue dejada en definitiva en el pozo de la Crucita; tampoco le pareció y pidió que la llevaran a la laguna de Santa Ana, en donde aún vive. Siempre encantadora, al lado de su padre, pregunta a todo el que pasa si todavía hay descendientes de la familia Gómez para contener las aguas, pues ha ofrecido que en cuanto acaben sus parientes, inundará a Comayagüela.

TEATROS DE COMAYAGÜELA

En los tiempos pretéritos Comayagüela carecía de diversiones nocturnas; no había teatros, de ahí que por el año 45 vivía un viejo muy aficionado a las representaciones teatrales, si es que así se puede llamar a tales exhibiciones.

Este señor, en compañía de sus dos hijas, daba funciones en los patios del cabildo municipal. Por todo adorno había unas cortinas de percalá blanca, colgadas en lo que se hacía llamar escenario. La iluminación la hacía con ocote rajado, colocadas las astillas encendidas en las esquinas del escenario y los copos de humo que tales luminarias producían, acababan de adornar el rostro de las artistas. El viejo cantaba y se acompañaba al violín y adaptaba sus representaciones al gusto de los espectadores, que todos salían satisfechos.

Posteriormente, y al empezar el siglo xx, vino Serapio López con su primer circo, fue quien hizo las primeras representaciones de prestidigitación, fue quien elevó el primer globo, quien presentó la mariposa sin alas, y por muchos años fue el centro de atracción de los comayagüenses. El primer teatro fue construido allá por el año de 1933 y se llamó Teatro Apolo en el mismo lugar donde se encuentra el Teatro Moderno.

Comayagüela en el presente

Comayagüela en el pasado es rico en leyendas históricas y tradiciones novelescas, producto de la imaginación de nuestros antepasados. Épocas de batallas sangrientas, de luchas de hermanos contra hermanos y verdaderas luchas fratricidas que cada año se sucedían con motivo de las elecciones municipales. Hoy en día Comayagüela es un pueblo tranquilo donde sus habitantes, tanto del municipio como de los alrededores, se dedican al trabajo de la agricultura, la ganadería, algunas industrias, la enseñanza docente y se ha transformado en un pueblo laborioso, que ha echado tierra a su pasado, para dirigir sus derroteros en aras del progreso y de la cultura nacional.

En el aspecto cultural, celebra su tradicional Feria de Concepción. En un ambiente mejor; se llevan a cabo exposiciones de arte, de industrias, certámenes literarios, contiendas deportivas, conferencias, veladas lírico literarias y una serie de actos tendientes cada día a elevar el nivel cultural de sus habitantes.

En el aspecto material, las urbanizaciones para pobres y verdaderos barrios residenciales surgen cada día en medio de antiguos pajonales. Los barrios de Belén, Concepción, Lempira, La Granja y Toncontin, son muestras palpables de aumento considerable de la población en Comayagüela. En 1933 Comayagüela contaba solamente con dos escuelas públicas: la escuela Lempira para varones y la República Argentina para niñas, ubicadas en un moderno y elegante edificio en donde alrededor de 1 300 niños reciben el pan de la instrucción. En el barrio de La Bolsa ha sido necesario la instalación de la Escuela República del Brasil, y en el barrio de Belén la Escuela Monseñor Ernesto Fiallos. Anexada al Instituto de Señoritas funciona la Escuela de Ampliación República del Paraguay, además está la Escuela Mixta Dionisio de Herrera. El Instituto Normal de Señoritas cuenta hoy día con un moderno edificio, lo mismo que su anexo del internado en donde funciona también el Kindergarten Nacional.

En el local que ocupó el antiguo palacio del ayuntamiento está instalada la Escuela Nacional de Bellas Artes, con moderno equipo y de donde han salido verdaderos artistas a hacer estudios de postgraduado al extranjero. Cerca del Puente Mallol se encuentra la Escuela Textil Industrial, y a inmediaciones de esta la Escuela de Artes y Oficios. Actualmente se construye un edificio moderno con el fin de alojar en ella Escuela Textil y las oficinas de Correos y Telégrafos.

El trazo de sus calles amplias y bien tiradas, con el actual adoquinamiento, promete en un futuro no lejano, tener una mejor situación en Tegucigalpa. Sus paseos públicos han sido modernizados: el parque Colón, el parque de La Libertad y el paseo de El Obelisco son centros de atracción y recreo de sus habitantes.

Edificios particulares contribuyen al ornato de la ciudad, para el caso, el Instituto San Miguel, el Hotel Panamericano, el edificio donde se alojan las oficinas de la Tela R. R. Co., los teatros Moderno, Hispano y Lux, y elegantes residencias completan la belleza de la que ser Comayagüela dentro de pocos años. La Calle Real, principal arteria de la ciudad, está siendo modernizada y se está convirtiendo en el centro comercial de la ciudad. Al final de esta avenida, el antiguo puente Guacerique ha sido reemplazado por un moderno y elegante puente, para dar más realce a la belleza del paseo de El Obelisco y continuarse con la avenida que ya al aeropuerto de Toncontín, a cuyos alrededores se encuentra la Escuela Militar de Aviación.

La terminal aérea de Toncontín es uno de los edificios mejor instalados de Centroamérica, y al terminarse la pista, ofrecerá un magnífico aeropuerto a la navegación aérea. Todos los alrededores del Toncontín están siendo urbanizados, y es hacia allá donde la población se está extendiendo.

Cuenta Comayagüela con un servicio de agua potable, con sus pilas de distribución en el lado norte del Country Club y con una capacidad de un millón de galones. Aunque el agua de Comayagüela es abundante, no ofrece todos los requisitos que debe reunir el agua potable, por lo que se hace más que necesario e indispensable, la purificación del agua para la salud de sus habitantes.

Comayagüela ha sido cuna de hombres ilustres que se han destacado en todos los campos de las profesiones y hoy en día, las ejercen con dedicación y buen nombre.

Comayagüela cuenta con centros de salud de gran movimiento: la Policlínica S. A., el Centro Médico, la casa de salud del Dr. Gustavo Adolfo Zúñiga y la casa de salud del Dr. Manuel G. Zúñiga. El Dr. Hernán López Callejas tiene un laboratorio bien equipado, y las casas de salud antes mencionadas, además de sus laboratorios, tienen sus departamentos de rayos X. Las farmacias son numerosas y tienen un movimiento grande de recetario porque los médicos que ejercen su profesión en la vieja Villa de Concepción son numerosos. El Centro Médico acaba de inaugurar las construcciones de su moderno edificio propio en el barrio de La Granja. Cuenta con un mercado que en su tiempo fue amplio,

pero que hoy ofrece muchas deficiencias y resulta pequeño dada la densidad de la población. Cuenta con una fábrica de hilados y tejidos, con la fábrica de fósforos, con un molino harinero y un molino de café, donde un gran número de obreros prestan sus servicios.

Las clínicas privadas de los médicos son numerosas y algunas de ellas bastante modernizadas, ofreciendo trabajo eficiente a los habitantes que van en busca de salud.

Comayagüela ha sido cuna de hombres de renombre, para el caso el Dr. Rómulo E. Durón, historiador y gran jurisconsulto, de quien son hijos: el licenciado Jorge Fidel Durón, actual rector de la universidad, y el licenciado Jacinto Octavio Durón, embajador de Honduras en Guatemala.

Valentín Durón y Miguel A. Navarro, grandes polemistas; Inés Navarro, hermano de anterior, quien es el autor de la primera monografía de Comayagüela; Juan Ramón Molina, gran poeta y catalogado como el mejor de Honduras; Luis Andrés Zúñiga, ha dado al continente sus fábulas de gran mérito; poeta, cuentista y dramaturgo, el Poeta Laureado de Comayagüela; Basilio Gómez, sacerdote y escritor; María Luisa Herradora, gran maestra y gran escritora didáctica; Rafael Coello Ramos, maestro de la música; Rafael Trejo Castillo, versificador; Alfredo Trejo Castillo, historiador y periodista; Alonso A. Brito, gran comediógrafo y fue el cantor de los niños; Salvador Turcios R., historiador; Ricardo D. Alduvín, gran médico, prosista y polemista; doña Ubaldina España de Esguerra y doña Consuelo España de Escorcía, cultivan el cuento que deleita a los niños, grandes maestras; Rafael Heliodoro Valle, su obra literaria, su carrera de historiador, bibliógrafo de grandes méritos, su nombre ha resonado en toda América; actualmente es nuestro Embajador en Washington; Pedro Rivas, escritor e historiador; Fernando Zepeda Durón, cultiva el periodismo y ha sido alcalde de Comayagüela dos veces; Luis Amílcar Raudales, maestro y cultiva la historia anecdótica; Guillermo E. Durón, exdecano de la Facultad de Farmacia; Bernardo Galindo y Galindo, maestro de maestros; Guillermo Bustillo Reina, abogado y poeta; Miguel Navarro H., maestro y moralista; Isabel de Weinauer, cuentista y autora de obras didácticas; Cristina Hernández de Gómez, directora de la revista *Atenea*; Vicente Machado Valle, periodista; Marco Antonio Ponce, fino poeta y gran deportista; Santos Juárez Fiallos, maestro, abogado y escritor; Armando Cerrato Valenzuela, escribe y hace historia de su patria, ganador de varios concursos literarios; Raúl Estrada Discua, artista hecho en México junto con Enrique Galindo y Galindo.

El desfile de hombres importantes por su cultura, por su arte y por las letras, puede seguir indefinidamente, pues Comayagüela, a pesar de ser tan pequeña, encierra una pléyade de hombres ilustres que han sido y siguen siendo gloria de Honduras. Actualmente, se enorgullecen de ser de Comayagüela y enorgullecen a Comayagüela de ser sus hijos.

Comayagüela en el futuro

En esa pléyade de hombres de talento y de espíritu emprendedor, es de donde va a surgir “Comayagüela del Porvenir”, la ciudad grande y poética, arquitectónica y colonial, puerta de entrada de la capital de Honduras.

A Comayagüela le depara un gran porvenir, tiene cultura, tiene belleza y tiene hombres patriotas que desean del pedacito de tierra que les vio nacer; una gran ciudad, donde el trazo de sus calles y la fertilidad de la tierra, la modernización de sus construcciones y el surgimiento cada día de barrios residenciales hacia el sur de la ciudad, está llamada por razones de justicia y de mérito a formar parte de la capital de Honduras.

Mucho falta que decir de Comayagüela y que hacer por Comayagüela. Somos nosotros los nacidos aquí los que debemos poner un granito de arena en el resurgimiento de esta bella ciudad. Del trabajo conjunto de sus hijos, unido a la obra de reconstrucción de la previa Villa de Concepción, que están llevando a cabo las autoridades, saldrá en un futuro no muy lejano la bien llamada “Ciudad del Porvenir”. Por el porvenir de Comayagüela va este trabajo literario, como mi contingente personal a las festividades de la tradicional Feria de Concepción.

Marta Raudales de Midence

La mujer en la universidad*

El acceso de la mujer a las aulas universitarias en Honduras, data del último cuarto de siglo. Antes de esa fecha las mujeres se dedicaban casi exclusivamente a los estudios de magisterio, secretariado y teneduría de libros.

* Marta Raudales de Midence, “La mujer en la universidad”, en Fondo histórico Dra. Martha Raudales en el Centro Documental del Centro de Arte y Cultura de la UNAH.

No es que se prohibiera el acceso de la mujer al estudio de otras profesiones; era necesario romper barreras ambientales, para ingresar a las aulas universitarias; pues mediaban como barrera los prejuicios, la timidez de la mujer ante las opiniones ajenas y la inseguridad de ella misma para hacer frente a un estudio prolongado de mayor responsabilidad, lo que se creía entonces privilegio único para los hombres.

Pero se llegó el día en que alguien tenía que romper todos esos prejuicios y se mostrarse tan capaz como el hombre para triunfar en esfuerzos intelectuales. Esa honra le tocaba a Corina Barahona, quien en junio de 1936 fue la primera mujer que obtuvo su título de doctora en química y farmacia. El aflujo de la mujer en la universidad no se hizo esperar, y un año después cuatro mujeres más recibían igual título que Corina. Hoy en día es la facultad de farmacia la que cuenta con el mayor número de mujeres en sus aulas, y al mismo tiempo mayor número de mujeres egresadas.

En la facultad de jurisprudencia, ciencias políticas y sociales, le corresponde a Ritza Weinauer de Callejas ser la primera el haberse iniciado en los estudios de leyes, habiéndole seguido Alicia Andine. Sin embargo, fue Alba Alonzo de Quezada la primera que llegó a coronar su carrera, habiendo recibido el título de licenciada en ciencias políticas y sociales en diciembre de 1946, siendo ella la primera mujer en llegar hasta la meta. Faltándole solamente el examen para abogada y notaria pública que, hoy gracias al pleno goce de sus derechos ciudadanos puede llegar a llenar todos los requisitos de la ley y ejercer así la profesión con entera libertad. Después de Alba de Quezada, las mujeres estudiantes de derecho, han continuado con su labor estudiantil y ya son varias las que han llenado parte de los requisitos indispensables para la obtención de su título.

En la facultad de ingeniería ha habido varias mujeres que han iniciado los estudios, pero hasta la fecha solamente Irma Acosta Mejía de Fortín ha llegado hasta el final, habiendo otras que están por terminar sus estudios y otras que pronto verán coronado sus esfuerzos.

Los estudiantes de odontología hace pocos años se iniciaron en Honduras, de allí que la primera hondureña graduada en odontología sea la Dra. Rosa Galo de Castillo, quien se graduó en El Salvador por no haber en Honduras una facultad de odontología. Hoy varias mujeres están inscritas en dicha facultad.

En la facultad de medicina Zulema Canales tuvo el honor de haber iniciado sus estudios de medicina habiendo cursado hasta el tercer curso, trasladándose después a México en donde continuo su

carrera hasta el final. Le siguió a ella Alba Aguilar, quien también llegó hasta el tercer curso, habiéndose después trasladado a El Salvador a continuar con sus estudios.

En agosto de 1947, faltando un mes para que se cumpliera el centenario de nuestra universidad, cupo la honra a la que suscribe ser la primera en obtener el título de doctor en medicina y cirugía. Con este núcleo de mujeres de las distintas facultades se fundó en 1942 la sociedad de mujeres universitarias, formada en aquel entonces por estudiantes solamente. Desde 1949 esta institución gremial la integran estudiantes y graduadas. En 1942 el número de estudiantes era alrededor de 21, en 1950 las profesionales eran 25, y hoy en día el número de egresadas de la universidad con sus títulos correspondientes llega a 42, y ostentan con orgullo títulos de doctoras en química y farmacia, en medicina y cirugía, licenciadas en finanzas, en ciencias políticas y sociales, en ingeniería y dentistería.

De las 42 mujeres profesionales con títulos universitarios, cinco son doctoras en medicina y cirugía, una dentista, una licenciada en finanzas, una ingeniera, cinco licenciadas en jurisprudencia y otras cinco en ciencias políticas y sociales; 25 farmacéuticas y dos pedagogas graduadas en el extranjero. Quedando muchas a quienes les hace falta hacer su examen público y que no están incluidas en este grupo.

Hoy en día gracias al decreto del 25 de enero de 1955 emitido por el Sr. jefe de estado don Julio Lozano, las graduadas en derecho, están legalmente facultadas para ejercer libremente su profesión, en igualdad de circunstancias que los hombres, lo que ha venido a abolir la injusta discriminación que antaño privaba de sus prerrogativas profesionales.

Es de esperarse que, con ese afán de la mujer por superarse y ese deseo de triunfar, se llegará el día en que se haga necesario la fundación de la universidad femenina de Honduras. El camino está abierto, y no hay más que seguirlo hasta llegar al triunfo como recompensa a un esfuerzo.

Marta Midence M.D.

Tegucigalpa D. C. febrero de 1955

Declaración

La mujer hondureña rompiendo la tradición y el prejuicio que la relegaba al hogar, a la docencia y a las artes, recientemente ha hollado los corredores y las aulas de la universidad, convencida de

que esto significa un verdadero aporte de la mujer al progreso da Honduras.

La mujer universitaria hondureña, convencida de que enmarcada en el recinto del hogar, circunscrita a la sala de clases o limitada el aprendizaje de las artes, no puede ofrecer un servicio amplio a la sociedad en que vive, y plenamente convencida de sus responsabilidades sociales, educativas y cívicas, considera un deber ofrecer al país su aporte en el mantenimiento de los principios e ideales democráticos en que se fundamentan la constitución, leyes del país y de los organismos internacionales de los cuales Honduras es nación integrante.

La mujer universitaria hondureña, como parte integrante del elemento humano de Honduras, América y el mundo desea hacer uso de los privilegios que la Declaración Universal de los Derechos del Hombre concede a hombres y mujeres en servicio efectivo de Honduras y de la mujer hondureña. La mujer universitaria hondureña preocupada profundamente por el presente y el futuro del país, desea a esta hora manifestar y llevar a cabo sus ideales individuales al servicio de Honduras.

La mujer universitaria hondureña, convencida de que su acción individual fructificará mejor a través de una mutua comprensión y de una acción colectiva, resuelve constituir: la Asociación de Mujeres Universitarias Hondureñas y la adopción de un programa educativo, cultural y cívico al servicio de una Honduras mejor en un mundo democrático.

Estatutos de la Asociación de Mujeres Universitarias Hondureñas

Capítulo I

Creación y carácter

Art. 1. Créese en esta capital una agrupación femenina que se designará oficialmente con el nombre de Asociación de Mujeres Universitarias Hondureñas, cuya labor atenderá siempre al mejoramiento de la mujer hondureña y al adelanto cultural del país.

Capítulo II

De los fines

Art. 2. La AMUH estará integrada de acuerdo con los derechos, obligaciones que establecen los presentes estatutos por todas las graduadas hondureñas de la Universidad Central de Honduras,

Universidad de C.A., universidades o colegios superiores extranjeros, y mujeres que cursen estudios universitarios en la Universidad Central de Honduras y en cualquier universidad extranjera. Art. 3. La AMUH tendrá por domicilio la capital de la república y su organización alrededor de las funciones siguientes:

- 1) Reunir en conjunto organizado a todas las mujeres hondureñas de preparación universitaria y promover el conocimiento, el acercamiento y la protección mutua de las asociadas.
- 2) Estimular el desarrollo cultural de sus miembros y el de la nación en general.
- 3) Estudiar los problemas de la mujer de Honduras y proponer medidas para resolverlos.
- 4) Interesar a los gobiernos en el cumplimiento de las resoluciones aprobadas por los organismos internacionales en relación con la mujer.
- 5) Luchar por la adquisición de plenos derechos políticos de la mujer hondureña y conservación de los derechos civiles.
- 6) Laborar en favor de los intereses generales de la nación.
- 7) Cooperar con los poderes públicos del estado, en especial con el ministerio de educación, en todo lo que tienda al mejoramiento cultural de los hondureños.
- 8) Establecer estrechas relaciones con las asociaciones de mujeres universitarias de los demás países de América.
- 9) Enviar delegadas a las conferencias internacionales de universitarias de los países de América.
- 10) Promover congresos internacionales de universitarias.
- 11) Establecer becas para estudios universitarios.
- 12) Adquirir, organizar, y sostener la casa de la AMUH.

Capítulo III

De los medios

Art. 4. Para la realización de los fines antes expuestos la AMUH empleará todos los medios que las circunstancias le presenten y aconsejan y además los que a continuación se expresan:

- 1) Organizar un programa anual de actividades científicas y culturales útiles a la generalidad.
- 2) Patrocinar conferencias, conciertos, exposiciones de arte y toda clase de actos culturales.
- 3) Difusión de divulgaciones educativas, científicas y culturales, por medio de la radio y de la prensa.
- 4) Fiestas, verbenas, picnics, etc., para adquirir fondos.

Capítulo IV

De las socias

Art. La AMUH estará formada por socias fundadoras, activas o de número, correspondientes y adherentes.

Art. Son socias fundadoras las que hayan aprobado los presentes estatutos.

Art. Son socias activas o de número todas las profesionales universitarias hondureñas.

Art. Son socias correspondientes las profesionales universitarias hondureñas que tengan su domicilio fuera de la capital.

Art. Son socias adherentes las mujeres que cursan estudios en la Universidad Central de Honduras, que hayan solicitado su ingreso y hayan sido aceptadas en la asociación.

Art. Las socias activas que definitivamente trasladen su residencia fuera del asiento de la asociación, pasarán a ser socias correspondientes, y las socias correspondientes que definitivamente se trasladen a esta capital serán socias activas.

Art. Todas las socias gozan por igual de los beneficios generales de la AMUH sus fines y sus medios.

Art. Dejarán de ser socias quienes así expresen su deseo por escrito a la junta directiva.

Capítulo V

De la junta directiva

Art. La asociación para su gobierno, tendrá una junta directiva compuesta de una presidenta, una vicepresidenta, cuatro vocales, denominadas, 1, 2, 3, 4, una fiscal, una secretaria general, una secretaria del interior, y una tesorera.

Art. Los miembros de la junta directiva serán electos por votación nominal para al período de un año en la sesión que la asociación deber celebrar en la primera quincena de marzo, cuando por causas imprevistas no hubiera sido posible elegir la junta directiva continuará funcionando la anterior hasta que se haga la elección pudiendo ser reelectas para un nuevo periodo.

Art. Los derechos y deberes de las socias, lo mismo que las atribuciones de los miembros de la junta directiva, se determinarán en el reglamento interior de la asociación.

Capítulo VI

Del capital y las cuotas

Art. La cuota de ingreso de las socias de la AMUH será de L. 5.00 y la cuota anual será de L. 5.00, que se pagarán al iniciarse cada año de actividades.

Art. Cada socia recibirá de la tesorera un carnet de identificación como miembro de la asociación el que debe ser revalidado cada año.

Art. El carnet de identificación pierde automáticamente su validez cuando la persona deje de ser miembro de la asociación.

Art. Formarán el capital de la AMUH:

- 1) Las cuotas del ingreso de las socias.
- 2) Las cuotas ordinarias que pagarán las mismas.
- 3) Las contribuciones extraordinarias que la asociación acuerda.
- 4) Las donaciones que se le otorguen.
- 5) El producto de fiestas de beneficio.
- 6) El producto de las suscripciones de la revista de la asociación y demás publicaciones.
- 7) Los bienes de la asociación que se adquieren por cualquier título.
- 8) Los fondos que se recauden por otros conceptos no reñidos con el carácter de la asociación.
- 9.) El fondo de previsión social que se acuerde de conformidad con su respectivo reglamento.

Art. Los fondos de la AMUH serán depositados en el ahorro hondureño o cualquiera otra institución bancaria nacional, a la orden conjunta de la presidente y de la tesorera. La tesorera no podrá retener, sin depositar en la institución bancaria antes expresada, una suma mayor a cien lempiras.

Capítulo VII

De las publicaciones

Art. Como uno de los medios para desarrollar su programa cultural y conseguir sus fines, la AMUH editará una revista que se denominará... y hará las demás publicaciones que estime conveniente.

Capítulo VIII

De las penas

Art. Las penas que puede imponer la asociación son: amonestación privada, censura por escrito, eliminación temporal y eliminación definitiva.

Capítulo IX

Disposiciones varias

Art. El fiscal es el representante legal de la asociación

Art. En caso de que la tesorera tenga que ausentarse temporalmente de la capital podrá depositar la tesorería a una persona de su confianza, bajo su responsabilidad.

Art. La asociación no se inmiscuirá en asuntos de sectas religiosas, ni de políticas partidaristas, pero puede tratarlos en el campo filosófico.

Art. La asociación solo podrá ser disuelta por acuerdo de una unidad de las socias activas que residen en la capital el día en que se tome tal resolución. En caso de disolución de la AMUH sus bienes y el capital pasarán a ser propiedad de la Universidad Central de Honduras, para material científico de uso de la misma.

Art. Estos estatutos podrán ser reformados por el voto de las dos terceras partes de las socias, exceptuando el caso del artículo anterior para el cual se requiere la unanimidad, en los términos que el mismo indica.

Art. La AMUH podrá otorgar diplomas, medallas, etc., a mujeres que se hayan distinguido en la ciencia, en las artes, o en la educación y a las que hayan prestado apoyo decidido a la asociación.

Art. En el Reglamento Interior se consignarán las disposiciones que no figuren en estos estatutos y que sean necesarios para el buen funcionamiento de la Asociación.

Art. Los presentes estatutos empezarán a regir desde la fecha de su aprobación, y serán sometidos al conocimiento del supremo poder ejecutivo a fin de que conceda la persona jurídica de la AMUH.

Comuníquese.

Caravana patriótica de las mujeres universitarias

Un reportero de este diario, fue testigo el día de ayer de la caravana patriótica auspiciada por las mujeres universitarias, recorrió las calles de Tegucigalpa y Comayagüela, con el objeto de recaudar alimentos para enviar a los soldados que valientemente están defendiendo la integridad de nuestro territorio nacional.

Era algo emocionante la forma en que el pueblo dio su contribución, las dinámicas universitarias recogieron contribuciones desde un limón hasta un quintal de maíz, una carga de maíz. Las muchachas internas del Instituto de Señoritas fueron muy activas en recibir las contribuciones y se alcanzaban colocando los víveres, latas, frutas etc., en diferentes cajas.

Los carros con que habían empezado el desfile resultaron insuficientes y en el mercado San Isidro se les agregó el Sr. Jorge Kafie quién de la manera más patriótica sin ser hondureño puso a la orden su camión para agregarse a la caravana, por la tarde hubo que pedir más refuerzos y se agregaron dos carros más, los que fueron cedidos por el Sr. Ernesto Paz Alvarado.

Una vez más el pueblo hondureño ha demostrado su amor a la patria y su desinterés por servirla, sobre todo en los actuales momentos en que el pulpo del Somosato quiere extender sus tentáculos hasta el territorio hondureño.

Varias veces los camiones tuvieron que ir a descargar la mercadería, y regresar a recoger otras donaciones. La presidenta de las universitarias la doctora Marina de Mejía, cedió una parte de su casa para ir almacenando todos los donativos, y por la tarde se había llenado una habitación de toda clase de alimentos; por la noche las miembros de la asociación de universitarias se dieron a la tarea de empacar esos productos alimenticios para enviarlos a nuestros valientes soldados.

El entusiasmo de estas muchachas era contagioso y varios niños se dieron a la tarea de ayudar a bajar cajas de los carros los muchachos del instituto nacional, que hoy forman la policía nacional, se dieron a la tarea de patrullar los carros de la caravana y encargarse de buscarles estacionamientos en los lugares próximos a los mercados. Todos querían ayudar, y todos ayudaban.

Los parlantes hábilmente dirigidos por Díaz Zelaya y Leticia Raudales, ayudaron de la manera más eficaz a despertar el sentimiento Patrio hasta en los niños más pequeños, quienes se sentían orgullos de contribuir con una cajita de fósforos, una cebolla, un aguacate, un paquetito de cigarrillos, un pedacito de yuca; en fin, se privaron de sus paletas para ceder esos centavos en forma de víveres para ser enviados a nuestros valerosos soldados. No se recibieron contribuciones en efectivo, y los que se prestaron para contribuir con dinero, se les mandó a comprar lo que ellos desearan y a cambio del dinero contribuyeron con alimentos. Es probable que cuando este diario ande en circulación ya nuestros soldados estén saboreando unos cuantos cigarrillos o refrescándose con jugos enlatados.

Felicitamos a las profesionales y estudiantes mujeres de nuestra universidad, quienes no han escatimado su tiempo para dedicarlo a servir a la patria.

La mujer en la universidad, reseña histórica

El acceso de la mujer a las aulas universitarias data apenas de unos 18 a 20 años. Antes de esa época las mujeres se dedicaban casi exclusivamente a los estudios de magisterio, secretariado y teneduría de libros, el resto de las profesiones no es que estaban prohibidas para la mujer, sino que está se sentía tímida de llegar y poder optar a un título universitario.

Corine Barahona se inició en los estudios de química y farmacia y en junio de 1956, obtiene su título de Dra. en Química y Farmacia, siendo ella la primera mujer hondureña que recibe tan honroso título. Al año siguiente: Julia Ramírez Díaz, Mercedes Varela de Turcios, Eufemia Aguilar y Herminia Matamoros de Vargas obtuvieron igual título universitario. Siguieron a estas últimas Flavia Membreño de Díaz y Eva Ordóñez.

Posteriormente se han seguido sucediendo las graduaciones de mujeres hondureñas en la facultad de Retorta y el Mortero. En la facultad de jurisprudencia, ciencias políticas y sociales le correspondió a Ritza Weinauer de Callejas el honor de haber iniciado dichos estudios, faltándole solamente su examen general para obtener su título de Licenciada. Siguió a esta Alicia Andino quien también terminó sus cinco años de universidad faltándole solamente su examen general.

Fue Alba Alonso de Quesada la que llegó hasta el final de su carrera obteniendo su título de licenciada en ciencias políticas y sociales en diciembre de 1946 siendo ella la primera mujer hondureña que recibiera tal título universitario le siguió a ella Alma Hernández actualmente en Buenos Aires, Argentina, haciendo estudios de posgrado. No ha habido más graduadas en esta facultad, pero si hay actualmente mujeres que siguen dichos estudios.

En la Facultad de ingeniería, ha habido mujeres que iniciaron los estudios, pero que, no llegaron a finalizarlos son ellas: doña Alejandrina Amendola de Andino y Lesbia Andino de Godoy.

Ha sido Irma Acosta Mejía la que ha llegado hasta el final de la jornada, faltándole solamente el examen de tesis para obtener su título de Ingeniero, siendo ella la primera que recibirá dicho título, en los estudios de odontología seguidas en el extranjero, le corresponde la Dra. Rosa Galo Ortiz la primera mujer hondureña, que recibe ese título en la Rep. de El Salvador.

En la facultad de Medicina fue Zulema Caneles la que tuvo el honor de haber iniciado los estudios de medicina, habiendo cursado

hasta el tercer curso en nuestra facultad, y después se trasladó a México en donde continuó estudiando. Le siguió a ella Alba Aguilar habiendo llegado hasta el tercer curso para después trasladarse a San Salvador en donde continuó estudiando, sin haber concluido la carrera.

En el mes de agosto de 1947, recibí mi título de médico y cirujano en nuestra universidad nacional, no habiendo recibido antes dicho título ninguna otra mujer hondureña.

Actualmente hay cuatro mujeres que están preparándose para hacer su examen general y optar por su título de médico y cirujanos ellas son: Olga R., Eva Manhaim, Elena Gabrie y Olga Duarte.

Fue en las postrimerías del primer siglo de vida de nuestra universidad cuando salieron las primeras mujeres con títulos universitarios de las facultades de derecho y medicina. El 19 de septiembre de 1947 celebró la universidad su primer siglo de vida y solamente 9 mujeres habían recibido títulos universitarios en nuestra alma mater.

En el año de 1942 un grupo de mujeres que en aquél entonces llegábamos a 21, y que hacíamos estudios en la universidad nos dispusimos a asociarnos y fundar la Asociación de Mujeres Universitarias en el fotograbado que ilustra este artículo podrá verse un grupo de las que formábamos parte de la AMUH.

El 12 de octubre de 1943 con motivo de una contienda de baloncesto con al entonces Martínez Puentes; llevábamos el uniforme del equipo “universidad” que así se llamaba entonces.

El número de profesionales en aquella fecha egresadas de la universidad era muy limitado y todos de la facultad de farmacia, encontrándose la mayor parte de ese pequeño grupo fuera de la capital. Las actividades de la AMUH en aquel entonces eran más que todo deportivas.

Al año siguiente, cuando sobrevinieron disturbios políticos se declaró el país en estado de sitio permanente y fue prohibida toda clase de reuniones, quedando todas las actividades incluso las deportivas en suspenso. En 1948 los nuevos estudiantes se reorganizaron y no fue sino hasta mi regreso al país en 1949 que los profesionales universitarios residentes en Tegucigalpa que en 1942 formábamos la AMUH cuando éramos estudiantes las que nuevamente dispusimos reorganizarnos y agregar al grupo, la asociación que ya tenían los estudiantes de la universidad.

Las que aparecemos en la fotografía fuimos las que iniciamos la nueva organización de la AMUH el 25 de febrero de 1950. Hoy en día la AMUH está formada por profesionales universitarios y egresadas de nuestra facultad, y de otras facultades extranjeras además de los estudiantes que hacen estudios universitarios.

En 1942 el número de estudiantes éramos 21, hoy en día el número de profesionales universitarios somos alrededor de 25, se deja ver que el número de mujeres en la universidad ha sido progresivamente creciente, invadiendo todos los campos.

De todos los profesionales con títulos universitarios, todos ejercemos libremente nuestras profesiones exceptuando los licenciados que no les ampara la constitución para poder hacerse como abogados y notarios, y así ejercer libremente su profesión. Se deja ver claramente que poco a poco la mujer hondureña fue perdiendo su timidez pronto invadió las aulas universitarias y hoy en día se dedicaron a trabajar en sus profesiones. Es de esperarse que, con ese adelanto cultural de la mujer, se prepara mejor para su desenvolvimiento como miembro integrante de una sociedad civilizada.

Marta Raudales Alvarado

Mélida Fiallos



¡Exámenes! ¿O qué?*

Exámenes en el verdadero sentido de su significación es la prueba evidente del aprendizaje de un niño. Al acercarse el mes final, el mes de las dudas oímos por aquí, escuchamos por allá, el garroteo como vulgarmente se dice en los que frecuentan las aulas. Pero ese garroteo como la mala semilla hace que el niño haga de sus facultades un recipiente, y he ahí que al llegarse “el día de nervios” aquella cartilla que en el transcurso del año no había fallado, empieza a titubear, y si no busca la punta no desenvuelve el ovillo.

Otros, por el contrario, desde que el aula abre sus puertas para recibir un niño, ese niño lleva por emblema el cumplimiento de su deber, al igual que el maestro, y así, entre lección y lección va preparando el terreno para obtener opimos frutos el día señalado a su cosecha; ¡pero... oh decepción! Aquellos exponentes que vienen a formar el cuerpo calificador, ni ellos son responsables de sus actos, y como para darse un lustre se sientan en la cátedra, no a dar “al César lo que es del César”, sino a hacer alarde de su talento, y que, por cuya razón bien les sienta el nombramiento que tan cruelmente están desempeñando. Y esto más, como realce le roban la máscara a Nerón, para que coordine con la máxima de que son estrictos en su deber, y que a nadie promueven por favor; y basados en su egoísmo opacan aquella estrella, que por medio del estudio se había hecho resplandecer en el conglomerado escolar, y ahí tiene la infame calificación que no satisface la aplicación de aquel niño para regalarle la que en propiedad le pertenece a una nulidad solo por el hecho de que es hijo de un amigo proporcionado del cual obtendremos un favor.

En resumen “son muchos los elegidos y pocos los escogidos”, no ensalzar cualidades que no se tienen, pero sí obrar con justicia y nunca por una envidia tratar de cercenar las virtudes y dones con que la naturaleza premió a ciertos mentores de la enseñanza, pues hay que comprender que no todos tenemos el mismo peso en la balanza, ni todos operamos en un mismo campo visual, así pues, son examinadores, pero no hirientes de chispa que nos diferencia unos de otros.

Mélida Fiallos

Febrero de 1938

* Mélida Fiallos, “¡Exámenes! ¿O qué?”, *Excelsior*, año II, n. 14, (31 de marzo de 1938): 14.

La facción de Olancho*

Entre los sucesos históricos de Honduras, uno de ellos, es la facción de Olancho se nos presenta, en los años de 1864 y 1865, como la típica causa de tantos trastornos políticos que por muchos años mantuvieron a nuestro pueblo esclavizado en contiendas fratricidas.

Hace poco tiempo, mientras discurrían tranquilas mis vacaciones en el querido pueblecito de Manto, en una de esas noches frescas y olorosas a exuberante vegetación, tan propias de Olancho eterno, un venerable anciano durante cuyos años mozos tuvo lugar la reyerta de Francisco Zavala Cinchonero y su compañero de malaventuras Bernabé Antúnez, contra las vidas y propiedades de los laboriosos olanchanos, dilatando un poco el alcance de su memoria, me contó que Cinchonero y Antúnez iniciaron su carrera de robos y asesinatos en el litoral de Olancho por antipatía hacia don José María Medina, quien por entonces era el presidente de la república.

Francisco Zavala (a) Cinchonero, a juzgar por los informes del anciano, era astuto y audaz, de buena estatura, trigüeño, barbado abundantemente, su apariencia personal era la de un elegante caballero y aún su carácter, en el trato amistoso, era afable. Zavala sedujo a Bernabé Antúnez, buen mozo, originario de Yocón, para que le acompañara en su acción de rebeldía contra el gobierno de Medina, el cual sería derrocado, según los planes de la facción. Ambos comenzaron por sublevar los ánimos de los comarcanos de Silca, San Francisco de la Paz, Agalta, Gualaco, Cano, Yocón y Manto, con cuyos hombres formaron un pequeño grupo que, luego fue haciéndose grande hasta el punto de obligar al gobierno de don José María Medina a enviar tropas bien equipadas y en regular cantidad al mando los capitanes Xatruch, Varela y Caballero, iniciándose prontamente una serie de peleas de las cuales Zavala y sus hombres podían escurrirse para ir a saquear y vejar otros poblados indefensos. En la mayoría de los pueblos olanchanos, los sufrimientos de sus moradores eran terribles, los bosques aledaños se poblaron de cadáveres, colgando de los árboles en forma de racimos que aun las hambrientas aves de rapiña llegaron a ver con indiferencia ante la gran abundancia de carroña humana. Madres y esposas vieron, en muchas ocasiones, los fusilamientos de sus seres queridos por los facinerosos sin poder exhalar una queja de dolor y mucho menos poder recoger sus cuerpos queridos para sepultarlos cristianamente.

* Mérida Fiallos, "La facción de Olancho", *Boyacá*, año I, n. 10, (julio, 1941): 17.

Olancho fue diezmado en forma cruel, primero por los facciosos y después por las fuerzas del gobierno de Medina que, en su persecución contra los rebeldes, tomaban medidas de represalia en los vecinos de los pueblos de donde eran originarios los hombres de Zavala, obligando a sus familias a internarse en las crudas montañas dejando abandonadas sus casas y sus haberes y los cuales eran saqueados y destruidos por los revoltosos o por las fuerzas gobiernistas.

Las fuerzas gobiernistas, después de haber asestado golpe tras golpe a los hombres de Zavala, lograron aprisionarlo en compañía de su compañero Antúnez y fusilados que fueron, sus cabezas en jaulas de hierro, fueron llevadas a Juticalpa, cabecera del Departamento, en donde con toda clase de demostraciones de júbilo, fueron colocadas en el centro de la plaza pública.

A raíz de este final tenebroso y horripilante de los cabecillas facciosos apareció esta especie de canción, cuyos versos dicen:

En el Portillo Galán
donde Zavala murió,
el pícaro de Espinoza
la cabeza le quitó.

El “gran” Francisco Zavala
murió con dolor tierno,
lo mataron los Coquimbos
en auxilio del Gobierno.

Al capitán Caballero,
lo escaparon de matar,
por providencia de Dios
pudo vivo escapar.

El oficial Murillo
un guerrero muy valiente,
cuando estaba en agonía
llamaba a toda la gente.

Estos pícaros graciosos
son de mucha valentía,
Xatruch ha de venir
trayéndonos garantías.

El alcalde de Gualaco
mucho amaba a su gobierno,
entregó a Bernabé Antúnez,
que ahora está en el infierno.

Y así me voy despidiendo
cogiendo mi carabina;
que muera Pedro Fernández,
pero jamás el presidente Medina.

Mélida Fiallos

La Ceiba, Honduras, julio de 1941

¿Dónde están los nacimientos?*

El tiempo, con sus nuevas modalidades, o, mejor dicho, nuestro espíritu de imitación, ha ido destruyendo algunas de las tradicionales costumbres que, como galardón de prestancia típica, nos dejaron los ancestros, para distintivo de los más nobles y elevados sentimientos, que caracterizan a nuestra raza indígena.

Tal apreciación, nos merece que tomemos en cuenta en este mes del fulgor navideño, cuando el espíritu henchido de entusiasmo se prepara para recibir en íntima alegría, la fecha más gloriosa del cristianismo; esa es la “Nochebuena”. Los hogares, aquellos que en otros tiempos lucían con el encanto artístico de los “nacimientos”, hoy, con la corriente cosmopolita, han abandonado la vieja costumbre, y ya por el alegre ventanal, antes cubierto por un techo de hojas, albergue de la Cuna Bendita, levántase a cambio, el exótico y lujoso árbol de Navidad. Todavía, en el suave recuerdo de nuestra imaginación infantil, nos llega perfumada las muchas veces en que, delirantes de regocijo nos fuimos por los caminos florecidos, en busca de las olorosas manzanas, de las elegantes hojas de piedra, y del musgo humilde, que, verdeando sobre el borde caprichoso de la fuente, era llevado, para contribuir todos, a la divina armazón del legendario nacimiento.

Y no solo esto de la instalación de los nacimientos se perdió con el nuevo modernismo, sino que también, la frase significativa

* Mélida Fiallos, “¿Dónde están los nacimientos?”, *Pan-América*, vol. II, n. 17, (diciembre, 1945): 33.

de Nochebuena, se ha quedado atrás, para sustituirla por la de *Christmas*, un vocablo, que no encaja con la dulzura y sentimiento, que distingue a nuestro idioma.

Hacemos mal en apoderarnos de tales neologismos; con estas innovaciones se va perdiendo todo lo típico que nos hace distinguirnos; dentro de poco ya nada será genuino; procuremos conservar todas las tradiciones vernáculos, que apenas si se les sigue rindiendo veneración y cariño en uno que otro lugar del país, donde todavía el soplo de la nueva civilización, no ha lastimado estas nuestras viejas y santas tradiciones.

Mélida Fiallos

Finca n. 18, diciembre de 1945

Lisandro el muchacho víctima*

Con toda gratitud y admiración, para la revista Atenea, en su primer aniversario de vida

Se llamaba Lisandro, pero, desde muy pequeño, los demás muchachos del vecindario le llamaban Lalo. Era huérfano, cuando apenas había bajado sus pantaloncitos cortos, y daba un no sé qué de piedad, siempre que se le miraban sus ojos, que parecía tenerlos cansados de ver tanta miseria humana; era endeble, y su cuerpo estaba cubierto de harapos.

Cierta vez Lisandro cometió una pequeña falta con la familia que lo recogió a la muerte de su madre, por lo que recibió un fuerte castigo; esto lo hizo sufrir mucho, y allá, apartado en su rincón que le servía de lecho, juró con su alma envuelta en sollozos, emanciparse de aquellos poderes que no le tenían ninguna estimación.

“Me iré —dijo— a buscar trabajo en la Tintorería del Sr. Fernández”, y así fue. Otro día, cuando el sol volvió de nuevo a calentar los valles y las montañas, y los ciruelos se empezaban a cubrir de frutos purpúreos, Lisandro, en el rigor del hambre, sin abrigo, y sin salud, sirviendo de base para levantar el edificio de la horda social capitalista, esperaba, pensativo en una esquina, a que la fábrica, como una loba hambrienta dejara escapar su aullido, para

* Mélida Fiallos, “Lisandro el muchacho víctima”, *Atenea*, año I, n. 10, (noviembre, 1945): 42.

dar paso a una masa de obreros, que todavía, sin reponerse de las fatigas del día anterior, llevaban reflejados en sus semblantes las huellas del cansancio.

Con paso vacilante, y con algo de temor, nuestro joven personaje logró penetrar por el portón de la fábrica que, ennegrecido por el hollín, inundaba el corazón de cierta tristeza, y fue conducido a la sala de espera. Pocos minutos después apareció la figura grotesca del patrón, un sujeto de presencia repulsiva, calvo, y con unas gafas oscuras, que al verlas lo hicieron temblar de pies a cabeza.

—¿Qué deseáis muchacho? —le preguntó.

—Vengo en busca de trabajo —contestó el atolondrado Lisandro.

—Deme usted, por favor, lo que tenga: mire, llevo mis zapatos raídos, y en mis bolsillos, no hay una moneda con que satisfacer el hambre.

Al oírle las palabras suplicantes, aquel hombre de abdomen abultado y de pechera blanca se quedó mirándole de arriba hacia abajo, como si tal tratara de examinarlo. Ciertamente dijo: —necesito un muchacho que se encargue de vigilar las calderas cuando están en el horno, y esto hay que hacerlo de día como de noche; el trabajo lo requiere así.

Desde aquel momento Lisandro entró a formar parte del grupo asalariado de la fábrica. Plantado delante del horno, se quedaba observando como las llamas de color rojo se escapaban por los agujeros, en tanto, que revolviendo con una ancha pala los líquidos de colores, esperaba a que estos estuvieran listos, para sumergir en ellos las gruesas telas que habían de teñirse.

De esta forma, su trabajo continuó. Pocas horas le quedaban para dormir y cuando por las noches, los burgueses derramaban copas en los centros de recreo, Lisandro, cansado por el sueño, estuvo a punto de quemarse en repetidas ocasiones.

Transcurrieron dos años. Los vapores subidos de las calderas fueron poco a poco enrojeciéndole los ojos; en vano compró unas gafas oscuras como las del patrón, y cuando a este le pidió su dinero adelantado para ver un médico, comprometiendo su trabajo, encontró la contestación fría, de no haber dinero para arreglar este asunto. ¿Y su salario? Para qué hablar de él, si era tan precario que apenas le alcanzaba para cubrir una alimentación raquítica, y para el alquiler de un cuartucho todo sucio y desmantelado. No pudo renunciar, era difícil encontrar nueva suerte.

Muy pronto, las largas noches en vela y la escasa alimentación dieron paso a que en su cuerpo desnutrido floreciera la anemia. Estando a punto de provocar un incendio, cuando sus ojos serenos y dulces segaban ya, el pobre de Lisandro, en una mañana clara, como aquella que llegó a la fábrica, fue despedido del taller. La cinta cinematográfica de sus dolencias degeneró en una aguda tuberculosis.

Ciego como estaba, sin abrigo y desamparado, buscó la caridad pública en las puertas de los teatros, junto a los *clubs*, y cuando por casualidad, se acercó al portón del viejo taller que lo convirtió en su víctima, lo que recibió fue la frase grotesca del desprecio.

Una noche de diciembre, una de esas noches despiadadas y gélidas que hacen temblar a los pólices y cubrir de rocío las vidrieras de los balcones, Lisandro, el de la clase desheredada, entregaba su alma al Dios, de quien tantas veces le había hablado su abuelita; a ese Dios que parece se hace invisible a los ojos necesitados de los pobres.

A la mañana siguiente, en medio de la más triste orfandad, su cuerpo fue encontrado, bajo el alero de una estación de ferrocarril.

*Profesora Mérida Fiallos
La incorregible romántica
que deleita con sus versos
y prosas, desde las columnas
de esta su revista Atenea.*

Finca n. 18, noviembre de 1945

Mercedes Laines



Mañana*

Es anhelo supremo del espíritu. Palabra imprecisa. Vago signo interrogativo que en vano tratamos de descubrir en el horizonte de la vida. Luz incierta del cielo del pensamiento. Es el mar desconocido que surcará nuestra frágil embarcación quimérica, rumbo a la tierra prometida, en pos de un ensueño azul, en busca de la otra alma... Fuente melodiosa y milagrosa de encantado sitio agreste, cuyas aguas límpidas invitan a beber la venturosa gloria del corazón.

Mañana... es vida, es flor, es pena de que se marchite la esperanza. Temor y temblor a una racha de infortunio.

Es confianza e inquietud hermanas. Mañana... dolor de los años pasados en sombras, melancolía de haber sido. Y noble aspiración de ser en lo futuro.

Mercedes Laines

25 de marzo de 1916

Quince años*

Cuatro tablas mal clavadas encierran el cuerpo frío de la niña tísica. Es un espectáculo conmovedor. El salón vacío, sin tapices y sin muebles contiene en el centro, aquel humilde catafalco. No tiene velas. Y por todas flores, unas de papel de china, que la tía beata hizo murmurando oraciones; y las del paraíso simbólico plantado a la puerta de la casa.

Los ojos de la yacente vieron la luz celestial a las tres de la madrugada anterior. En el poblado ladraban los perros, y los gallos empezaban a desperezarse en retahíl de cantos monótonos y tristes. Cuando una que otra luz tempranera se advierte por las hendiduras de viviendas rústicas; cuando las sombras que se deslizan dentro están más temerosas porque a esa hora las brujas empiezan a golpear ropas sobre los peñascos orilleros al río, en tanto que la flor de los cielos brilla espléndida...

Por esa hora —para el alba— ya el alma de la virgen iba camino de aquellos...

* Mercedes Laines, "Mañana", *Esfinge*, 2.^a época, n. 13, (1 de abril de 1916): 8.

* Mercedes Laines, "Quince años", *Esfinge*, 2.^a época, n. 14, (15 de abril de 1916): 28-29.

¿Y sabéis cómo murió? Orando las siete palabras. Hizo a la beata que le predijera el paraíso desde el primer período de enfermedad, acercar lecho contra lecho, para cuando llegara la hora de darle un toquecito. No tenía voz, era eco de las cavernas.

Y así como —vidente de la pálida había previsto— a la hora precisa dio un golpe débil... Presto enderezóse la mística, y empezaron las palabras del redentor expirante. Dormitando la una, agonizando la otra, estaban así, a media luz en el límite divino.

El ángel debió mirar luminosidades celestes; debió escuchar las voces de los otros ángeles, al llegar a la quinta palabra, porque fue a terminarla con ellos... “Ni suspiró siquiera —decía la doliente sin lágrimas—: Me dejó en la palabra y se fue como paloma”.

Ahí estaba, transparente, con la boca y los ojos entreabiertos, sonriendo.

¡Dichosa niña! No supo del mal ni del veneno. Solo había experimentado un dolor: la muerte de su madre. La pobrecita desde entonces empezó a toser...

Porque había aspirado el germen funesto en la inconsciencia, besando los labios yertos hasta que la arrancaron del ataúd...

Desde entonces comenzó a toser...

Como sombra pasó por el mundo, y tendida era una sombra. Fue su calvario corto, porque los quince años no dan tregua a la tisis, ni esta a los quince años. Los tejidos tiernos son surcos abiertos a la simiente de la muerte. Y ella no quería privilegio del terrible mal.

Esas cuatro tablas mal clavadas, esa niña dentro como sombra, ese frío silencio. ¿Por qué no impresionan a los presentes? ¿Será porque no vibra el llanto? ¿Será porque la niña sonríe?

No lo sé...

Pero esas tablas encierran algo que no es terreno y que tragará un agujero negro; mucho que fue puro y empieza a descomponerse... No sé.

¿Pero por qué metieron tanta pureza dentro del tosco féretro? Lo formaron de burda tela blanca.

¿Pensarán llevarla a enterrar?

Han tocado a gloria en la iglesia del poblado; repican como en Sábado Santo; suenan a fiesta, es que la llevan.

Desde mi alta ventana, que da al río y al monte, veo el humilde cortejo por la vereda, cuya blancura hace resaltar la grama que reverdeció el invierno; van camino del cementerio.

¿Por qué la llevarán a enterrar?

En la mesa se hubiera extinguido como un perfume...

Acaso pudieron dejarla, salir todo un momento, y volver para solo encontrar las flores.

Mercedes Laines

De noche*

Bajo la luna he vagado como sonámbula escuchando el silencio del viejo parque solitario. ¡Bendito silencio, santa quietud que dicen tantas bellas cosas a mi alma!

Calles caprichosas conducen al centro donde solloza un hilo del surtidor escaso, y no es más el ruido. Hay un pequeño puente reconstruido, bajo el cual —promesa del invierno— correrá muy lento otro murmullo que oír; grutas y enramadas rústicas donde la penumbra y arabescos son toda una fantasía; hondonadas de jardín desierto, el kiosco que es abrigo del jardinero; y la laguna irregular, exhausta —rigores del verano— en cuyo centro se alza el palacio de piedra del emperador alado que rige a conciencia sus dominios.

Más de una vez en el tiempo que no vuelve nunca, viera nadar majestuosamente a las generaciones pasadas del imperio; más de una, manos infantiles arrojaran migas para gozar del encanto del chapoteo instantáneo —lucha por la existencia que nos hiciera sonreír... ¡Inolvidables tardes de crepúsculos encendidos; puestas de sol que fueran altares en la altura, candores de tocarlos al escalar la cima!

Hacia el ángulo noroeste un aire cálido azota suavemente. Faltan follaje, verdor y aromas. Solo dos cintas amarillas —el río y la

* Mercedes Laines, "De noche", *Esfinge*, 2.^a época, n. 15, (1 de mayo de 1916): 52.

carretera— se destacan, pálidas y tristes: la luz ha ido debilitándose.

Retorno al surtidor y al sueño.

Se fue el tiempo... Bendito silencio, santa quietud, que dijeron tantas bellas cosas a mi alma.

Mercedes Laínes

Abril de 1916

El tiesto mustio*

La joven más triste de una tribu errante cultivaba y quería con afecto profundo un arbustito endeble. De tierra en tierra, de clima en clima, al levantar la tienda, lo primero que recogía era el tiesto en que lo había plantado. Echábase a correr con él contra su pecho. Y en la nueva parada, era su primer impulso buscar la fuente, el manantial para rociarlo...

Pero el arbusto se marchitaba.

Ella, su dueño, lo quería tanto que hubiera dado sangre, de la pobre sangre de sus venas para revivirlo. Ella que sentía un extremo aniquilamiento físico y moral a fuerza de penas y fatigas, que sentía su sangre tan débil como la savia del arbusto querido. Este tenía un nombre extraño. Nombre de lejos, de allá de donde procediera la vagabundería. Era más bien un sonido que una palabra. La gitana lo modulaba en el abatimiento de las noches de insomnio y en la tranquilidad de los dulces sueños. Lo pronunciaba como una oración.

Porque le rendía a manera de culto en lo más recóndito de su ser confuso, fervor piadoso en el fondo; amoroso en la intensidad y forma.

Cuando el agua escaseaba moría de sed antes que dejar de regarlo; cuando acampaban en despoblado, a pleno sol, desataba su cabellera para darle sombra.

Inmóvil buscaba encontrarle en vano un destello de verdor; e inmóvil recogía un rayo de esperanza.

Nunca sufrió del mal del desaliento.

* Mercedes Laínes, "El tiesto mustio", *Esfinge*, 2.^a época, n. 25, (1 de octubre de 1916): 298.

La gitanería imbécil le hacía burlas...

Pero ella, con el anhelo en su alma, sostenida por el Ideal, vio algún día reverdecer las hojitas mustias...

Y entonces. Solo entonces, sintió los pasados quebrantos y lloró de alegría.

Mercedes Laínes

Natural*

Fuerza del sol del mediodía en una tierra ardiente. La hierba tostada reverbera, oleadas de calor sofocante sacuden la arena fina del camino transitado a todas horas. Un viandante rendido, con hambre de sombra ve los montes azulados, opacos, distantes como sueños de imaginación enferma; y se acoge a la sombra del primer árbol. Un golpe de campana seco y brusco; luego un toque acompasado —señal de muerto—. ¿Quién será? El viajero se levanta y va a continuar su camino; pero el viento le arrebató el sombrero y tiene que regresar a recogerlo.

Unos hombres traen algo negro. Vienen jadeantes y sudorosos; se ve que desean echar pronto la carga a tierra. Otros caminan a cierta distancia, indiferentes y sin prisa. Van todos a enterrar; pero el muerto no les importa. Como al que volvió por un capricho del viento; como a todos los que encontraron, como el pueblo hacia cuyo camposanto se encaminan.

¿Quién será? Nada más. Un muerto, nada más.

Mercedes Laínes

Nocturno*

Eran las últimas noches de invierno. Otra estación llegaría en breve; ya susurraba el viento. Gotas efímeras caían sobre los tejados, amados por frágiles bajo tanta lluvia, amados porque en los meses rigurosos fueron mi horizonte visible.

Altos y bajos, cual estatuas humanas, sus líneas interminables de pequeñas tejas rojizas y negras estaban todas a la altura de mi

* Mercedes Laínes, "Natural", *Esfinge*, 2.^a época, n. 41, (20 de mayo de 1917): 2.

* Mercedes Laínes, "Nocturno", *Esfinge*, 2.^a época, n. 56, (1 de enero de 1918): 1062.

estancia. Solo alternaban las oquedades de los patios, las ramas de algún árbol frutal, y el plumero verde oscuro de la añosa y elevada gravilea, vecina y compañera de sueños en otro tiempo.

Se mecía el gran plumero triste, como adorno de ataúd encima del techo más largo; se mecía al viento que comenzó a gemir... Se distinguía en la penumbra, movable y lánguido, sintiendo...

¡Inolvidable penacho de un árbol viejo!

La luna, hermosa y fuerte de luz, ascendió rápidamente. Llovía y parecía que nevaba. Unas palomas atraídas por la claridad abandonaron el nido, se impregnaron de atmósfera y al revolar fueron camelias vívidas que se perdían...

Llovía y parecía que nevaba.

Y aquellas gotas efímeras y la impresión del paisaje desconocido de alguna tierra helada tenían por fondo mi sensibilidad dolorosa, el azul engañoso y una ondulación remota de sombras.

Mercedes Laínes

Flores y golondrinas*

...Durante el día abríanse las flores y al fin de la jornada comenzaban a morir con suavidades exquisitas, con aromas expirantes, cual si de sus marchitos colores se desprendiesen adioses olorosos.

E. y J. de Goncourt

Éranse unas tristes flores marchitas abandonadas a la vera del camino. Muchas debieron ser cuando frescas, que así mustias era tan grande su volumen que al percibirlas a distancia parecían un montón de cenizas.

En efecto, si las que ostentan los más bellos y vivos colores al secar son grises, ¿qué otro tono que el ceniciento de alas de paloma torcaz tendrán a su muerte las violetas? Y de ellas las había a manojos en esta fosa, al aire libre, de flores.

* Mercedes Laínes, "Flores y golondrinas", *Ateneo de Honduras*, año IV, n. 39, (1 de agosto de 1922): 1363-1364.

Quejábanse unas a otras acongojadas por el desamparo en que repentinamente se encontraban sin haber dado para ello motivo alguno. Pues no hicieran otra cosa que embellecer y perfumar cuando la savia circulaba rica en sus tallos y corolas, y ser humildes y conformes después... Que así guardadas en una bolsa de seda hubieran querido convertirse en polvo. Quién las abandonará de tal suerte quizá no tenía corazón.

—Nosotras —decían las rosas— fuimos espléndidas, y tan sensibles que al contacto del agua cambiábamos de colores... Pero sabíamos que nuestra fugacidad encendida era para un alma femenina lo que el aire para su vida; aromábamos un espíritu y nos sentíamos orgullosas al ser inmoladas a él.

—Yo —gimió un clavel troncado— signifiqué incienso puro. El color es lo de menos. Uníamos algo más que vosotras porque nosotros no nos deshojamos...

—¡Ignoráis —sollozaron unos delicados pensamientos— lo que es culto ferviente entre las satinadas páginas de un breviario de amor!

Aparte y en silencio estaban las rosas mariscal, de nombre altivo y sensitiva realeza, por su tez de Virgen Dolorosa, por su palidez y blandura de cirio ardiendo ante el altar; porque brotan desvanecidas, como enfermas de suavísimos olores y las violetas...

Pero... sabéis que estas quisieran ocultar su aroma delicioso.

Ya la tarde caía soñolienta en su almohada prendida de estrellas; más el prolongado crepúsculo, abarcando todavía gran parte del cielo, proyectaba sutilmente hacia el lugar donde las cuitadas flores exhalaban sus últimos adioses. En esto, tímida bandada de golondrinas descendió a reposar envuelta en rosados tules. Oyéronse aleteos y trémolos de arrullo. La naturaleza se enmudeció profundamente en un suspiro...

Ello fue que, al iniciarse el alba, las viajeras reconocieron el campo y gorjearon salmos de alegría...

Al remontar el vuelo llevaban en sus picos, por el éter grandioso, ondeando en los espacios, allá para sus nidos, haces de violetas, manojos de claveles, sartas de pensamientos... y rosas, rosas...

Mercedes Laínes

La última violeta*

*La última violeta de la
tarde empezaba a
deshojarse.*

Villaespesa

Amiga mía: Te han dicho que el color violeta simboliza desgracia; y aún agregas nombres propios, nombres de mujeres encariñadas con el color lila, que no tienen, sino motivo para ser desdichadas: no lo creas. Quien dice lila dice flor; que flor, perfume. Sonríe a las flores, aspira a los perfumes, y nunca olvides el plácido atardecer del día de hoy, la tarde lila de un día de noviembre el que al influjo de la brisa yodada y de suaves cuanto dulces emociones hemos vivido muchas vidas intensas; recuerda que otra vez hemos sido niñas como en ando en mi vida no había, sino tristezas ilusorias y fantasmas del desengaño; como cuando de mis dedos ágiles, entonces se desprendían las *Nubes Rosadas* y el *Amoreuse de Berger*, para endulzar tus oídos; piensa en el crepúsculo agonizante que miramos atónitas a bordo del “Honduras”, mientras la inmensidad de abajo tomaba las tonalidades de la mentira de arriba.

¡Tarde lila, mar violeta profundo, sentirse niña... recobrar la juventud!

Si la flor del recuerdo —marchita alguna vez— aviva sus colores para añorarte los rápidos días porteños en la más riente de las islas tuyas y mías; si el esfuerzo de imaginación compenetra el espíritu sutil que unido al mío sentí pleno de las bellezas del instante, comprenderás entonces, cómo la enorme violeta del cielo, deshojada lentamente sobre el mar, simbolizó felicidad para tu amiga, la muerta —juventud los diecisiete años— dicha cierta como cuando las desilusiones son fantasmas e ilusoria la tristeza.

Mercedes Laínes de Blanco

18 de noviembre de 1913

* Mercedes Laínes de Blanco, “La última violeta”, *Regeneración y Prosperidad*, año I, n. 3-4, (septiembre-octubre, 1930): 66.

Paisajes de los ríos*

Paisajes de los ríos de mi tierra, evocadores paisajes de manso caudal; remansos azules, ¡límpidas corrientes cantarinas inspiradoras de rimas y romanzas! Evocadores parajes que exornan las riberas de los ríos, árboles corpulentos entrelazados por lianas cariciosas, raíces que beben la vida en profundidades purificadas; umbríos follajes, nidos, saucedales que desmelenan sus ramajes sobre las linfas que los reverdecen.

¡Ríos, llanos, garzas y oropéndolas! Playas arenosas de los ríos expandidos, garzas morenas, blancas y rosadas —figulinas gráciles de tardo volar. Suaves y blandas playas, arenales de seda en la sombra y en la brisa; inclementes arenales a todo sol, guijarros y piedras finas, espinas que torturan los pies del que busca un sorbo refrescante y puro.

Paisajes de los ríos en invierno, de los riachuelos engañadores que arrasan cuanto encuentran a su paso; corrientes de aguas caudalosas que llenan llanuras y toman por asalto sosegadas campiñas; mustios paisajes en las comarcas por donde las lluvias han pasado imperantes y devastadoras.

¡Sombreados y acogedores paisajes de los ríos maternos! Vado ancho por donde el campesino echa sus reses a nado y se lanza él mismo confiado y vigoroso a ganar la opuesta orilla; pozas peligrosas que explora el atrevido muchacho en busca de aventuras, confiadas pozas de limpio fondo, Honduras de leyenda, pasos, rápidos que señalan jornadas, agua balsámica que refresca y limpia el polvo de los caminos. Caminillos, viviendas, huertos, platanales en lo que canturrea la quebrada invernal: pozos de agua zarca rodeados de piedras y maleza, ropa blanca que se seca al sol...

Llanos, aire blando de las frondas a la vera del río; veredas doradas por el sol de la tarde en las sábanas amarillas aromadas de espinos florecidos; “arreboles de púrpura lejanos” que copia el agua en la llanura, cauce dormido en la hora crepuscular. Alturas donde el agua musical y juguetona salta entre las lajas, huellas de pies descalzos que sugieren figuras entrelazadas como una dulce y conocida historia de amor. Cascada escondida en idílico paraje, chorro blanco y atronador, soberbio tanque de estructura caprichosa, agua helada y espumante champaña de la selva donde se embriagan las mariposas y los caballitos de alas irisadas bailan el rondó de la creación...

* Mercedes Laines de Blanco, “Paisajes de los ríos”, *Crisálida*, año II, n. 29-30, (30 de octubre de 1934): 2.

¡Paisajes amados y soñados de mi tierra maternal!

Mercedes Laínes de Blanco

Tela, 1934

Último sueño romántico*

Romántica idea la del Dr. Wilson Popenoe la de llevar los despojos de su amada compañera a dormir el último sueño en la floresta de Lancetilla —el valle que ella amó tanto— al arrullo de los pájaros canoros, de las brisas montaÑeras, bajo los cielos límpidos del antiguo valle, en el silencio y en el misterio de la naturaleza...

Ideal de un alma romántica, nota sublime de un corazón vibrante de amor y de dolor en la hora de la separación violenta cuando todo invitaba a los esposos de selección, a la vida, al encanto del hogar con niños, a la lucha y al estudio compartido ampliamente con todo el espíritu y con todo el cerebro...

Romántico desfile de motocarros, silencioso y lento sobre la línea estrecha que conduce al valle de ensueño a donde fueron tantas gentes a ver y admirar la obra del hombre estudioso, hermano de los árboles, de las plantas y conocedor de sus secretos, el Dr. Popenoe. Camino que recorriera a menudo con ella, la compañera intelectual, incansable rebuscadora del oro de la leyenda y del diamante de la historia... Desfile inmensamente desolador en esta tarde del final del año, porque él iba solo entre la multitud de acompañantes, porque ella iba yerta en su caja cubierta de flores.

Lugar de ensueño —la pequeña altura bordeada de árboles frondosos llenos de nidos y de trinos—; nemoroso lugar predestinado para que en él descansara la que en vida fue doña Dorothy H. Popenoe, dama ilustre con cuya presencia se honrará Honduras... Agreste paraje lleno de ensueño al cual ascendió la comitiva con la caja que guardaba un tesoro, por las sendas humedecidas por el llanto del valle que se estremeció al verla llegar...

Romántico sueño el último suyo, pero un sueño jamás concebido por ninguno todavía. Descanso que los dioses quisieron concederle

* Mercedes Laínes de Blanco, "Último sueño romántico", *Alma Latina*, vol. II, n. 26, (1 de febrero de 1933): 13.

temprano, demasiado temprano... arrancándola de los brazos amorosos que la retenían, de las caricias de sus pequeñuelos, de su obra apenas comenzada.

Obra humana y divina de esposa y madre, obra intelectual de mujer avanzada en ideas y en ideales, truncada toda en un momento...

Realidad, sin embargo, que así despiadada, dura e inexorable como lo es la fuerza de la muerte, ha caído por ventura sobre un árbol lleno de savia... El padre que queda más atado que nunca a la vida y a la naturaleza por las raíces profundas de los hijos de su amor.

Mercedes Laínes de Blanco

Tela, vigilia del año 1933

Mercedes Soto



Morazán, jefe de Estado de Honduras y presidente de la Federación*

El general Morazán, después de haber derrotado al coronel Justo Milla, en la batalla de La Trinidad, el 10 de noviembre de 1827, ocupó Tegucigalpa y Comayagua haciéndose cargo enseguida de la Jefatura del Estado de Honduras como presidente del Consejo Representativo, y vicejefe fue nombrado don Diego Vigil: ambos tomaron posesión el 27 de noviembre del mismo año.

Dedicóse primero el Gral. Morazán, a restablecer las rentas del país y a organizar el ejército, que tanta gloria debía darle más tarde, con el que defendió a su patria, ya que Manuel José Arce se había propuesto alterar la paz. Como se viera en la necesidad de salir de Honduras, dispuso dejar en su lugar al vicejefe Vigil, y él se dirigió primero a Choluteca, en donde reunió mil cuatrocientos hombres entre hondureños y nicaragüenses, y partió a territorio salvadoreño, llegando al pueblo de Lolotique a orillas del río Lempa.

Invadió a El Salvador con sus tropas, para auxiliar a los salvadoreños, sitiados en su capital por las fuerzas federales guatemaltecas, y como el coronel Domínguez, jefe del batallón de guatemaltecos, le hiciera resistencia, se libró un reñido combate cerca del Lempa en la hacienda de Gualcho el 6 de julio de 1828, en el que, a pesar de que el Gral. Morazán se vio casi perdido por la falta de artillería, su pericia le ayudó mucho y obtuvo un completo triunfo.

Durante la ausencia del Gral. Morazán, los opotecas se habían insurreccionado contra el régimen establecido, entraron a Comayagua donde cometieron toda clase de violencias, por lo que se vio obligado a regresar a Honduras para calmar a los revoltosos.

Luego que pasaron estos sucesos, se preparó para su segunda invasión a El Salvador, con el objeto de arrojar las tropas federales que hacían la guerra; hizo capitular a un grupo de guatemaltecos, y marchó después a San Salvador, donde fue recibido con mucho entusiasmo.

En territorio salvadoreño, organizó un ejército de más de dos mil hombres entre salvadoreños y hondureños, pasando enseguida a sitiar a Guatemala, el 15 de febrero de 1829, se dio el primer ataque, y después de algunos combates, logró ocupar la ciudad, mediante una capitulación el 12 de abril de 1829. Arce, presidente de la

* Mercedes Soto, "Morazán, jefe de Estado de Honduras y presidente de la Federación", *Revista Honduras*, año I, n. 5, (15 de mayo de 1928): 3-4.

República de Centroamérica, se había separado temporalmente de la presidencia, sustituyéndole el vicepresidente don Mariano Beltranena, cayendo a la entrada de Morazán, este permaneció en Guatemala hasta el 25 de junio, en que se hizo cargo de la presidencia de Centroamérica, don Francisco Barrundia.

El general Morazán tuvo que regresar a Honduras porque se habían sublevado los pueblos de Olancho y Opoteca, lo mismo pasaba en Nicaragua; logró pacificar los pueblos hondureños y no tuvo necesidad de ir a Nicaragua, porque Dionisio Herrera había logrado obtener completa paz.

En junio de 1830 se practicaron las elecciones de autoridades federales, apareciendo tres candidaturas: la del general Morazán, la de don Francisco Barrundia y la de don José Cecilio del Valle. Barrundia, presidente provisional de Centroamérica en esa época, no ambicionaba la presidencia constitucional, por el contrario, prefería la elección en el Gral. Morazán; Valle anhelaba ese puesto; y sin disputa, era el llamado a ocuparlo dada su gran ilustración. Morazán tampoco trabajaba en su favor, pero tenía mucho prestigio como guerrero.

En junio, se hizo el escrutinio, teniendo mayoría Morazán; designaron el 15 de septiembre para la toma de posesión; pero luego pensaron que ese día era destinado a festejar la independencia y resolvieron transferir al día siguiente.

Morazán se encontraba en Honduras dedicándose a hacer algunas reformas en los diferentes ramos de la Administración Pública, cuando fue llamado de Guatemala para que tomara posesión de la presidencia. Le sustituyó en la Jefatura del Estado, don José Santos del Valle; y él se marchó a Guatemala, haciendo su entrada el 14 de septiembre, por la tarde, entre las aclamaciones del pueblo...

Nuevos horizontes sonrieron a la patria, con la presidencia del Gral. Morazán; se dieron en ese tiempo, leyes para combatir la ignorancia, estableciendo una academia; las industrias fueron protegidas y se decretó la libertad de imprenta. Fue siempre fiel conservador de la Constitución que había jurado respetar y sumiso a las leyes; pero a pesar de todo, el partido conservador, caído, trataba de triunfar nuevamente. El Gral. Morazán se vio obligado a ir a El Salvador, en donde, después de varios combates con los salvadoreños, logró penetrar a la capital derrocando al jefe José María Cornejo, en 1832.

Habiéndose vencido su período presidencial en 1834, se practicaron nuevas elecciones, saliendo electo don José Cecilio del Valle, pero como este muriera, fue reelecto el general Morazán. En 1839 terminó su segundo período, terminando también la República Federal de Centroamérica.

Mercedes Soto

Idea de la soberanía nacional: manera de proceder para su conservación y defensa*

Se entiende por soberanía nacional, a la facultad que tiene cada nación para establecer la forma de gobierno que estime conveniente, y dictar las leyes que deben regir todos los actos de los asociados. En virtud de la soberanía, las naciones pueden también resolver todos los problemas relacionados con su vida.

La libertad, esto es, la autonomía de los pueblos, es consecuencia de la soberanía. Esta es territorial y extraterritorial. Es territorial la que se ejerce entre los límites del territorio, que la ley determina. La extraterritorial es la que considera como propiedad del territorio de la nación, al domicilio de los agentes diplomáticos en el extranjero y a los buques de guerra de su pertenencia.

Como el Estado es uno, uno es también la soberanía. Los estados confederados tienen una soberanía subordinada, cuando se trata de los asuntos relacionados con la federación, pero son independientes en su organización interna.

Nadie debe ni puede atentar contra la soberanía de un pueblo, porque es inviolable; es también inalienable porque no se puede traspasar, esto es enajenar o vender; y es imprescriptible, porque no puede perderse en beneficio de otro, alegando prescripción.

Para conservarla es necesario: establecer relaciones armónicas con las demás naciones, nombrando agentes diplomáticos que mantengan esta armonía social; siguiendo todas las reglas de cortesía internacional; admitiendo la nación, las leyes de los otros países, siempre que no afecten el orden público, ni las buenas costumbres; procurando conservar la paz y la tranquilidad interior y exterior de la nación. Establece también la nación para mantener

* Mercedes Soto, "Idea de la soberanía nacional: manera de proceder para su conservación y defensa", *Minerva*, año I, n. 1, (noviembre, 1934): 5-6.

su soberanía, el ejército, para lo cual se crea las rentas y su presupuesto con que se ayuda a su debida organización y sostenimiento.

Cualquier acto de una nación para con otra, que no se sujete a las reglas diplomáticas, será tomado como un atentado a su soberanía. Según la Constitución, Honduras considera como un atentado a su soberanía, la intromisión de un Gobierno extraño en sus asuntos interiores; y su soberanía nacional reside esencialmente en la universalidad de los hondureños.

Son actos atentatorios para la soberanía todos los que tienen por objeto ultrajarla, tales como: cercenar su territorio, implantar un principio de autoridad ajeno a la nación, prohibir el sufragio; y en general todo lo que tienda a hostilizar la soberanía absoluta.

Cuando se presenta alguno de los casos mencionados, se procederá a librar comunicaciones corteses por medio de los ministerios correspondientes. Después se acudirá a los medios diplomáticos, tales como: la “mediación”, que consiste en que una nación se ofrece para poner en paz la discusión; “conciliación”, esto es, el establecer entre los países en litigio, un convenio en que den fin a las discordias; y el “arbitraje”, que es el sometimiento del asunto a la resolución de un juez nombrado por las partes.

Agotados todos los medios se llegará por último a las armas, declarando la guerra a la nación ofensora.

Se entiende por guerra a la reivindicación de nuestros derechos por medio de la fuerza. La guerra puede ser ofensiva y defensiva. Es ofensiva cuando se lleva a vindicar un derecho; y defensiva cuando va a defender un derecho vulnerado por la nación.

Mercedes Soto

Ofelia Mendoza de Barrett



Problemas de relaciones internacionales que los maestros deberían saber*

Posiblemente más de alguno de mis lectores exclamara “¡Pobres maestros!”, que hasta en diplomáticos nos quieren convertir. Pero si meditamos un poco sobre la gran responsabilidad de los educadores como guías de la juventud, llegaremos al convencimiento de que los asuntos mundiales no son exclusivos para los diplomáticos, sino parte integral de la vida individual y colectiva.

Por consiguiente, si la escuela ha de ser un factor efectivo en el mejoramiento individual y social sus programas deben contener la información de los acontecimientos de actualidad.

Los maestros y, especialmente los de secundaria y universitarios, debemos atacar justa e inteligentemente los problemas que mueven al mundo; estudiar sus causas, posibles consecuencias y medidas defensoras que individuos y naciones deben tomar de acuerdo con las circunstancias en que se encuentran.

Una investigación completa abarca población, condiciones económicas, sociales, psicológicas, éticas, filosóficas y geográficas, cuya fusión es la matriz de los conflictos que como corrientes impetuosas están arrastrando la humanidad a un caos abrumador.

Este estudio puede reducirse a la respuesta de las siguientes preguntas:

Primera. —¿Cuáles son las tendencias y las fuerzas reales y decisivas cuyo conocimiento es necesario interpretar a través del curso de la escena mundial?

Segunda. —¿Qué clase de interpretaciones deben darse a estos hechos, principiando de la primaria hasta llegar a la universidad?

Tercera. —¿Qué actitudes y conocimientos deben formar parte de la preparación de cada ciudadano consciente?

Para entender y discutir dichas preguntas es indispensable el examen minucioso de cada uno de los acontecimientos que están teniendo lugar en todo el globo. Nosotros nos limitaremos a analizar la marcha del Japón, tomándolo como ejemplo imperialista.

* Ofelia Mendoza de Barrett, “Problemas de relaciones internacionales que los maestros deberían saber”, *Asociación Nacional de Cronistas*, vol. I, n. III, (31 de diciembre, 1938): 4-24.

Un estudio de la historia de los acontecimientos más sobresalientes de los últimos cuarenta años muestra claramente la inexorable extensión del Japón sobre el Oriente desde 1895.

Los pasos de avance de una región después de otra siguen el mismo modelo usado por Inglaterra, Alemania, Francia, Holanda, Bélgica y demás países europeos en el siglo XIX.

Cuando Japón se sintió tan fuerte como sus maestras, las naciones europeas, intrigó en la Manchuria, Peiping,¹ Shanghái, Nanjing y en la Mongolia para hacer necesaria su intervención en los asuntos domésticos de estas regiones. Luego colocó emperadores que le sirvieran de pantalla, como Henry Puyi de Manchukuo; suprimió gobernadores, censuró editores, periodistas y escritores nativos; extendió su propia propaganda y crió conflictos internos y fronterizos como un pretexto para la intervención forzosa. Y últimamente, a base de fuerza armada conquistó las regiones apetecidas y aún continúa su empresa destructora en la China, con la esperanza de obtener el dominio absoluto de Asia y, si es posible, del mundo.

Este ligero esbozo de las prácticas japonesas nos da una idea clara de las características del imperialismo de las naciones fuertes sobre las débiles.

Por un período de varios años los negociantes japoneses adquirieron minas y tierras, establecieron fábricas, plantas eléctricas, ferrocarriles y otros medios de comunicación, y así, lenta, pero firmemente, se establecieron en las regiones codiciadas. Las víctimas hicieron un esfuerzo por rechazar la invasión, hubo guerras comerciales y políticas; pero finalmente el más fuerte dominó al más débil.

El gobierno japonés protestó públicamente contra la resistencia de los nativos, mandó comisiones investigadoras, hizo reclamos y valiéndose de argumentos, adulaciones, persuasiones y amenazas de fuerza armada obligó al gobierno menos fuerte a someterse.

Ocurrieron incidentes militares creados especialmente por el ejército y marina imperialistas. Entonces los usurpadores prepararon la opinión pública para que aceptara su intervención como algo justo e indispensable.

Los ejércitos invasores bombardean ciudades y después de terminar con millares de vidas inocentes imponen un gobierno que favorezca sus ambiciones.

1. Beijing.

¿Cuáles son las causas que impulsan al Japón, Alemania, Italia y demás países imperialistas a faltar al respeto de los derechos individuales y nacionales de sus víctimas?

Indudablemente el insaciable deseo de preponderancia económica que trae como consecuencia lógica el poder político, militar y el prestigio mundial. Como el factor económico es la fuerza motriz, es natural que detrás del gobierno estén los poderosos banqueros, industriales y comerciantes, buscando una oportunidad para ensanchar sus negocios en los países retrasados que ofrecen amplios campos de explotación, puesto que poseen abundante materia prima para el desarrollo de sus industrias, un mercado para vender sus productos manufacturados y habitantes inexpertos que se conforman con la prosperidad momentánea y superficial de sus pueblos.

Esta incomprensible trama económico-política, de las grandes potencias engendra millares de complejos problemas que reclaman nuestra atención, siendo el más sobresaliente de toda la efectividad de la cooperación internacional dirigida por la Liga de las Naciones.

¿Qué es lo que ha hecho y qué es lo que puede hacer?

Observando el teatro de los acontecimientos mundiales nos encontramos con que las tendencias económicas predominantes en el siglo XIX continúan tal cual estaban antes del establecimiento de la Liga. Mientras que las condiciones actuales son muy distintas a las de aquella época. Los viejos días de continentes vírgenes han terminado, estado de los dominios ingleses, también ha sufrido transformaciones y la unidad económica del Imperio se ha desintegrado.

El desarrollo del sistema mundial de comunicaciones instantáneas —como la radio, el aeroplano, el rápido intercambio de publicaciones y el mejoramiento del servicio terrestre y marítimo— están creando una nueva mente pública. Hoy, desde el país más civilizado hasta el más retrogrado se encuentran arrollados por dos corrientes contrarias que confunden y desequilibran los pueblos. Una de ellas es el sentimiento humanitario de paz y operación internacional y otra la del nacionalismo egoísta e inhumano que acrecienta los prejuicios raciales y religiosos para fanatizar las masas y llevarlas a la conquista de los pueblos indefensos.

¿Cuál debe ser la actitud de la juventud ante tanta confusión e inseguridad?

He aquí la necesidad de que el maestro entienda de los movimientos mundiales, a fin de que esté capacitado para encausar las nuevas

generaciones por la corriente que la justicia y la razón indican.

Por más de diez mil años la lucha del hombre por obtener el poder se ha basado en estos dos problemas:

Primero. —¿Quién debe controlar y poseer la propiedad?

Segundo. —¿Quién debe controlar el gobierno?

Hoy los confundimos diciendo fascismo o comunismo. En realidad, el fascismo y el comunismo son opuestos en lo concerniente al control del gobierno y la propiedad. Para que los maestros podamos opinar conscientemente debemos estudiar y abordar justa e inteligentemente ambos problemas.

Ofelia Mendoza de Barrett

La Comisión Interamericana de la Mujer y su labor internacional*

La Comisión Interamericana de Mujeres fue concebida en el cerebro de un centroamericano, Máximo Soto Hall, en la 5.^a Conferencia Internacional Americana, celebrada en Santiago de Chile.

Máximo Soto Hall, que participaba en dicha conferencia como embajador de Guatemala, propuso a sus colegas que la Unión Panamericana llamase a colaborar a la mujer. “Múltiples experiencias han demostrado que las mujeres —dijo él en lo social, en lo intelectual, en lo científico, en lo artístico, en lo literario y aún en lo político—, son capaces de desempeñarse con la misma eficiencia que los hombres”. Y con la galantería propia de un diplomático añadió: “y en algunas ocasiones lo aventajan”.

Estimuladas las mujeres de América con esta justa moción prepararon el terreno propicio para que la Comisión fuese creada en la 6.^a Conferencia Internacional Americana, celebrada en La Habana en 1928. La Comisión Interamericana de Mujeres nació con carácter de órgano consultivo de la Unión Panamericana, fue prorrogada por la VI Conferencia de Montevideo, establecida con carácter permanente por la VIII Conferencia de Lima en 1938, e incluida entre las instituciones que integran la Unión Panamericana, por la Conferencia de Chapultepec.

* Ofelia Mendoza de Barrett, “La Comisión Interamericana de Mujeres y su labor internacional”, *Mujer Americana*, tomo 1, n. 1, (marzo, 1947): 4-6.

La Comisión tiene su sede en el edificio de la Unión Panamericana, en Washington, D.C., y está formada por veintiún delegadas oficiales, representantes de las veintiún repúblicas americanas. Las delegadas son nombradas por sus respectivos gobiernos por un período indefinido.

Las funciones de la Comisión son las siguientes:

1. Trabajar por los derechos civiles y políticos, económicos y sociales de la mujer de las américas.
2. Estudiar sus problemas y ayudar a resolverlos.
3. Gestionar ante los Gobiernos el cumplimiento de las resoluciones aprobadas en las conferencias internacionales relacionadas con los intereses de la mujer.
4. Responder a todas las consultas oficiales que se le sometan.
5. Actuar como organismo coordinador de las actividades interamericanas de las instituciones interesadas en el progreso de la mujer.
6. Establecer cooperación con el Consejo Económico y Social, con la Comisión de Derechos Humanos, con la Comisión sobre el estatus de la Mujer y con todos los demás organismos de las Naciones Unidas que se relacionan con los objetivos de la comisión.
7. Mantener vinculaciones con todas las organizaciones femeninas internacionales.
8. Enviar informes al Consejo Directivo de la Unión Panamericana sobre las principales actividades que se hayan desarrollado en relación con el trabajo de la Comisión.
9. Informar a las Conferencias Internacionales de los Estados Americanos, por intermedio del Consejo Directivo de la Unión Panamericana, sobre los problemas que a su juicio deben ser considerados y sometidos a resoluciones que tiendan a resolverlos.

Como se ve en las funciones enumeradas, la labor de la Comisión es sumamente amplia y requiere la cooperación eficiente de cada uno de los americanos que aspiren a la prosperidad de América. Los objetivos y funciones de la Comisión no aluden a que la mujer es superior o inferior al hombre, ni que es ella la que salvará la humanidad del caos en que se encuentra, sino que, como un principio elemental de justicia humana, la mujer tiene derecho a compartir con el hombre todas las

responsabilidades que requiere la superación de la humanidad.

En algunos países, como el nuestro, la mujer se ve obligada a no cumplir con algunos de sus deberes porque carece de los derechos que le abrirían el paso hacia el progreso. Por ejemplo, en Honduras a la mujer más capacitada y eficiente se le niega el derecho de ciudadanía, que se le da hasta al hombre más degenerado e ignorante. ¿Cómo puede la mujer hondureña formar ciudadanos conscientes y capaces de sentir la responsabilidad social si a ella no se le permite el derecho de la ciudadanía? ¿Cómo puede la mujer hondureña interesarse por la emisión y mejoramiento de la legislación social que tiende a proteger al niño, al anciano, al desvalido, al enfermo, al ignorante y al obrero si ella no tiene derecho a compartir con el hombre en los asuntos públicos? Así como el hombre y la mujer forman pareja para la conservación de la especie humana, han de marchar unidos para la constitución de la vida social.

Realidades firmes están golpeando las dos puertas de América a favor de la actuación de la mujer en la vida pública del mundo. La felicidad como el progreso no pueden ser exclusividad de un sexo. Tal vez el progreso de la humanidad se ha visto hasta ahora privado de la mitad de sus recursos por no haber querido admitir a la mujer en ciertos cometidos, olvidando que la mujer como un ser biológico tiene las mismas necesidades que el hombre y como un ser humano que no las mismas inquietudes espirituales, intelectuales y sociales.

Por 19 años la Comisión ha venido luchando tesoneramente y obtenidos triunfos trascendentales para la causa de la mujer en el orden social, civil, económico, legal, político y cultural.

A la brillante actuación de la presidenta de la Comisión, la señorita Minerva Bernardino, delegada de la República Dominicana y de la vicepresidenta de la Comisión, la señora Amalia Castillo de Lendon, delegada de México, en la Conferencia Interamericana sobre los problemas de guerra y de la paz, debemos las mujeres de América las resoluciones y recomendaciones firmadas a favor de la causa femenina.

Estas resoluciones comenzarán a tener carta de ciudadanía en cada nación cuando se reglamenten los principios jurídicos que habrán de incorporar a la mujer a la vida pública de los países en los que aún no ha sido incorporada. En cuanto a Honduras, se refiere a las cuatro resoluciones de Chapultepec concernientes a la mujer, deben ser el objeto de nuestros estudios y esfuerzos a fin de que puedan figurar entre las primeras leyes que dicte nuestro Congreso Nacional.

No satisfecha la Comisión con los triunfos obtenidos por la mujer de América en Chapultepec continuó su eficiente labor en San Francisco.

La presidenta y vicepresidenta de la Comisión y las delegadas de Brasil, señora Bertha Lutz, obtuvieron de sus delegaciones que presentasen una enmienda conjunta a las proposiciones de Dumbarton Oaks y el resultado fue la inclusión de la mujer en la Carta de las Naciones Unidas. También la delegada de Uruguay, Isabel Pinto de Vidal, presentó una enmienda tendiente a dar participación a la mujer en plano de igualdad con el hombre.

La delegada de Brasil también presentó otra propuesta refiriéndose a la creación de las comisiones de mujeres para preparar un estatus civil, político y económico de la mujer en Europa y Asia, a fin de abolir definitivamente las discriminaciones aún existen por razón de sexo. La presidenta de la comisión apoyó esta propuesta haciendo notar la actuación que la Comisión Interamericana de Mujeres ha tenido en América desde su creación, y cuanto ha trabajado para que le sean reconocidos a la mujer todos sus derechos.

La eficiente participación de estas delegadas en las deliberaciones de Chapultepec y de San Francisco se debe, en gran parte, a que las justas aspiraciones y derechos de todas las mujeres del mundo se hayan concretado en declaraciones, recomendaciones y resoluciones que coronaron su éxito con la inclusión con que establece definitivamente la igualdad de derechos de hombres y mujeres no solo en su preámbulo, sino que en todos sus principales capítulos y artículos.

Su preámbulo dice: “Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas, decididas a reafirmar la fe en los derechos humanos fundamentales, en la dignidad y el valor de la persona humana, en los derechos iguales en los hombres y de las mujeres y de las naciones grandes y pequeñas hemos resuelto adoptar esta carta de las Naciones Unidas, por consiguiente, creamos una organización internacional que será conocida como de las Naciones Unidas”.

En el capítulo I, Art. 1. Objeto y principios, se lee: “El objeto perseguido por las Naciones Unidas es: llegar a la cooperación internacional promoviendo y estimulando el respeto por los derechos humanos y por las libertades fundamentales para todas sin distinción de raza, sexo, idioma o religión”.

En el capítulo III, Art. 8. Organismos: “Las Naciones Unidas no pondrán restricciones a la elegibilidad de hombres y mujeres que participaren en cualquier capacidad y bajo condiciones de igualdad en sus organismos principales y subsidiarios”.

En el capítulo IV, Art. 13. Sección I, Asamblea General: “La Asamblea General iniciará estudios y hará recomendaciones con el objeto de: promover la cooperación internacional en el campo económico, social, cultural, educacional y de sanidad y ayudar a la realización de los derechos humanos y de las libertades fundamentales para todas sin distinción de raza, sexo, idioma o religión”.

En el capítulo IX, Art. 55. Cooperación económica y social internacional: “Teniendo en cuenta la creación de condiciones de estabilidad y el bienestar, las Naciones Unidas promoverán el respeto universal y la observancia de derechos humanos y libertades fundamentales para todos sin distinción de raza, sexo, idioma o religión”.

Art. 56. “Todos los miembros se comprometen a cooperar ya sea por actos individuales o en conjunto con la Organización para alcanzar los propósitos enumerados en el Art. 55.

En el capítulo XIII, Art. 76. Sistema Internacional de fideicomisario. “El objeto básico del sistema de fideicomisario deberá ser: promover el respeto por los derechos humanos y por las libertades fundamentales para todas sin distinción de raza, sexo, idioma o religión”.

Ante estas afirmaciones, tanto la Comisión como las mujeres de Honduras podemos estar seguras de que nuestro Congreso Nacional nos otorgará los derechos políticos que no nos han sido recaídos. No dudamos que un democrático espíritu de justicia animará a nuestros legisladores, quienes dictarán las leyes que modificarán la situación de la mujer en nuestro país, de acuerdo con el espíritu y la letra de las cartas de Chapultepec y San Francisco.

Ofelia Mendoza de Barrett
Delegada de Honduras a la Comisión Interamericana de Mujeres

Olga



Carta de una inteligente mujer hondureña*

Querida Graciela:

Con gran interés he leído tu artículo “El Sufragio Femenino en Honduras”, y por ser este un tema nuevo y de gran trascendencia para nuestro país, me permito, en primer lugar, felicitarte, y en segundo, charlar contigo para expresarte mi humilde manera de pensar en este asunto.

Ya era tiempo de que a la mujer hondureña le llegara su hora de renovación. Ella como sus hermanas las europeas y norteamericanas, tiene igual derecho de participar en la solución de los graves problemas nacionales. Pero para llegar a esto necesita, ante todo, unirse, crear asociaciones en todo el país para cambiar ideas y conocerse mejor; fundar bibliotecas y periódicos; leer mucho, y así llegar fuerte al sufragio.

No creo que la totalidad de las mujeres hondureñas esté actualmente capacitada para entrar de lleno a tomar parte en la política; antes debe cultivarse y preparar también a nuestros hombres, es decir, al pueblo en general.

Debemos, ante todo, crear un nuevo tipo de mujer hondureña. Nada de imitaciones. Dejemos a Rusia, a Francia y a Norteamérica. Cada una de estas naciones ha creado su tipo de mujer conforme sus necesidades sociales. Es bien sabido por todos lo que la guerra influyó en la renovación de la mujer en estos países. Pero acá entre nosotros, los problemas son distintos. Las modalidades de la mujer hondureña, en este aspecto, deben corresponder a las especiales características del medio. Nuestra mujer debe renovar su espíritu sin despojarse de esa dulzura y pureza que le ha creado fama fuera de nuestro país.

A propósito de las cualidades clásicas de la mujer hondureña, un caballero norteamericano me decía hace poco: “La mujer hondureña está poseída de un espíritu casi infantil; es honrada y de sanos principios. En su hogar es toda sacrificio. De los divorcios que aquí se dan, en el noventa y nueve por ciento de los casos, tienen toda la culpabilidad los hombres”.

Y así es en verdad. Nuestras mujeres no están contaminadas de la corrupción de otros países. Por eso debemos trabajar de modo que al mismo tiempo que se va a la reivindicación femenina estas

* Olga, “Carta de una inteligente mujer hondureña”, *Alma Latina*, vol. II, n. 31, (1933): 16.

cualidades no desaparezcan. Nuestro tipo de mujer debe ser fuerte en sus luchas, audaz para abrirse paso al porvenir, valiente para elevarse sobre los prejuicios, siendo siempre en el fondo la mujer dulce esposa, amante y madre cariñosa.

Ahora bien, la política en nuestro país es un mar de cieno en el que se debaten las pasiones más asquerosas del género humano. Aquí cada cuatro años se desarrolla una campaña de odios feroces digna de las tribus más salvajes del África. Lo que en estos últimos tiempos hemos visto no tiene comparación. Por la ambición del poder y del lucro, nuestros hombres llegan a despojarse de sus mejores atributos. Aquí hemos tenido oportunidad de ver a profesionales, hombres preparados intelectualmente, metidos en su casa sin trabajar cuatro años, ocupados únicamente en intrigas, contrayendo deudas a diestra y siniestra, en espera de que triunfe su candidato para caerle a un empleo y vivir entonces lujosamente, haciéndose de una bonita fortuna para holgar los cuatro años siguientes.

Las mujeres que hemos tenido la mala suerte de haber visto de cerca a estos politiqueros hondureños, nos hemos sentido realmente asqueadas, y satisfechas de no tener que participar en las contiendas políticas de nuestro país. Por eso antes de trabajar por el sufragio femenino me parece más práctico desarrollar una campaña tenaz a fin de fundar asociaciones femeninas en todo el país, que impartan ideas renovadoras, que combatan nuestras lacras sociales y políticas, y abonar así el terreno para llegar a cosechar el fruto del sufragio femenino en Honduras.

Todo esto, Graciela, le ha sugerido la lectura de un editorial de *Alma Latina* a tu amiga afectísima.

El Progreso, 24 de octubre de 1933

“Olga”

Olimpia Varela y Varela



Por los fueros femeninos*

El problema femenino palpitante, que Graciela Bográn ha explanado con maestría sobre las páginas de su revista, ha hecho vibrar de entusiasmo patriótico de sacrosantos anhelos al corazón de la mujer hondureña.

La genial escritora ha insinuado la idea, muy loable, de que la mujer ponga su pluma al servicio de su causa. Ha querido que el llamado “ser débil” sume sus fuerzas alrededor de ella misma. Que exponga sus ideas, sus opiniones, y sus anhelos sobre tópicos que le conciernen muy de cerca. En suma, Graciela Bográn ha enarbolado, sutilmente, sin pretensiones y alardes, el estandarte magnífico de una lucha cívica que promete ser la más hermosa cruzada por la reivindicación femenina, que se haya registrado jamás en nuestros canales patrios.

¡Bien haya la valerosa mujer que, sabedora de su fuerza auténtica, de su intrínseco valer y presintiendo el momento propicio, labora enérgicamente, ¡descollando por sobre los prejuicios lugareños y abriendo el dique de sus ideas libertarias! ¡Llor a la altísima mujer que así oficia en los sagrados altares de la patria!

¿Sufragistas? No; mil veces no. Y será muy sensata la mujer que no discuta sobre el derecho “indiscutible” que ella tiene de ejercer el sufragio en su país, ¿para qué? No es tiempo aún.

El ejercicio de ese derecho no es, en los tiempos que corren, una necesidad primordial para la mujer. Huelga el concepto de que ella, alternando en las luchas políticas de la actualidad, ofrecería un espectáculo por demás indigno, y después de todo, los resultados de su cooperación en este caso serían, por causas demasiado ostensibles, subversivas para los intereses nacionales.

Creemos que, lo que la mujer hondureña necesita, imperiosamente y sin dilaciones, es una preparación científico-social (si cabe el concepto) que la capacite ampliamente para alternar con el hombre, no en las odiosas y denigrantes luchas de los partidos políticos, sino en las lides dignificantes de la cultura y del saber.

Y, ¿quién ha de colocar a la mujer hondureña en esa posición ventajosa que precisa? Esperar auxilio, sería pueril y contraproducente. Es ella misma; ella, la que construirá, escala por escala; la que edificará pacientemente, desplegando, para tan alta finali-

* Olimpia Varela y Varela, “Por los fueros femeninos”, *Alma Latina*, vol. III, n. 33, (enero, 1934).

dad, las fuerzas insuperables de su espíritu, hecho ya al cruento batallar de la vida.

Ella, que está palpando, dolorosamente, las necesidades y desventuras de su sexo —que está sufriendo las desventajas de su propia inferioridad— que está soportando, a su alrededor, una voz humillante y casi unánime que la califica de “incapaz” para ejercer con dignidad sus derechos políticos.

Bien: esta voz que podría ser “deprimente”, será un “estímulo”; esta opinión que podría ser un “lastre”, será un “acicate”.

La mujer que haya sentido encenderse su frente de rubor al oír tal aseveración; la que no se conforme con ser considerada casi como un objeto, un ser negativo en el concierto de la vida político-social de su patria, esa mujer, comenzará hoy mismo la ruta de su liberación.

Esa mujer reclamará, insistente, la visita de diarios y revistas, concurrirá asidua, a las conferencias y a los parlamentos, a las bibliotecas y a las academias. Requerirá la lectura sana, provechosa, edificante, preparándose previamente una guía o directriz de sus estudios; y estos estudios le darán indudablemente un conocimiento y un criterio recto y seguro sobre complicados problemas sociales, para cuya feliz solución, ella aportará entonces el contingente, quizá valioso, de su labor personalísima.

No es aventurado creer que, una vez conquistada esa posición, todo lo demás le vendrá a la mujer añadiduras como rezan las bíblicas escrituras; cargos públicos, ejercicio del sufragio, etc.

Y creemos además que, al llegar a esa etapa victoriosa, el hombre mismo, que hoy milita en las filas opuestas al credo feminista, será el primero en estar al lado de la mujer y aún acaso en proclamar sus derechos.

Hemos podido observar que el hombre es por naturaleza generoso y que gusta de alternar con la mujer inteligente y cultivada, lo que prueba es su conocimiento a las virtudes y méritos femeninos, díganlo si no, las apreciaciones elevadas y justísima a un núcleo de caballeros hondureños, ha tributado en estos momentos por la prensa, a ese otro grupo de mujeres hondureñas que constituyen el más valioso exponente de la cultura femenina en nuestro suelo.

Podemos asegurar que en la mujer hondureña hay suficiente materia prima para echar los cimientos su propia regeneración; porque —reiterando conceptos— lo que la mujer hondureña necesita, por el momento, no es precisamente su acceso a las urnas electorales,

sino su puesto en las verdaderas y honrosas justas patrióticas en las que como en las simples y a la vez elevadas normas quijotescas ella glosará: “Por su Dios, por su patria y por su honor”.

Hay derecho, pues, a esperar y confiar en un futuro halagüeño para la finalidad de la inquietud ambiental en el radio femenino. Hay razón para creer que nuestros ideales cristalizarán no muy tarde, en espléndidas y provechosas realidades para bien, no únicamente de la mujer, sino para bien de la humanidad.

Olimpia Varela y Varela

Yoro, enero de 1934

La obra educativa ante el futuro de América*

Nunca como hoy ha sido tan imperiosa la necesidad de formar conciencia de responsabilidad en las masas sociales. Nunca tan impostergable la obligación de cimentar baluartes en la soberanía de nuestras instituciones y a la integridad nacional, como en el expectante momento que vivimos; porque jamás, quizá, los valores espirituales del mundo habían sido tan rudamente amenazados por la arbitrariedad y la violencia, por el pretendido dominio de la fuerza bruta...

Pero, ante la soberbia y la audacia con que se yergue insólita la absurda fuerza amenazante en las tierras de allende los mares, otra fuerza de características diametralmente opuestas, plena de las más bellas normas sustentadoras del derecho, de la justicia, de la razón y de la concordia universal, alza radiante su faz prometedora en el cielo americano, con un nombre de simbolismo subyugante: la democracia.

Y, ¿dónde afianzar los cimientos incommovibles de ese baluarte de importancia tal, que habrá de decidir sobre el destino de todo un mundo? ¿De dónde desenvolver, con proyecciones hacia el futuro, esa obra dominadora, capaz de trocar el curso de la hecatombe amenazante? ¿Dónde prender la chispa que encenderá las luces de la aurora? ¿Acaso en el severo gabinete del estadista, en el complicado laboratorio del sabio, en el sagrado púlpito del sacerdote convencido, o en la alta tribuna del líder exaltado? Tal

* Olimpia Varela y Varela, “La obra educativa ante el futuro de América”, *Sinergia*, vol. II, n. 12, (septiembre, 1941): 271-272.

vez, más bien, en un recinto más humilde y que es, no obstante, todo eso: cátedra y tribuna, laboratorio y capilla. Ese recinto es la escuela, porque esta institución, que orienta aptitudes, desenvuelve aspiraciones, despierta conciencias y forja ideales, es, por consecuencia lógica, la llamada a inspirar y orientar el ideal democrático, que es, en su esencia intrínseca, la *idea-mater* dentro de la corriente evolutiva de la época.

En consecuencia, la escuela debe desenvolver su papel cooperante en la solución de este problema político social, inculcando fuertemente en el espíritu de la colectividad infantil, el conocimiento del principio democrático, desde su origen, fundamentos, finalidades, para infiltrarles a la vez el deber de conservar su imperio, tras la consolidación de sus bellísimas cristalizaciones: la integridad del suelo patrio, la soberanía de las leyes, la armonía de la humanidad.

Y la escuela, de tal forma colaborante en la solución de tan vasto problema social, de tal manera participe en obra de tanta magnitud, llenará ampliamente uno de los más nobles postulados de la nueva educación: el desenvolvimiento de la personalidad de los educandos, por la acertada orientación en el aprendizaje de sus deberes y derechos, como de su responsabilidad ante los mismos. Porque solo la personalidad, en la más amplia y cabal acepción del vocablo, es capaz de señalar rutas ciertas en la incansable búsqueda de las realizaciones altruistas tras el bien universal.

La escuela será pues, la forjadora eficaz, la cinceladora paciente y hábil sobre la escultural belleza del ideal democrático, de esta sin igual doctrina de perfeccionamiento y armonía, cuya de simiente, lanzada ya al surco fecundo del suelo de América, habrá de esparcirse universalmente. Porque ya lo dicen a una voz todos los cerebros pensantes del mundo americano: “su destino es ese”: unificar en idénticos ideales de concordia, de amor y de paz a todas las naciones del globo. Puente de unión: eso es el continente americano, la tierra del porvenir, la promesa del futuro, “El Continente de la Luz” que soñara Martí.

Y los maestros de toda América, respondiendo solícitos al llamamiento moral de su gran apostolado —soldados voluntarios en las luchas del pensamiento— se alistan ya en las filas de la campaña reivindicadora, con la convicción profunda de que su cooperación directa en el drama espiritual sobre el campo de las ideas, frente al drama material sobre el campo de batalla, habrá de asumir necesariamente, las gigantescas proporciones que reclama el porvenir de América.

La Ceiba, septiembre de 1941

Visión de la hora centenaria*

Suena la hora centenaria de una vida en su martirio. Fulgen rayos de leyenda sobre el mármol de una lápida; rondan alas de apoteosis junto al marco de esa tumba; y una sombra se levanta, estremecida, de las rejas del misterio, de ultratumba...

Suena la hora justiciera de la historia. ¡Vibra en tonos de epopeya y en raudales de lirismo funerario, porque hay gasas enlutadas en los símbolos sagrados y caen lágrimas ardientes de reproche y de recuerdo sobre el suelo entristecido de la patria, acongojada!

Y ante el fúlgido aleteo de la gloria, en la fecha centenaria, ¡de rodillas está el alma nacional de Centroamérica, enlutada!

Es que hay una dualidad justificada en la fecha que recuerda la caída del caudillo; simbolizan la tragedia de su vida las coronas del martirio y los fastos de la gloria.

¡En el cívico desfile de recuerdos de esta hora, hay rumores de tragedia y clamores de victoria! ¡Es un símil de Odisea la epopeya que se evoca en esta hora centenaria! ¡Porque siempre los que fueron elegidos y encendidos en ideas libertarias, llevaron hacia sus labios, como Sócrates antaño, con fervor de alucinados, la amargura de la copa del dolor y el desengaño!

Y por eso cayó el héroe. ¡Y por eso, bajo un hórrido huracán de incomprensiones, abatió sus alas recias —solitaria y fatigada— la altiva águila caudal y se hundió trágicamente en las nubes purpurinas e inmortales de la gloria!

Pebetero de recuerdos, de alabanzas y plegarias es el alma colectiva de la tierra americana, en la hora centenaria de la sombra bendecida; del guerrero improvisado, del apóstol encendido y del héroe visionario, que dejará el tesoro de su obra malograda, a las fuertes juventudes del mañana, que dejará la vehemencia de su ideal por las luchas libertarias, por las puras democracias, por la unión de las naciones, a la brava y ardorosa, a la hidalga y valerosa juventud americana.

Mas la gloria del minuto centenario nos sorprende, confundidos y angustiados, ante el ronco retumbar de los cañones, el incendio y el bramido del furor totalitario...

* Olimpia Varela y Varela, "Visión de la hora centenaria", *Sinergia*, vol. II, n. 12, (17 de septiembre, 1942): 15.

Apaguemos ese fuego, sofoquemos ese ruido y gitemos con la voz estremecida: “¡Morazán, sombra adorada!” otra vez vuelve a nosotros con tu genio y con tu espada, a “enseñarnos a ser uno”, a enseñarnos a sentir las armonías de la unión espiritual, a formar entre las filas sacrosantas del ideal. ¡Por la patria, por la raza, por la unión universal!

¡Mientras tanto, contemplemos ese fúlgido aleteo de la gloria, en la fecha centenaria, cuando el alma nacional de Centroamérica, está en pleno de rodillas, enlutada!

¡Suena la hora centenaria de una vida en su agonía! ¡Suena la hora justiciera de la historia! ¡Fulgen rayos de leyenda sobre el mármol de un sepulcro! Rondan alas de apoteosis, junto al mármol de esa lápida una sombra se levanta, estremecida, de las rejas del misterio, ¡en ultratumba!

Olimpia Varela y Varela

El Panamericanismo en Chile y su influencia en Honduras*

Dedicado a la profesora Cristina de Gómez

Entre los países latinoamericanos que han efectuado acuciosa labor panamericanista, Chile va a la vanguardia. Un fuerte anhelo de solidaridad y cooperación, palpita en el alma nacional chilena y su obra de cultura interamericana se extiende con tan vivo afán de confraternidad, que viene a constituir este país, entre los de Hispanoamérica, un verdadero paradigma de hispanoamericanismo.

Andrés Bello, fundando la Universidad de Chile, foco de luz dadivosa sobre América, y el presidente Aguirre Cerda, permitiendo y auspiciando la difusión de la cultura entre la clase media de Chile (los pipiolos), pusieron los cimientos de la civilización democrática en la República de Chile, con proyecciones potentísimas sobre todo el suelo de Hispanoamérica.

Y de esta manera, Chile, que fuera otrora república aristocrática, por obra de abolengos raciales de tan profundas raíces de ancestros, que hasta sus primitivos labriegos —paradójica ostentación— colgaban

* Olimpia Varela y Varela, “El Panamericanismo en Chile y su influencia en Honduras”, *Atenea*, n. 3, (enero, 1945): 2.

títulos nobiliarios en las paredes de sus chozas hacendarias. Fue transformada en república democrática, por labor tesonera de una pléyade de maestros y escritores vanguardistas, verdadera falange revolucionaria, propagando doctrinas de real sentido humano, hasta dar a las juventudes, la orientación eficaz hacia la noble finalidad democrática: la convivencia de la familia humana dentro de una común plataforma de justicia y acción.

Es así como, por su vasta labor cultural, Chile se levanta hasta un plano de tan genuina civilización, que la capacita para servir de norma a todas las naciones de Latinoamérica. La difusión de la cultura chilena en América ha sido vasta y trascendental. El Gobierno de este país, estableciendo el otorgamiento de becas a jóvenes extranjeros, hace la más grande y noble labor interamericana. La Universidad de Chile, abriendo sus puertas a los hijos de América, se sublimiza en gesto inequívoco de avanzado acercamiento continental.

En Honduras la obra panamericanista de Chile, ha tenido resonancias provechosas. La difusión de la cultura chilena en este país ha sido grande y noble. El Gobierno de Honduras, bajo la administración del Dr. Marco Aurelio Soto, tuvo el acierto de enviar a efectuar estudios de especializaciones profesionales a la Universidad de Chile a varios jóvenes sobresalientes de aquella época: Luis Landa, Pedro P. Amaya, Esteban Guardiola, M. F. Barahona, quienes tornaron a su patria con un caudal precioso de ilustración al servicio de la juventud hondureña.

Posteriormente, Honduras tuvo la dicha de recibir la influencia renovadora de la educación chilena, de manos de dos destacados mentores de aquel país: el profesor de Estado don Manuel Soto, primero, y la de igual título, Srta. María Orfilia Lagunas Vargas, después; aún vibra en el espíritu de los discípulos de aquellos pedagogos la fuerza espiritual de su palabra y de su acción. Las alumnas de la Profa. María Orfilia Lagunas Vargas, se caracterizan por un ánimo vigoroso, emprendedor, lleno de confianza en sí mismas, complejo de superioridad, que de tan sabia manera supiera infiltrarles genial educadora chilena, Srta. Lagunas Vargas.

Cristina H. de Gómez —realizando obra cultural en Honduras, con la energía, decisión y firmeza que le son peculiares—, es en sí un vivo ejemplo de la obra plasmada vigorosamente por la ilustre educadora chilena.

En época muy reciente fue también a empaparse en las corrientes vivificantes de aquel gran país, especializándose en estudios sobre Cultura Física, el hoy profesor de Estado en este ramo educativo,

don Luis B. Gómez. A lo que debemos la gran renovación de la educación física en la actual Escuela hondureña.

Resumiendo, nuestro breve estudio efectuado en honor a la distinguida escritora, Cristina H. de Gómez, vemos que el Panamericanismo ha sido efectivo en la nación chilena y que, en consecuencia, justo es tributarle admiración y reconocimiento, muy especialmente por lo que a Honduras le ha correspondido en dicha amplia labor de confraternidad americana. Nosotras, sintetizando nuestra palabra y prodigándole a Chile el aplauso merecido, lo efectuamos haciendo nuestras las conceptuosas y elevadas ideas del distinguido intelectual, abogado Lucas Raúl Chacón, cuando dice: “No hay en América una intelectualidad más dadivosa que la de Chile; ninguna que siente más hondo y más puro el anhelo de solidaridad”.

Y vaya en estos momentos para la talentosa profesora Cristina H. de Gómez, nuestra compañera en ideales, un voto de admiración por el panamericanismo que realiza, rindiendo homenaje al recuerdo de su maestra, la Srta. María Orfilia Lagunas Vargas, en su reciente organización ateneísta, con lo que hace ardiente labor de acercamiento fraternal entre Chile y Honduras.

Olimpia Varela y Varela

La Ceiba, enero de 1945

Leyendas y tradiciones de la ciudad de Yoro*

Por Olimpia Varela y Varela

Visiones maravillosas en el Cerro Encantado

La caseta fantástica

En una espléndida tarde primaveral, mientras los pájaros desgranaban las musicales perlas de sus trinos, desde las florestas del Cerrito Encantado o del Mal Nombre y el céfiro vespertino, susurrando entre los ramajes florecidos, impregnaba el ambiente de frescura y de aromas silvestres, dos niños de corta edad, en compañía de su padre, regresaban de su hacienda El Agua Blanca.

* Olimpia Varela y Varela, “Leyendas y tradiciones de la Ciudad de Yoro”, *Par-América*, 16, vol. II, n. 13, (julio-noviembre 1945): 4-14.

Al pasar frente al Cerrito, el padre se apartó de ellos para ir en busca de un animal vacuno que por aquellos sitios se le había extraviado, no sin antes recomendarles que lo esperasen ahí mismo, orden que los muchachos obedecieron recostándose sobre la grama que, como una verde y mullida alfombra extendíase densamente a lo largo de la extensa planicie de El Pantano.

Dialogaban los niños y contemplaban la belleza del paisaje, cabe las faldas del cerro, cuando, repentinamente, una visión fascinante, multicolor y llamativa como una creación cinematográfica tecnicolor se ofreció a sus ojos.

Frente a nosotros, en las propias faldas del cerrito y a una distancia como de cuadra y media, lo más —dice el Dr. Alejandro Hernández S. (uno de los dos niños espectadores de la extraordinaria escena)— vimos una especie de caseta de donde salían y entraban, sucesivamente, varias personas diminutas, de ambos sexos, muy bien vestidas, algunas sobre cabalgaduras lujosamente enjaezadas.

Todos daban muestras de intenso regocijo: reían, gesticulaban y, dirigiéndose a nosotros, nos llamaban por señas, con gran insistencia; pero no les atendimos, sino que nos quedamos tal como estábamos, recostados y observando detenidamente sus movimientos alrededor de la misteriosa caseta. Rápidamente la visión desapareció; en esos momentos llegó nuestro padre y continuamos la marcha.

Lo más extraño —dice el Dr. Hernández— fue que, ni al reunirnos con papá, ni al llegar a casa, contáramos lo ocurrido; pareció que de nuestras mentes se hubiese borrado, por encanto, el recuerdo de la misteriosa aparición. No fue, sino como dos días después que recordamos el pasaje y lo referimos en casa. Recuerdo que mamá nos dijo, sentenciosamente: “Ya ven; tengan cuidado, que de repente se los puede llevar el diablo”.

Como se ve, el caso extraordinario que referimos es auténtico y de fecha reciente, pues el Dr. Alejandro Hernández S., es joven y reside actualmente en la ciudad de Yoro, al lado de su madre y hermanas, en tanto que su hermano Fermín, el otro niño espectador de la referida escena, falleció prematuramente, en 1930, y su padre, don Silverio Hernández, el 13 de abril del presente año.

La jirafa infernal

Otra aparición fantasmagórica, de horripilante aspecto, en las proximidades del cerro del Mal Nombre. Siempre estas apariciones tenían la peculiaridad de ofrecerse a los niños que ocasionalmen-

te, o por costumbre, vagaban por el campo y acertaban a pasar por el cerrito. Tal, el caso siguiente:

Un niño de corta edad, fuertemente dominado por el instinto de emigración, vagaba siempre a lo largo de ríos y bosques aledaños, sin que castigos, amenazas ni consejos maternos bastasen nunca para contrarrestar aquel poderoso impulso instintivo para el que únicamente hubiesen sido eficaces los modernos medios psicopedagógicos encausadores de los instintos infantiles, por sendas provechosas de incalculable alcance educativo.

Pues bien: este niño, en una de tantas correrías por el campo, pasaba por los alrededores del cerrito mencionado, cuando, de repente, un extraño animal, parecido a una enorme jirafa, con una especie de bonete rojo, apareció a su lado. Cabe suponer el horror del muchacho vagabundo al correr espantado, a través del campo, en busca de auxilio, esforzándose en vano por alejarse del animal, pues este, sin correr, sino que, a pasos lentos y largos, iba siempre a su lado y mirándolo.

Por fin llegan frente a una casa y el muchacho se precipita hacia ella, salvando la cerca y gritándoles a las personas que allí había: ¡Mírenlo, mírenlo! Pero en aquel instante, ya no era un animal el que aparecía frente a la cerca, sino un hombre de extraño y horrible aspecto, todo él rodeado de alambres enrojecidos como llamas envolventes... Y los de la casa no lo miraban; tan solo el niño continuaba asediado por la macabra aparición. Lleno de pánico, fue imposible que quisiera aventurarse a regresar a la ciudad; la dueña de la casa, doña Josefa de Cárdenas, lo acompañó hasta muy cerca del poblado.

Este es otro caso auténtico y de época contemporánea, pues el niño en cuestión vive aún para contarle, él es don Olegario Varela h., hermano mío, y reside también en Yoro.

“El Hereje”, fantasma nocturnal

Corrían los primitivos tiempos de la Villa de Santiago de Yoro, había huido el sosiego del seno de la población yoreña; un horror invencible robaba el sueño y la tranquilidad de sus habitantes, porque, en altas horas nocturnas, un horrible espectro se paseaba por el pantano, acercándose y alejándose con ruido infernal, ante el pavor creciente de los vecinos.

A la llegada del misionero Subirana, contáronle el macabro suceso, impetrando su auxilio; Subirana entonces se dirigió una noche seguido de varios hombres, al sitio siniestro y solemnemente invocó a los espíritus del más allá... Entre el grave silencio de la paz nocturna,

un diálogo se elevó gravemente, resonando en el cristal diamantino de la noche.

—¿Quién eres? ¿Pertenece a esta o a la otra vida?

—Soy de la otra —respondió una voz como surgida del fondo de una caverna—.

—¿Por qué sales? ¿Cuál es tu culpa, di?

—Yo fui en vida un hereje, casado con una mujer católica. Le había prohibido que fuera a misa y que rezara; ella contrariaba mis órdenes durante mi ausencia y una vez, al regresar a casa no la encontré en ella, pues andaba en la iglesia. Me encolericé y la castigué cruel y salvajemente: como a una bestia la azoté con las riendas, le puse freno y le hundí las espuelas...

»Desde ese día ella no volvió a comer y poco tiempo después murió de tristeza. Yo, lleno de arrepentimiento ante su muerte, tomé un persogo y en ese barranco me ahorqué. Desde entonces vago sin sosiego, como espíritu de Satanás, porque Dios no me recibe en su seno...

Un prolongado sollozo resonó en el silencio que siguió al diálogo anterior y el santo sacerdote, con los ojos dirigidos a lo alto, exclamó: “Yo te conjuro en nombre de mi Padre y te ordeno que abandones para siempre estos lugares, y vagues a través de esa montaña, con una piedra atada a la cintura”.

Desde entonces, en lo más profundo de las selvas de Pijol, vaga incesante la silueta misteriosa de un hombre, con una piedra atada a la cintura... Los indios xicaques más de una vez le han visto pasar, estremecidos...

El Salinero troglodita

He aquí un caso de alta psicología, merecedor de profundo estudio psicopedagógico, y que se perdió sacrificado en lo oscuro de la época ignara.

Fue en los tiempos coloniales, cuando se ponían en práctica, imitándolos, los horribles castigos de la inquisición.

¿Su verdadero nombre...? ¡No se supo jamás! Le llamaban el “Salinero” y con ese nombre aparece en el proceso que, no hace mucho, se registraba en el Archivo del Juzgado de Letras del departamento de Yoro. Se nos dice que aún es probable encontrar copia del importante documento y procuraremos obtenerlo.

Salinero fue un hombre honradísimo en sus primeros años, cumplidor y formal; pero un día, el auxiliar cobrador de contribuciones se presentó en la cabaña, cobrándole, de parte del alcalde. El Salinero se encolerizó asegurando que nada debía. Quién sabe qué error medió, en el asunto, pues es el caso que el auxiliar insistía y, ante tal insistencia, el Salinero, que en aquel preciso momento regresaba del trabajo, fatigado, sin ánimo ni deseo más que de reposo y tranquilidad, lleno de ira ante la inoportunidad e injusticia del reclamo autoritario, se abalanzó sobre el pobre auxiliar, esgrimiendo su cutacha y lo destrozó bárbaramente, a machetazos. Ese fue el primero de los innumerables crímenes que fríamente cometió, convertido en un verdadero troglodita.

¿Qué ancestro de rebeldía y de soberbia acechaba en lo íntimo del subconsciente para surgir pletórico en el propicio momento psicológico?

Salinero tuvo como teatro de sus perversidades a la pacífica Villa de Santa Cruz del Oro, (Yoro).

Cierto día, andando de parranda, se enamoró de una preciosa niña, quien, desde luego rechazó sus insinuaciones de conquista; más él juró que dejaría de ser Salinero, si no se apoderaba de ella. Efectivamente, una vez que la joven bajaba al ojo de agua, como un relámpago la asaltó y se la llevó a su cueva, pues no tenía casa.

En tanto, la fama del Salinero, con el relato de sus crímenes horribles, se extendía rápidamente. Los habitantes vivían en continua zozobra. Las haciendas eran soladas por él, que arreaba con ostentación cínica grandes partidas de ganado hacia los puertos. La autoridad andaba siguiéndole la pista, pero él se burlaba de ella audazmente. Una vez, se tuvo noticia de que merodeaba por los alrededores y organizaron un gran auxilio, encabezado por el señor alcalde, dirigiéndose hacia el lugar en que pernoctaba. (Se cree que fue en El Pantano). Quisieron sorprenderlo, pero fueron ellos los sorprendidos. Salinero, al divisarlos, y oír los disparos se tendió de espaldas haciéndose el muerto, entonces el alcalde y sus acompañantes se fueron sobre él, muy contentos de hacerlo muerto. En ese mismo momento, Salinero, con destreza admirable y sin cambiar de posición, levanta su escopeta y mata al alcalde; después, levantándose, maltrató a varios, dejándolos medio muertos, y los que pudieron tomaron las de Villa Diego.

Los crímenes aumentaban de manera alarmante. Salinero mataba, robaba, asaltaba sin compasión en los caminos reales. Todos los hombres le temían y aseguraban que el secreto de su poder consistía en que tenía piedra.

Los Tribunales de Justicia intervinieron declarándolo “fuera de la ley”. Con el auxilio de la muchacha, compañera de su vida, que ningún cariño le guardaba, pudieron al fin prenderlo y conducirlo a la Villa, en donde le siguió acto continuo, el proceso correspondiente.

Fue condenado a la horca. El verdugo fue traído de Comayagua, según algunos, y según afirman otros, de la propia Capitanía General de Guatemala. Y, siguiendo la usanza de los españoles, levantaron la picota en la plaza pública, colgaron del cuello a Salinero, y el verdugo desde un madero alto, se dejó caer, a horcajadas sobre el cuello del infeliz, que inmediatamente murió. Después dividieron el cadáver en cuatro partes y cada una de ellas la sepultaron a la salida de cada uno de los cuatro caminos principales de la ciudad, para ejemplo de las generaciones venideras.

Las dos sirenas

Como princesas encantadas, eternamente jóvenes y bellas, así viven las dos sirenas en las plácidas riberas de las lagunas que coronan las cúspides inaccesibles del Ayapa y el Pijol, montañas colosales del departamento de Yoro.

Ambas cimas, engarzando sus lagunas maravillosas, forman paisajes de una belleza singular, casi indescriptible. Árboles frutales cargados de mieles y aromas, lirios silvestres, mecidos suavemente por la brisa de las frondas cercanas, pájaros bellísimos trinando en la espesura, confiados y dichosos, forman el marco poético en que se destacan divinamente bellas y profundamente misteriosas, las dos sirenas.

La que mora en las riberas de la laguna del Ayapa (volcán de fuego), hacia el S.O. de la ciudad de Yoro, es hija de Vulcano, dios del fuego, y caracteriza admirablemente a este elemento destructor de la naturaleza: es colérica, orgullosa, amiga de la discordia, odia a los seres humanos y enciende la guerra entre ellos. La que habita en las orillas de la laguna del Pijol (volcán de agua), es hija de Neptuno, dios del agua, y sus cualidades son diametralmente opuestas a las de aquellas: apacible y dulce, predica la armonía, ama y protege a las criaturas humanas.

La leyenda predice que ha de llegar un día en que la maldad de los hombres será tan grande, que Dios, para castigarlos, por mano de la sirena del Ayapa, hija de Vulcano, desatará su ira sobre los seres vivientes, arrojando el fuego que se encierra en las entrañas del volcán, sobre la tierra de Honduras para darles muerte horrible a sus moradores. Pero que entonces la Virgen María, siempre mediadora entre las cóleras del Señor, por mano de la sirena del

Pijol, hija de Neptuno, arrojará las aguas del volcán sobre la tierra de Lempira y apagará las llamas devastadoras. En tanto ella, la dulce sirena, en su diminuta barca de oro incrustada de piedras preciosas, irá sobre las aguas, tal como el bíblico pasaje de Noé, y aplacará las iras de la terrible enemiga, entonando su canción de armonía. Desde entonces reinarán para siempre entre los hombres la paz y el amor universal.

Cuentan los ancianos de las tribus selváticas próximas, que ambas lagunas son encantadas, que los frutos deliciosos de sus riberas se ofrecen pródigos a sus visitantes; pero que, si intentan sacarlos de esos lugares, ellas se enfurecen y desbordándose sobre el declive de las montañas, persiguen implacablemente a los que osan llevarse sus frutos. Aseguran asimismo los indios de las cercanías que, en las espléndidas noches de plenilunio, cuando la paz nocturnal acrecienta el misterioso encanto de esta región paradisíaca, y todo a su alrededor; las aguas lacustres, los ramajes y lirios balsámicos, murmuran y susurran dulcemente bajo el beso del céfiro acariciante, ellos han visto a las sirenas, recostadas al borde de las solitarias fuentes, peinando sus largas cabelleras de oro y entonando sus cantos maravillosos...

La Piedra del Molino

La Piedra del Molino yace como un enigma en cuanto a su origen y destino que le dieran los antiguos, a 500 metros, aproximadamente, hacia el norte de la ciudad de Yoro, detrás del cementerio. Tiene forma cilíndrica, con una altura de 51 cm con 5 mm; las caras basales un diámetro de 17 cm con 5 mm. Por los agujeros que presenta la cara basal superior, diríase que ella fue una de tantas “piedras de sacrificios” en que los antiguos sacerdotes inmolaban las víctimas en holocausto a sus dioses, frente a los altares sangrientos en que desarrollaban sus absurdos ceremoniales instituidos en la fanática edad del paganismo. Por su forma y proporciones puede deducirse que sirvió para mover los molinos antiguos de mecanismo complicado y casi inexplicable, para nosotros; de tal suposición viene el nombre que se le ha dado, quién sabe desde cuándo.

Se dice que dicha piedra fue trasladada de más lejos al lugar que indicamos, a fines del siglo pasado, por disposición del entonces gobernador, Gral. don Jesús Quiroz, quien deseaba colocarla en la plaza para hacer una pila; no obstante, haber aprovechado un domingo para que los milicianos asistentes a los ejercicios militares la cargasen, no fue posible que pasaran del lugar mencionado por ser enormemente pesada.

Habla ahora la leyenda: “Cuando encontraron esta piedra, en la cara superior leyeron esta inscripción: «Dadme vuelta y encontrarás un tesoro». Impulsados por la codicia, varios hombres, tras de muchos días de trabajo y de fuertes sudores, lograron darle vuelta; pero su asombro y su decepción fueron indescriptibles cuando, en lugar del tesoro, encontraron la siguiente inscripción: «Gracias a Dios que ya descansé». Y se alejaron los burlados, no sin tomar la sabia lección, pues exclamaron malhumorados: «La dicha no está para el que la busca, sino para el que Dios se la da»:

Qué sabia lección
impartió con tino
la enorme y pesada
Piedra del Molino,
cuando en el anverso
los hombres leyeron:
«Dadme, dame vuelta
y hallarás un tesoro».
Y entonces tras grandes
y fuertes sudores
al fin levantaron
la pesada mole,
pero al otro lado
leyeron, confusos:
Gracias a Dios que
por fin descansé”.

Curioso origen de la Villa de Santa Cruz del Oro

La primitiva población yoreña fue ubicada 1 km al norte de la actual, sitio al que hoy se denomina El Tejar.

Por tradición se sabe que un día varios campesinos encontraron una cruz de oro clavada en el centro de un bosque. E inmediatamente, llenos de regocijo fueron a contar el suceso a sus vecinos. Entonces todos se dirigieron al lugar referido e hicieron grandes esfuerzos por extraer la cruz, pero inútilmente, pues esta se hundió rápida y misteriosa en la profundidad de la tierra, mientras ellos cavaban a su alrededor. Los habitantes, entonces, abrigando la esperanza de que el sagrado símbolo reaparecería en el lugar, trasladaron la población a él (donde hoy se encuentra) y para recuerdo del fenómeno divino, diéronle el nombre de “Villa de Santa Cruz del Oro”. El cual le cambiaron posteriormente por el de Santa Cruz

de Yoro, después por el de San Pedro de Yoro y, por último, el año de 1852 (habla ahora la historia), en la administración del Gral. don Trinidad Cabañas se le dio el título de ciudad, con el nombre de Ciudad de Santiago de Yoro, conforme reza la siguiente documentación histórica:

“Título de la ciudad de Yoro”

Centroamérica. Estado Soberano de Honduras. Trinidad Cabañas, presidente del mismo.

Habiéndose concedido por decreto legislativo de diez de febrero último, el título de CIUDAD, a la antigua Villa de Santiago de YORO, en el departamento de este nombre, por reunir las circunstancias necesarias para obtener dicho título; siendo necesario extenderlo con las formalidades que exige la ley, para que valga en todo tiempo y pueda gozar aquel vecindario de los derechos y preeminencias concedidas a las ciudades, y especialmente a los de la feria permitida para el 25 de julio de cada año; en uso de las facultades que la ley señala al Poder Ejecutivo, tengo a bien librar el presente despacho.

POR TANTO: será tenida y reconocida la indicada Villa con el título de Ciudad de Santiago de Yoro, y gozará de los fueros y preeminencias que como a tal le conceden las leyes: previniendo a las autoridades respectivas del departamento, pongan en posesión de este despacho a la Municipalidad de aquel vecindario, con toda la solemnidad debida.

Dado en la Capital del Estado; firmado de mi mano y nombre sellado con las armas del Estado; y refrendado por el infrascrito ministro general del despacho, a diez de marzo de mil ochocientos cincuenta y dos.

XXXI de nuestra INDEPENDENCIA.

T. Cabañas

El ministro general del despacho Francisco Alvarado

Leyenda del patrón Santiago

Un pobre campesino del pueblo de Jocón, Yoro, rendido y hambriento por haber sabaneado durante todo un día, desde el amanecer, tras unos ganados que se le habían perdido, dispuso descansar un rato en medio del bosque. Un sitio apropiado, fresco y tranquilo se presentó a sus ojos; era un collado extenso, el cual serpenteaba, cristalino y canturreante, un arroyuelo;

sendos pinares susurraban suavemente alrededor, esparciendo su tonificante aroma y al borde de aquella fuente rumorosa estaba una peña grandísima; hacia ella se dirigió el rendido sabaneador, recostándose luego en sus bordes. Pocos momentos después, un desasosiego interior lo hizo fijar sus ojos, con ansia inexplicable, en la peña referida, y... ¡Oh, sorpresa! ¡Tenía ante su vista un santo! Lleno de alegría intenta levantarlo, pero su peso era enorme y, entonces, inmediatamente, sin cansancio alguno, corre hacia el pueblo a referir su misterioso hallazgo.

Una gran comitiva organizase luego y van al lugar del suceso, en donde reconocen en aquel santo del bosque a Santiago de Galicia, el distinguido militar español. Entre todos, y atándolo con lazos, lo llevan a la iglesia del pueblo. Después disponen salir con él a pedir limosna para levantarle un templo. Así llegaron con el Santo a la Villa de Santa Cruz del Oro y lo entraron a la iglesia, mas cuando quisieron sacarlo para regresar a Jocón, el Santo no lo permitió: se hizo altísimo y pesado, tanto, que tuvieron que resignarse a dejarlo en la iglesia de esta villa, llevándose en cambio a la Virgen de los Ángeles. Otros dicen que el motivo de haber dejado a Santiago en Yoro fue que con frecuencia ocurría que, durante la noche, San Juan se iba para Jocón y Santiago para Yoro; en vista de esto, los vecinos, de común acuerdo, dispusieron cambiar sus santos para acatar los deseos de estos. Y así fue cómo Santiago quedó en Yoro definitivamente, como patrón del lugar.

Cuentan los vecinos que cuando hay batallas en el pueblo, ven durante la noche al patrón Santiago con su uniforme militar y montado en un hermoso caballo blanco, peleando en defensa de la causa del pueblo. El ejército enemigo le hace blanco, pero inútilmente: él cruza veloz en su brioso corcel de batalla, por entre una lluvia de balas... Y al siguiente día las viejecitas que concurren a oír misa, encuentran a Santiago todo sonrosado y con los vestidos agujereados por las balas...

El misionero español, Manuel de Jesús Subirana

Nimbado con la triple aurora de la santidad, la sabiduría y la taumaturgia, pasa la figura ilustre del dulce sacerdote español, Manuel de Jesús Subirana, por los predios hondureños, esparciendo la semilla del bien y la civilización, por su inagotable acervo de enseñanzas y consejos, encerrados en el sugestivo marco de parábolas sutiles, a manera de un raudal poético, de místico dulzor... ¡Oh, la dulcedumbre de sus frases taumatúrgicas, a través de su peregrinaje apostólico entre la grey indiana, cuando la verdad de su misión evangélica traducíase bajo el suave roce de su mano santificada! ¡Caricia patriarcal! ¡Sobre las rústicas cabezas de sus inditos selváticos, amadísimos!

Maestro por excelencia, sabía adentrarse en el corazón de los hombres con sin igual maestría. Por eso decíase a menudo, no sin razón, a propósito del Padre Subirana, que un nuevo Mesías había venido al mundo en misión redentora. Veamos cómo difundía el misionero la luz de sus lecciones moralizadoras en la siguiente parábola admirable, de sutil objetivación pedagógica.

La querella del indio

Un indio xicaque de las serranías de Yoro presentose un día, quejoso, ante el misionero. “Señor —le dice—, vengo a decirte que mi mujer me ha traicionado, pues dio a luz un niño tan bonito, blanco, rubio y de ojos azules, que no puede ser hijo mío” Subirana lo escuchó en silencio, meditó un momento y luego, tomando una mazorca de maíz amarillo, le dice: “Toma esta mazorca, siémbrela y me traes el producto de ella”.

A los tres meses el indio volvió, llevándole la cosecha de la mazorca. Subirana, mostrándose sorprendido, exclamó: “¿Por qué tratas de engañarme? Yo te he dado para que siembres una mazorca amarilla y tú me traes mazorcas con granos de distintos colores. ¿No sabes que Dios castiga la mentira?”

“Padre —contesta el indio— yo no soy capaz de mentirte: he sembrado la mazorca que me diste y te traigo el producto de ella”. “Entonces, ¿por qué vienen mazorcas con granos blancos, amarillos, azules, rojos...” “¡Ah, señor —dice el indio, es que Dios pinta como le parece...” Ah, interrumpe el sacerdote—, pues, así como la mazorca amarilla dio granos de diferentes colores, así tú y tu mujer, que sois indios, habéis tenido un hijo blanco, rubio y de ojos azules, porque Dios pinta como le parece... Ve a tu casa, ama a tu mujer, cuida a tu criatura y no dudes más”.

El indio, súbitamente convencido y emocionado, bajó la frente ante el sacerdote sabio, mientras lágrimas de alegría brotaban de sus ojos y luego corrió hacia su hogar, donde le esperaban para siempre, la paz y la felicidad.

Subirana, taumaturgo

Las varias tradiciones que rodean al misionero Subirana, nos lo revelan como un verdadero taumaturgo. Cuando celebró la primera misa en la ciudad de Yoro, las gentes acudieron delirantes de entusiasmo, pues había llegado precedido de una fama maravillosa; pero hubo tres mujeres frívolas y burlonas que se mofaron de él, poniendo en duda la fama de su santidad. Mas, qué grande fue su asombro en el momento de las confesiones, cuando el sacerdote las llamó en esta forma: “Vengan ustedes acá. ¿Por qué dudan de

mí?”. Ellas, arrodillándose a sus pies, le imploraron perdón, y el misionero, reprendiéndolas suavemente, las perdonó.

Un joven que iba a casarse se presentó con tal fin ante Subirana, pero su asombro fue inmenso cuando este le dijo: “Tú tienes hijos con otra mujer y no puedes casarte con la joven que pretendes, si no con tu señora”. Así era, en efecto, y el joven desistió de sus malos propósitos.

Antes de llegar Subirana a Yoro, las gentes vivían en constante zozobra, pues los diablillos merodeaban por sus alrededores, robando niños, ganado, etc. En el “Cerrito del Mal Nombre”, el duende había establecido su morada, y sus ganados que eran innumerables, pacían por todo el valle, haciendo gran ruido durante la noche. Por eso los vecinos, al llegar Subirana impetraron su auxilio; entonces este prohibió al duende que continuara habitando en el Cerrito. Así fue como dicho espíritu se trasladó al cerro de Coyutepe, más distante, más rico y más solitario.

Cuentan que una noche, mientras dormía Subirana en una posada, los dueños de ella despertaron sobresaltados por fuertes ruidos que partían del cuarto del misionero y cuando fueron a investigar el motivo se quedaron atemorizados y se retiraron cautelosamente porque el cuarto estaba iluminado y en el lecho había un Cristo.

Cierta vez, al reunir los indios de una tribu, una mujer se negó a comparecer ante Subirana, pero este la obligó y ella, al presentarse, se tiró el cabello hacia adelante, cubriéndose el rostro para no verlo, en señal despreciativa y, a las preguntas del misionero que trataba de catequizarla, respondía con obstinado silencio. Subirana, entonces, la excomulgó y la condenó a llevar toda la vida el cabello hacia adelante. Desde entonces, a través de las oscuras serranías yoreñas, la mujer vaga incesante, como fugitiva, con su larga cabellera cubriéndole el rostro.

Otro rasgo similar fue el de un cacique de la tribu que residía en el lugar llamado La Conquista. Como siempre, Subirana reunió a todos los indios para bautizarlos, pero el cacique se negaba a ello, diciendo que el Dios de los cristianos no daba nada, en tanto que Malotá (el diablo) les daba todo lo que le pedían. Subirana, empleando sus dotes sugestivas, preguntó al indio rebelde: “¿Te duele la cabeza, verdad?”. El indio contestó que sí le dolía. “Si recibes el bautismo se te quitará el dolor”, díjole Subirana. Y el indio, más por curiosidad que por obediencia, permitió su bautismo. Efectivamente, el dolor se le quitó al indio, quien, asombrado y agradecido, dio el permiso de que bautizaran a sus súbditos.

Un año justo permaneció el misionero en este lugar, al que llamó “La Conquista”, catequizando a la tribu y les midió las tierras, tal como un ingeniero pudo hacerlo. Aseveran hoy día los ingenieros que las medidas practicadas por aquel sabio singular son exactísimas.

Subirana dio su nombre a uno de los lugares que más le gustó, y fue el que encontrara con el nombre de Pueblo Quemado, distante 12 leguas de la ciudad cabecera, hacia el Occidente. Por tradición se sabe que este caserío fue antiguamente un gran pueblo floreciente, de aborígenes numerosos, ya que, en un momento dado, podían reunir más de 200 jóvenes menores de 21 años. Sus mujeres tenían fama de ser bellísimas.

Un anciano indio contaba que la primitiva población estaba ubicada en una altiplanicie donde hoy se encuentran solo ruinas. Que una vez, del otro lado de la montaña del lugar llamado Mataderos, vinieron enemigos de la tribu e incendiaron el pueblo, y por esto, desde entonces, el lugar fue llamado “Pueblo Quemado” (Traducción de su dialecto) y los habitantes se dispersaron en diferentes direcciones. Próximo a este pueblo había una linda laguna llamada El Higuerito, morada de una bellísima niña que, cual ninfa mitológica, constituía para esta tribu como un ángel tutelar, a quien dirigían sus peticiones y ella siempre les atendía, pero después del incendio desapareció.

Es de suponer que esta tribu aborígen, lo mismo que las otras existentes en remotísimos tiempos precoloniales, constituía los llamados cacicazgos de que habla la historia. Cuando vino Subirana encontró aún el último cacique, al que llamaban Coayabolt (Dios del Mal o Malotá). Este último lugar a que nos hemos venido refiriendo es, pues, al que Subirana dio su nombre, y actualmente la Cía. Standard Fruit tiene establecida allí su hacienda.

Diez años duró el peregrinaje del gran misionero español, por tierras de Honduras, y el excesivo celo con que practicaba su apostolado, arrojando privaciones y trabajando sin descanso, acortaron su vida, pues murió joven, a los 36 años, el 28 de noviembre de 1864 en el Potrero de los Olivos (cerca de Santa Cruz de Yojoa). Cuando se sintió morir, pidió que su cuerpo fuese trasladado a Yoro, pues quería dormir su último sueño al lado de sus queridos indios xicaques. Fue llevado en hombros, con gran comitiva que se engrosaba por el camino, y después de tres días, en que su cuerpo no se descompuso, sino que antes bien despedía un suave aroma, llegaron a la ciudad de Yoro y lo sepultaron en la Iglesia Parroquial.

Cuentan que ya para bajarlo al sepulcro, el cura párroco Bustillo descubrió el cuerpo del misionero y lo besó en la frente. Entonces,

el Santo sacerdote abrió los ojos y le dijo: “Después de siete años de haberme sepultado, abre mi sepulcro y encontrarás un Cristo”. No sabemos que se haya obedecido el postrer mandato del apóstol genial.

Recientemente fueron exhumadas sus cenizas y depositadas en una urna para que se conserven eternamente venerados tan sacros despojos. Pero aún no hemos rendido a Subirana el homenaje que reclama la trascendencia de su obra civilizadora. Las generaciones del presente aún no han saldado esta deuda de honor y gratitud ante la sagrada memoria del sabio sacerdote que consagró a esta región privilegiada de Honduras —Yoro—, el tesoro más grande de amor patriarcal, legándole sus sagradas cenizas. ¡Un monumento consagradorio de su figura excelsa debe alzarse, como tributo de justicia y de amor a su recuerdo, sobre la tierra que él más amó!

Este dato biográfico, conservado por la tradición, no concuerda con el dato suministrado por la Corporación Municipal de Manresa, España, a la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras, pues la información de aquella autoridad dice así: “Manuel de Jesús Subirana nació en Manresa, en 1828, fue gran misionero y verdadero apóstol, catequizó millares de indios en el reino de Guatemala, después de haber recorrido toda la isla de Cuba. Murió víctima de su celo y trabajos apostólicos, en 1867, en la provincia de Honduras, donde puso su nombre a uno de los pueblos por él fundados”.

Conforme a estos datos, Subirana murió a los 39 años.

La bella Cuxabel

Las selvas de Pijol han sido testigos mudos de grandes sucesos, de aventuras extraordinarias y de pasajes crueles, reveladores estos últimos de las supersticiones que dominaban el espíritu de nuestros antepasados aborígenes. Uno de los pasajes más novedosos y fantásticos es de la bella Cuxabel.

Cuando nuestras costas hondureñas fueron frecuentemente invadidas, saqueadas y atropelladas por los piratas, que de esta manera violaban y se vengaban de la ley prohibitiva del libre comercio en las colonias españolas, sucedieron cosas terríficas.

En Puerto Caballos fue tan terrible la invasión de piratas y tan fuerte su lucha con los colonos, que estos últimos fueron vencidos y tuvieron que huir con sus tesoros. Embarcados en lanchas y, siguiendo aguas arriba el Ulúa, el Humuya y el Cuyamapa, sucesivamente, hasta llegar a un afluente izquierdo de este último río, el riachuelo llamado Pijol. Al encontrar una estrechura, en

donde dicho riachuelo precipitase en una bella cascada, no les fue posible seguir navegando y entonces desembarcaron en una meseta próxima y decidieron tomar un rumbo extraviado a fin de que los piratas, a quienes suponían siguiéndoles la pista, no los encontraran.

Las riquezas que cargaban (lingotes de oro, alhajas, etc.) eran tan pesadas y constituían, por tanto, un inconveniente para su precipitada fuga, dispusieron dejarlas enterradas en el fondo de aquella selva, bajo la custodia angelical de la niña más bella y virtuosa de la comitiva. Y Cuxabel fue la inocente y bella criatura escogida para este objeto, la ultimaron y enterraron junto con el tesoro, para que mientras ellos volvían, su espíritu velará por las riquezas...

Se dice que los hombres han visto algunas veces en la selva, cerca del riachuelo Pijol, a una bellísima niña de cabellos dorados que, al acercarse ellos, atraídos por su maravillosa belleza, desaparece misteriosamente; y después, como ondulando sobre las olas del riachuelo solitario, vaga un llanto de mujer, que conmueve el alma...

Destino cruel
sufrió inocentemente
la bella Cuxabel:
ultimada,
guardando las riquezas
¡quedose sepultada!
El tesoro,
entre sedas ha enredado
su cabellera de oro,
y al viento
entre la selva, ¡sollozando,
eleva su lamento!
Se aparece
a los hombres, mas, si acércanse,
fugaz desaparece.
Guardiana fiel,
¡esconde su tesoro
la bella Cuxabel!

La mina de Comagüey

En la comisaría de Locomapa, del municipio de Yoro, es tradicionalmente ubicada la mina de Comagüey.

Los habitantes de este lugar son todos adinerados, sin duda, por su constante dedicación al trabajo. En tiempos remotos vivía allí un señor muy rico y avaro, de quien se decía había celebrado pacto con el diablo (empautado). Varias veces, durante la noche, lo veían conversar misteriosamente con un raro personaje. Pues bien: dicho señor tenía un buey negro y muy manso, pero que de repente se había enmontado en lejanos cerros y se había hecho un animal cerril, imposible de coger. Mas, el rico señor, ordenó a sus campistas lo sabanearan hasta dar con él y cogerlo. Así fue: después de mucho sabanear lo encontraron, y como ya era de noche, lo dejaron amarrado a la raíz de un quebracho, en la falda del cerro.

Al siguiente día lo encontraron muerto al pie del quebracho, en cuyas raíces había hecho un gran escarbatorio. Al inclinarse a soltar el buey ¡oh, sorpresa! Al parecer, las raíces del quebracho no eran, sino lingotes de oro puro. De este modo fue encontrada la Mina de Comagüey, llamada así en atención al raro suceso, pues la palabra comagüey, formada de cama y buey, alude a la circunstancia de que la mina sirvió de cama al buey.

La noticia de la rica mina descubierta se extendió con rapidez por todo Honduras, y se asegura aún que las barras del mineral precioso eran cortadas con cincel. Posteriormente, en vano se ha buscado la mina con empeño. El viejo rico fue tan egoísta que, sintiéndose próximo a morir, mandó cubrir la mina con tablas de cedro y con el propósito de desorientar a los probables exploradores, dejó como guía de la misma, un mapa que jamás pudo darles la orientación que deseaban los buscadores del tesoro, por lo cual dijeron: este es un “mapa loco” o “loco mapa”, de dónde le vino al lugar el nombre de Locomapa, que aún conserva.

El nombre de Locomapa
viene de que un gran señor,
muy rico y muy pichicato,
encontró una mina de oro
en la zona del lugar;
y para que nadie más
que él la pudiera explotar,
selló la mina al morir
(oh, pensamiento de loco)
y con intención ladina

por secreto de la mina
dio de guía un “mapa loco”.

Leyenda de la Virgen de Dolores

El pueblo de Sulaco, que fue uno de los ocho partidos en que se dividió por primera vez el territorio de Honduras, gozó de gran esplendor en la época de la colonia, por sus cuantiosas riquezas. Como el culto a Dios era practicado por los hombres con singular fervor en aquellos buenos tiempos, los habitantes de este lugar tenían una inmensa veneración por su patrona, la Virgen de Dolores.

En el pueblo de Tambla (Dpto. de Gracias) también tenían como patrona a la milagrosa Virgen de Dolores, y una vez que andaban los vecinos de dicho lugar en demanda de limosna con su virgencita, llegaron a Sulaco, y en el momento de la partida para Tambla, la virgen había aumentado tan considerablemente de estatura y de peso, que no fue posible sacarla sino en posición horizontal y después de grandísimos esfuerzos de los viajeros, quienes, al fin emprendieron la marcha. Pero cuando iban en camino, al principiar a subir una cuesta, el indio que cargaba a la virgencita cayó repentinamente y murió al instante; entonces dispusieron colocar a la virgen sobre un mulo y así continuaron la marcha; más, a poco caminar, el mulo, a semejanza del indio, cayó también y murió instantáneamente.

Los viajeros, sobrecogidos de temor religioso, se postraron ante la virgen implorándole los perdonase si eran ellos, por sus culpas, los que motivaban aquellos sucesos y, deliberando sobre el caso, dispusieron regresar a Sulaco. Entonces, ¡oh, milagro divino! La virgen de pronto se volvió liviana y nada lamentable ocurrió en el regreso. Comprendiendo que la virgen deseaba quedarse en aquel lugar. Acordaron los vecinos de ambos pueblos, cambiar las imágenes, es decir, llevarse la virgen del mismo nombre que había en Sulaco y dejar la suya ¡su virgencita adorada! La de Tambla, en Sulaco. Así, aunque acongojados, regresaron los viajeros a su pueblo natal, y desde entonces, la cuesta en donde tuvieron lugar estos lamentables sucesos, fue llamada La Cuesta de Dolores.

Virgencita de Dolores
que te fuistes a crecer
para que aquellos señores
se tuvieran que volver...
En la iglesia de Sulaco
te quisiste aposentar

para ser entre sus fieles,
la patrona del lugar.
¡Virgencita, virgencita
que mitigas los dolores
y en aquellas soledades
santificas los amores...!
¡Mientras el pueblo de Tambla
te recuerda con dolor
porque fuiste entre sus reyes
la escogida de su amor!

Sobre el banco de los hondureños*

Original idea del Gral. Benjamín Henríquez

Obediente a la voz imperiosa de un temperamento dinámico, acorde con un conocimiento cabal del deber ciudadano, condición esta última que obliga a todo hombre de ideales patrióticos, a laborar por el bien común, el Gral. Benjamín Henríquez ha lanzado a la consideración pública su original proyecto del Banco de los Hondureños, como una medida previsoras ante posibles desquiciamientos en el rol administrativo del país, amenazado por radicales cambios políticos y sociales preconcebidos.

Tal proyecto ha tenido, desde luego, la aprobación unánime de la generalidad hondureña y ya en su oportunidad, la Cámara de Representantes del Soberano Congreso Nacional y la Sociedad de Peritos Mercantiles y Contadores Públicos, entidades ante las cuales el proyectante expusiera su plan respectivo, emitieron su dictamen y opinión favorables, encomiásticas, considerando los múltiples beneficios de orden económico, hacendario, político, social y espiritual que una institución bancaria organizada en la forma que proyecta el Gral. Henríquez, rendirá para las colectividades hondureñas.

Un hondo sentido de responsabilidad como ciudadano hondureño palpita en el fondo de las ideas altruistas del Gral. Henríquez, cuando dice: "Como un acto de imperiosa urgencia, en atención a las necesidades de la generalidad y de patriotismo verdadero,

* Olimpia Varela y Varela, "Sobre el Banco de los Hondureños", *Pan-América*, vol. II, n. 16, (noviembre, 1945): 16-17.

debemos interesarnos por encontrar los medios de salvar a la nación en estos momentos que premeditadamente y con fines preconcebidos se trata de verificar un cambio radical del sistema político social establecido. En tal concepto, he pensado hondamente, hasta encontrar la manera de interesar a las colectividades en el sentido de formar, mediante el sistema de pequeños ahorros, un fondo de aumento constante con el cual podrán incrementarse la agricultura, protegerse el comercio y generalizarse las industrias, para dar medios de vida a la mayoría de los connacionales”.

Opinamos que la visión humanitaria y patriótica, traslúcida en las anteriores palabras reveladoras del origen del proyecto, debe ser considerada con amplio espíritu de comprensión y hondureñismo, por todos cuantos tenemos la obligación ineludible de cooperar en la forma que nos corresponde alrededor de las obras de positivo provecho general, como la que tratamos. La creación del Banco de los Hondureños, llamado así porque “será de todos y para todos”, como explica su proyectante, vendrá a constituir una institución de crédito que tendrá en sí el privilegio de tirar los cimientos definitivos de la paz perdurable y de dar orientaciones seguras para el provecho general, en nuestra patria.

Calificamos de insospechable el incremento de la riqueza nacional con la fundación del Banco de los Hondureños, porque los hombres de energía del país, con las facilidades de la institución, —fondos disponibles con un tipo de intereses módicos—, dedicaríanse de lleno a la explotación de las materias primas y, en tal forma, la agricultura, la ganadería, el comercio y las industrias alcanzarían un auge de incalculable rendimiento económico, en provecho, además, del crédito nacional.

Otra ventaja que vendría del Banco de los Hondureños, conforme el estudio de la honorable Sociedad de Peritos Mercantiles y Contadores Públicos, sería la consolidación de la cordialidad de la familia hondureña, dentro de las obligadas relaciones y recíproco beneficio como socios de una misma entidad bancaria, con lo que seguramente terminarían los odios ancestrales de partido, que tan hondamente han venido minando la prosperidad y tranquilidad de Honduras.

El progreso social, en sus múltiples manifestaciones, vendría para los connacionales como consecuencia lógica de la institución que comentamos, porque una vez despertado el espíritu de asociación, surgirían establecimientos de compañías explotadoras en gran escala de los negocios nacionales en las diferentes poblaciones del país. Y, después de todos los beneficios de orden material ya señalados, vendría como obligado corolario, el desenvolvimiento espiritual de Honduras, como consecuencia del bienestar material

que propicia los más altos vuelos de superación; y este desenvolvimiento espiritual representa siempre la afirmación más rotunda de civilización y de cultura en las generaciones humanas.

Por nuestra parte, pues, como autoras de una obra, aunque modesta, de cultura nacional, con la mayor satisfacción damos cumplimiento al deber de rendir nuestro aplauso justiciero y enviar a la vez una voz de comprensión y estímulo al Gral. Henríquez, por su original y patriótica idea del Banco de los Hondureños, en cuya feliz realización creemos encontrar la clave del progreso efectivo y la felicidad de la familia hondureña.

Olimpia Varela y Varela

Tegucigalpa, D. C., 30 de octubre de 1945

El día panamericano, significación prometedora para la mujer*

En el espíritu profundamente democrático que da su más alta significación político-social al día panamericano, late vigorosa la promesa de una nueva y mejor vida para la humanidad, muy especialmente para la mujer. Ya que en los principios esenciales cuya exaltación comprende esta fecha simbólica de solidaridad americana, palpita amplia y justiciera concesión de derechos para esta cara mitad del género humano, primordial factor de cultura en el mundo, que ya reclama imperiosamente, por la verdad y validez de su actuación social, un sitio visible en el estrado de los valores espirituales del continente colombino.

Desde que fue adoptado el día panamericano, en 1930, la Comisión Interamericana de Mujeres, creada especialmente para el estudio de los intereses femeninos, se dedicó, por asignación expresa de los Gobiernos americanos, a efectuar un estudio de los derechos de nacionalidad y del estado civil y político de las mujeres en las Américas. El magnífico resultado de este estudio, en el que se transparentaron las más grandes injusticias en los derechos de las mujeres y los niños, de las 21 repúblicas americanas, fue presentado a la Conferencia de Montevideo, en 1933 y mereció el calificativo de ser el proyecto más trascendental jamás formulado sobre este importante asunto. En vista de ello, la conferencia

* Olimpia Varela y Varela, "El día panamericano, significación prometedora para la mujer", *Pan-América*, vol. II, n. 21, (abril, 1945): 24-25.

recomendó a los gobiernos americanos concedieran “igualdad máxima” sobre derechos civiles y políticos para la mujer.

Posteriormente, en 1938, la Declaración de Lima, en la octava Conferencia Interamericana resolvió: “igualdad de derechos civiles y políticos para la mujer y el hombre, plena protección en la oportunidad de trabajo y la más amplia protección para las madres”. Recientemente, en la Conferencia de Chapultepec, en 1945, se exigió que los gobiernos americanos cumplieran con la Declaración de Lima, “aboliendo cualquier diferencia por razón de sexo, que retrasa la prosperidad y el adelanto intelectual, social y político de las naciones del continente americano”.

En este año, 1946, después de celebrar el día panamericano, se reunirán en New York mujeres representantes de nueve naciones unidas para bosquejar un plan de acción sobre el estado de las mujeres americanas. Integrarán esta reunión dos destacadas representantes de la mujer en América: la ilustre poetisa chilena, Gabriela Mistral y la presidenta de la Comisión Interamericana de Mujeres, la señorita Minerva Bernardino.

Estamos viendo, pues, cómo a las mujeres de hoy nos ha tocado la dicha de vivir el momento más trascendental para la humanidad, en el que se gesta una nueva vida trazándose los lineamientos de la obra rehabilitadora del mundo, con nuevas normas y leyes justicieras para la mujer y el niño, los sectores indefensos de toda la vida pasada.

Nuevas orientaciones para la marcha colectiva de los hombres, nuevos proyectos de organización persiguen esa nueva vida en que se desplazarán los prejuicios ancestrales para dar lugar al implantamiento de normas de justicia, igualdad y libertad. Dentro de este radical desenvolvimiento de la vida, en el que los dos componentes del todo humano, el hombre y la mujer, están rindiendo su labor social con arduo empeño de responsabilidad, surge la nueva plataforma femenina —digamos así—, el nuevo concepto justiciero de reconocimiento de los valores intrínsecos de la mujer, no con el simple formalismo social con el que siempre se la ha distinguido, sino con la plena convicción del derecho que le da su propio valer, para un tratamiento de igualdad con la otra mitad integrante del género humano.

Así, pues, se hundirá por fin en el pasado la tragedia desgarradora en la vida de la mujer, ante las claridades de la más alta cumbre bañada por el sol de la verdadera civilización, del perfeccionamiento de la especie humana. Entonces, ¡oh! mujer, despierta de tu letargo de milenios, bajo cuyo sopor has resistido sobre los hombros la carga deprimente de tu inferioridad. ¡Mujer que has sufrido una

vida de siglos bajo el yugo infamante del verdugo que ayer no más te acarició, falsario! Mujer quien ni la misma naturaleza creadora tuvo piedad, asignándole el tormento de una tragedia biológica que es un eterno renunciamiento de su propio bienestar, de su propia vida ante el ara de la especie ¡Mujer que por el solo hecho de estar constituida para la verdadera conservación de la especie humana, cobra valor divino! ¡Mujer sufrida, silenciosa y mártir, regocíjate!, por fin tu calvario llegará a su fin y las nuevas generaciones asistirán al espectáculo de tu glorificación! ¿No lo has oído?... De todos los ámbitos del planeta, surge un clamor unánime, una voz general proclamando la superioridad de la mujer, reconociéndola como ser respetable, digna y valiente.

Es que nosotras mismas estamos forjando esa nueva vida, estamos tirando los cimientos de esa obra monumental con que rubrica el mundo la gigantesca lucha por su perfeccionamiento y liberación. Es que, en esta enorme tarea de renovación toca a la mujer desempeñar el papel sustancial: la orientación de la humanidad, forjando la personalidad de los hombres que fructificará por todos los ámbitos del orbe, en una nueva faz del tiempo, en un día glorioso, lejano aún quizá para la vida individual nuestra, cercano tal vez en la carrera sin término del mundo. Más... próxima o lejana, pronto o tarde, hoy o mañana, ahora o después, no importa cuándo, brillará la aurora de la redención humana y la mujer, ¡artífice prodigioso en ese monumento de granito —concreción de milenios— en silencio y dolor... contemplará por fin su propia glorificación!

Olimpia Varela y Varela

Por los fueros femeninos y por el crédito nacional*

Ha llegado a nosotros, por gentileza de una talentosa amiga nuestra, la reciente segunda edición de la obra didáctica del profesor Rafael Bardales B., *Nociones de Historia de la Educación*, y al revisar las páginas en que desarrolla el punto del programa oficial de dicha asignatura, la enseñanza en Honduras, observamos que, al hacer mención de los maestros que han sobresalido en la obra educacional del país y de los que han contribuido a darle carácter nacional a la enseñanza, escribiendo obras didácticas, expone en el primer grupo a los destacados maestros: Dr. José Trinidad Reyes, Ramón

* Olimpia Varela y Varela, "Por los fueros femeninos y por el crédito nacional", *Pan-América*, vol. II, n. 27, (agosto, 1946): 9-10.

Rosa, Pedro Nufio, Manuel de Jesús Subirana, Francisco de Paula Flores, Sotero Barahona; y en el segundo a Luis Landa, Perfecto H. Bobadilla, Rubén Antúne C., Carlos Alberto Pineda, Rubén Barahona, Carlos Aguilar Pinel y Presbo, a demás de Guillermo Chavarría.

Al no encontrar en esta exposición de valores pedagógicos un solo nombre de mujer, inquirimos mentalmente: ¿Ha sido nula la colaboración de la maestra hondureña en la obra educacional del país? ¿No ha sobresalido una sola, con labor meritoria, entre la pléyade de maestras actantes en las filas del magisterio? Si no tuviésemos en nuestras manos un título de maestra de Enseñanza Primaria, ni hubiésemos desempeñado la cátedra de dicha asignatura en el Instituto Normal Manuel Bonilla de La Ceiba, condiciones que nos hacen conocer la actuación de la maestra en Honduras y nos autorizan para levantar la voz en señal de extrañeza por la omisión de nombres sobresalientes femeninos en este punto, si no mediasen estas circunstancias, decimos, mediaría, sí, una sola razón poderosa para nuestro reclamo: la de estar dirigiendo una obra que en estos momentos aspira a levantar el nombre de la mujer hondureña, en labor conjunta de superación, de acercamiento y de fraternidad. En tal concepto, faltaríamos a nuestro deber si guardásemos silencio en el caso suscitado.

Mas, por fortuna para nosotros y para el crédito nacional, Honduras ha contado siempre con valores pedagógicos en uno y otro sexo; de tal manera que en forma paralela podemos muy bien congratularnos y enorgullecernos de poder colocar al frente de los maestros notables del primer grupo aludido, o sea, de los que han rendido obra máxima educacional: José Trinidad Reyes, Ramón Rosa, Pedro Nufio, Manuel de Jesús Subirana, Francisco de Paula Flores, Sotero Barahona, a Guadalupe Reyes de Carías, Mónica Zelaya, Jesús Medina de Zelaya, Carolina del Castillo, María Orfilia Lagunas Vargas, señoritas Reyes Palacios y otras más; esto refiriéndonos solo a las de época relativamente lejana, excepción hecha de la señorita Lagunas Vargas.

Y, en cuanto a los maestros que han producido obras didácticas, es decir, a los enumerados en el segundo grupo, también contamos con autoras que han contribuido a formar la bibliografía nacional en este ramo, y así, frente a los autores Luis Landa, Perfecto H. Bobadilla, Rubén Antúnez C., Carlos Alberto Pineda, Rubén Barahona, Carlos Aguilar Pinel y Guillermo Chavarría, tenemos a María Luisa Herradora, con su *Geografía Comercial*; a Carmen Castro, con su *Psicología del Niño e Higiene Escolar*; a Jesús Uclés Santos, con su texto de *Ortografía*; a Ela Cáceres Tinoco, con su *Historia de Centroamérica*; a Marcelina Bonilla, con su *Diccionario*

Histórico-Geográfico y a Argentina Díaz Lozano, con su Manual de Mecanografía.

La labor efectiva de educación nacional de estas maestras, como de sus obras didácticas anotadas con que han enriquecido la obra didáctica nacional, es de todos conocida; sin embargo, quizá no sea generalmente advertida la omisión de ellas en la nomenclatura de valores pedagógicos en este caso, por la costumbre tradicional de hacer caso omiso de la mujer en los aspectos trascendentales de la vida, en nuestro medio. Pero creemos que en estos momentos en que felizmente asistimos a una nueva fase biológico-social, en una nueva expresión de la vida, en que se justiprecian los valores, se miden las fuerzas y se nivelan los factores sociales, bajo la pauta democrática que no admite separación de credos, ni razas, ni nacionalidades, ni castas, ni sexos, dichas normas nos parecen insólitas, desacordes con la armonía del ambiente actual y, por otra parte, las encontramos negativas en el sentido de la verdadera nacionalidad, sobre todo si esas obras didácticas de *Historia de la Educación*, por ejemplo, han de ser conocidas fuera del país, en donde las apreciaciones habrán de ser más severas, por el desconocimiento de las razones al respecto.

Valga, pues nuestra palabra, no como una airada protesta, sino como una voz que clama porque no se olviden los aportes femeninos en la hora de valorizaciones nacionales.

Olimpia Varela y Varela

Sensacional evento científico en Honduras, el Congreso Arqueológico de los países del Caribe*

La influencia de las corrientes de solidaridad americana en esta hora de posguerra, es decisiva y triunfal. Ellas se extienden por el mundo a manera de raíces prodigiosas que, saturándose de savia fortalecedora (las nuevas ideas) levántense y predíganse en florecimientos generosos sobre el suelo de América.

Tal, este hermoso evento de la cultura, la ciencia y el arte, unificados, el Congreso Arqueológico del Caribe, que ha tenido por sede nuestra privilegiada parcela del continente, Honduras, realizando por la unidad continental una labor más efectiva y

* Olimpia Varela y Varela, "Sensacional evento científico en Honduras, el Congreso Arqueológico de los países del Caribe", *Pan-América*, vol. II, n. 27, (agosto, 1946): 4-5.

duradera que las perseguidas en sendos congresos internacionales al efecto organizados.

En la asistencia a este espléndido banquete, espiritual, por México, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Cuba, Colombia, Haití y la República Dominicana, sus selectas delegaciones, destacadas personalidades del mundo científico americano, con fruición sibarítica desarrollaron su labor meritoria, en afán de encontrar la clave o descorrer el velo de esa tremenda incógnita: la clase de cultura de América, en su época de florecimiento, perdida después en la sombra impenetrable de los siglos. Y en un importante y acucioso intercambio de ideas, estudios y opiniones, los delegados pudieron unificar sus planes para orientación de futuras investigaciones sobre esa cultura hasta hoy sepultada en silencio y olvido.

Magnífico y trascendental el resultado de esta jornada científica por tierras de América; sostenido y fuerte el trabajo de las delegaciones; ponencias capitales de imponderable alcance patriótico, inspiradas en el cálido entusiasmo del gran evento y al influjo de las convicciones emanadas de la investigación arqueológica. Imponderablemente interesantes las ponencias capitales, así:

Por el Dr. Fidias Jiménez: Creación de un organismo internacional, a manera de comité ejecutivo, residente en Honduras, que administre e invierta los fondos económicos recaudados por medio de cuotas de todas las fundaciones americanas, institutos indigenistas y sociedades antropológicas continentales, para la restauración de las Ruinas y aprovechamiento de sus materiales en estudios científicos.

Por el Sr. Ricardo Castañeda Paganini: Declaración de las Ruinas de Copán como monumento de América y placa conmemorativa del Congreso Arqueológico.

Por el Prof. Jesús Núñez Ch.: Devolución de las joyas arqueológicas mayas retiradas de Honduras y que poseen instituciones extranjeras.

Por la Profa. Srita. María Trinidad del Cid: Declaración de la ciudad de Comayagua como monumento nacional.

Por el Ing. Miguel Ángel Ramos: Declarar como monumentos nacionales todos los tesoros arqueológicos de la república.

Cabe imaginar las consecuencias imponderablemente provechosas

que tendrá la realización de las ponencias enumeradas, muy especialmente la primera de ellas, la creación de un organismo internacional permanente, para los fines expresados por el Dr. Fideas Jiménez.

Cabe sospechar las proyecciones colosales de esa inmensa, labor conjunta, al imprimir un desenvolvimiento general en el mundo americano, por obra del gran movimiento inmigratorio y turístico, fomentando el progreso, la cultura y la riqueza nacional; por obra también del conocimiento, estudio y asimilación de las culturas desentrañadas de la hondura enigmática del ayer; por la inspiración y ensayos de una nueva cultura nuestra, que tendrá reflejos de la majestuosidad y sabiduría de esa grandeza restaurada de un pasado glorioso. Y Honduras será en el futuro la nueva brillante Atenas de la antigua Grecia, el punto de reunión de los sabios, los artistas y los poderosos; centro de estudios, creación de obras inmortales, motivo de inspiración, despertar de genios, resplandecer de glorias.

Honduras puede sentirse con justicia orgullosa de la realización magnífica de esta conferencia científica en su seno. La Secretaría de Educación, por obra del profesor Ángel G. Hernández, alma y guía de este gran suceso cultural, una vez más y en forma elocuente, trasluce la acertada forma y entusiasmo en que desenvuelve su labor cultural, altamente patriótica. Y el gobierno de la nación, en manos del actual presidente, doctor y general Tiburcio Carías Andino, corrobora así, patrocinando y auspiciando obras de importancia continental como esta, su acendrado interés por la superación integral de esta patria amada, que así responde a los imperativos civilizadores de la nueva era.

En un solemne acto de clausura expuso sus conclusiones el Congreso Arqueológico del Caribe, con la palabra autorizada de la Dra. Doris Stone, la muy docta de la Dra. Fernanda Aparicio, la inspirada y profunda del Dr. Daniel F. Rubín de la Borbolla, la hondamente filosófica del Lic. David Vela y la genuinamente oratoria y emotiva del Dr. Fernando Ortiz. Este último puso la nota de honda emoción, en despedida conmovedora. La voz se quebró en su garganta en contenido sollozo emocional, cuando expresó que él contaría a su hijita cuanto había visto, aprendido y sentido en el templo de las Ruinas de Copán y en el ambiente de cordialidad de la tierra hondureña. En tan patético momento, en que humedeciéronse retinas y cuajáronse lágrimas en aleros de emoción, parecía que el alma de Cuba y el alma de Honduras vibraban unidas en la sincera voz del gran delegado antillano.

El Dr. Silverio Laínez, ministro de Relaciones Exteriores, pronunció el discurso final de despedida a los delegados, en nombre del Supremo Poder Ejecutivo de Honduras, agradeciendo la importante labor de los congresales, como el honor de su visita en nombre de cada uno de sus respectivos países del Caribe a nuestra patria.

Final solemne el de este suceso científico, el más sensacional en su clase, efectuado bajo el cielo americano; acontecimiento de trascendentales consecuencias científicas, artísticas y de acercamiento internacional, cuyo momento culminante debió ser, sin duda alguna, aquel en que los delegados arqueológicos adentráronse con el alma sobrecogida de emoción en el recinto de las Ruinas de Copán, el templo monumental de sabiduría esotérica, donde la acción del tiempo ha sepultado bajo polvo de milenios, las maravillas y los misterios de un mundo de esplendor.

Credo morazánico*

Dedicado a los niños centroamericanos

Creo en la verdad de las altas virtudes ciudadanas y patrióticas del gran paladín de la unión centroamericana, general Francisco Morazán. Creo en la autenticidad de su predestinación heroica y mártir, claramente revelada en diferentes pasajes de su grandiosa vida republicana.

Creo en su patriotismo mil veces puesto a prueba y mil veces triunfante, como cuando, antes que permitir el desangramiento de la patria, por su presencia en ella, va voluntariamente hacia el destierro, haciendo antes la promesa solemne, ante la junta de notables de San Salvador, de no volver a la tierra centroamericana sino cuando la ineludible voz del deber, así se lo exigiese.

Creo en su comprensión altísima del deber ciudadano, fiel y heroicamente demostrada en momentos de tremenda prueba moral, como aquella vez que frente al bárbaro reto de sus enemigos, en el sitio de San Salvador, sofocó la voz imperiosa del amor familiar en su atormentado corazón, y, con labios trémulos de indignación y de dolor pronunció aquella heroica frase enardecida, que guardan reverentes las páginas justicieras de la historia: “los rehenes que mis enemigos tienen en su poder son para mi sagrados y hablan

* Olimpia Varela y Varela, “Credo morazánico”, *Pan-América*, vol. II, n. 28, (septiembre, 1946): 2-10.

vehementemente a mi corazón; pero soy el jefe del Estado y mi deber es atacar: pasaré sobre los cadáveres de mis hijos, haré escarmentar a mis enemigos; mas no sobreviviré un instante más a tan escandaloso atentado”.

Creo en la serenidad santa y sublime del gran soldado epónimo cuando, muy cerca de la muerte y camino del cadalso, en una triste hora crepuscular, exclamara, contemplando la multitud que lo rodeó, torva y sombría: “Con qué solemnidad celebramos la independencia”.

Creo en el poder vidente del divino profeta iluminado que musita al oído del compañero moribundo, apartando sus desordenados cabellos y besando su pálida frente ardorosa, aquella profética frase llena de vehemencia y de resignación “querido amigo: la posteridad nos hará justicia”.

Creo en el fervor de sus sentimientos religiosos, elocuentemente demostrados en la iniciación de su maravillosa joya testamentaria, con la solemnidad de aquel preámbulo: “En nombre del autor del universo, en cuya religión muero”.

Creo en el genio militar del magno soldado, en su prodigiosa inspiración guerrera, ostensible en cien combates heroicos, en cien batallas geniales que cubrieron para siempre de gloria al mártir inmolado por su inmenso amor a la libertad y a la unión de la patria centroamericana. Creo en el apóstol predestinado y divino que así inmortalizara la vehemencia de su patriotismo, en la bellísima expresión de su grandiosa cláusula testamentaria: “Declaro que mi amor a Centroamérica muere conmigo”.

Creo en el ardor democrático de sus ideas vanguardistas, oportunamente manifestadas cuando, al ejercer el mando de la República Federal de Centroamérica, se significará a como el más auténtico y avanzado demócrata de los tiempos pretéritos al romper el absolutismo dogmático y la arbitrariedad de las castas, al crear la libertad de pensar, de escribir, de aprender.

Creo en la visión idealista del gran libertador, en la grandeza de su magno ideal de unión centroamericana, que lo llevará a la tumba, y a las regiones de la inmortalidad, en donde hoy yace pleno de regocijo ante la espléndida concreción de sus ideales, en estos momentos en que ellos dan al viento de los siglos y de la gloria. La roja llama de su fe y su verdad, magníficamente orientada y extendida, con el simbólico nombre de panamericanismo, síntesis hermosa del gran ideal democrático de confraternidad americana, tendiente a la unidad universal.

Creo en la elevación espiritual del héroe incomprendido que, en medio de la amargura de su alma, por la ingratitud y la incomprensión de aquellos a quienes defendiera y amara y que por ello lo llevarán a la ignorancia del cadalso, eleva, no obstante, su imprecación inmortal hacia lo eterno, en su postrer momento: “no tengo enemigos, ni el menor rencor llevo al sepulcro contra mis asesinos a quienes perdoné y les deseo el mayor bien posible”, palabras que solo pueden pronunciar los labios santificados de un Dios.

Creo en Morazán; creo en su predestinación heroica y mártir, creo en la excelsitud de su ideal unionista; creo en la vehemencia patriótica y ciudadana de su corazón ardiente y puro; Creo en Morazán, con el fervor que inspira la idea de Dios.

La Escuela Normal Rural de Honduras, obra de cooperación interamericana*

La Escuela Normal Rural de Honduras es un exponente fidedigno de la verdad y eficacia de la solidaridad americana, porque es una de tantas obras de América en que se coordinan esfuerzos, capacidades y dinero, con vistas hacia la magna tarea de la superación continental.

Esta moderna escuela, la primera de Honduras en su género, inicia la eficiente y adecuada preparación de la juventud para determinada tarea educacional: preparar maestros de Enseñanza Primaria Rural, en cuyo plan de estudios, dentro de las materias generales de magisterio, comprende dos asignaturas básicas para esta especialización: la Economía Rural, para el desarrollo técnico de sus labores agrícolas y pecuarias y la Pedagogía Escolar, para la orientación de su labor docente.

Esta importante obra educacional, fundada en cooperación de los Gobiernos de Honduras y de Estados Unidos, salvará la situación del campesino hondureño, que ha sobrellevado hasta hoy una vida carente de orientación científica en sus labores y en cada uno de sus varios problemas vitales, porque tendrá en el futuro una existencia más en armonía con sus necesidades, un rendimiento mayor en sus trabajos campestres y una preparación intelectual que lo capacite para tomar la parte a que tiene derecho en los placeres del espíritu.

* Olimpia Varela y Varela, “La Escuela Normal Rural de Honduras, obra de cooperación interamericana”, *Pan-América*, año 2, n. 27, (agosto, 1946): 6-7.

Es tan profunda la trascendencia social y económica de esta obra escolar en nuestro medio, que se escapa a nosotros la palabra exactamente justiciera para los hombres de buena voluntad, empeñados en realizarla, impulsados por una visión clara del futuro destino reservado a los países americanos y de un conocimiento pleno de los problemas que encara el continente, previos a la cristalización de ese predestinado por venir.

Así, la Fundación Interamericana de Educación, por medio de su representante especial, el Dr. Clay J. Daggett —vivamente interesado en esta obra escolar—, el supremo poder ejecutivo de la república, por mano del señor presidente, Dr. y Gral. Tiburcio Carías Andino, empeñado arduamente en el progreso de su país y el señor ministro de educación, profesor Ángel G. Hernández, con una fuerza impulsiva e incansable, dirigiendo la obra educacional de la nación, constituyen las tres entidades creadoras de este centro educativo rural, en que descansan las bases redentoras del campesinado hondureño.

Tuvimos la oportunidad de apreciar de cerca este importante establecimiento docente, cuyo director es el conocido y capacitado maestro, don Raúl Zaldívar, con un personal docente disciplinado, competente y entusiasta. Hemos admirado la organización de esta escuela y la orientación técnica especializada que le imprimiera el profesor puertorriqueño, don Juan E. Silva, expresamente traído para este fin. Hemos contemplado la preparación modernamente pedagógica de estos maestros que, poniendo en práctica las modalidades saludables de la Escuela Nueva, saben imprimir a su labor docente el espíritu democrático, creando para el alumnado un ambiente de camaradería en que se transparentan la confianza y el respeto, la autoridad y el afecto, factores disciplinarios pedagógicos, alternando provechosamente en las relaciones obligadas de maestro y alumno.

Admiramos además la acertada disposición y la elegancia severa de los tres grandes edificios de que consta hasta ahora el establecimiento; el primero, que comprende dormitorios de alumnos, servicios sanitarios y clínica; el segundo, comedor, cocina, despensa, aplanchaduría, dormitorios y servicios sanitarios para el personal de servicios; el tercero, habitaciones para los profesores, oficinas, biblioteca y bodega para material escolar. Todos ellos construidos sobre una explanada donde se divisan las extensas y bellas parcelas en que los alumnos efectúan sus prácticas agrícolas y pecuarias.

Consideramos que la Escuela Normal Rural de Honduras es un vivo reflejo del progreso creciente de nuestro país en la actual

administración política, una muestra del gran movimiento evolutivo de la educación realizada por los actuales dirigentes empeñados en ella y una prueba de la verdad de la política del Buen Vecino, de la solidaridad americana, norma de las relaciones internacionales entre los Estados Unidos y los países de la América Latina.

Olimpia Varela y Varela

En defensa de nuestros ideales*

Respondemos con todo respeto al Sr. don Francisco Varela M.

Substancioso y delicado, el artículo sobre feminismo con que nos obsequia, temeroso de no acertar a desenvolverlo con tacto excelente —según su propio decir— el conocido y reputado escritor de fuerte pluma, P. M., don Francisco Varela M., sin embargo, su ensayo a escribir para las damas, decidiéndose por una vez siquiera a enfrentarse con esa dificultad, le resultó por demás caballeroso y por completo dentro de los cánones de la cortesía y la delicadeza debidas al público femenino. De tal manera que, si al leer su trabajo, ha despertado en nosotros un gesto desaprobatorio, este ha sido tan solo ante el fondo esencial de su concepto sobre el feminismo, más, de ninguna manera, ante la forma de exponerlo.

Saltan a la vista en el artículo referido las ideas conservadoras de su autor. Conservadoras, en cuanto a sustentar las tradicionales ideas de considerar a la mujer como un delicado cristal “que el menor soplo empaña”.

Una vez más en este artículo, como en todos los que hemos leído del notable escritor, admiramos la profundidad y agudeza de su pensamiento, la forma castiza y galana de su frase. Y en esta vez, por la circunstancia de dirigirse a nosotras las mujeres, admiramos además la sinceridad y la franqueza con que emite su opinión sobre el feminismo. Nosotras también, emulando su franqueza y sinceridad, queremos contestarle que nuestra opinión, diametralmente opuesta a la suya, no la cambiaremos sin convencimiento, porque, de acuerdo con nuestras observaciones y experiencias, como con nuestros estudios al respecto, encontramos, más bien, en los aspectos revelados o tratados por él, tema

* Olimpia Varela y Varela, “En defensa de nuestros ideales”, *Pan-América*, año 2, n. 29, (octubre, 1946): 8-11.

abundante de comprobaciones a favor de nuestro criterio. Y hacia allá vamos con permiso de nuestro culto y capacitado escritor, para quien tenemos las más grandes simpatías y las más sinceras consideraciones.

El debate provocado por la doctrina feminista, desde tiempo inmemorial, se ha ido acentuando progresivamente en los tiempos modernos, no solo porque “la más rápida evolución de las ideas ha traído a la superficie la disparidad de la situación de la mujer en algunos aspectos de la vida”, sino muy especialmente porque las nuevas circunstancias de la existencia, al presentar de relieve las capacidades femeninas, puestas a prueba, han permitido al mismo tiempo apreciar, por contraste, la enorme injusticia de las condiciones deprimentes en la vida de la mujer, desde época ancestral, dejando al desnudo la ingratitud de esa disparidad.

Pero de manera tan profunda y decisiva las ideas y costumbres de una época arraigan en la conciencia de la humanidad, que se explica lógicamente la resistencia enérgica y tenaz que el vulgo presenta a las nuevas ideas. De modo que la paradoja a que se refiere el señor Varela, de que una minoría del sexo fuerte se haya declarado campeón ardiente del feminismo, se explica con claridad. No obstante, cuando la mutación de las ideas se impone como resultado inevitable de las circunstancias, van generalizándose insensiblemente y entonces la minoría va convirtiéndose en mayoría; la historia nos ofrece estas lecciones contundentes. Toda idea nueva ha encontrado resistencia tenaz y ha sufrido persecuciones en quienes las proclaman. El más vivo ejemplo nos lo da el cristianismo. ¿Contempla la historia más sangrientas persecuciones que las sufridas por los adeptos de Cristo? ¿Y, contempla, asimismo, victoria más completa?

Aun cuando el avance de la situación de la mujer en la vida social, salta a la vista; aun cuando el triunfo de sus capacidades es palpable y rotundo, no dejan aún de oírse repetidamente los lugares comunes sobre la naturaleza y conformación física de la mujer, que opinan educarla al estrecho círculo del hogar, durante toda su vida.

Mas, serán las últimas voces apagadas de los fanáticos de la reclusión en la vida doméstica, para la mujer. La evolución de las ideas, en su incontrastable fuerza, nos está envolviendo con arrollador afán, y el acceso de la mujer a las esferas de la vida pública y científica está siendo estatuida en los países más a la altura en esta nueva era. Porque ha podido descartarse ya, o principia a serlo, el arcaico raciocinio de los opositores, de que la mujer es inferior al hombre desde el punto de vista intelectual y

que es un absurdo creer que, en las altas esferas de la inteligencia, sea capaz de producir nada genial.

No aceptaremos, por tanto, que la preparación general de la mujer para orientadora del hogar, modeladora del alma de la prole, responsable de la vida doméstica, baste para llenar las aspiraciones de un espíritu ávido de superación, máximo dentro de la corriente de inquietud cultural de la época.

Tampoco estamos de acuerdo en que la concesión de derechos políticos reste a la mujer “prestigio, respeto y señorío”. ¡No! Creemos más bien que la posesión de derechos, cediéndole el paso hacia el desempeño de altos puestos públicos, en los que poco a poco irá desenvolviéndose con mayor prestancia y capacidad; al asignar a la mujer una posición más elevada, tendrá las consideraciones y las prerrogativas honoríficas que, con sus capacidades, celo y honorabilidad manifiestas, sabrá conquistarse.

En cuanto a la especial psicología femenina que el autor invoca en afirmación de su aserto, como impedimento para el acertado ejercicio de muchos derechos, tenemos la creencia de que ello es, por una parte, relativo, y de que los “casos excepcionales que confirman la regla” —según él— para nosotras lo que confirman es la verdad de esta tesis: que la oportunidad de llegar a la esfera de acción, desarrolla las facultades, despierta el sentido de responsabilidad y forma la fuerza estimulante, creadora de la personalidad.

Si tenemos exponentes valiosas femeninas que “en las ciencias y en las artes resplandece con brillo inusitado”, ¿cuál es la fórmula científica comprobante de que son seres de excepción? Para nosotras, siguiendo reglas psicobiológicas, lo que estos casos comprueban es la fuerza desbordante de la anormalidad genial, fuerza latente en muchos seres de uno u otro sexo, en cantidades y calidades varias. En consecuencia, lo que la mujer necesita para desenvolverse y perfeccionarse integralmente es el entrenamiento debido, el estímulo creador, la disciplina de sus facultades. Tal opinión nuestra, que tiene el respaldo autorizado de autores que, preocupándose por la solución de los problemas femeninos que repercuten en el mundo, pues que lo son de la humanidad, han estudiado profundamente sobre ellos, y sentado teorías elevadas que tienden a un sincero y noble reconocimiento de las razones que favorecen el feminismo sensato.

Está muy lejos de extrañarnos la ideología del señor Varela al respecto, dentro de su alta preparación científica y literaria. Los más grandes sabios de todas las épocas han sustentado iguales teorías en este punto, invocando el hecho de que no se ha revelado

ningún genio femenino. Con perdón de los sabios, creemos que, si no se ha revelado ningún genio femenino ello no es por falta de posibilidades geniales en la mujer, sino porque las condiciones necesarias para su desarrollo le han sido negadas.

Los genios no se improvisan; ellos se desarrollan en ocasión favorable después de prolongadas y pacientes disciplinas evolucionadas. Ahora bien, en el proceso de formación intelectual de la mujer, revisado históricamente, no se ha presentado la ocasión. Y, rehusar la predisposición al genio en la mujer, frente al considerable número de mujeres notables que han sobresalido en el mundo, nos parece tan absurdo como suponer que no ha habido entre los hombres otros genios posibles que los considerados como tales por haber tenido ocasión de manifestarse. Y si entre los hombres, no obstante, sus oportunidades de desarrollo, con el frecuente ejercicio de sus facultades intelectivas, han podido asfixiarse no pocos posibles genios por falta de condiciones de vida apropiadas, ¿qué decir de las capacidades de la mujer, largamente, eternamente contenidas por la opresión, la inactividad y el abatimiento?

La influencia de las condiciones de la vida y la educación, se evidencian en todos los seres animados: hombres, animales y plantas. En consecuencia, las decisiones de superación en la vida física e intelectual de la mujer pueden llevarla perfectamente a un grado de perfeccionamiento no soñado. Lo que las mujeres destacadas han realizado hasta hoy aisladamente. Las eleva por sobre la generalidad de su sexo, en la misma medida que los hombres superiores sobresalen entre sus congéneres.

Las felices disposiciones de la mujer, para gobernar han equiparado a las del hombre y en muchísimos casos que la historia consigna, ha evidenciado más talento que aquel: Isabel de Inglaterra, Isabel de Hungría, Catalina de Rusia, Isabel y Blanca de Castilla, etc. Más de una figura destacada masculina puede opacarse ante figuras femeninas brillantes como Madama Rolland, Madama Stael, Jorge Sand. En resumen, la obra intelectual de la mujer, aun dentro de circunstancias desfavorables, ¿no da base halagadora para vislumbrar el alcance de su perfeccionamiento ulterior en condiciones propiciadoras?

Vamos a otro aspecto tratado por nuestro escritor, señor Varela: ¿Peligro para la reputación de la mujer en el campo del ejercicio de los derechos políticos? Podemos asegurar que ninguna mujer, por recatada que viva, puede jamás librarse de las “pérfidas sospechas”. El mundo es de tal modo amoral, la malicia humana tan acerba, que en cada paso de la mujer ve un desliz, un motivo de “pérfida sospecha”. Así que, la ampliación de sus derechos hacia el terreno

político, no añadiría nada nuevo en el caso. Y, precisamente, la plataforma moral que soñamos para la mujer, en nuestra labor actual, es aquella en que tenga la suficiente capacidad y entereza moral para conservar su virtud a despecho de las circunstancias que amenazaren su derrota.

Encantadas con la idea del señor Varela de someterse al resultado de una encuesta sobre la siguiente pregunta: “¿Qué preferiría ella ser, una autora famosa de obras literarias, científicas, o progenitora de una generación distinguida por su talento, carácter y virtudes de un orden superior?” Nuestra respuesta inmediata a esta pregunta es la que sigue: la mujer ideal, en nuestro concepto, la que consideramos adecuada para el ambiente moderno, lo que deseáramos ser, es, precisamente, una mujer que, dentro de su acabada civilización y cultura, esté en capacidad de ser a la vez “autora famosa de obras literarias, científicas, y progenitora de una generación distinguida por su talento, carácter y superior, elevada digna y merecedora de la más ferviente admiración”.

Aprovechamos, encantadas, la ocasión de iniciar en esta revista, en interesante y culta polémica, la explicación de las ideas entre elementos de uno y otro sexo, si es posible, sobre el viejo y siempre nuevo tema del feminismo.

Hacemos, pues, formal excitativa, especialmente a las mujeres, en el sentido de que tomen parte en tan bonita encuesta que afirmará la ideología y propósitos de esta publicación.

Doblemente agradecemos la colaboración importante del señor Varela: por el interés que dará su encuesta a nuestra revista y por la forma gentil y comedida con que nos externa sus ideas sobre este tema, con la necesidad que delata su palabra al proclamarse él mismo conservador fanático de las legendarias virtudes femeninas.

Mujer hondureña: ¡Tiene usted la palabra!

Olimpia Varela y Varela

Sobre el problema de Palestina*

La más rendida admiración rodea al presidente de los Estados Unidos, Mr. Truman, por su recta y noble actitud frente al problema palestinese, que conmueve al mundo en estos momentos. Diríase que este distinguido gobernante sigue en toda la línea de conducta de su gran antecesor en el gobierno de su patria, Mr. Franklin Delano Roosevelt, al ajustarse estrictamente a las normas estadistas justicieras de la doctrina democrática, con noble espíritu de amor universal. Las declaraciones de Mr. Truman acerca de los últimos desenvolvimientos del problema judío, justifican tal afirmación, según se desprende de las noticias de prensa y de radio que nos llegan constantemente.

El 4 de octubre, Truman, al saber que en Londres la Conferencia Angloárabe se había aplazado hasta el 16 de diciembre de 1946, declaró: "He sabido con hondo pesar que las sesiones de la Conferencia sobre Palestina en Londres han sido suspendidas y que no serán reanudadas hasta el 16 de diciembre de 1946". Otra declaración de Truman en este caso fue la que sigue: "En vista de que el invierno vendrá antes de que la conferencia se reanude, creo que una inmigración sustancial en Palestina no puede esperar hasta que se solucione el problema de Palestina. Dicha inmigración debe empezarse inmediatamente. Este gobierno ya ha hecho los preparativos necesarios y está listo a prestar ayuda inmediata".

El presidente Truman, en vista del informe de Mr. Earl Harrison el 29 de septiembre de 1945, sobre la condición de las personas desplazadas de Europa, solicitó para la solución de esta sugerencia, la formación de un Comité Angloamericano de Investigación, lo que aceptó gustosamente el gobierno americano, en la esperanza de que su participación ayudaría a aliviar la situación de los judíos desplazados de Europa y encontrar solución para el complejo problema palestinese, y fijó un plazo de 120 días al comité para la terminación de su informe.

El Comité Angloamericano de Investigación presentó su informe el 20 de abril de 1946 y entre sus recomendaciones incluía la sugerencia de Truman que 100 000 judíos fueran admitidos en Palestina. Entonces el gobierno americano inmediatamente procedió a buscar la forma y medios para el transporte de los 100 000 judíos y su sostenimiento a la llegada. Pero el gobierno británico dio a entender claramente que "a su juicio, el informe

* Olimpia Varela y Varela, "Sobre el problema de Palestina", *Pan-América*, año 2, n. 29, (octubre, 1946): 26-27.

debía ser considerado en su totalidad y que el asunto de los 100 000 no podía ser considerado separadamente”.

Dificultades persistentes, tanto de parte del gobierno británico como entre miembros de los principales partidos políticos de los Estados Unidos, han *obstruccionado* al llegar a un acuerdo favorable sobre el problema palestinese, en cuanto a la entrada de los 100 000 judíos a Palestina. “No obstante —dice Truman—, seguí demostrando el menor interés en el asunto según lo hiciera saber repetidas veces y urgí por que se dieran los pasos necesarios para la pronta admisión de 100 000 refugiados judíos a Palestina”.

En la Conferencia de Londres, por representantes árabes y judíos, la Agencia judía propuso una solución al problema de Palestina, por medio de la creación de un Estado judío en un área adecuada de Palestina, en lugar de toda Palestina. Propuso también el otorgamiento de certificados para 100 000 inmigrantes judíos, propuesta que mereció la atención general de los Estados Unidos, tanto en la prensa como en las organizaciones públicas. A este respecto, Truman declara:

“De la discusión promovida he llegado a la creencia que una solución así recibiría el apoyo de la opinión pública en los Estados Unidos. No puedo creer que la brecha entre las propuestas presentadas sea tan grande que no pueda ser salvada por hombres razonables y de buena voluntad. Nuestro gobierno daría su apoyo a tal solución.

A la luz de esta situación, deseo exponer mis opiniones tan suscitadamente como sea posible:

1.º En vista de que el invierno llegará antes de la reanudación de la Conferencia, creó y urjó que una inmigración sustancial Palestina no puede esperar una solución del problema de Palestina y que debe de comenzar inmediatamente. Este gobierno ha hecho ya los preparativos para este traslado y está listo a prestar su ayuda inmediata.

2.º Declaró nuevamente, como lo he hecho en ocasiones anteriores, que las leyes de inmigración de los demás países, incluso los Estados Unidos, deben ser liberalizadas, de tal forma que permitan la admisión de personas desplazadas. Está listo a hacer esta recomendación al congreso y a continuar colaborando tan enérgicamente como sea posible con otros países, sobre todo del problema de las personas desplazadas.

3.º Además, si se llegara a encontrar una solución práctica para Palestina, yo me sentiría gustoso de recomendar al congreso un plan de ayuda económica para el desarrollo de ese país.

A la luz de las terribles pruebas que el pueblo judío soportó durante la reciente guerra y de la crisis existente ahora, no puedo creer que un programa de acción inmediata en la forma sugerida más arriba no puede ser llevado a cabo con la cooperación de todos los pueblos interesados. El gobierno continuará haciendo todo lo que pueda con este fin”.

Por la Confraternidad Americana *Pan-América* rinde homenaje a la República Argentina*

Ante su Embajada de Buena Voluntad

Con devoción sincera, nacida de hondos anhelos y profundas convicciones, alrededor del magno ideal de la confraternidad americana, rendimos este modesto homenaje a la República Argentina, como un deber de cortesía periodística y de americanidad, en correspondencia al significativo gesto de aquel gran país del sur, que, en misión especial, ha venido a Honduras, lo mismo que a otras varias naciones latinoamericanas, para conocerlas de cerca, estrechar relaciones y coordinar esfuerzos tras la meta de los ideales comunes a estos pueblos: libertad, justicia y paz, sintética trilogía del panamericanismo.

Una cálida ola de admiración ha levantado a su paso la Embajada Argentina en su visita de acercamiento. Un puente de unión, maravilloso, ha quedado tendido firmemente desde la tierra de Morazán hasta el suelo de San Martín, porque la obra de Diego Luis Molinari, al frente de la magnífica delegación de su patria, ha sido recia, brillante y fecunda. De hoy más el nombre de la Argentina vibrará en nuestros labios con sonoridades de fraternidad, de comprensión y de afecto interamericanos.

Tegucigalpa se vistió de gala para recibir y atender, llena de júbilo, a la culta misión argentina durante los cinco brevísimos días que ella permaneciera como huésped de honor en su seno, e ininterrumpidamente sucedieron los actos festivos y los protocolarios en honor de tan distinguidos visitantes, quienes supieron corresponderlos gentilísimamente. El acto más emocionante, quizá por su honda significación histórica, tocando vivamente las fibras del patriotismo, fue el homenaje rendido por la

* Olimpia Varela y Varela, “Por la Confraternidad Americana *Pan-América* rinde homenaje a la República Argentina”, *Pan-América*, año 3, n. 33, (febrero, 1947): 3-4.

embajada a nuestras dos más altas figuras consagradas: Morazán —el héroe invicto— y Valle —el sabio ilustre —.

Otro acto profundamente simbólico de fraternidad americana en el programa de la Embajada, fue la entrega del “Talismán de su Patria”, la espada de San Martín (en miniatura de oro), de manos del excelentísimo embajador, Dr. Diego Luis Molinari, al excelentísimo señor presidente de Honduras, Dr. Gral. Tiburcio Carías Andino, durante almuerzo obsequiado a este mandatario, por el culto senador Molinari.

La Escuela República Argentina, que dirige la talentosa maestra, señorita Filomena Carías G., rindió su homenaje a la delegación argentina, en forma de una recepción brillantemente desarrollada, en que palpitó el espíritu de la fraternidad y admiración por la bella, grande y próspera nación argentina.

La conferencia del Dr. Molinari sobre “El Significado de América en la Historia Contemporánea”, desarrollada en el paraninfo de la Universidad la noche del 6 febrero, fue espléndidamente bella en su vibrante desenvolvimiento y en su hondo sentido esencialmente panamericanista. Molinari, con su maravillosa palabra oratoria y la valentía de sus aseveraciones sobre política internacional, cautivó plenamente al numeroso público de su hermosa conferencia.

La Embajada Argentina, a través de su obra de fraternidad perdurable, intensificada con la palabra docta y cálida del jefe de la delegación, el gran internacionalista argentino, Dr. Diego Luis Molinari, nos ha traído, reavivándolo, el recuerdo de las glorias de su país, constituidas por sus grandes y fuertes valores constructivos, literarios, didácticos, políticos, etc. pues, mientras asistíamos a los diversos actos en honor de la embajada, pasaba por nuestra imaginación el desfile sugestivo de las más grandes figuras argentinas: Juan Cruz Varela, el primer poeta de su época, fruto de la educación pseudoclásica con que terminó el régimen colonial; José Mármol, el célebre demoledor de rosas, autor de la novela *Amalia*, cuadro vivo de la sangrienta época de aquel tirano; Domingo Faustino Sarmiento, ilustre maestro, ardiente difusor de la cultura argentina y presidente de la república; Juan Bautista Alberdi, gran estadista y escritor; Bartolomé Mitre, presidente de la república y eximio hombre de letras; Ricardo Rojas, poeta, orador, crítico, historiador y filósofo, de gran cultura; Nicolás Avellaneda, presidente de la república y elocuente orador; Olegario V. Andrade, poeta grandilocuente —algunos de sus mejores poemas filosóficos: “Atlántida” y “Prometeo”. Carlos Guido Spano, el poeta de la serenidad. Leopoldo Lugones, escritor y poeta de gran talento; y, para terminar bellamente nuestro desfile recordativo, pasa la

visión atormentada de la trágica, original poetisa, Alfonsina Storni.

Así, tras el desfile panorámico de las glorias argentinas, *Pan-América*, que persigue en su ideario la cristalización de los ideales panamericanistas, patentiza su admiración y simpatía a la Embajada de Buena Voluntad, con el modesto homenaje de esta edición, especialmente dedicada a la República Argentina.

V Aniversario de la Revista *Pan-América* el 14 de abril de 1949, Día de las Américas*

La estrella, símbolo de orientación filosófica, de luz guiadora en las persecuciones de la verdad, del perfeccionamiento y del amor, sirve de ilustración emblemática, con sus cinco vértices significativos, a la página editorial con que *Pan-América* cierra el broche de su primer ciclo evolutivo: un lustro de peregrinaje sobre las abruptosidades y arideces del sendero, en las bregas del periodismo, a través de insospechados sacrificios e inauditos vencimientos de la lucha, al pie de sus ideales. Porque solo así, con el auxilio de las energías fluidas de la fe y la esperanza —glosando el místico pasaje filosófico de los Reyes Magos— pueden alcanzarse las alturas del ideal, tras las jornadas penosísimas del hombre, en pos de su misión.

Al conmemorar su quinto aniversario de vida, este 14 de abril de 1949, la *Revista Pan-América* celebra al mismo tiempo el quinto aniversario del Día de las Américas como fiesta nacional adoptada por el Congreso de Honduras y que principalmente inició a regir en la misma fecha, 14 de abril de 1944. Así, pues, en la hora señalada por el calendario cívico hondureño, para iniciar la celebración nacional de la efemérides que perpetúa la soberanía de las naciones americanas y la unidad voluntaria de ellas en una sola comunidad continental, esta publicación femenina surgió a la luz pública, con señaladas características de idealidad panamericana, para laborar por la fraternidad y el engrandecimiento de América, suprema visión patriótica contemplada dentro del espíritu de su ideario panamericano desde el momento en que, al venir a la vida, asumiera las responsabilidades de la obra periodística.

Y como la más patética comprobación de la efectividad sincera de su labor por la cultura, por la unidad y por la evolución de la mujer, *Pan-América* festeja su primer lustro de existencia, presentando

* Olimpia Varela y Varela, "V Aniversario de la Revista *Pan-América* el 14 de abril de 1949, "Día de las Américas", *Pan-América*, año 5, n. 59, (abril, 1949): 1-2.

una acuciosa y paciente labor de prensa. Esta edición especial, que al recoger y exponer las ideas y opiniones conceptuosas de la intelectualidad nacional sobre los derechos de la mujer hondureña, ofrece una verdadera Encuesta Antológica Feminista, formada por el resultado de la investigación de todos y cada uno de los autores de ella, interrogando la complejidad, la trascendencia y la delicadeza de ese enorme problema social feminista:

“Los Derechos Políticos de la Mujer Hondureña”.

Y así, en esta edición que presenta la Encuesta Antológica Feminista, quedarán recogidos y conservados para siempre —pues se empastará la colección de la revista, contentiva de su labor durante estos cinco años, hasta el presente número— los trabajos que de esta manera constituirán una información feminista a la mano, para que haya claridad de conceptos acerca de los propósitos y mirajes de la mujer hondureña cuando reclama la ciudadanía. Seguiremos así ofreciendo lectura ilustrativa de la doctrina feminista y esperamos que con dicha labor la revista sabrá sumar su cooperación al triunfo definitivo de esta idealidad patriótica, constructiva de genuina civilización nacional en la tierra de Morazán.

Mientras tanto, en esta gloriosa efeméride americana, 14 de abril, *Pan-América* cumple también un grato e imperioso deber, haciéndose presente en las consagraciones de patriótica admiración y reconocimiento, ante el recuerdo de los iniciadores del noble movimiento de solidaridad continental, que hoy culmina en hermosas realizaciones americanistas. Simón Bolívar y José Cecilio del Valle, símbolos de la unidad de América, resplandecen, a través de sus figuras majestuosas, en la galería de los héroes precursores panamericanistas. Bolívar y Valle, en maravillosa afinidad de pensamiento, dejaron una estela de luz orientadora para las cristalizaciones de la unidad continental, como base de su grandeza y de su libertad. Para ellos, los iluminados del amor, *Pan-América* teje en este día una ofrenda de laurel sobre su recuerdo.

Olimpia Varela y Varela

Panorama literario sobre la intelectualidad femenina del Continente Americano*

Esta edición de nuestra revista va dedicada a la mujer americana en general, a la mujer que sobresale por su actuación en los diferentes aspectos vitales, ya sea desde el estrado político, histórico o social; a las heroínas en los campos de batalla o en el martirio silenciado del hogar, a las atormentadas por el peso absurdo de los prejuicios sociales, por la estulticia o la barbarie... Para todas va en su honor está pálida muestra de solidaridad; pero haremos especialmente la presentación de las escritoras y poetisas que han rendido su labor en el campo literario, porque siendo las bellas letras la más viva expresión de la cultura, es un deber de civismo rendir culto a quienes dedican tiempo y espíritu al arte por excelencia. Todos los pueblos civilizados tributan su admiración a los oficianes en el templo divino de las musas. América ha sabido cumplir este deber y, recientemente, en 1945, el mundo entero se conmovió y batió palmas ante el acto sensacional en que se otorgará el premio Nobel de Literatura a una mujer.

Así hemos visto comprobado este fenómeno sociológico de imponderable significancia en la evolución de la cultura, a la que un erudito escritor, Pedro de Alba, se refiere con acertada y elocuente voz: "América, una vez más entró en la corriente caudalosa del pensamiento universal, por la puerta de oro de la poesía".

Pan-América, cumpliendo este deber a que nos venimos refiriendo, rinde homenaje a las mujeres intelectuales americanas, escritoras y poetisas, por medio de esta edición de Navidad, presentándolas con sus producciones, en la forma somera que nos lo ha permitido nuestra documentación y las limitaciones de este género de obra periodística. Al elaborar con cariño este número extraordinario, deseando imprimirle la mayor extensión, calidad y espíritu que requiere, hemos necesitado efectuar un estudio previo sobre la vida y actuación de la mujer americana. Y, al hacerlo, al informarnos de las capacidades de la mujer en el campo de las letras y de la obra de cooperación política y social, con extensísimas proyecciones humanitarias, un voto de admiración hemos elevado hacia ellas, al mismo tiempo que una voz de asombro y de protesta por el escaso reconocimiento de esos méritos o la indiferencia del mundo ante el imponderable aporte femenino en la urdidumbre social y cultural de la humanidad.

* Olimpia Varela y Varela, "Panorama literario sobre la intelectualidad femenina del Continente Americano", *Pan-América*, vol. III, n. 42, (diciembre, 1947): 3-5.

Felizmente, ese pasado de indiferentismo, o desconocimiento del valor intrínseco de la mujer, llegó a su fin. Hoy, el nuevo escenario de vida femenina, por ineludibles consecuencias *posguérricas*, hace imperiosamente visible su colaboración en la arquitectura mundial que se propone liberarnos de toda clase de esclavitudes ancestrales. Es así como, por esta nueva vida que imponen las circunstancias mundiales, nos es dable contemplar orgullosas la justa nivelación de actividades político-sociales y culturales entre el hombre y la mujer, complementándose admirablemente. Es por eso que podemos presenciar el fácil desenvolvimiento de la fuerza intelectual femenina, en forma tan alta, vigorosa y sabia que después de ello, después de tan elocuentes demostraciones de altura moral e intelectual femenina, estamos seguras que de una vez, para siempre, se acallarán las opiniones que de antaño proclamaban la inferioridad de la mujer.

Demos gracias a Dios por habernos propiciado el paso hacia la cultura, liberándonos de la esclavitud tradicional; démosle gracias porque ha permitido que el hombre nos haga partícipes en la lucha por el equilibrio vital del mundo, por la igualdad que Cristo instituía, por la fraternidad que él proclamaba. Porque solo así, por la unidad política y espiritual del mundo, por la reconciliación de razas, religiones y lenguas, pueden en verdad volver a resonar sobre la tierra, las voces jubilosas de los mensajeros angélicos: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

A través de nuestra revisión antológica femenina americana, encontramos que en todos los países de América y en todos los tiempos las mujeres se han dedicado con entusiasmo al cultivo de las bellas letras, y al pulsar la lira para expresar las emociones de su espíritu, lo han hecho con más o menos libertad de expansión, según lo ha permitido su época. A principios del siglo xx, la mujer, por temor, no revelaba sinceramente la verdad de sus ideas y sentimientos; cantaba solo a la naturaleza, a las flores, los paisajes y los pájaros; pero poco a poco en forma sutil fue deslizándose en la expresión enunciativa de la pasión amorosa. Y en la misma medida que el siglo ha avanzado, ha ido tomando incremento la franqueza de la poesía pasional. Se difunde en el campo del erotismo y se canta al amado con plenitud de sinceridad.

Ya en pleno siglo xx, las mujeres encauzan sus emociones por diversas rutas e invaden todos los campos del pensamiento; surgen, así, ensayistas, periodistas, novelistas, cuentistas, conferenciantes y literatas de todos los matices.

Muchas de ellas gozan ya de fama continental, mientras otras, se inician apenas por los senderos de la literatura, pero todas cantan su emoción, plenamente; y así, sus voces van cada vez más cerca del corazón del hombre: “voces que acaso pasarán aún por grandes tribulaciones, pero que, en un día, próximo ya, encontrarán que el espíritu humano es su caja de resonancia”.

Olimpia Varela y Varela

Campaña Pro-Amistad Mundial*

Siempre forjando planes de confraternidad americana, con las extensiones que demanda imperiosamente la actual característica de universalidad de toda obra cultural en busca de un mundo mejor, la *Revista Pan-América* lanza hoy esta iniciativa de campaña en pro de la amistad. Proyecto que abrigamos desde el año pasado cuando asistimos a una significativa fiesta escolar en la Escuela República Argentina en honor del Excmo. señor ministro de Honduras en la República de este nombre, Prof. Arturo Mejía Nieto, y señora de Mejía Nieto; acto de confraternidad en que pudimos apreciar los magníficos frutos de la inculcación de este ideal, cuando se lleva a efecto con todo el calor fervoroso de la sinceridad.

Siguiendo, pues, el concepto ya externado sobre la nueva fisonomía universal que ha de asumir toda obra de actualidad y, conceptuando además que para el verdadero triunfo de las ideas sobre las limitaciones del ambiente patrio es preciso llevarlas más allá de las fronteras del nacionalismo. En vez de establecer correspondencia interescolar solo entre los niños de determinado país y el nuestro, como pensamos al principio, disponemos ahora realizarla entre los niños de las escuelas de Honduras y los de todos los pueblos del mundo, si fuere posible.

Excitamos, así, a todos los maestros hondureños en el sentido de que desarrollen esta campaña por la amistad, reflexionando detenidamente sobre las vastísimas proyecciones que pueden alcanzar tales efectividades de acercamiento, de cultura y de civismo, frente a los sacros ideales que debemos hacer realidad: la paz y la unidad del mundo.

* Olimpia Varela y Varela, “Campaña Pro-Amistad Mundial”, *Pan-América*, año 5, n. 61, (junio, 1949): 1-2.

La *Revista Pan-América*, al lanzar dicha iniciativa ante el Magisterio Nacional, ofrece sus páginas para la publicación de las cartas de los niños.

El talentoso Prof. don Eufemiano Claros, a quien confiamos nuestro proyecto, aprobándolo calurosamente, nos anima a su desenvolvimiento y nos ofrece su cooperación. Es por eso que tenemos el placer de principiar a realizarlo, con la presentación del primer mensaje, el de un alumno de la Escuela “Francisco Morazán”, de la cual es director el Prof. Claros.

Y cómo las ideas se cruzan, se entrelazan y establecen maravillosos canjes a través del mundo, porque ellas emanan de la esencia espiritual divina que llueve en esta época sobre las mentes afines de los hombres, renovando a la humanidad, nos sorprende a cada paso la armonía, la belleza y la altura de las ideas creadoras en todos los rumbos de la tierra.

Concordando con nuestros propósitos en estos momentos. Hemos recibido de una periodista mexicana (cuya firma nos resulta ilegible) una interesante epístola en que nos propone que desarrollemos campañas de amistad no solo entre los niños, sino también entre los maestros, presentando para ello un admirable plan, de vasta trascendencia continental americana.

Desde luego acogemos, encantadas de su importancia y de su afinidad con nuestras similares ideas y planes, la proposición de la apreciable colega mexicana y nos será de mucho gusto que los maestros de Honduras, acogiendo la importante sugerencia, principien desde este momento a su desarrollo, enviándonos sus primeros mensajes dirigidos a los maestros del mundo, en igual forma que la correspondencia infantil ya indicada.

Por nuestra parte, damos comienzo a la cristalización de tan bella idealidad patriótica, contenida en nuestro ideario panamericano, publicando en este número la carta inicial de la periodista mexicana y, seguidamente la respuesta de la suscrita.

Señora Olimpia Varela y Varela

Directora de la *Revista Pan-América*

Honduras

Señora Varela:

Fui periodista de la Unesco por parte de mi país y no tuve oportunidad de conocer delegadas de su patria, como de

tantos otros países. Así que esta lleva un saludo afectuoso para su presidente, los maestros y el pueblo de Honduras, ya la vez le agradeceré me envíe nombres de maestros y de niños, con sus direcciones, para escribirles.

Inicio con los maestros del mundo una amistosa correspondencia, con el objeto de poner en contacto a los niños y que desde hoy inicien su amistad con pláticas de sus actividades diarias, de sus gustos, de sus costumbres; después será el intercambio de pensamientos, trabajos, juguetes hechos por ellos mismos, cuanto puedan sugerirse ellos. Unos a otros se harán ánimo en sus empresas. Lo que los maestros debemos cuidar es solamente que sus trabajos mejoren y enseñarles a conservar la amistad.

Los maestros debemos dar enorme atención a los niños y adolescentes; guiarles para que su tránsito a la juventud sea firme y seguro. Debemos abrir una campaña para que no se menosprecien sus trabajos, sobre todo de estas edades que son maravillosos. Deseo que haya entendimiento entre los maestros conmigo y pronto nuestra labor camine sobre rieles en favor de los niños.

Así considero que en el mundo de mañana habrá más armonía que en el que ahora vivimos nosotros, porque la amistad que se crea a través de nuestra niñez y perdura hasta nuestra mayor edad, no es fácil de destruirla. Porque el mundo de hoy ya está hecho; el de mañana está en nuestras manos y hay que estructurarlo.

Después platicaremos del funcionamiento de los Grupos Infantiles Juaristas, de su finalidad y de su fundador, que es un célebre mexicano. Estos se denominan Grupos de Articulación entre el hogar, la escuela y la sociedad. Pues hay que recordar que la familia forma, la escuela conforma y la sociedad deforma y reforma.

Cómo anhelo que para la Navidad del presente año los mensajeros lleven sus mochilas repletas con cartas de los niños de todos los países del mundo, felicitándose.

He pintado el *Retrato de la Amistad* para algunos países. Este es el de un célebre mexicano. Pronto mandaré a usted, el de don Benito Juárez, o el de don Valentín Gómez Tobías; a la vez le agradeceré me envíe el de un ilustre de su país; más tarde le enviaré su pintura lo mismo que la historia de su país, para conocerla a fondo y platicarla a los niños; todo es para estrechar la amistad.

Atentamente,

C. A.

Enero, 7 de 1949

Tegucigalpa, 19 de junio de 1949

Distinguida intelectual mexicana:

Desde el muy interesante y raro *anonimismo* de su epístola, contesto a usted —mi lejana e incógnita amiga intelectual— y ojalá que *Pan-América* logre llegar a sus manos para que pueda entregarle esta misiva portada entre sus páginas, con mi respuesta al mensaje de usted ha tanto tiempo recibido; y pueda así a la vez informarla de la forma entusiasta en que ha sido acogido el magnífico plan que me propone y que tan exactamente coincide con mis ideas y propósitos alrededor de la obra periodística a cuya alta ideología sustancialmente pan americana me entrego con todo el fervor, sinceridad y exclusivismo que demandan obras de esta índole y ante cuyo servicio cotidiano, todo esfuerzo, sacrificio o renunciamiento, se justifican.

Sin duda que usted había dejado ya de esperar mi contestación, en vista de su tardanza, sin recordar que, de la misma manera que las invocaciones a la divinidad, si se formulan con fe infinita y sin miras egoístas, obtienen siempre la respuesta cósmica, así, cuando los ideales se conciben con toda la fuerza de la sinceridad y pureza altruistas, alcanzan siempre, hoy o mañana, en cualquier minuto del tiempo, su meta perseguida.

Bajo la inmutabilidad divina de esta ley filosófica espiritualista, la nobleza de su plan, proyectado hacia el bien, el acercamiento, la amistad de los hombres, a cuyo fin se contrae el cordialísimo texto de su carta, no podía de ninguna manera quedar sin efecto. Por eso, no obstante, las dificultades para contestarle (falta de dirección y de claridad en la firma) venció usted con la inspiración de esta idea mía: contestarle por medio de la *Revista Pan-América*, confiada en que ha de llegarle, dirigiéndole este mensaje al viento...

Tal como usted lo pide, le envío nombres y direcciones de maestros de mi patria para base del intercambio cultural y amistoso que nos proponemos; esperando que en correspondencia nos llegaran aquí nombres y direcciones de maestros del plan.

Paca Navas de Miralda



La Sofía*

Así, la Sofía, a secas, la llamaban en el pueblo. Más vieja que joven, enjuta de carnes, nariz algo corva, ojos pequeños de mirar vivo, ratonil. Allá en sus mocedades no debió haber sido tan fea, ya que encontró quien la quisiese, habiéndose casado y enviudado tres años después. Su fuerte era la murmuración. Vivía con el producto de unas de sus casitas de alquiler y el tiempo se le hacía corto para escarbar en el arsenal de las vidas ajenas. Su memoria era un completo archivo, pues conocía al dedillo la genealogía de todas las familias del lugar, con detalles que ampliaba su imaginación lúcida. De gran facundia e inventiva, se hacía lenguas destrozando honras femeninas, salpimentando sus relatos con episodios tragicómicos, en los cuales —como todo maledicente— mentaba morbosa fruición.

Al pueblo habían llegado hacía algún tiempo las dos Araya, muchachas entradas en años, bondadosas, muy mujeres de su casa. Vivían solas desde la muerte de su madre y el tiempo que les quedaba libre de sus quehaceres lo distraían en bordar y coser, labores que aprendieron en la capital, a donde se fueron siendo muy chicas. Una tía adinerada, al morir, les hizo el legado de la casita que a la sazón habitaban. Desde los primeros días de su llegada habían sido el blando de la malévola Sofía, quien las llamaba humosas y santurronas, sintiéndose molesta por no haber hallado la oportunidad de hincarles el diente.

—Aquí, pasando. Entrá, Simona. Mujer, no te vas a morir tan luego, pensando en vos estaba; y de tus vecinas, las Araya, ¿qué me contás? —indagó Sofía, alargando a esta un cigarrillo de tusa —.

—Allí metidas, como siempre —contestó la interpelada— una de ellas, la niña Casilda, tuvo ora noches un gran dolor de estómago y por la ventanita que da a la cocina vi a la niña Tomasita, su prima, haciéndole un conocimiento con hojas compradas en la botica. Ahorita la miré otra vuelta regando, muy pálida, unas matas de lirio que tiene en la huerta.

Una idea feliz pasó como ráfaga por la mente de la Sofía. Aquella Tomasita, su prima, estuvo un tiempo en el hospital de la ciudad, aprendiendo para enfermera; de seguro entendía de ciertas cosas... era verdad que ella iba mucho a visitarlas, pero aquel dolor... aquella tizana... sí, sí estaba clarito.

* Paca Navas de Miralda, "La Sofía", *Vida*, vol. II, n. 6, (mayo, 1935): 7.

Al día siguiente ya se comentaba por todos lados la noticia del percance concebido y propalado por la Sofía, y del cual había sido teatro la tranquila morada de las Araya. ¡Cuántos aspavientos entre el gremio mujeril! ¡Miren las que se han creído mejor que uno! ¡Y tan metiditas en su casa!

A misa de domingo, como de costumbre, concurrieron algunos días después las dos hermanas, ajenas al torbellino de dices en el cual iba envuelto su nombre. Todas las miraban de pies a cabeza y muchas, al acercarse a la pila del agua bendita a la salida de misa, se apartaron de ellas con un mohín de desprecio. ¡Mírenlas tan frescas —murmuraban entre dientes— y quieren seguir pasando por buenas!

Y así fue cómo las Araya dejaron el pueblo para siempre al enterarse más tarde de la infame inculpación de la que una de ellas había sido víctima. La casa heredada quedó vacía por no haberse hallado un solo inquilino. Se marcharon descorazonadas, silenciosas: la lengua viperina de la Sofía había marcado con el estigma de la calumnia sus ejemplares vidas.

La Ceiba, 1935

Paca Navas de Miralda

Almas afines*

Se conocieron en el Hotel Cosmopolita de uno de aquellos puertos que sirven de punto estacionario a los grandes trasatlánticos. Taciturno y silencioso él, como que el incesante trajín de su cerebro le obligaba a rehuir la compañía de las personas que, en aquel ambiente de mundanidad elegante, saboreaban con delectación sibarita la banalidad agridulce de los goces materiales. Era —en síntesis— un gran pensador que viajaba de incógnito.

Martha, a quien había intrigado desde un principio la hurañez del enigmático extranjero, sintió gran curiosidad de tratarle. Ella era también una viajera curiosa e intuitiva, que gustaba de estudiar en el gran libro de la naturaleza humana. El Azar, oportuno a veces, propició enseguida el encuentro de ambos espíritus de selección, confundidos en aquel barullo de voluntades y aficiones heterogéneas. Una amistad fraternal, tanto más viva cuanto que

* Paca Navas de Miralda, "Almas afines", *Alma Latina*, vol. IV, n. 48, (junio, 1935): 12.

era el resultante natural de sus tendencias afines, estrechó sus lazos entre ellos, moldeando sus ideas y concepciones en una armoniosa conjunción espiritual.

Desfilaban los días serena y fugazmente...

Ella tomaba notas para un libro que publicaría en breve; él acumulaba en su cerebro energías vitales a la vez que iba excogitando modalidades y tipos para el complicado engranaje de sus novelas, a las cuales —como a la mayoría de los escritores vanguardistas contemporáneos— imprimía un sello de realismo exquisito.

Tardes de placidez inefable, cálidas, plenas de belleza y colorido como un verso de Virgilio eran aquellas en que juntos departían en la terraza florida que daba al mar, ¡ante la sublime apoteosis de las puestas de sol!

Empero, llegó el día en que tenían que separarse, marchándose por rutas distintas. Los dos barcos en que partirían, anclados a lo lejos, eran, a su sentir, como severos aliados de la realidad, y el deber, al igual que las sombras que anulaban diariamente los policromos paisajes ponentinos, se alzó ante sus vidas, cerrando el paréntesis de ensoñadora abstracción de su amistad pasajera y obligándoles a decirse adiós, un adiós saturado de amargura bohemia, de rebelde y dolorosa melancolía.

Paca Navas de Miralda

La Ceiba, junio de 1935

El silencio y la soledad*

Campo propicio es la soledad para los atrevidos aleteares del espíritu.

El aislamiento es cómplice fiel de las grandes pasiones y de las ideas que —en intervalos felices— se dicesen al viento, bien como barriletes de vistoso color y sostenidos por hilos de artificio, bien como mariposas de luz que surgieron al amparo de hondas y sublimes concepciones.

* Paca Navas de Miralda, "El silencio y la soledad", *Tegucigalpa*, s. 145, n. 579, (febrero, 1938): 8.

Cancela amable es el silencio, tras del cual los encantados jardines de la poesía, tales como aquellos oreados por soles de paganismo y plenos de mitos y leyendas helénicas, se diesan en frutivos aromas de inspiración a los elegidos de las musas, y en donde los mismos, tejieron con la pomposidad de sus versos-rosas, garrulos ramilletes de emoción.

Tendencia natural del poeta: eternizar en el delicado fibraje del propio sentir, la fugacidad de la existencia que se evapora o se adhiere con amagos perdurables, a la impresión hurtada al paso aligero de las horas.

Se es actor o espectador. El papel de espectador se aviene más con la modalidad innata a los espíritus que actuaron en planos superiores, afectos, por ende, a los supraterrénos deleites de crear y de soñar.

El tumulto mundano, aturdidor y banal, con sus grotescas piruetas deprime las antenas de la humana sensibilidad, henchidas de melodías. Digiérase que estas percibieron en ondas subconscientes, la magia de ignotas y ancestrales vibraciones.

La frivolidad que se disfraza de social cortesanía, tan escasa de fueros propios como flexible de espina dorsal, no convence a los espíritus de reposada envoltura que, asomados al ventanal de la serenidad, gustaron de captar en sus prismáticos mirajes, aquellos paisajes de ama, cálidos de expresión, cuya subjetividad, abundosa de humano colorido, se filtrase de lleno a través de los límpidos cristales del sensorio.

Paca Navas de Miralda

La Ceiba, enero 1938

Feminismo equivocado*

Mucho se ha escrito sobre el “feminismo”, tal vez no lo suficiente para que su vasta esfera influenciadora, que enmarca una etapa de evolución social, sea tergiversada por las clases populares, inaptas para extraer de dichas modernas teorías la fundamental trascendencia que envuelven sus principios.

* Paca Navas de Miralda, “Feminismo equivocado”, *La Voz de Atlántida*, año 6, n. 303, (noviembre, 1942): 1, 20.

Las condiciones de absoluta inferioridad moral e intelectual a que estuviera relegada de la mujer por un largo período de obscurantismo, han venido gradualmente aboliéndose, mediante un proceso justo y reivindicador, que ha sabido barrer el ripio de tradicionalismos obstrutores de cultura y progreso social.

La igualdad de derechos civiles para ambos sexos, ya establecida en muchos países de cultura avanzada, no es pauta para que tal concesión de la ley que atañe a la mujer, pudiera aplicarse a los distintos órdenes de la vida, lo cual daría o viene dando margen a los peores desaciertos.

Resulta un verdadero desastre o contrasentido el que la mujer de nuestros días confunda el lícito albedrío, que despeja o amplía los caminos de su liberación en el campo de la lucha, ayudándole a salir del desnivel deprimente e injusto en que vivieron las mujeres de otras épocas, con la extremada libertad, gobernada por la ley del instinto, que salta, si le viene en gana, con la imprudencia con que pudiere hacerlo el hombre, por sobre las barreras del decoro, de la dignidad y el respeto que todos nos debemos a sí mismos.

La misión primordial del “feminismo” es de defensa social. Es la acción decidida y orientadora de la mujer, relegada con relación al hombre, y afianzada por los códigos a los apartados rincones de la pasividad, como objeto de lujo o adorno; es la acción —dijimos— compactada actualmente en un frente unido que responde al justo reclamo a que la misma tiene derecho en el plano de las sociedades presentes y futuras.

Tal es, precisamente, su lucha: encausar aquellas tendencias ya libres de trabas opuestas a su desenvolvimiento material y espiritual, cohonestando de la mejor manera su acción impulsiva y eficiente por las vías rectilíneas de la disciplina y el deber, en la cual precisan tomar parte el corazón y el cerebro. No creemos que dicha actitud pueda estar reñida con las sagradas y naturales obligaciones que atañen a la madre y esposa en el recinto sagrado del hogar; y así, vemos hoy legiones de mujeres dirigentes del gremio en diversos países del continente, formando un apostolado de tendencias humanistas, que trabaja por la “paz y la justicia social”, actitud totalmente desprendida de intereses personales y egoístas, plasmada en ideales de conciliación moral y armonía ante la barbarie espectacular que hoy se enseñorea en tantos pueblos que se llaman civilizados.

A nuestro pensar, hay que instruir a la juventud femenina, aclarando muchos puntos cuyo mal entendido acarrea desprestigio a las instituciones que hemos mencionado.

Hay que formar conciencia en esa juventud equivocada o descarriada, que quiere arrogarse derechos sin conocer sus deberes, lo cual resulta contraproducente, o —por mejor decir— contrario al “ideal rehabilitador del sexo”, que en tal concepto deben resumirse las mil y una formas de reactividad del feminismo auténtico, del cual viene palpándose su influencia de trascendentales proyecciones sociales.

Paca Navas de Miralda

Consideraciones del momento*

Se fue el año de 1942, dejando atrás —como los anteriores—, nubes de humo, estampidos de metralletas y cañones, regueros de sangre, de lágrimas; que tal es el doloroso saldo de la lucha que viene librándose en los campos del Viejo Mundo, lucha que cada día abarca mayor extensión del globo terrestre, con la complicidad de los cinco mares y de los elevados dominios de la estratósfera.

Ante la expectante inquietud de la hora, nos preguntamos:

¿Cuándo finalizará la actual contienda para bien de los pueblos y las masas supervivientes a la gran catástrofe?

¿Cuántas sorpresas habrá de ofrecernos el período de la posguerra? ¿Qué innovaciones habrán de surgir transformando los mapas geográficos y políticos sociales del mundo, e influir en forma inesperada y quizás favorable a su desenvolvimiento futuro?

El convulsionismo bélico actual, que ha echado por tierra los postulados sagrados del derecho y la justicia, ha despertado en los pueblos de nuestra América un sentimiento de unidad, acorde con el imperativo del minuto, al cual se sienten impulsados hasta los más pequeños pueblos de la hispana progenie, sumidos por razones de tradición en un estancamiento contrario a su desarrollo moral y material.

La Oficina Panamericana, fundada en Washington hace más de cincuenta años, ha venido fomentando por diversos medios las relaciones de amistad entre la gran nación del norte con los pueblos indohispanos.

* Paca Navas de Miralda, “Consideraciones del momento”, *La Voz de Atlántida*, n. 305, año 7, (enero, 1943): 1.

Al presente, para mayor eficiencia de dichas actividades, el Comité de Coordinación de Relaciones Interamericanas, ramificado en varios países del continente, patrocina diversos institutos de cultura, en los cuales, como en el que funge hace tres años en la capital de Honduras, se imparten gratis clases de inglés, se fundan bibliotecas y, bajo los mismos auspicios, se otorgan becas para estudiantes y profesionales jóvenes; sembrando con tal esfuerzo en las generaciones presentes y futuras las bases de un acercamiento de mayor y más solidaria raigambre en los fastos del futuro. Una nueva cultura de amplias y trascendentales proyecciones se abraza en el horizonte del nuevo mundo.

Paca Navas de Miralda

América y sus futuros destinos*

Los pueblos de América, en su mayor parte, vienen realizando una encuesta de trascendentes relieves futuros, tal es la de estrechar entre sí vínculos de solidaridad espiritual, a fin de caracterizarse, en elocuentes rasgos de acción y pensamiento, desdiciendo los mismos con tal actitud, de aquel “complejo de inferioridad” cuya nociva influencia ha predominado por largo tiempo atrás, expuesto en un afán de imitar y copiar ideas y modalidades de civilizaciones ya caducas, las cuales hoy se debaten en trágicos estertores, encadenando su fatiga secular, a las enmohecidas ruedas de sus destinos en decadencia.

El sentido del ideal panamericano, viene infiltrándose gradualmente en la conciencia continental; a ello se encamina la pertinaz y fecunda labor de la mayoría de los escritores o conductores espirituales, de los economistas, sociólogos, poetas y artistas americanos, compenetrados de su misión difusora, harta necesaria y dispuesta a reafirmar en el espíritu de los pueblos indohispanos, el anhelo o —por mejor decir— la necesidad de “encontrarse a sí mismos”.

La América pujante de Lincoln, Bolívar, Sucre, José Martí y Sarmiento; la de Rodó, Vasconcelos e Ingenieros; la de Lugones, la de Mistral, Darío y Nervo, pareciere captar en el dantesco panorama actual del Viejo Mundo, enseñanzas propicias al propio despertamiento moral; lecciones renovadoras de energías,

* Paca Navas de Miralda, “América y sus futuros destinos”, *La Voz de Atlántida*, año 7, n. 307, (marzo, 1943): 1.

antes estancadas dentro de los estrechos límites de tradicionales separatismos, sugeridoras estas de las hermosas cruzadas de la democracia, a cuyo estado social tienen derecho de aspirar todos los pueblos conscientes, cuya suerte hubiere de sumarse al engranaje del progreso humano.

América guarda en la propia entraña tesoros inexplorados de potencialidad espiritual y material, riqueza de cerebros y voluntades prestos a la lid que demuele utopías y falsos credos, los que fueren producto de antañones radicalismos.

Hacia el encausamiento de dichas fuerzas tiende hoy el conglomerado de los pueblos americanos, fusionando en un solo ademán reestructivo y amplio, el anhelo o necesidad de positiva defensa salvaguardia en el futuro de los fueros de la propia autonomía.

Paca Navas de Miralda

Carta abierta dirigida a las damas que integran en Tegucigalpa, la mesa redonda panamericana, sección de Honduras*

Estimadas compañeras:

Les va esta con un saludo afectuoso, aunque un poco tardío, acompañada de mis mejores deseos por el éxito de sus actividades panamericanistas. Espero que, durante los meses que han transcurrido desde que salí de esa ciudad, tengan mucho que decirme al respecto. Estoy deseosa de conocer la marcha de sus labores, pues me gustaría referirme a esa institución femenina que viene sumando su entusiasmo y buena voluntad a favor de la causa sustentada hoy con mayor intensidad que nunca, por los pueblos de las tres Américas.

Año con cariño, —y dispensen que hasta ahora se los patentice por medio de esta larga misiva— las exquisitas atenciones que la institución que ustedes integran tuvo para mí durante mi larga temporada en esa bella ciudad colonial, donde hube asimismo de recibir muestras de simpatía inolvidables.

* Paca Navas de Miralda, "Carta abierta dirigida a las damas que integran en Tegucigalpa, la mesa redonda panamericana, sección de Honduras", *La Voz de Atlántida*, año 7, n. 400, (junio, 1943): 3-4.

Alíó el recuerdo de dichas demostraciones de amistad y compañerismo cordial, con el ambiente espiritual de los círculos literarios como el Instituto de Cultura Interamericana, en donde pasé amenos ratos y tuve oportunidad de conocer distinguidos intelectuales capitalinos pertenecientes al cuerpo diplomático de las repúblicas hermanas del istmo.

Ambiente acogedor y amable el del instituto, propicio al acercamiento de intelectos y corazones, que preside Jorge Fidel Durón. Dicho centro viene haciendo labor efectiva en beneficio del país, según pudimos darnos cuenta, entre otras cosas, por el número de becas otorgadas bajo sus auspicios a varios estudiantes de ese lugar, que cada año van y vienen con la intervención o apoyo del Gobierno de los Estados Unidos.

Me ha alegrado mucho el triunfo de nuestra compañera Argentina en el reciente concurso literario. Mujer nueva que, así como teje la delicada urdimbre de la novela, también le hace frente con energía a las eventualidades de la vida, consiguiendo al medio y la época, a través de los intrincados caminos de la lucha material.

¿Cómo no recordar agradablemente mi estancia de largos meses en esa? Me había encariñado ya con los hermosos paisajes de La Leona, desde cuyas alturas, en las mañanas dominicales, arrebuñadas de nieblas, divisé la ciudad adormecida, lirizada de beatitud y arrullada por la sonora canción de las campanas.

¿Cómo no recordar las encrucijadas de La Hoya, donde pareciere que cada piedra hubo de oír y sentir antaño las voces de otra edad? Y están ahí, para relatar al viajero soñador, en unciosa mudez centenaria, tantos episodios adscritos al engranaje secular de la tradición. Rincones de dulcedumbre evocadora, trasunto de la España legendaria del medievo, parecidos a las españolísimas callejas de la vetusta ciudad de San Cristóbal de La Habana, donde el tímpano de la fantasía cree percibir, aun junto a las rejas enlunadas, los ecos de la copla que destila pasionales vehemencias a tono con la sentimental vibración de las guitarras.

Mi regreso por tierra fue una verdadera revelación de belleza topográfica. La salida, mucho antes de la hora del amanecer, me obligó a captar a media luz la belleza de aquellas alturas alledañas, de aquellos panoramas maravillosos, bañados por una luna inmensa que parecía estar suspendida como lámpara cósmica, entre la *encajería* verde del pinar, dejando en mis retinas la impresión de un paisaje de encantamiento. Me gustó mucho Siguatopeque, situado en un paraje espléndido y rico en perspectivas. Sería un lugar ideal para temporar si hubiese ahí un hotel con mayor

confort e higiene, regenteado por un experto. Comayagua, con una fisonomía parecida a la de la Antigua Guatemala, con su hermosa catedral y su inmenso cálido valle oloroso a colmenar de exquisitos frutos tropicales.

El Lago de Yojoa constituye un panorama digno de admiración. Belleza natural sin artificio, regalo maravilloso para la imaginación paisajista, que enfocara, con fugacidad de alas en trance de vuelo, el prodigio de la línea y el color. Por casualidad, y por no pasar la noche en Potrerillos, como estipulaba el itinerario, decidimos visitar un rato la progresista ciudad de San Pedro Sula. Progresista, sí, es el adjetivo que mejor le acomoda a la vecina ciudad de los laureles. Invitada gentilmente por el Dr. Centeno y su esposa recorrí sus anchas y asfaltadas calles, sus modernos *chalets*, ubicados a la orilla del *boulevard*, los edificios en construcción, y las lujosas vitrinas de la calle comercial, decoradas como las de La Habana o cualquiera otra ciudad opulenta, dan la nota de una elegancia ornamental alcanzada a grandes pasos de labor y perseverancia de parte de los gremios directrices.

La visita de un rato a dicha ciudad, después de un lapso de ocho años, nos dio lugar a aquilatar justamente la atmósfera renovadora y sana, libre de carroña política que ahí se respira ambiente simpático el de la sultana y del norte, como se le llama, donde cada habitante consciente se cree en el deber de dar algo de sí, en pro del adelanto material, espiritual y social. Nos despedimos con pena de los pocos amigos que tuvimos ocasión de ver en tan breve tiempo.

Arribamos por fin a La Ceiba. La encontramos arropada en la obscuridad obligada de sus noches, a causa de los pasados atentados de los submarinos nazis en aguas del Atlántico. ¡Cosas de la guerra! La encontramos sumida en su letargo económico, tanto más acentuado cuanto que, su posición geográfica o cualquier otra causa ha obligado a multitud, de individuos de las diversas clases sociales, a emigrar hacia Panamá u otros lugares a buscarse el “pan nuestro de cada día”.

¡Qué le vamos a hacer!

Nos encontramos con el panorama ilimitado del mar, eternamente viejo y eternamente nuevo, como dijo el poeta. ¡Cómo somos de variables! Por eso, al tener oportunidad o facilidad —mejor dicho debemos —por sistema— dar la espalda al aburrimiento, para alternar, en un paréntesis de descanso para el espíritu, los paisajes de altura, como los de ustedes, y los de tierras bajas orillados al gran charco como los costeros, donde —en contraste con el clima— la vegetación no conoce los rigores del verano. Los campos

de la costa atlántica, cultivados de frondosos bananales, cocales y de gran variedad de árboles y arbustos de toda especie, por su exuberancia llamativa, son para el viajero de tierras estériles o escarpadas la expresión vegetal de la eterna primavera del trópico.

Valga la larga extensión de esta carta, por la tardanza en la decisión de escribirla, esperando en contestación los informes de sus posteriores actividades.

Cariñosamente,

Paca Navas de Miralda

Albores de paz en el Nuevo Mundo*

En los horizontes del Nuevo Mundo se columbran ya los albores de una paz futura, regida por las sagradas leyes de confraternidad entre los hombres y las naciones. De una paz, cuya estabilidad habrá de estar regida por los resortes de la justicia, del derecho y del respeto mutuo, de la actividad bien distribuida y desvinculada de bastardos egoísmos o de miras personalistas, las cuales han servido, a lo largo de muchas centurias, para encubrir formas de depresión y atraso, bajo la capa de legislaciones o regímenes de mohosa y anticuada factura.

El reinado de la paz político-social que se avecina en el mundo, y cuyas bases ya se están barajando sobre el tapete de la discusión, habrá de constituirse sobre andamios cuya solidez esté más de acuerdo con el futuro bienestar de las colectividades, más en armonía con el estado de evolución del mundo encaminado a demoler prejuicios de casta y sofisticaciones de todo orden.

La conciencia de todos los pueblos de nuestra América se erige al presente, englobando, por medio de los gobernantes de cada país, su ideario de fecundas orientaciones, las cuales han empezado a proyectarse en una u otra forma, por diferentes rumbos del continente. Los veneros de economía de muchos países, antes en estado de pasividad o estancamiento, en perjuicio propio, abren hoy sus válvulas a la acción cooperativa de la voluntad y el músculo, haciéndonos vislumbrar una era de prosperidad tras el período doloroso de la posguerra.

* Paca Navas de Miralda, "Albores de paz en el Nuevo Mundo", *La Voz de Atlántida*, año 7, n. 402, (agosto, 1943): 3.

Es oportuno a estos respectos meditar en el alcance y la significación de las declaraciones formuladas durante su estadía en Chile por el vicepresidente de la Unión Norteamericana, Sr. Wallace: “En este siglo —expresó el prestigioso estadista— no habrá nación alguna que tenga la potestad divina de explotar a otras naciones. Las naciones más antiguas y más fuertes tendrán el privilegio de ayudar a las más jóvenes para que inicien su industrialización, pero sin el menor imperialismo económico y militar”.

Bajo tales auspicios, los amantes de los regímenes democráticos, dentro de los cuales no deben haber oprimidos ni opresores, las veintiún repúblicas, en espíritu y corazón habrán de aportar su contingente de altos relieves humanistas, hacia la estructuración moral y material de la América del porvenir.

Paca Navas de Miralda

El recién pasado triunfo literario de Gabriela Mistral*

El Premio Nobel de Literatura hace poco otorgado, de manos del yey Gustavo de Suecia, a la eminente escritora y poetisa chilena Gabriela Mistral, ha sido un acto justamente aplaudido y comentado en todos los círculos literarios del continente.

Gabriela, peregrina sublime, nos ha dado su prosa y poesía con dejo teresiano, tan ricamente española como suya, en la originalidad recargada de esencias bíblicas, saturada de humanidad y con sonoridades y limpidez de agua manantía.

Prosa arrancada a la emoción de su América india, que sufre, sueña, ama, canta y se adelanta al futuro en rutas de luminosas perspectivas; canto a la vida en todas sus fases, en el cual la autora de desolación, hubo de volcar el “dolor de sentir” hasta transformarlo en miel hiblea de ternura a través de su tarea de maestra rural, para darlo en ofrenda de sinceridad a los niños de Chile, alma vida y corazón de las sociedades presentes y futuras. Y ese mismo dolor —en carne viva de renunciación amorosa, patente en su mística plegaria *El ruego*, “más anchas le dejó las cuencas del amor” tal su propia expresión poética.

* Paca Navas de Miralda, “El recién pasado triunfo literario de Gabriela Mistral”, *La Voz de Atlántida*, año 10, n. 420, (enero, 1946): 3.

A través del vasto engranaje de su obra literaria, la Mistral ha venido dando su inspiración como vaso samaritano rebosante en aguas de evangelio a la juventud pensante de América, la que hoy bate palmas jubilosas ante el más resonante triunfo literario circunscrito a los dominios del continente de la luz, que dijera Martí.

Pese a las corrientes de agudo materialismo, dimanadas del espíritu de desenfrenada ambición y ansia de poderío económico de algunos pueblos, origen de las guerras las más de las veces, también subsisten fuerzas o poderes contrapuestos a dicho clima de devastación y aniquilamiento espiritual; también hay instituciones o columnas inamovibles que velan por el progreso de la cultura, en sus diversas fases.

A iniciativa de tales entidades dignas de mención, se vienen llevando a cabo actualmente concursos artísticos, científicos y literarios, habiéndose otorgado bajo tales auspicios, en los últimos tiempos, algunos premios entre elementos valiosos del conglomerado intelectual americano.

Hay una tendencia muy marcada en esta honra crucial —campo abierto, asimismo, a toda clase de especulaciones de orden económico y político— por la reintegración de valores en los estrados de la ciencia y el arte, llenando con tal realización, dichos organismos diseminados a lo largo del continente, el alto deber de elevar a un nivel de justo reconocimiento a quiénes, sin distingos de casta o nacionalidad, de tal honor o distinción fuesen merecedores.

Los estrados del pensamiento americano están de plácemes, con el recién pasado triunfo literario de la más alta e insigne mujer de América, educadora y maestra de la pluma Gabriela Mistral.

Paca Navas de Miralda

El grupo femenino *Ideas* nos recibe cordialmente*

Con muestras de compañerismo cordial fuimos recibidas desde recién llegadas a esta ciudad en la casa de *Ideas*, grupo que preside la escritora y poetisa mexicana Graciana Álvarez del Castillo de Chacón, dama que aúna a sus altas capacidades en

* Paca Navas de Miralda, "El grupo femenino 'Ideas' nos recibe cordialmente", *La Voz de Atlántida*, año 11, n. 432, (enero, 1947): 3.

el ramo, una voluntad tesonera, como lo requiere dicha labor de unificación femenina que data de tres años y que continúa en el mismo temple optimista y vigoroso a través de la revista del mismo nombre, involucrando el sentir y el pensar de las mujeres de Hispanoamérica.

Estuvieron presentes en dicha reunión: la conocida escritora Leonor Llach; su hermana, la conocida penalista Guillermina Llach; Magda Mabarak, escritora que ha publicado varios libros; Elena Sodi de Pallares, periodista fogosa que colabora en varios órganos de la prensa nacional; Josefina Zendejas, poetisa y cuentista, autora de varias obras y colecciones de cuentos para niños; —y a la vez secretaria del grupo en mención—; Trinidad Soto Galindo, folklorista; Carlota Valle Lazo, poetisa; Aurelia Reyes (Arlette) novelista; Magú Vas, destacada poetisa; Dra. Luz Vera, periodista recién jubilada por el Gobierno dada su prestigiosa y continuada labor en el magisterio nacional.

Durante el rato que duró dicha reunión, desligada de ceremonias protocolares, pudimos darnos cuenta del aplomo y desenvolvimiento de la mujer mexicana, factor que ha venido aportando su esfuerzo al avance cultural y político-social de la patria.

Durante el curso de la conversación se barajaron varios tópicos de carácter social. Alguien habló del abandono relativo en que se encontraba el niño en México, lo cual ha contribuido al aumento o propagación del raterismo y vagabundismo, males muy difíciles de extirpar. Opinamos al respecto que dicho problema de carácter racial, de tan alta trascendencia, no solo existe en México, sino en todos los países populosos hispanoamericanos. Se insinuó allí mismo la idea de que el Lic. Alemán, quien actualmente maneja las riendas del poder público, parecía estar muy interesado en dicho problema que merece ser enfocado con el mayor interés y actividad, como que en él se afianzan los cimientos buenos o malos de las generaciones por venir.

Las concurrentes —poetisas en su mayoría— recitaron en nuestro honor hermosos poemas, quedándose esta servidora, por último, para brindar a su turno a las amables compañeras de *Ideas*, algunas producciones de diferente fondo y matiz. La señora de Pallares nos obsequió gentilmente varios números de la *Revista Numen*, ofreciéndonos sus columnas, no sin antes invitarnos a su casa a fin de cambiar impresiones literarias más detenidamente.

Lo mismo Magda Mabarak, que a su vez se mostró muy complacida en haber conocido parte de nuestra labor u obra, centroamericana.

Al terminar, se nos obsequió con una deliciosa tacita de ponche y un turrón confeccionado de piña y coco, mientras la charla se generalizaba haciéndose más íntima y cordial.

Han faltado muchas compañeras —por diversos motivos— nos dijo Graciana, la directora de *Ideas*, a tiempo de despedirnos. Esperamos tener el gusto de reunirnos nuevamente con usted en otra oportunidad. Aquí mi agradecimiento por el ameno rato que nos proporcionará la exquisita directora del grupo *Ideas*, grupo cuya labor constante y decidida afianza sus derroteros de unidad y cooperación femenina a través de la revista del mismo nombre, tribuna de las mujeres de América.

Paca Navas de Miralda

México, D. F. diciembre de 1946

Congreso pacifista que tendrá lugar próximamente en Guatemala*

Auspiciado por la Liga Internacional Pro Paz y Libertad, sección de Estados Unidos de América, tendrá verificativo del 7 al 14 de mayo en la ciudad de Guatemala, un Congreso Interamericano de Mujeres que presidirá la esclarecida pedagoga y poetisa chilena, Gabriela Mistral.

La directiva central de dicho comité pretende, a través de tal evento cultural, asentar las bases de una labor coordinada a favor de la paz futura, de una paz basada en los altos principios de la equidad y la justicia, como corresponde al lema democrático, lema contrapuesto a toda actividad o clima de coacción gubernativa contra una gran parte la masa popular, amparándose dicha política dictatorial en beneficio de un grupo, contra la corriente de los nuevos credos actuales, liberados de cánones obstructores de progreso, cuya estructura reza con legislaciones retrasadas de ambiente y corte muy de otra época.

El minuto de incertidumbre y de zozobra porque atraviesa el mundo, decisiva bajo diversos puntos de vista, reclama de ambos sexos en conjunto un mayor sentido de responsabilidad moral. Y la mujer, de naturales tendencias pacifistas, en su afán de realizar

* Paca Navas de Miralda, "Congreso pacifista que tendrá lugar próximamente en Guatemala", *La Voz de Atlántida*, año 11, n. 434, (marzo, 1947): 3.

el bien y laborar por el mejoramiento del plano humano, en el cual tuvieron que actuar las presentes y futuras generaciones, asume en estos momentos de la posguerra un más alto sentido de su misión complementaria y orientadora, lo cual le obliga a prestar su valioso concurso ante los grandes males o desastres que afligen a la humanidad, todavía sangrante y no del todo apaciguada, después de la última guerra.

El Congreso Interamericano de Mujeres, en su programa tentativo, el cual dimos a la publicidad hace algunos meses, enfoca diversos problemas de gran significación, puntos que serán discutidos oralmente en las sesiones, tales como el análisis de la situación creada por la bomba atómica y la urgencia de hacer efectivos los medios de defensa y actitud de los gobiernos antidemocráticos, etc.

En cuanto a uno de los puntos principales del programa, en directa relación con el ideal feminista que respeta a la mujer — la obtención de sus derechos civiles y políticos y su acceso a puestos públicos de responsabilidad—, argüimos que tal problema a resolver en nuestro país, como en otros varios de la América Latina, sigue su curso natural en consonancia directa con el clima de lucha intensa en que se debaten los intereses de la humanidad —al cual nos referimos en un principio—, etapa única en la historia, que viene involucrando como medida necesaria, el concurso de la mitad del género humano, la acometividad oportuna y resuelta del gremio pensante que viene dando por resultado su intervención oportuna y solidaria en el campo de la lucha.

El Congreso Interamericano, que ha de efectuarse en breve, tiene planeado, asimismo, la formación de una “Federación Interamericana” que represente a diversas asociaciones femeninas de América. No dudamos que, del evento mencionado por realizarse, habrán de desprenderse innumerables ventajas en favor de la colectividad americana, aparte de crear nuevos nexos de comprensión mutua entre las delegadas de los diversos países, llamadas, o, mejor dicho, obligadas a exteriorizar imparcialmente todos aquellos puntos o problemas que requieren la mayor atención de los gremios dirigentes de cada sector, colaborando estos conjuntamente contra tales regímenes de filiación antidemocrática.

Paca Navas de Miralda

México, marzo de 1947

La mujer mexicana ocupa ya un sitio de alta responsabilidad*

EL 8 de marzo —y con motivo de celebrarse el Día de la Mujer, instituido por la Primera Conferencia Mundial de Mujeres celebrada en Copenhague en 1910— tuvo lugar en el Palacio de Bellas Artes una ceremonia organizada por el Partido Revolucionario Institucional.

Concurrieron a dicho acto numerosas representaciones femeninas, trabajadoras intelectuales, comités coordinadores para la defensa de la patria, jefes de sindicatos etc. Por las cámaras legislativas, un grupo de senadores; el secretario de gobernación, en representación del presidente Alemán Valdés, pronunció un elocuente discurso en el cual, entre otros conceptos, intercaló, con respecto a la mujer mexicana y su actuación en diversas épocas, las apreciaciones siguientes:

La mujer ha llegado a ocupar en nuestra vida colectiva un sitio de encumbrada responsabilidad al lado del hombre. Abatidos los prejuicios que la mantuvieron apartada y ajena a la creación de nuestra propia historia —salvo excepciones conocidas— está ahora la mujer en el umbral de su propia independencia. Ello le impone naturalmente mayores responsabilidades, pero le otorga derechos, de cuyo uso, estamos ciertos, resultará el acendramiento de su prestigio y el bien de México. La reciente reforma al Art. 115 de la constitución lleva a la mujer a una de las trincheras en que es más fecunda la lucha por el progreso y el bienestar común. Desde los ayuntamientos, tan cercanos a la familia y al hogar, ella debe ser elemento vigilante por el mantenimiento del orden, la honestidad y el servicio diligente del pueblo.

“Pero no solo ese sitio de honor se dispone el gobierno a reconocer a la mujer. Las más aptas serán llevadas a mayores tareas, y allí probará su espíritu, su voluntad y su fuerza en la construcción de una patria como todos la deseamos”.

Otro de los discursantes, en nombre del Comité Central Ejecutivo del PRI, rindió un cálido homenaje a la mujer: “porque piensa que las actividades humanas necesitan de la aportación integral de la mujer; de la proyección de su sentido vital en la resolución de los problemas de todo género, para enriquecer las instituciones y la marcha colectiva con su espíritu de amor y de nobleza”.

* Paca Navas de Miralda, “La mujer mexicana ocupa ya un sitio de alta responsabilidad”, *La Voz de Atlántida*, año 11, n. 435, (abril, 1947): 3.

Figuraron en dicho evento, como oradoras, las distinguidas feministas Amalia C. de Castillo Ledón, Sta. Guadalupe Ramírez, doctoras Rodríguez Cabo, Esther Chapa y otras más, quienes han venido luchando asiduamente en pro de los derechos cívicos del gremio.

Toledano declaró, con motivo de la celebración del Día Internacional de la Mujer que “esta no será por ningún concepto instrumento de las fuerzas del oscurantismo, sino un auxiliar poderoso en lucha de nuestro pueblo por su libertad y progreso”.

Añadió que uno de los más acertados pasos hacia la democratización de la vida mexicana, ha sido el conceder a la mujer plena intervención en la administración de los municipios, y que a estas deben asimismo concederle absoluta igualdad de derechos como ciudadana.

México, D. F. abril de 1947

**Conceptuosa carta de la estimable escritora doña
Paca Navas de Miralda, cuya actuación en el
primer Congreso Interamericano de Mujeres fue
sobresaliente***

Amable compañera:

De tiempos he tenido la intención de escribirle, desde mi regreso de México, pero como tuve que salir seguidamente al primer Congreso Interamericano de Mujeres, que tuvo lugar en Guatemala, el exceso de correspondencia y trabajo acumulado de la revista, me ha venido privando de dicha satisfacción.

Tuve el gusto de leer la edición extraordinaria de *Atenea* en su tercer aniversario. Le reitero mis felicitaciones más sinceras por lo tesonero de su empeño alrededor de tales actividades, por su campaña patriótica en favor de la mujer y, en general, por el bienestar colectivo de la patria.

En México, y durante mi larga estancia que me permitió alternar con intelectuales de renombre, tuve oportunidad de mencionar en

* Paca Navas de Miralda, “Conceptuosa carta de la estimable escritora doña Paca Navas de Miralda, cuya actuación en el primer Congreso Interamericano de Mujeres fue sobresaliente”, *Atenea*, vol. IV, n. 37, (diciembre, 1947): 10, 25.

pláticas privadas y en entrevistas de prensa la labor de usted y de Olimpia Varela, otra luchadora que, como usted, tiene allá muchas simpatías de parte de Josefina Zendejas, animadora y fundadora de *Cauces Americanos*, muy conocida por sus libros y sus cuentos para niños, la que sabe hilvanar cual una araña de milagro —con la malla mágica de su inspiración fecunda—, la expresión que día por día nos ofrece en amor de asiduidad y constancia dignas de imitarse.

Y Anita Gómez Mayorga ¿Qué decirle de esta encantadora amiga mexicana, con la cual pasé momentos inolvidables en su bello chaletito de las Lomas de Chapultepec? Ella también me habló de usted. Ahí conocí a la recia escritora y poetisa Mariblanca Sabas Aloma, que llegó como representante del gobierno de Cuba a la toma de posesión alemana. Esta mujer, de una personalidad enorme, a la que ya conocía por su actuación en la política de su tierra, me causó una impresión agradabilísima. Anita vive su “propia vida” la del espíritu, dándose en voces de “amor” a través de su obra profusa de renombre continental.

Me escribe con frecuencia, lo mismo que Laura de Pereda, otra exquisita amiga del país azteca que me dedicó dos páginas de la *Revista Blanco y Negro*. Es amabilísima, de todo corazón muy culta y simpática.

Dicho sea de paso, tal es la característica de la mujer intelectual mexicana, enérgica y fuerte en la lucha, no obstante, su femineidad de brazos y corazón abiertos a la confraternidad con las mujeres que luchamos en el mismo plano de acción; de anhelos conjuntos hacia la unidad intelectual femenina del continente.

La actitud de la mujer pensante en los momentos actuales*

La acción conjunta de la mujer en los momentos actuales, en los diversos planos de la cultura como en los de asistencia social, viene propiciando dentro de un nuevo clima de responsabilidad moral, las bases de una liberación sostenida por el andamiaje de las nuevas corrientes evolutivas, equidistantes estas de un común anhelo o afán en pro del mejoramiento de la humanidad.

* Paca Navas de Miralda, “La actitud de la mujer pensante en los momentos actuales”, *La Voz de Atlántida*, año 13, n. 446, (marzo, 1948): 3.

Centenares de mujeres de diversas razas e ideologías, en abierta lucha con los obstáculos que han venido sirviendo de valladar al desenvolvimiento de toda obra demoledora de viejas costumbres y prejuicios, se abre paso mediante el trabajo y la disciplina que debe de regir cada organismo o núcleo, cuya organización tiende, desde sus bases, a la coparticipación de la mujer dentro de la legitimidad de derechos civiles-políticos.

El mundo de hoy, sometido a cambios radicales, nos presenta una fisonomía que no reza bajo todo punto de vista con la pasividad egoísta y frívola de la mitad del género humano. Y la mujer, sin absurdas pretensiones de subvertir valores o de arrogarse ademanes que no corresponden a la delicadeza de su sexo, se decide de lleno a tomar “posiciones”, que de hecho le pertenecen como factor social, demostrando, en forma consciente y honrosa para el gremio. En los países más adelantados del globo, el valor de su cooperatividad, en un despliegue oportuno de energías encaminadas al logro de una mejor proyección del hogar en la sociedad, atención a la infancia y sus problemas, de mayor interés en estos momentos de posguerra; la dirección eficiente de la juventud, puente de transición entre la sociedad presente y la futura; a la enseñanza debida o acertada —mejor dicho de los deberes contraídos por sí misma hacia el ejercicio eficiente de sus derechos civiles y políticos— dentro de cuya conquista se gestan actualmente, en algunos pueblos, los medios de un equilibrio más propicio para la humanidad por venir.

Aquí cabe preguntar: ¿Qué mejor legislador para la mujer que la mujer misma? En la paz, como en la guerra, en la universidad, en el campo de batalla y en la fábrica; la mujer desprendida de absurdos complejos; ha sabido con creces dar de sí en esta época aquilatando su acción como complemento necesario —tal dijimos antes— al engranaje del organismo social del mundo en que vivimos.

El vértigo desenfrenado de la industrialización, los sismos revolucionarios que se incuban al calor de intereses encontrados; las guerras últimas, fuerzas aniquiladoras en el sentido moral y material; las corrientes filosóficas derivadas de tal estado caótico en que la actual generación del presente, todo ha venido a dar a la época actual una fisonomía diferente, concatenado a rudos cambios o a sistemas de emergencia que a su vez tienen que influir en forma decidida en las nuevas normas o legislaciones puestas en vigencia.

Ante tales mutaciones, ante tal desequilibrio marcador de una etapa de mediados del siglo xx, surge el espíritu de confraternidad de las mujeres del mundo, agrandado este a través de toda clase

de iniciativas redentoras, de realidades llevadas a cabo en forma conjunta, porque así lo reclama el desbarajuste que sufre el mundo en escombros; porque la colaboración femenina, adentrándose en intuición y delicadeza de sentimientos en estos o aquellos problemas, cree cumplir con su deber de vital trascendencia dentro del engranaje político-social, incrementado a través de los últimos tiempos.

Paca Navas Miralda

Doce años de labor cultural cumple *La Voz de Atlántida**

El veinticinco de julio circuló el primer número de *La Voz de Atlántida* como publicación independiente, en un plano de lucha patriótica bien intencionada, sin repliegues sectaristas ni ampulósidades dogmáticas, dentro de nuestro ambiente precario y carente de estímulo.

No obstante el hecho de haber iniciado y ampliado nuestra labor en un puerto, de cara al Atlántico, hemos tenido la impresión por más de una década, aquí en La Ceiba, de que actuamos a las puertas del mundo, de este nuevo mundo que el apóstol de la libertad de Cuba llamara el continente de la luz.

Doce años representan, a través de la tarea que nos impusiéramos, un trecho de actividad más o menos largo; un eslabonamiento de sucesos de mayor o menor trascendencia, entre los cuales llegó a adquirir cariz de tragedia la guerra totalitaria de la que todavía quedan rastros de sangre y dolor en diversos puntos del globo. En doce años ¡cuántas relaciones de amistad recíproca, como surgidas al acaso leer un pensamiento, un verso nuestro, al percibir el eco de una idea avizoradora frente al incierto panorama del día que vendrá!

Voces amigas, vigorizadas en el anhelo bolivariano hacia presentidas rutas de superación; calor de almas afines, nutridas en la hogaza de un solo afán de redención y justicia humanas, huella conjunta de cerebros y corazones empeñados con ahínco en la forja de la nueva cultura de América.

* Paca Navas de Miralda, "Doce años de labor cultural cumple «La Voz de Atlántida»", *La Voz de Atlántida*, año 12, n. 438, (julio, 1947): 3, 24.

A nuestro regreso de México, efectuado hace tres semanas, después de una gira de casi un año, reanudamos con este número nuestras labores, con más ánimo y más fe, en un porvenir superior para nuestros pueblos incipientes, destinados a cumplir una alta misión dentro del conglomerado de pueblos del continente. Regresamos poseídas de aquella fe que no para mientes en el obstáculo del ambiente criollo para ensanchar nuestras labores de prensa, sugestionadas, acaso, por el clima moral mexicano, propicio en acogedores estímulos y ejemplos. Retornamos con aquella fe de alas abiertas hacia los cuatro horizontes de la liberación que conculca en el ánimo viajero, dado a la observación detenida y oportuna, el panorama de una democracia cuya capital cuenta cerca de tres millones de almas.

En nuestra mesa de redacción nos espera un regular número de cartas, folletos, libros, revistas, poemarios, mensajes de buena voluntad dentro del ambiente de unidad que se ha venido plasmando poco a poco, como medida de emergencia renovadora en nuestra América.

En un año de ausencia, desfilan ante nosotros Argentina, Chile, Bolivia, Uruguay, Puerto Rico, Cuba, México, Venezuela, Colombia, Estados Unidos y los hermanos sectores de Centroamérica. Todos los pueblos, en fin, compenetrados del ideal de acercamiento que ha venido borrando fronteras y robusteciendo entre los mismos, a lo largo de tales actividades, el sentido de responsabilidad que enmarca los mirajes de un futuro mejor, ante el espectáculo desconcertante del mundo de la posguerra.

Hemos visto a la mujer mexicana desenvolverse en un ambiente calorizado en rigor de imperativos que involucran, dentro de los nuevos credos de renovación social, el concurso de todas las fuerzas morales y humanas, necesidad amplificada con creces en países de regímenes gubernativos desconectados de prejuicios, donde la mujer, que creció o estructuró su futuro interno sin complejos de ninguna especie, presta actualmente a su país magnífico servicio dentro de cualquier actividad a que se dedique.

A propósito: conocimos en México, además a un buen número de mujeres de ciencia, abogadas, cirujanas, profesoras eminentes, arqueólogas, doctoras en filosofía, filología, etc., y presidentas de diversas agrupaciones de "acción social", a la Prof. rural Lupita Ramírez, primera alcaldesa, delegada en Xochimilco, ya que el nuevo presidente Casas Alemán ha concedido el voto a la mujer en los municipios. Este decreto se le juzga como el paso inicial a la reintegración de aquella dentro del ejercicio de sus derechos civiles y políticos.

La amiga en referencia, Lupita Ramírez, nos invitó a sus oficinas. Cambiamos de impresiones varias veces, en relación con sus funciones municipales. Culta y suave, con la paciencia serena de quien está acostumbrada a enseñar y orientar vidas en embrión, imparte con acierto el derecho, con el beneplácito y respeto de los gremios gubernativos. Presenciamos las querellas entre vecinos, las dificultades que, en forma de queja, acosan a los jefes distritales. Y nos dio gusto ver la manera de conciliar a estos y aquellos, mediante un alto sentido de justicia, de orden y persecución.

Este ejemplo de un país revolucionario en ideas, como es México, de gran potencia cultural y económica, es el de todos los países en los cuales la mujer capacitada ejerce con mucho acierto sus derechos. Tales atribuciones, que en otra época creímos de sobra, o provistas de grandes desventajas para el gremio, vienen marcando en el mundo un más amplio sentido de responsabilidad social, que nadie puede detenerlo.

Paca Navas de Miralda

Las campañas feministas de los días actuales*

Cauces mejor apropiados han venido encontrando en su trayectoria las campañas feministas en todos aquellos pueblos cuyos programas legislativos tienden a fomentar el desenvolvimiento integral de ambos sexos, norma e imperativo en que se afianzan los regímenes democráticos del Nuevo Mundo.

Al margen de tales pautas de equidad y justicia social, la mujer americana se adhiere, en vigor de acción y pensamiento, a los reclamos de la época, reclamo de derechos que le han venido siendo negados en algunos países por legislaciones de estrecho miraje, rehacías sistemáticamente al análisis de estas o aquellas causas ligadas al engranaje de la evolución social, cuyo avance incontenible —pese a valladares de todo orden— es una de las características del momento.

Las campañas feministas hubieron de librarse antiguamente dentro de un clima de fanatismo religioso, de rancia estructura moral, y —en consecuencia— de relativo menosprecio e irrespeto a la mitad del género humano.

* Paca Navas de Miralda, "Las campañas feministas de los días actuales", *Pan-América*, año 5, n. 59, (abril, 1949): 15-16.

Remontémonos a un siglo atrás, y veremos que las mujeres de talento descollante, sufrían la humillación de no ser admitidas como miembros o parte integrante de los cenáculos o centros de cultura, como si estas hubiesen sido seres de una especie inferior, incapaces de alternar con el hombre en los elevados torneos del pensamiento.

Corroborando tal aserto, citaremos el caso ocurrido a la poetisa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, mujer de gran personalidad, autora de libros, quien fuera propuesta en tal época, por un grupo de amigos influyentes en los estrados de las letras y la política, para que ocupase un puesto vacante en la Real Academia Española. No valieron razones para que se le denegase tan merecido honor, en virtud de que era permitido por los estatutos “el que las señoras tuviesen acceso a dicha Sociedad Científica”.

Asimismo, la eximia novelista y orgullo de las letras españolas, Emilia Pardo Bazán, con iguales argumentos de parte del gremio académico, obtuvo igual negativa, al presentar un grupo de amigos la misma solicitud.

Detalles de hace una centuria que retrotraemos a este período de mediados del siglo xx en que innovaciones de todo orden han cambiado el mapa físico y moral del mundo, y en que los derroteros de la mujer, como los de la vida misma, bifurcados antes hacia opuestos rumbos, tienden hoy a compenetrarse encaminados a un punto de convergencia, marginador de mejores destinos para la humanidad presente y futura.

En tal plano, ajustado a la nueva realidad social, encontramos ya a la mujer de la mayoría de los países del continente colombino laborando dentro de su órbita de acción conjunta, por la unidad y la paz continental, dentro de programas estructurados hacia la forja de una humanidad más sana y libre de temores y de angustias.

En los países donde la mujer no ha obtenido su carta de ciudadanía, esta lucha en climas de comprensión más propicios, más accesibles al estímulo de los gremios masculinos contemporáneos atentos al ritmo más o menos acelerado de los últimos acontecimientos político-sociales.

La notoria influencia de la mujer, en diversas actividades, ha descartado del todo las opiniones adversas de los gremios masculinos, en minoría. Concretemos:

¿Que la mujer hondureña necesita de la debida preparación para actuar en el mismo plano de igualdad que el hombre?

Claro. Allá vamos. También a que se compenetre poco a poco de su responsabilidad ciudadana, la que habrá de crear en la misma —llegado el caso— la idea del nuevo deber ligado a una gran responsabilidad.

Aquí precisa la labor de los gremios dirigentes como base de programas educacionales encaminados a difundir entre los gremios previamente alfabetizados, un sentido claro del civismo. Así, la mujer hondureña, que no es inferior —como hemos dicho en anteriores ocasiones— a la de cualquier otro sector indoamericano. Habrá de encontrar el campo propicio para cumplir su cometido mañana o el día siguiente, como lo están cumpliendo nuestras hermanas de América.

Las campañas feministas de hoy día cuentan con el aliciente del estímulo de los gremios masculinos evolucionados, repetimos. Un espíritu de solidaridad ancha y sincera tiende sus puentes de entendimiento entre las mujeres americanas liberadas o por liberarse del yugo de leyes erróneas e interceptoras de renovación y equidad humana.

En el trayecto de toda campaña, el estímulo ha sido el mejor acicate. La voz que insinúa y despierta el ánimo aletargado, sordo, momentos antes al llamado que trueca en realidad lo que ayer no más fuera anhelo y perspectiva; la acción conjunta que forja o construye sobre la cantera musgosa de los prejuicios ambientes, merecedora de oportuna acogida; el eco persuasivo y orientador de la palabra iluminada que señala rutas a seguir —simulando en esencia— el milagro de la divina parábola que ha de llegar al reducto de las conciencias dormidas, como la luz penetra en el misterio de las sombras.

Mañana o el día subsiguiente, la mujer hondureña mediante un esfuerzo tesonero, calcado en un amplio espíritu de solidaridad, y convencida de que ha llegado la hora para la mujer americana, ya fuere de cualquier sector, grande o chico, pobre u opulento, formará causa común con las cubanas, las argentinas, las uruguayas, las guatemaltecas, etc., hacia la uniformidad de regímenes democráticos cuyo engranaje requiere la labor conjunta de hombres y mujeres en igualdad de derechos y responsabilidades.

Rafaela Turcios
(Leonor)



Tildita y Cándida*

A mi buena amiga Clotilde

—¡Mamá, mírame!

La boquita era preciosa, armoniosa y pura la voz infantil.

—¡Mamá, mírame!

Y al decir esto, y al repetirlo, los grandes ojos tenían fulgores divinos, brillo celeste.

Sentada en una hamaquita suspendida entre dos limonarias, tenía en los brazos una muñeca casi tan alta como ella y se mecía alegremente, moviendo los blancos piececitos.

Reía a carcajadas, y al par de sus rosados labios, reían también sus ojos azules, cariñosos y bellos.

Su rubia cabecita se iluminaba débilmente a los últimos rayos de aquel sol primaveral... En el jardín todo era belleza y colores: el poético mes ostentaba sus encantos. El perfume de las flores, el canto de los pájaros y la fresca brisa que acariciaba aquella frentecita de lirio, parecían transmitir al corazón nueva vida y juventud nueva.

Y, en tanto que el sol se hundía lentamente, y la luna, pálida compañera de las almas tristes, lanzaba los puros rayos de su luz consoladora, la preciosa niña, jugando con su prima y su muñeca, seguía riéndose y mostrando los dientecitos de alabastro entre los labios de clavel...

Sentada en el césped, con los ojos garzos muy abiertos, aquella carita morena grave y dulce, como la de una mujer, tenía un encanto indefinible...

Delgada y esbelta, dejaba adivinar para algunos años después, allá en los primeros de su juventud, la perfecta elegancia de sus formas seductoras. Su boquita de rosa, seria y pensativa, era admirable; tan fino su cabello, que millones de hebras habían llegado a formar una preciosa trenza que golpeaba, al andar, su cintura delicada. Y en su frente blanca había un reflejo de suave e infantil melancolía...

* Rafaela Turcios (Leonor), "Tildita y Cándida", *El Pensamiento*, s. I, n. 1, (junio, 1894): 2.

Estas muchachitas, que reúnen lo más bello que en el mundo puede haber ¿serán dichosas?

Más que primas, hermanas, estos angelitos, que tan distinto género de hermosura ostentan, serán dentro de poco dos señoritas adorables.

¡Qué su sonrisa celestial refleje siempre castísimas ternuras!

¡Qué su voz cariciosa siempre sea música de puras armonías!

¡Y qué nunca tristes nubes de dolor empañen el claro horizonte de su vida!

Leonor

Una flor cariñosa*

Para el álbum de Lucila Gamero Moncada

¿Cómo la quieres, amiga mía? ¿Cómo tus hermosos labios, fresca y rosada, o blanca, suave y triste como tu frente pura?

Para probarte que conozco bien tu alma delicada, ahí te envío ese pobre jazmín... Lleva algo de lo que hay en mis recuerdos, mucho de lo que tú me has inspirado.

Qué encuentre en tu libro cariñosa acogida, qué las brillantes flores con que la amistad lo ha engalanado no rehúsen su humilde compañía, qué tu bella mano lo coloque allí.

Pura y serena brilla la luna en el inmenso azul: silenciosas y tristes las estrellas, sus amigas, contemplan la grandeza de la reina pálida...

Vestida de blanco, la cabellera castaño oscura, meciéndose suavemente a impulsos de la brisa cálida, entreabiertos los rojos labios por poética sonrisa, una joven de mirada soberana y frente melancólica admira, en su jardín, los encantos de aquella hermosa noche.

Su alma soñadora vaga allá en lo infinito, y su rica fantasía poderosa y brillante la lleva al mundo querido de sus esperanzas.

* Rafaela Turcios (Leonor), "Una flor cariñosa", *El Pensamiento*, s. I, n. 4, (julio, 1894): 26.

¡Cómo palpita la idea en su frente blanca y pura! ¡Cuán apresurado late su ardiente corazón!

¿Qué piensa? ¿Qué siente? ¿Qué desea?

Esperad: ya lo sabréis cuando ella, en su prosa castiza y florida, os lo cuente.

Entretanto, dejad soñar a la graciosa joven de mirada soberana y frente melancólica, “cuya silueta luminosa se pasea, a la luz de la luna, entre calles de rosales y madreselvas”.

Leonor

1894

Lucila Gamero Moncada*

Así se llama la joven escritora que tantas simpatías ha despertado en mi alma. Hace dos años que tuve la dicha de conocerla, de admirar su hermosura, su talento, la nobleza de su carácter y, sobre todo, la pureza de su espíritu elevado. Desde entonces, Lucila, la bella y delicada hija de El Paraíso, ocupa en mis recuerdos un lugar muy distinguido. Desde entonces, cuando admiro algo grande, cuando siento algo bueno, pienso en ella, y su graciosa imagen viene a mi memoria bajo una aureola de luz y de poesía.

Yo he visto a Lucila en su blanco y pintoresco pueblo, rodeada de amor y estimación, siendo el orgullo de sus padres, la compañera de sus hermanos, la predilecta en todos sus afectos; yo he comprendido toda la ternura de su alma ardiente, toda la poesía de su imaginación; y la he visto, en fin, tal como es, tal como debía ser: tierna, soñadora, espiritual. Pero ¡ah! que a pesar de tanto tan bello y tan bueno, me ha parecido que no es dichosa, porque también he creído ver una sombra en su hermosa frente, y en su mirada el vago reflejo de la melancolía...

¡Ojalá me haya equivocado! Ojalá que, al leer estas líneas, al pensar que estoy en un error, la sonrisa de la felicidad ilumine su rostro, ¡aumentando el brillo de sus ojos y encendiendo el carmín de sus labios!

* Rafaela Turcios, “Lucila Gamero Moncada”, *La Juventud Salvadoreña*, tomo V, n. 7, (julio, 1894): 242-243.

Ojalá que, con el alma llena de esperanzas seductoras, ¡continúe escribiendo y proporcionándonos horas deliciosas con sus notables producciones!

La última que yo he visto, la más interesante quizá, por su verdad y sencillez, es la *Historia de un amor*. ¡Cómo agrada y conmueve su lectura! ¡Qué profunda impresión deja en el alma! Yo conocía esa historia, conocí también, hace mucho tiempo, a Gabriela Cordero. ¡Qué bonita era! Aún me parece verla cariñosa y sonriente, con sus ojos garzos llenos de ternura, con su dulce carácter y su buen corazón. En el colegio, ella era, entre todas, la más bella y querida. Y, ¿quién, entonces, al ver aquella criatura de diez años, tan linda y adorable, no hubiera creído que iba a ser feliz?

Gabriela, cuando niña, era tan simpática e interesante, que sin haber causado después, y creo que, a su pesar, la muerte del noble joven que la adoraba, merecía que Lucila, que es, sin duda, la primera escritora hondureña, la hiciera protagonista de una de sus mejores composiciones.

Yo, que a las dos las quiero y las admiro, deseo que Gabriela conserve siempre, en el fondo de su alma, el recuerdo de un amor tan puro como infortunado; que Lucila procure sentirse dichosa, que ría, cante y sea feliz; que sea feliz ahora que puede serlo, ahora que al lado de sus padres, en su casa, en el pueblo en que nació, y en medio de flores, de libros, de músicas y armonías, se presenta a su fantasía, vestido de blanco y rosa, el más brillante y risueño porvenir; ahora que hay ilusiones en su mente y amor en su corazón... que escriba mucho, mucho, y que se acuerde alguna vez de mi profunda simpatía.

Rafaela Turcios C.

Juticalpa, Honduras

¡Bienvenida!*

¡Qué mañanita tan linda! Cómo el canto de los pájaros, la brisa fresca y ligera, y la pureza de la atmósfera anuncian tu llegada ¡oh, primavera!

* Rafaela Turcios (Leonor), “¡Bienvenida!”, *El pensamiento*, s. I, n. 6, (julio, 1894): 42.

¡Hermosa y poética primavera, bienvenida seas!

Tú, que das vida a los campos, perfume a las flores, alegría a los ojos, animación al espíritu, poesía al pensamiento, esperanza al corazón, ¡bienvenida seas!

Tú despiertas mis recuerdos, avivas mis sentimientos, e iluminas mi razón. Mi alma, conmovida y triste, ¡te saluda y te bendice! ¡Oh bello día primaveral! Tu sol, claro y ardiente, el viento que en ráfagas frías y violentas agita con furor las altas copas de los pinos, el canto alegre y bullicioso de las aves, y la conmoción de todo mi ser, me hablan de Dios y elevan mi alma hasta sus pies...

Sí, Dios mío: yo siento en este día algo plácido y grande, algo tierno y elevado. Vos en el cielo, ella, mi familia, en la tierra: eso veo, eso siento, eso hay en mí y en la creación que admiro.

Benedicid, señor, a todos los que me son queridos, y recibid vos, en este primer día de primavera, mi gratitud, mi respeto y mi adoración.

“Leonor”

Abril de 1894

A una violeta*

I

¡Bella flor azul! Si en tu cáliz perfumado atesoras un mundo de poesía y de ternura, ¿por qué estás pálida y triste? ¿Por qué te inclinas hacia la tierra y ocultas entre las verdes hojas tu fragancia y tu dulzura?

¡Oh, mi bella flor, suave recuerdo de perdida felicidad! Tu melancólica pureza, tu tranquila modestia, tu hermosura ideal y tu perfume delicado, llenan mi alma de grata, apacible y romántica tristeza. ¿Sabes por qué es, violeta mía?

II

¡Bella flor azul!, casta y dulce mensajera! Ella debe amarte como yo te amo, porque siendo como es, tan modesta y sensible, es

* Rafaela Turcios (Leonor), “A una violeta”, *El Pensamiento*, s. I, n. 5, (julio, 1894): 34.

imposible que no admire conmigo tu pura belleza, tu azul corola, tu perfume celestial.

Y, puesto que otras veces le has llevado, con el afecto de mi alma, toda la ternura que, en el papel puede encerrarse, llévale ahora, ¡triste flor querida!, todos los recuerdos que mi memoria consagra a su amistad. ¿Lo harás así, violeta mía?

Leonor

El invierno*

A Carlos

¡Qué triste es, y, sin embargo, cuánto me agrada!

Con un muchachito que quiero muchísimo, vivo en eterna disputa.

El prefiere el verano, el calor. Admira, con toda la energía de su vehemente carácter, el sol claro y ardiente, uno de sus más acariciados ideales es contemplarlo, como Pierre Loti, bajo el cielo purísimo del África, recibir sobre su cabecita pensadora sus rayos de fuego, sentir exuberancia de vida y calor en las áridas costas del Senegal...

Yo, por el contrario, ¡gozo tanto en el invierno! ¡Me alegro tanto cuando llueve! ¡Me siento tan bien cuando hace frío!

Él es entusiasta encomiador de todo lo claro, de todo lo brillante, de todo lo azul; yo siento goces íntimos en las risueñas mañanas y en las gratas veladas invernales; amo las nieblas, el frío, lo triste, lo suave y lo gris.

Él, no obstante, me quiere tanto, que a su pesar va cediendo lentamente... Sin darse cuenta de ello, ama ya un poco al viejo invierno, que fue hace mucho tiempo su mayor enemigo. Ya no se desespera, como antes, cuando encerrado en su cuarto por fuerte y prolongado aguacero, pasa muchas horas en compañía de su autor más querido.

Ya no le aburre el ruido monótono del agua al caer sobre el tejado, ni se pone de mal humor cuando yo, con aire de triunfo, le digo:

* Rafaela Turcios (Leonor), "El invierno", *El Pensamiento*, s. I, n. 7, (agosto, 1894): 50.

¿Verdad que es triste el invierno? Y, sin embargo, ¡cuánto me agrada!

Leonor

Hermana*

*A mi muy querida amiga Jennie M. S. de Matute
Homenaje de respetuosa admiración*

No sé por qué el doctor, don Ramón A. Salazar, en el bien pensado discurso que pronunció en la inauguración del Congreso Pedagógico Centroamericano, no citó, entre los libros que desea leyese el bello sexo, los de doña María del Pilar Sinués.

¿Desdeñaría, acaso, el distinguido escritor todo el tesoro de moral que encierran? ¿O no se habrá dignado examinarlos?

No sé si los hombres tendrán razón en criticar, o, por lo menos, en desdeñar lo que no se ha escrito para ellos; pero sí sé que, para las mujeres, y para las mujeres centroamericanas en particular, que son por lo general sencillas y bondadosas, más caseras que brillantes, esas obras contienen bellas y consoladoras enseñanzas.

Si todas nuestras jóvenes las leyeran, comprendiéndolas, habría indudablemente entre nosotros más virtudes y menos imaginarios sufrimientos.

La que lleva el título que encabeza estas líneas es, a mi entender, una de las más interesantes. Además de sostenidos, están descritos los caracteres con una naturalidad que encanta. ¡Hay, sin embargo, en nuestro pobre mundo tantas viglias y tan pocas clemencias!

La primera es la personificación de muchas criaturas que vemos todos los días. Como la de ella, ¡hay tantas cabezas soñadoras! Se acarician tantos delirios románticos, ¡tantos sueños de imposible felicidad! ¡Se encuentran tantas poetisas inéditas!

Clemencia, con su claro talento, su recto juicio, su admirable criterio, su tranquila resignación y su dulce belleza, es el ideal más puro de la mujer cristiana, de la mujer perfecta. Es *María* de Jorge Isaacs convertida ya en esposa y madre.

* Rafaela Turcios (Leonor), "Hermana", *El Pensamiento*, s. I, n. 8, (agosto, 1894): 58-59.

Como todas, esa obra, cuya lectura ejerce (entre nosotras se entiende) tan benéfica influencia, tiene algunos defectos. A pesar de ellos, yo desearía que siquiera por el fondo de moral que encierran, por la utilidad que dejan, una voz autorizada recomendará a las jóvenes la lectura de todas las bienhechoras producciones de doña María del Pilar Sinués. ¡Les haría con eso tanto bien!

Solo una mujer conozco parecida a Clemencia: es la noble amiga a quien dedico estas líneas.

Qué las reciba ella como prueba de cariño y homenaje de respetuosa admiración.

Leonor

Julio de 1894

¡Pobre corazón!*

A doña Petrona Ferrari de Osorio.

Viuda desde muy joven, toda su ternura, todos sus cuidados los cifró en su hijo, en aquel pequeño ser risueño y sonrosado que pagaba con caricias su profundo afecto.

Yo conservo un vago recuerdo de aquel simpático niño. Allá por el 79 hacía sus primeros estudios en el colegio, que dirigía el licenciado don Pedro J. Bustillo. Allí lo conocí. Si no me engaña la memoria, Juan Osorio, que tendría entonces unos diez años, era blanco, delgado y de pelo castaño claro. Buen estudiante, era muy querido por su maestro que, verdadero amigo de su madre, se esmeraba en la educación de Juan.

Todos cuantos lo conocieron bien, dicen que era una criatura de precoz inteligencia, de admirable aplicación, de conducta intachable. Así secundaba las nobles aspiraciones de su madre, que quería hacer de aquel hijo único y querido, quizá en demasía, un hombre útil y estimable. Con dolor inmenso tuvo que separarse de él. Era necesario que se ausentara, que se fuera lejos, muy lejos, allá al otro lado de los mares, a la capital del mundo civilizado. Ella, haciendo un esfuerzo supremo, el más heroico sacrificio

* Rafaela Turcios (Leonor), "¡Pobre Corazón!", *El pensamiento*, s. I, n. 9, (agosto, 1894): 65-67.

que puede hacer el corazón de una madre, arregló el viaje; y en el momento inolvidable de la despedida besó llorando la frente pálida, los claros ojos, los ya oscuros cabellos de aquel pedazo de su alma...

Muy buenas noticias se recibían de Juan: era inteligente, estudioso, bueno; sus profesores estaban satisfechos de él. En los largos meses de ausencia aquellas noticias y sus cariñosas cartas eran el único consuelo de su buena madre. De día en día crecían sus esperanzas, sus deseos, su cariño, porque de día en día recibía mejores informes de su querido ausente.

Abrigando en su corazón aquel afecto grande, profundo, inmortal; cifrando en aquella criatura todas sus aspiraciones; deseando para él todo lo bueno, glorioso y noble que en el mundo existe; anhelando, como suprema dicha, verlo algún día ya hombre, instruido, virtuoso y feliz a su lado; siendo su primer pensamiento al despertar y su último al entregarse al sueño; el tema querido y siempre inagotable de sus conversaciones; constituyendo sus deseos por su felicidad, el único ideal de su alma, la sola ambición de su vida; ¡cómo se imaginaría siquiera que aquella adorada esperanza se desvanecería tan pronto!

Placer verdadero, solo comprendido por una madre, era el que ella sentía cuando la correspondencia de Europa le traía latidos del corazón de su hijo, reflejos de su alma. Además, informes de buenos amigos en que se traslucían para el honrado joven, aprecio, cariño y admiración. Gloria y dicha era para ella el saber que allá, en París, Juan se distinguía en medio de tantos verdaderos talentos, como uno de los mejores estudiantes; que sus profesores querían, a la par que estimaban, a su hijo bien amado.

Los que en aquel tiempo lo vieron, dicen que era un joven alto, pálido, delgado; de carácter serio, retraído, un poco excéntrico; favorito discípulo de los mejores profesores de la Escuela de Medicina; leal y desinteresado amigo.

Un detalle que, referido por uno de sus compañeros, debe haber llenado de íntima satisfacción y legítimo orgullo el alma de su madre. Peán, el mejor médico de Francia, quizá del mundo, distinguía a Juan Osorio con verdadero cariño y bondadosa deferencia. Un día que aquel hombre notable se encontraba rodeado de varias personas de la elegancia parisiense, llegó el médico hondureño, en el acto lo hizo entrar a su despacho y se excusó con aquellos caballeros diciendo que tenía que tratar asuntos de su profesión con su querido amigo y digno colega, el Dr. Osorio.

Corría el mes de octubre... En París, en una habitación del barrio latino, un joven, como de veintidós a veinticuatro años, se moría lentamente... En las demacradas mejillas, en los ojos brillantes, y en los labios secos y ardientes, se comprendía que una enfermedad del pecho, de esa enfermedad funesta siempre, pero destructora en Europa, hacía allí una de sus víctimas. Algunos jóvenes, amigos del moribundo, cuchicheaban en voz baja...

—Esto debía suceder. Su naturaleza delicada, no podía resistir más la vida que llevaba, se ha matado.

—¿Cómo?

—A fuerza de trabajo, estudiando siempre de día y de noche; pasando semanas enteras sin salir a ninguna parte, inclinado sobre su mesa devorando páginas serías, libros de medicina.

—Pero ¿qué más deseaba? ¿No había ya coronado su carrera, recibido su diploma?

—Es verdad. Pero la ambición de Juan era insaciable; deseaba ser un sabio.

—Y eso lo mataba. ¡Pobre amigo!

Entretanto, acá en Honduras agonizaba un corazón: el de su madre.

¡Dios mío, qué horrible suplicio! Saber, desde hacía algunos meses, que su hijo estaba grave; que las dolencias del pecho son incurables, principalmente en la juventud y en aquel clima; comprender que cada día amanecería peor y que al fin... se moriría.

Saber todo esto y no poder verlo; pensar que se iría para no volver jamás sin que ella, su madre, pudiera besar su frente pálida, acariciar sus manos, humedecer sus labios secos por la fiebre, oír su último adiós... Dios mío, ¿aquellos ojos, que siempre la vieron con inmenso cariño, se cerrarían para siempre? No sería para ella su última mirada? ¿Toda aquella juventud, todas aquellas puras y nobles esperanzas se acabarían ya? Y aquellos pensamientos, y aquellas angustias, y aquellas tristezas, y aquellos dolores se prolongaban meses; meses de larguísimas noches y tristísimos días... ¡Pobre corazón!

Al fin llegó el instante supremo: el 7 de noviembre de 1893, el cable trajo la desgarradora noticia de que Juan Osorio, el notable joven, el sabio de veinticuatro años, había muerto.

Aquella noticia destrozó por completo todas las fibras del corazón de su madre... Y mientras que allá, en la gran ciudad, dormía el tranquilo sueño de la muerte; mientras su traje negro hacía resaltar la blancura del mármol de su rostro helado, y fieles amigos acompañaban su féretro, allí donde debía quedar para siempre, ella, la desgraciada, se sentía morir de tristeza y de dolor...

Agonía de meses fue la de Juan Osorio, agonía de años es la de su madre.

Rotas las fibras de su corazón, muerto el gran amor de su vida, terminada su misión sobre la tierra, solo anhela como suprema dicha, que Dios, compadecido de su martirio, la reúna al pedazo de su alma, al complemento de su ser. ¡Él tan misericordioso como grande, ha de escuchar los ruegos de ese corazón destrozado!

Leonor

A Lucila*

Quieres que combata tus ideas cuando no estén de acuerdo con las mías. Aunque no soy competente para discutir contigo, por esta vez, sin embargo, acepto con placer tu invitación.

No voy a hablarte de alguna en particular, sino de todas las que yo llamo bienhechoras producciones de doña María del Pilar Sinués. He leído varias, y te aseguro que entre algunos defectos he encontrado siempre en ellas nobles y levantados pensamientos, puras virtudes, dignos ejemplos, útiles enseñanzas y, sobre todo, un rico caudal de sentimiento, de resignación, de castidad y de ternura. Leyéndolas, no me he sentido fuerte ante las contrariedades de la vida; me ha parecido que la virtud es fácil y sencilla; que quién la practica puede cruzar el mundo con la frente serena, la sonrisa en los labios y la tranquilidad en el alma; que también aquí se encuentra la felicidad, aunque de ella solo pueden gozar los buenos, aquellos que procuran siquiera cumplir con su deber.

Ella cree que la mujer nació para el hogar; que allí ejerce su influencia y allí encuentra su gloria o su castigo. Yo creo lo mismo; y lo que es en Honduras, esta no es una vana creencia mía, sino una positiva realidad.

* Rafaela Turcios (Leonor), "A Lucila", *El Pensamiento*, s. II, n. 16, (octubre, 1894): 121-122.

Dices tú que aquí se rinde culto a las diosas Razón y Dignidad: es verdad, pero, amiga mía, me parece que en la autora que defiende se encuentra, como en la que más y en su más alto grado, también el amor a esas virtudes. Ella quiere que se cultive el talento; que la mujer sea la compañera, la amiga de su marido; que le dé consejos cuando se los pida; que, si él no tiene gusto por lo bello, se lo inculque ella suave y delicadamente; que, participando siempre de sus tristezas y de sus alegrías, llegue a sentirse indisolublemente ligado a ella por los puros lazos del espíritu; que sea la hermana de su alma, el consuelo de sus penas, su única amiga.

Para esto no es necesario que se humille ni mucho menos que se degrade. Que reconozca la fuerza, la superioridad intelectual de su marido, así como él debe reconocer todas las bellas cualidades que Dios le ha concedido para que pueda hacer su propia felicidad y la de sus hijos.

En cuanto a libertad... Según he oído decir, en ningún país del mundo son tan libres las mujeres como en los Estados Unidos del Norte; en ninguno más dignas; y, sin embargo, Lucila, es una norteamericana la única mujer que yo he visto parecida a Clemencia.

En mi sentir, eso prueba mejor que mis débiles razonamientos que son compatibles todas las suaves y cristianas virtudes con la más activa dignidad, con la libertad —moral e intelectual— más completa.

Tú que posees inteligencia, instrucción y sentimiento, quizá tengas razón en lo que dices; pero en mí es tan profunda la convicción de que el camino que la ilustrada autora nos traza es el mejor, que desearía mucho que, en vez de perderlo, alzaras tu voz, autorizada ya, para mostrarlo a nuestras compatriotas.

Desgraciadamente eso es imposible; y como lo comprendo, no tengo la pretensión de convencerte.

Mas, aunque nuestras ideas no simpaticen en esto, siempre será tu verdadera amiga.

“Leonor”

Fragmento*

Para La Juventud Salvadoreña

Sí, sé muy bien que tras la tempestad viene la calma, ¿por qué, señor, mi espíritu abatido padece tanto?

Del fondo de su tristeza, sincera y profunda, salía sollozante aquel grito del alma. Cobarde ante la inmensidad de su dolor, necesitaba dirigirse a ese ser invisible y poderoso, cuya misericordia iguala a su grandeza. Y llegó hasta él su queja doliente...

Las lágrimas, siempre en ella rebeldes, se agolparon a sus ojos; ráfaga consoladora acarició su frente; latió tranquilo su oprimido corazón. Sola, en la ventana de su cuarto, miraba con honda tristeza la calle estrecha y desierta. Lentamente, uno tras otro, llegaron a su memoria todos los recuerdos de su pasada dicha. ¡Qué feliz se sintió aquellos días! y después ¡cuánto había padecido! Era muy triste aquello: alternativas de pesares y de alegrías, que cada una de estas, por pequeña que sea, tiene que ser recompensada por largos dolores. Y pensar que siempre, para todos, es igual; ¡que nadie puede hacer que dure la felicidad! ¿Dios mío, y así es la vida? ¿Todo cuanto se sufre es inevitable?

A cuál más triste se sucedían las ideas en su cabeza, los sentimientos en su corazón...

Y al fin, como siempre, sin saber por qué, vino con los otros el recuerdo de aquel día inolvidable del último adiós, aquel, en que tanto había llorado cuando, al quedarse sola, había sentido "vacío en la cabeza, vacío en el espíritu, tristeza en el desierto y herido corazón".

Y cómo después, inconscientemente, en un momento de suprema angustia, de infinito dolor, habían salido de allá, adentro, del fondo de su alma, aquellos versos sentidos:

“¡Quién sabe si mis ojos
no volverán a verte!
¡Quién sabe si hoy te envío
el adiós de la muerte!”
Y ahora, Dios mío ¿dónde estaría?

* Rafaela Turcios (Leonor), "Fragmento", *La Juventud Salvadoreña*, tomo V, n. 11-12, (noviembre-diciembre): 376-377.

Aquella luna, pálida y bella, que ella admiraba, debía iluminar también las sangrientas escenas de los campamentos. ¿En alguno de ellos, entre los semblantes que a su incierta claridad se contemplaban estaría el de él?

Y si, por dicha suya, no se encontraba en ninguno, ¿dónde estaría? ¡Ay, si estuviese herido... muerto tal vez!

Ante aquel pensamiento desesperante, todo su ser se sublevó: palidieron sus labios, se oprimió su pecho, tembló su cuerpo convulsivamente; y sin poder llorar, y sintiendo que se ahogaba, cayó de rodillas ante una imagen del crucificado.

Entonces, del fondo de su tristeza, sincera y profunda, ¡salió sollozante aquel grito del alma...!

Leonor

Juticalpa, Honduras 1894

Recuerdo*

A mi querida Delia

Alta, blanca, de formas perfectas; los grandes ojos negros, brillantes como estrellas, y de mirada tan dulce y tierna, tan llena de pureza que penetra hasta lo más íntimo del alma; el cabello negro también, lustroso y abundante, se riza sobre su frente pálida, cayendo después en ondas sobre sus espaldas de alabastro; la boca fresca, rosada, de forma purísima.

Estaba sentada, y los anchos pliegues de su traje blanco descansando sobre la alfombra descubrían apenas su lindo pie; un verdadero pie de niña, pequeño y delgado, cubierto con zapatitos de raso blanco; las mangas, algo, estrechas, permitían admirar la morbidez de los brazos. La mano fina, delicada, aristocrática. Ceñía su talle escultural un ancho cinturón de raso azul, cuyos cabos flotantes caían graciosamente sobre su falda.

Y sobre aquel conjunto de adorables perfecciones, rodeándola como de castísima aureola, un aire de juventud, de frescura primaveral, de divina inocencia...

* Rafaela Turcios (Leonor), "Recuerdo", *El Pensamiento*, s. II, n. 25, (enero, 1895): 179-180.

Ella, vestida de negro, estaba a sus pies, y llorando amargamente escondía su rostro, marchito y triste, sobre las rodillas de la Virgen.

—¡Madre mía! ¡Madre mía, perdonadme!

Y cuando, en medio de su dichosa angustia, levantaba la cabeza y se atrevía a fijar su mirada en aquel rostro bello y soberano, la dulce sonrisa que vagaba en los labios de carmín llenaba su alma de consuelo y de esperanza.

Claridad suavísima iluminaba aquella mística hermosura: su aliento esparcía un perfume celestial.

¡Dios mío! ¡Qué pequeña, qué imperfecta y miserable se veía y se sentía ella ante aquella gloriosa aparición!

Profundamente conmovida, repitió sollozando su súplica vehemente:

—¡Madre! ¡Virgen, perdonadme!

Entonces sintió sobre su frente la blanca mano que la acariciaba con ternura; adivinó que la miraba dulcemente...

Alzó los ojos, y de los bellos labios salieron como un canto puro y armonioso estas palabras: ¡Hija mía!

Cuando despertó, tenía los ojos llenos de lágrimas y sentía en el alma lo que nunca había sentido.

Leonor

Noviembre de 1894

Una santa*

A doña Teresa P. de Becerra

—¿En este siglo, amiga mía?

—En este siglo, en este pueblo. Lo he visto yo, y conmigo todos cuantos tuvimos la felicidad de tratarla, de admirar esa rara virtud, esa vida purísima que acaba de extinguirse.

* Rafaela Turcios (Leonor), "Una santa", *El Pensamiento*, n. 22, (enero, 1895): 169-170.

—Permíteme que dude. Sin más pruebas que tu entusiasmo sincero y esa profunda convicción que se refleja en tu frente y asoma a tus ojos... perdóname, Julia, no puedo creerlo. ¿Recuerdas cuántas veces te he llamado romántica?

—Es verdad; y te aseguro que nunca, como ahora, había sentido el no ser bastante desapasionada y bastante elocuente para confundirte a ti, altiva deísta, probándote que aún hay en este bajo mundo seres de naturaleza angélica, tan superiores a nuestras comunes flaquezas, que con propiedad pueden llamarse santos.

—Te repito que me perdones, Julia, pero... ¿Qué quieres? Envidio tu sencilla creencia, mas no participo de ella. Educada en una religión muy diferente a la tuya, libre pensadora por convicción y por costumbre, no creo, no puedo creer en esas místicas virtudes, tan misteriosas como todas tus cristianas creencias.

—Lo siento realmente, Elisa mía, pero se me ocurre una idea... ¿quieres que vayamos a la casa mortuoria?

—Con mucho gusto; pero recién llegada a este pueblo, sabes que no conozco a nadie, y, por consiguiente, tienes que presentarme a la familia de esa virgen muerta, a quien llamamos santa. Mas te advierto que no pretendas convencerme porque será inútil.

—Allá lo veremos.

La humilde salita presentaba un aspecto encantador. Cortinas, cintas, flores, todo era blanco, todo bello, todo digno de ella, símbolo tierno de su casta vida y de su alma casta. Por doquier se veía y se aspiraba color y perfume de rosas, lirios y azahares; jazmines y margaritas adornaban las coronas de ciprés, y sobre el rostro de la muerta, sereno y diáfano como de fría estatua de alabastro, había divina palidez de lis...

Envuelta en toca de finísimo hilo, su traje de moda claustral descubría solo las blancas manos que sostenían un crucifijo y el severo y correcto perfil.

Eran las doce de la noche: el aire que penetraba por las abiertas ventanas agitaba la luz de los cirios y removía el perfume de las flores. Infinidad de mariposas de diversos colores revoloteaban entre las cortinas del lecho y sobre la hermosa palma de la cabecera.

Nadie pensaba estar velando un cadáver, parecía más bien que la salita aquella era una iglesia y el féretro el altar de la virgen.

—Tienes razón, esa mujer era una santa. Sin serlo, jamás puede hacerse lo que ella hizo; jamás tampoco se puede llegar a esa edad con tan sencillo, natural candor, con tan ingenua inocencia, con tan divina pureza.

—Y, sobre todo, amiga mía, dime si has visto alguna persona, por muy joven y bella que sea, conservar a las doce horas de muerta esa frescura juvenil, ese reflejo inmortal, esa adorable expresión, esa felicidad celeste que irradia en su frente.

—Sí, sí, tienes razón: no dudo ya.

—Me felicito de ello; y para acabar de convencerte voy a referirte otras cosas aún más extraordinarias que las que te he contado son, sin embargo, ciertas.

—No, basta ya con lo que he visto esta noche. Creo, como tú, que Chana era una santa.

Leonor

1895

Azul pálido*

A Trinita Bustillo

—“Gardenias que esponjan al sol su místico traje de lino”. Es lindo eso, ¿verdad?

—Sí, muy lindo, mas no como tu rostro.

—¡Oh, mamá! Tú me echarás a perder. ¿No ves que, si te creo, me voy a poner muy orgullosa?

—Eso no es posible porque, a Dios gracias, tu cabeza está mejor organizada que tus facciones.

—Tienes razón, mamá mía, pues sé bien que si me encuentras bella es solo por lo mucho que me quieres. Lo que sí tengo que ser es buena, muy buena para que algún día estés satisfecha de mi cariño como yo lo estoy del tuyo. En todo veo pruebas de él, hasta

* Rafaela Turcios (Leonor), “Azul pálido”, *La Juventud Salvadoreña*, tomo VI, n. 2, (febrero, 1895): 45-46.

en mi nombre. ¡Qué bonito es! Cómo tú, solícito afecto buscó y halló el que más sería de mi agrado, ¡el que vendría mejor a mi apellido! ¡Luz de Rosa!... ¡Qué precioso nombre! Gracias, mamá.

—No las acepto porque no las merezco, fue tu padre quien dispuso que te llamaras así. Y, a propósito, hija mía, creo que en su ausencia olvidas un poco al pobre Edmundo, que solo piensa en ti.

—Es verdad, soy ingrata con él, mas perdóname, mamá, ¡es que te quiero tanto! Pero, dime, el 3 de noviembre es mi cumpleaños, ¿qué deseas para ese día?

—¡Ah, picarilla! ¡Cómo sabes que mi corazón te perdona y te adora!

—¿Ya no lo recuerdas? Pues volveré a decírtelo: lo que deseo para entonces es un vestido de seda azul pálido, adornado con un ramito de flores blancas ¿Sabes de cuáles? de aquellas que “esponjan al sol su místico traje de lino”.

—Lo tendrás, mi poética loquilla; más es preciso que entre tanto...

—¿Qué?

—Seas muy buena y nos quieras mucho.

—¡Oh! Con toda mi alma.

En un salón elegantísimo, y sobre un lecho lleno de flores, duerme la niña su último sueño. En las almohadas, de blancura inmaculada, están esparcidos los finos rizos de oro; y del traje azul-pálido se destaca la preciosa carita adorable, que, cuando móvil y sonriente, prometía tantas delicias.

Las niveas manecitas, entrelazadas, descansan sobre el pecho, y hacia el lado izquierdo del este, allí donde latió el corazoncito angelical, se ve un ramo de gardenias arreglado con artístico primor. La frente, coronada de castísimos azahares, refleja una vaga espiritual melancolía... Y, sobre aquellos muertos encantos, realzando con su misteriosa transparencia su delicada palidez, y dando a sus puras facciones una belleza celeste, el blanco velo, que el viento de la noche agita débilmente...

De pie, con la frente apoyada en los cristales del balcón, la mirada perdida entre las semioscuridades de la calle, la pobre madre, indiferente a cuanto la rodeaba, había perdido la conciencia del tiempo y de las cosas. Aún temblaban en sus pestañas las últimas lágrimas; pero su actitud tenía la inmovilidad de una estatua.

Ella pensaba, vagamente, que ya otra vez había sentido aquello; que la noche, como cuando Delia murió, estaba hermosísima; que la luna, diáfana y triste, alumbraba, como entonces, su dolor, y sin ideas fijas, sin sollozos y sin llanto, traía a su memoria multitud de sucesos sin importancia, entre los cuales, como luz entre tinieblas, se destacaba el de la última tarde que, solas en el jardín, habían leído unos versos llenos de melancólica ternura. Le parecía escuchar aún el timbre de aquella vocecita fresca y vibrante que repetía conmovida:

“Pálida luz incierta
lanza la luna llena;
allá un sollozo de dolor resuena
sobre la tumba de la virgen muerta.
Lánguida hermosura
que duerme del sepulcro el sueño helado,
musa, tal vez de un poeta enamorado
cuya ilusión se hundió en la sepultura”.

De súbito, un recuerdo tristísimo hirió su corazón: el mismo que, cuando vestía por última vez a su querida muchachita, le arrancó amarguísimas lágrimas. Impulsada por él, se retiró de la ventana, casi corriendo llegó al salón; allí, de rodillas, agonizante de dolor, puso sus labios sobre los fríos labios de la muerta, y con acento salido del alma:

—¡Hija mía! ¡Hija mía! —Exclamó— hoy es 3 de noviembre, hoy es tu cumpleaños. ¿Así querías tu vestidito? ¿Así las flores que lo adornaran?

Días después, en la tumba de luz, rodeando la blanca lápida que la cubre, se veían “gardenias que esponjan al sol su místico traje de lino”.

Leonor

Juticalpa, Honduras 1895

En familia*

A Frantz

Para el primer aniversario de *El Pensamiento*

Aquel día sentí un placer inmenso, en él vi realizada una noble esperanza, satisfecho un vehemente deseo. Con el periódico en las manos, los ojos llenos de lágrimas y el alma rebosante de ternura, reconocí, agradecida, la bondad de Dios, te bendije a ti, niño mío, y pensé en tus padres... ¡Hubieran gozado tanto viéndote tan bueno, leyendo tus producciones que, aunque nada valgan para los demás, a ellos les habrían parecido tan buenas!

Ese recuerdo entristeció mi dicha... Mas queriendo reemplazar, en cuánto es posible, lo que con ellos perdiste, seguí pensando en ti con más cariño, si cabe, y —¿por qué no decirlo? —Con sincera admiración.

El Pensamiento, aquí llega otro de El Salvador, una visita amable y cortés que me envía no sé quién. Muchas gracias. Es bonito y lo leo con gusto; pero, ¡ah! Que él no me trae ningún pensamiento de aquella cabecita querida, ningún latido de aquel corazón, joven y sano, cuyos pliegues más recónditos están abiertos para mí; ningún reflejo de la extraña tristeza de su espíritu que, como es natural, palpita y se estremece en todo su ser. *El Pensamiento*, salvadoreño es, en mi casa, un conocido a quien se recibe bien, agradeciendo su atención; pero de ninguna manera el pequeñuelo nervioso y gentil que viene a contarnos lo que piensa y siente aquel a quien amamos.

Me parece que ningún periódico, bueno o malo, grande o chico, ha sido esperado con tanta impaciencia y leído con tanto cariño como ese enamorado y romántico hijo de tu espíritu. ¡Si vieras! Los domingos, cuando el que va a la ciudad trae lo que por el correo vino para mí, todos los muchachos me rodean; y mientras yo leo tu carta, algunas veces muy larga y siempre grata a mi corazón, ellos, apoderándose de *El Pensamiento*, —afortunadamente son varios ejemplares— se van, cada uno por su lado, a leerlo en voz baja, a su gusto. Hasta Hilde, mi pequeñito —que aún lee deletreando— toma el suyo, y muy serio, como persona mayor, se pone a hojearlo. Por supuesto que él no se fija en la prosa, por buena que sea: se va derecho a los versos, busca en la firma el nombre querido, y los lee, a su modo, de cabo a rabo. ¡Los versos! Esos son los que

* Rafaela Turcios (Leonor), "En familia", *El Pensamiento*, s. IV, n. 42, (junio, 1895): 326-328.

él admira, los que repite a veces hasta aprenderlos de memoria. Y luego, allá solo, cuando juega con otro chiquillo de su edad, los recita a gritos y le dice muy contento que son de.... ¿Armando? No, de Frantz.

A ti, soñador de candideces ideales, alma que aún se aproxima a la inocencia, nos complace ¿no es verdad? la ingenua admiración de tus hermanos.

Algunos días, sin embargo, cuando ese pensamiento tan querido trae páginas como una “de tu cartera” y poesías como “Días negros” siento, al terminar su lectura, un dejo amargo allá en el alma, y mi corazón te llama ingrato: son, en el cielo de nuestro afecto, ligeras nubecillas que una frase de perdón disipa enteramente.

Quisiera, no obstante, ¡oh, mi Frantz! Que en tu imaginación inquieta y descontentadiza —que tiene, como tu espíritu, tristezas y desesperanzas de chiquilla malhumorada— no se posarán jamás las aves negras de la duda; que nunca olvidarás que el amor de la familia, sereno, inmutable a través de las inconstancias de la suerte y las creencias santas que heredamos de nuestros padres, son siempre bálsamo inapreciable de los más grandes infortunios. En mi lontananza, ennegrecida por la muerte, que lenta y sombría bate sus alas sobre el pobre hogar, hay un puntito luminoso y riente: tu recuerdo.

Leonor

Junio de 1895

Fígaro*

“¡Oh, primavera! Juventud del año.
¡Oh, juventud! Primavera de la vida”.

Después de lavarlo y peinarlo muy bien, lo acostó en la hamaca de seda azul. El lindo perrillo se quejaba suavemente como niño recién nacido; y ella, con amorosa ternura, lo mecía quedo, cantando a media voz una de aquellas canciones con que su madre dormía a sus hermanos. Al fin cesó el ruidito tenue y lastimero que semejaba llanto; ella se acercó con cuidado, vio los ojitos cerrados y la fina lana que, al secarse, blanqueaba a trechos, y sonrió con

* Rafaela Turcios (Leonor), “Fígaro”, *El Pensamiento*, s, IV, n. 40, (junio, 1895): 311-312.

delicia. Luego, acariciándolo con la mirada y con la voz, “hasta la noche”, dijo; y procurando no hacer ruido con sus pasos se alejó de puntillas, echó la llave y se la guardó en el bolsillo del delantal.

Eran las doce de la noche: el baile estaba en su apogeo. Ella, la señorita de la casa, cumplía quince años, y sus padres, que la adoraban, habían querido solemnizarlos con aquella espléndida fiesta. Ninguna gozaba tanto como ella, que jamás había visto aquello; le parecía estar soñando. En aquel momento tenía los ojos entornados y sonreía vagamente. ¿En qué pensaba? Difícil es adivinarlo. De pronto iluminó su rostro la más pura alegría; y como si estuviera sola exclamó en voz alta: “Ya es hora”. Y rápida, como su pensamiento, abandonó el salón.

Un instante después volvió a entrar, pero no sola. Traía en los brazos a Fígaro, su consentido, el perrito más lindo que ella había visto. De tamaño inverosímil, blanco y fino, parecía formado de copos de algodón; en la garganta tenía un collar de terciopelo rojo, cerrado con un broche de perlas. Sí, estaba muy lindo Fígaro aquella noche, todos debían pensarlo así. Y para que lo admirasen y mimasen a su gusto, dejó que se deslizara de sus rodillas al suelo.

El diminuto animal caminó hasta colocarse en medio de la sala; allí, levantando la cabeza, echó una ojeada en derredor. Damas y caballeros lo contemplaban con alegre curiosidad y lo llamaban con las manos unos y por su nombre las amigas de la casa que ya lo conocían. Él paseó su mirada inteligente por aquella brillante concurrencia; la detuvo un momento, cariñosa, sobre la niña que le sonreía conmovida, y luego, como impulsado por intuición maravillosa, se lanzó ligero y gracioso a las rodillas de aquel joven pálido que sentía por ella —la predilecta de ambos— ese amor puro y sincero, espiritual y profundo, que solo se siente una vez en la vida.

La sala entera, que conocía el inocente secreto, estalló en espontáneo y bullicioso aplauso. Todos corrieron a acariciar al precioso animal que, asustado, se desprendió de los brazos que nerviosamente lo retenían, yendo a esconderse entre los pliegues del elegante y vaporoso traje. Y mientras que ellas reían con risa franca y genial, y ellos, sonriendo maliciosamente, cuchicheaban entre sí, los dos jóvenes se miraron asombrados. Él, más pálido que de costumbre, parecía preguntarle: “¿qué es esto? ¿Por qué este animal que no me conoce, que nunca me había visto antes de ahora, ha venido a mí distinguiéndome entre tantos?”. Y ella, con las mejillas encendidas y los ojos radiantes, encontrando casi natural lo que Fígaro había hecho, le contestaba, sin abrir los labios: “es que, como él conoce mi corazón, adivinó quién eras”.

Han pasado muchos años, él murió, amándola siempre; y ella, que enferma y triste vive todavía, piensa algunas veces en aquella noche, de gratísima recordación, y consagra a ella, a él y a su Fígaro, una lágrima ardiente y dolorosa...

Leonor

1895

Página íntima*

A Armando del Val

Tenía vivos, ardientes deseos de ir una noche a la que fue su casa. Quería ver una vez más aquellas piezas queridas que guardan los más gratos y tristes recuerdos de su vida. Sus únicas alegrías y sus más grandes dolores allí habían tenido lugar. El salón, donde con todos los suyos había pasado tan agradables horas; la alcoba en que nacieron sus hermanos; aquella grande y fresca en que ella había muerto; la barandilla del corredor, en la que tantas veces, feliz o desgraciada, riendo o llorando, se reclinó en las noches de luna todo —la última vez que lo vio— todo traía a su memoria recuerdos, dulces los unos, amargos los otros, pero siempre recuerdos que viven y vivirán dentro de su alma. ¿Y cómo olvidar jamás aquella casa querida, aquellas cuatro paredes que nada significan para los demás? Allí comenzó a pensar, allí comenzó a sentir. Al lado de la mejor y más cariñosa de las madres, su corazón y su carácter se formaron según su voluntad; ella vació en su alma inocente todo el tesoro de virtud y sentimiento que rebosaba de la suya, tan bella y apasionada como cristiana y llena de esperanza.

La había recorrido toda muy despacio, había llorado en cada una de sus piezas; había besado con santo respeto el lugar sagrado en que ella murió; solo faltaba el jardín, e instintivamente se encaminó a él. La luna blanca y triste, lo iluminaba de lleno. Casi todos los pequeños árboles se habían secado, pero aún quedaban en pie algunos rosales. Ella —la muerta— los había sembrado, ella los había cuidado. Al verlos, no pudo contenerse; creyéndose sola, dejó estallar su dolor... Sollozaba fuertemente, se acercaba a las flores, las acariciaba con ternura, les hablaba como si pudiesen oírla...

* Rafaela Turcios, "Página íntima", *El Pensamiento*, s. IV, n. 41, (junio, 1895): 317-318.

Dios mío, ¡qué desgraciada era! Ellas, sus amigas, sus amores, ¿qué se hicieron? ¿Por qué la abandonaron? Ya no verían a su hija infeliz... Ya su madre no enjugaría sus lágrimas o lloraría con ella; ya su abuela no calentaría entre las suyas ardientes sus heladas manos, ni volvería a decirle, como cuando estaba más abatida, aquellas palabras cariñosas que siempre la consolaron... ¡Ay! padecía mucho, era débil, se sentía muy triste y muy sola...

De pronto, sintió sobre sus manos una grima quemante, una lágrima que no ha caído de sus ojos. Sorprendida, levanta la cabeza. De pie, contemplándola con inmensa ternura, estaba su padre. Ante aquel fundo y resignado dolor, encontró pequeño el suyo, y, humillada, se arrojó en sus brazos. Él la estrechó en ellos largamente, y después, tomándola de la mano y con acento de reprimida amargura, la dijo únicamente:

—Vamos.

¿Te es grato este recuerdo, Armando? ¿Sí? Pues recíbelo, en tu cumpleaños, con cariño y las bendiciones de...

Leonor

8 de junio de 1895

A ella*

*¡Pobre luz que se apaga!
¡pobre flor de mi vida!
¡pobre suspiro que en el aire vaga!
¡pobre mujer querida!*

Temblando, el alma sollozante, lleno de dolor el corazón y la cabeza de sombríos pensamientos, seguí anhelante todas las fases de tu penosa, dilatada enfermedad.

Primero allá en tu casita blanca, en las noches de invierno o en las tardes serenas, sin más perspectiva que la de tu agonía, quizá dolorosa, tranquila quizá, pero siempre tristísima y para mi corazón desgarradora. Luego ella, la “pálida enlutada”, llegando de noche, bajo un aguacero tal vez, cuando menos se esperase y más solas estuviéramos; ¡y en seguida —¡ay! Que esa idea jamás dejó

* Rafaela Turcios (Leonor), “A ella”, *El pensamiento*, s. IV, n. 62, (febrero, 1896): 487-488.

de estremecerme— la camilla fúnebre y en ella tu pobre cuerpo muerto y ese último, doloroso viaje por donde tantas veces pasaste sonriente y dichosa...

¡Dios mío! Eso era muy triste para mí. Y eso fue mi pesadilla, mi temor constante durante muchos meses. Al fin él, escuchando mis ruegos y los de la pobre anciana que tanto te quiso, dio a tu espíritu luz para conocer la amarga verdad, y a tu cuerpo, tan débil, fuerza para resistir el camino que media entre tu casita blanca y la otra más blanca aún, y más triste, que tu llamabas “mi tumba grande”.

Llegaste y como milagro de Dios, lo recibí y desde el fondo del alma le di por ello las gracias más hondamente sentidas. ¡Compañera y amiga mía, que él vele por ambas!

“Deja que te rieguen las lágrimas mías”. Vestida de negro, inmóvil y pálida, así te vi la última noche, así quedaste fotografiada en mi alma. Contigo se fue una parte de mí misma, la mejor, sin duda, aquella que aún me hablaba de ilusiones y esperanzas. En tu recién abierta tumba, con el cuerpo que encerró tu alma sentidora, se hundieron también todos los recuerdos de mi juventud.

¡Ah! si aún pudiera, como cuando tenía quince años, como en aquellos días de mis primeros sufrimientos ¡cuánto te lloraría, pobre mártir, a ti, último y muy querido resto de mis mayores, hermana de mi madre y amiga mía, cuyo recuerdo doliente no me abandonará jamás! Algunas de las más ardientes lágrimas que mis ojos han vertido cayeron sobre tus manos blancas y tersas que, cuando niña, supieron acariciarme tantas veces; humedecieron tu frente pálida. Aquellos ojos claros y apacibles, cuyas miradas tenían a veces misteriosas ternuras que nunca olvidaré, entonces ya cerrados para siempre.

Yo tuve valor para todo y en el momento de partir, después de aquella triste despedida eterna —tan dolorosa como recordada— puse sobre tu cuerpo las coronas que adornaron el féretro de tu adorado. Cerré con mano trémula el negro ataúd y te di, llorando, mi último adiós...

Leonor

De La Juventud Salvadoreña

Rosa Amalia*

A Juanita

Cerca de mí, en la casa contigua, vive una pequeña reina, mezcla deliciosa de cuánta alma y cuerpo infantiles pueden contener. Madrugadora como un pajarillo, a veces alegre, juguetona, cariñosa, riente y familiar. Seria, indiferente, desconfiada, casi huraña otras —siempre simpática— es un conjunto de gracias y caprichos que la hacen reina donde quiera que está.

Hija única, ha sido siempre mimada, acariciada, adorada. La tristeza de su madre no encuentra eco en su corazón de cuatro años. Inquieta y variable, no se está cinco minutos —excepto cuando duerme— en la misma postura o haciendo la misma cosa. Ríe y llora con tanta facilidad, que su llanto, sin motivo, en vez de lástima inspira risa. A veces canta, pero ¡qué canto! Comienza piano, pianito y luego va, poco a poco, levantando la voz hasta que termina en gritos. Sabe locas canciones sacadas de su cabecita. El otro día, después de estar un momento serio, como enojada, empezó:

“Ay, mi papá Dios,
ay, mi papá Dios;
ay, mi Diosito,
¡que me traiga mi papaíto!”

Y ya la última nota, o más bien, el último grito de la plegaria infantil salió con sus lágrimas. Embelleciendo y poetizando tantas inocentes puerilidades hay dos ojos negros con puntitos de luz diamantina y unos labios frescos y rojos que, cuando quieren, saben ser muy cariñosos.

Cuando está contenta, dice que me quiere mucho, pero es mentirosa; todavía no puede querer a nadie. ¡Ah! no, me equivoco: sí quiere, y mucho, a su padre, ausente ahora, cuyo retrato besa con pasión; a su madre, que es para ella, según el buen o mal humor del momento, mamaíta preciosa o mamá fea y vieja. Quiere también a Ester, su consentidora. En cuanto a mí, a quien hace un mes no conocía... sin embargo, soy tan majadera que siento algo así como una especie de cándida satisfacción cuando la picaruela me grita de repente: “¡Leonor, te quiero mucho!” o bien, variando la frase: “¡mucho te quiero, Leonor!” Aunque no venga a

* Rafaela Turcios, (Leonor), “Rosa Amalia”, *El Pensamiento*, s. VI, n. 67, (marzo, 1896): 507-508.

casa me divierto oyendo su charla, su risa, su llanto. Es adorable esta muñeca caprichosa. Puede alegrar el más triste corazón.

Leonor

Febrero de 1896

Como todos*

Si le habían dicho que, como hombre superior que era, poseía en alto grado esas nobles virtudes que se llaman bondad, desinterés, justicia; si lo había visto un día triste, herido, proscrito, rodeado de indiferentes, sin más ternura que la suya, ni otros cuidados que los que ella y su familia le prodigaron; si entonces había escuchado de su boca dulces palabras, vagas promesas de felicidad veladas por la incertidumbre de su porvenir; si repasando en su memoria todos los recuerdos de su propia vida, sentía que siempre había sido pura y digna, a pesar de su pobreza; si su espejo le repetía diariamente que no era fea y él le había dicho que la quería tanto por buena y candorosa; si solo tenía dieciocho años y ambos eran libres como el aire:

¿Qué de extraño era que allá en el fondo de su pensamiento abrigase la ilusión de ser su esposa, de poder algún día llamarle suyo a los ojos del mundo y en sus oraciones delante de Dios?

Sin embargo, era tan humilde su posición y tan elevada la de él, que no se atrevía a confiar las secretas esperanzas de su corazón ni aún a su mejor amiga, pues comprendía que su amor, aunque delicado y casto como ninguno, al ser conocido, inspiraría lástima, sino causaba risa.

Por eso lo encerraba en lo más profundo de su ser.

—Prométeme, —le había dicho la víspera de su partida—, prométeme que no amarás a nadie. Asegúrame que tu corazón está libre, que nunca has tenido novio.

Y ella, levemente ruborizada al recuerdo de aquel que la había amado desde niña y a quién, un tiempo, creyó ella misma corresponder, le prometió lo que deseaba.

* Rafaela Turcios (Leonor), "Como todos", *El Pensamiento*, s. VI, n. 66, (marzo, 1896): 497-498.

En los largos meses que siguieron a aquellos únicos días de felicidad; en aquellos largos meses de tristezas e incertidumbre, aquella última conversación llenaba su alma de consuelo y su mente de ensueños.

Al fin, él regresó a su patria, como siempre querido y estimado, pero más que nunca respetado, rico, poderoso, grande.

Ella, en su humilde pueblo, modesta y silenciosa, temblaba al oír pronunciar su nombre; esperaba de un momento a otro la noticia de su viaje, pues le había ofrecido volver en cuanto pudiera; pero, ¡ay! Que esa noticia aún no llega y la pobre joven, perdiendo cada día una de las flores de su hermosa esperanza, apura lentamente todo el veneno de su decepción.

Es verdad que él continúa tan libre como antes, que aún goza de aquella misma envidiable fama que precedió en ella a su conocimiento y que tanto la dispuso en su favor. Es verdad que de vez en cuando, y aún en medio de su brillante posición, le envía noticias suyas, alguna palabra de afecto.

Pero, ¡ah! Que eso no basta para la que, habiendo creído en sus promesas, pensó ¡ingenua! Que un caballero, que un hombre honrado, no puede engañar así a una pobre niña que ningún daño le había hecho, que tan contenta vivía antes de conocerlo.

Leonor

Febrero de 1896

Mi abuela paterna*

Notas de un libro de memorias

Mi abuelita Anastasia fue una mujer alta, robusta, bien formada. Casi blanca, con un color muy lindo y ojos gateados. Así me la describió muchas veces mi abuela materna. Esto, en cuanto a su figura, que moralmente la conocí bien y la recuerdo perfectamente. Desde que tengo uso de razón la he admirado, y esta admiración aumenta cada día. Creo, sin ofender a los demás, que lo poco bueno que existe en el fondo de mi ser a ella lo debo. Era una mujer buena, juiciosa, sufrida, prudente, y tan amiga de la verdad, y tan

* Rafaela Turcios (Leonor), "Mi abuela paterna", *Ariel*, año I, n. 1, (enero, 1926): 367.

enemiga de ofender al prójimo, como no he conocido otra en mí ya larga vida.

Mi abuela me contaba del mayor dolor de su existencia, cuando, por orden del comandante de Olancho, le dieron a mi tío Rafael doscientos palos. ¡Dios mío! ¡Cómo lloraba la pobre al hablar de aquel suplicio! Se sentía, oyéndola, que aún le dolía el alma al recordarlo.

No sé quién le informó que flagelaban a su hijo en la plaza de Juticalpa. Y ella, destapada, medio loca, salió corriendo... Cuando llegó a la esquina de Chepita Moya, lo vio... bañado en sangre, desmayado, medio muerto, y pegándole aún... Sintió algo tan horrible que, sin un grito, sin una palabra, se desplomó y cayó en medio de la calle. Unas mujeres la recogieron y la llevaron a su casa. Cuando volvió en sí, estaba mi tío Rafael ensangrentado y moribundo sobre su cama.

Siendo sana y fuerte —fuerte de espíritu y de cuerpo— fue la única vez en su vida que perdió el conocimiento. También la única vez que lloró a gritos, con la más violenta desesperación, fue cuando supo la muerte de ese mismo hijo tan desventurado. No tanto por la muerte misma, sino por los horribles pormenores que un hombre ignorante —un correo que llegó de Trujillo— tuvo la crueldad de darle. Atacado mi tío por la fiebre amarilla, que diezmaba aquel puerto, pasó su enfermedad y agonía bajo el alero de una casa, y como inspiraba tanto miedo la peste, a muchos, a los que no tenían familia, los enterraban vivos... Esto causaba su intenso dolor. ¡Pobre abuela! Tuvo mucha razón de desesperarse así. Todos los que la veían y oían lloraban con ella. Como decimos vulgarmente: “partía el alma”.

Yo tenía cinco años y jamás he olvidado aquella triste noche.

Mi abuela murió en mi casa, a los ochenta años de edad, dejándome un hermoso ejemplo y un recuerdo gratísimo.

Leonor

Rosinda T. Sánchez S.



Tópicos sobre la nueva educación*

Educación, sinónimo de cultura general; vasta palabra que globaliza todos los medios de que se debe valer una persona para cumplir con su destino. Si tratamos de los sentimientos, allí está la cúpula de los fines que debe perseguir la educación, porque un individuo de buen fondo moral, que tenga bien cimentado el concepto de responsabilidad, tendrá por consecuencia una personalidad basada en principios sanos.

Para llegar a ese alto grado de cultura, se ha tenido que seguir un proceso de hábitos, impulsados por la voluntad, resorte poderoso del éxito. ¿Cómo? Con la práctica. Se debe comenzar en el hogar a inculcar principios básicos de educación, haciendo que el niño los practique. El hábito de servirse solo, de poder ser útil a los demás, de ser veraz, generoso, amable, sociable y digno. De practicar juegos que le hagan constructor y no destructor. De acostumbrarlos a cuidar y querer a los animales y plantas. El hábito del aseo y el de sociabilidad. Pero para lograr el éxito, el mejor maestro es el ejemplo de los mayores, pues los actos del niño son reflejos.

¿Cuál será luego la tarea de la escuela? Continuar esa educación afirmando dichos principios y ampliándolos con el mismo sistema de práctica y ejemplos si queremos que el niño sea sincero, leal, honrado, responsable, que sepa tratar con verdadera cortesía a los demás y llegue a ser luego un buen ciudadano, un hombre de carácter.

Para hacer efectiva esta educación, en primer lugar, se deben organizar actividades escolares en las que el niño tenga la oportunidad de aprender prácticamente el valor de la responsabilidad moral, de la lealtad; siendo, en primer término, leal con la escuela, con sus maestros, con sus amigos. Siendo miembro de sociedades cooperativas ejercitará su espíritu humanitario. Eligiendo las directivas de dichas sociedades entre los mismos alumnos, tomando en cuenta las cualidades en que trate de distinguirse cada uno y organizando gobiernos escolares para aprender a gobernarse, sabrá respetar los derechos ajenos y cumplirá con sus deberes, principio de paz. Con estos principios sabrá también tener amor y respeto a la naturaleza, a las cosas bellas, a lo útil, a lo bueno.

Cultivando parcelas de terrenos que estarán bajo la custodia de cada uno, podrán palpar lo que es capaz de producir la madre tierra con el esfuerzo realizado por ellos las industrias en que

* Rosinda T. Sánchez S., "Tópicos sobre la nueva educación", *Mujer Americana*, tomo I, n. 1, (marzo, 1947): 14-15.

pueden convertirse dichos productos y el valor que pueden tener en el comercio.

Las “sociedades de ahorro” proporcionan también al alumno la oportunidad de adquirir los hábitos de honradez, de economía y del trabajo, conociendo también el valor del dinero. Los cuerpos de *Boy Scout*, cuyo lema es “mantenerse físicamente fuerte, moralmente recto y mentalmente dispuesto”, son una de las actividades de más efectiva educación. Con todo esto se prueba que el civismo y moral no son una enseñanza verbal, sino los principios que darán al niño la clave para vivir.

El arte de expresarse bien no puede cultivarse sino con la práctica de discusiones, debates, o sea, estimulando el arte de hablar bien, sobre todo ante los demás; externando sus propias ideas, venciendo así la timidez; teniendo la seguridad de sí mismo, que es la verdadera manera de triunfar en la vida.

Todo esto es lo que debe tener una escuela avanzada; una escuela moderna, de verdadera actividad, antesala de la vida, donde tendrá que desenvolverse en el mañana el estudiante de hoy, y cuyas mejores armas para abordar todas las situaciones serán las propias experiencias realizadas en las prácticas escolares, experiencias que serán el principio para solucionar todos los problemas difíciles que se le presenten. En esta escuela, verdadero laboratorio, el maestro provoca y estimula con su habilidad y tacto pedagógico la propia iniciativa del alumno, quien de naturaleza es activo, encauzando esa actividad hacia lo provechoso.

Una escuela que elabore una educación así es la que realmente necesita todo país para tener mejores ciudadanos, mejores hogares y por continuidad mejores generaciones.

Rosinda T. Sánchez S.

Sara Barquero



Aforismos pedagógicos*

“El verdadero maestro es artista y no artesano”. El mismo fabrica sus planes, forma sus sistemas y llena su escuela de un ambiente de espiritualidad y belleza. Le da su sello personal. La cultura estética es tan necesaria como la intelectualidad y la moral.

Decía Federico el Grande: “Todo lo que se hace por la fuerza lleva en sí el estigma de la belleza”. Esta expresión, de un sentido moral tan elevado, debe tenerla en cuenta todo educador. Se enseña, se atrae por el afecto y la razón. Las fuerzas mentales son más benéficas que las físicas o materiales, y la gran fuerza dominadora universal es la inteligencia y el talento bien dirigido.

“La enseñanza debe imitar a la naturaleza en todo”. Esta no da saltos nunca, va por grados. La enseñanza debe ser concéntrica, encadenando suavemente la elemental con la superior. Así, el niño se contenta con saber “lo que es”; el joven con saber “como es” y el hombre ya formado “por qué es y cómo es”.

“Las acciones del hombre dependen de las leyes de su naturaleza”. Se necesita conocer las leyes biológicas y psicológicas para encausar las tendencias de los niños; se necesita ponerse a los pies de Pestalozzi para sentir, como él, profunda simpatía por ellos. Los niños son flores de pensamiento, son los dueños de las energías del mañana, de la esperanza por quien a veces quisiéramos echar el corazón como una flor...

“Mente sana en cuerpo sano”. La primera ley natural nos obliga a conservar la salud, y el maestro apóstol, en su alta significación, debe prepararse corporalmente para soportar la ruda batalla. Cuerpo y alma en armonía. Debe tener su mente o espíritu límpido de manera que en él se refleje el alma infantil y pueda decir, como aquel augusto visionario de Jesús: “Dejad que los niños se acerquen a mí”.

“El niño no es un vaso que hay que llenar: es un alma que formar”. No se almacenan como en granero provisiones. Se selecciona, se asimilan los conocimientos, se da como un soplo divino, se penetra como un rayo de sol, se moldea el alma. El maestro es un crisol donde se forman las generaciones futuras.

“Saber de memoria no es saber”. El espíritu de esta sentencia no se sacrifica a la letra. No hay que convertir el alumno en puro

* Sara Barquero, “Aforismos pedagógicos”, *Revista Honduras*, año I, n. 13, (15 de septiembre, 1928): 8-9.

recipiente de ideas ajenas; se enseña a pensar, se forman criterios independientes. La memoria es un factor en toda educación y con justicia ha sido llamada por eminentes pensadores “granero, tesorera de la inteligencia”.

“El maestro que mejor gobierna es el que se gobierna a sí mismo”. Tranquilidad, reposo y dignidad para quitar los obstáculos que se oponen en el camino. La táctica consiste en encadenar todas las fuerzas contrarias por la fuerza irresistible de la razón. Si alguien se presenta enojado, la táctica consiste en despedirse amigos. Las buenas maneras desarman...

Sara Barquero

Sara Molina



Su venganza, silueta de una dama antigua*

I

Esa tarde, día de recibo, Rosa María obsequia a sus invitados con un té. Viste un traje negro muy elegante. Por los balcones abiertos, entra todavía la luz del sol a confundirse suavemente con la otra que prende encendida en las bujías del salón. Por todas partes, en búcaros de plata y cristal, en altos tallos, rosas de nieve y camelias de un tenue color sonrosado, plantas raras y bellas; hay en el ambiente un efluvio amoroso. La escogida concurrencia se entrega con frívola gracia a charlar y a reír, en actitudes irreprochables escuchan galantes y sonrientes los señores. Algunos hablan seriamente. De pronto alguien dice: “Va a cantar la señora Fernández”. Se hace un silencio expectante. Del brazo de un caballero moreno, alto, la señora Fernández se dirige al piano. La acompaña una joven llamada Carlota Swayne. La señora Fernández se granjea la admiración de todos por su hermosa voz y maneras distinguidas; es una de las amigas predilectas de Rosa María.

A los acordes musicales que llenan sonoros la amplitud espaciosa, sigue una melancólica y dulce canción mexicana. Rosa María escucha estremecida y suspira hondamente; esta canción extrema su estado doliente con mil recuerdos de los felices días pasados. Hace lo posible por dominarse y aparecer en la reunión contenta, pero a menudo abstrae su pensamiento contra su voluntad, la idea única que la tortura. ¿Qué tiene Fernando, su esposo...? Su conducta es extraña; aparentemente es el mismo, más hay cosas íntimas que no se pierden a la sagacidad de un corazón enamorado como el suyo.

Acercándose a una copa vacía, ella escalda más los labios sedientos. Cuando lo mima con sus caricias, él siempre afable responde; pero ella siente frío, un frío que nunca antes sintió, una oquedad, un vacío que en vano doblemente quiere llenar. Al principio intenta francamente abordarlo, llegar hasta su alma. El responde con evasivas, cosas que no le satisfacen. Entonces Rosa María se va aislando en un silencio mucho más cruel, y como una sombra de alas negras prende la duda en su corazón. Lucha, batalla contra esta idea: ¡oh no! su Fernando, su dios, ¡antes morir que dejar de creer en él! Noches enteras cavila en la soledad, sin hallar una respuesta. Hace una semana que su talento y observación

* Sara Barquero, “Aforismos pedagógicos”, *Revista Honduras*, año I, n. 13, (15 de septiembre, 1928): 8-9.

penetran algo, va palpando medrosa el hilo de su desgracia, su instinto le indica lo que no acierta a creer y arroja de sí como un mal pensamiento. Al mismo tiempo, desesperada, intenta desgarrar el misterio y se pierde en un caos de conjeturas.

Esa tarde, Fernando, contra sus costumbres, dijo volver hasta las ocho, pretextando una ocupación urgente. Son las seis y media apenas. Rosa María está ansiosa por verle aparecer. Puso en arreglarse todo el esmero de una novia.

Cuando termina la *Romanza*, y se han fundido aplausos y agasajos, una graciosa muchacha está cerca de Rosa María, platicando:

—Sí, sí. ¡Me ha de dar uno!

—¡Con mucho gusto! Es decir, el último lo tiene Fernando; pero he encargado más. Cuando estén, ¡prometidos! Uno dedicado será para usted. Verdaderamente las fotografías han quedado a mi entera satisfacción.

—Ester, su prima, dice que están preciosas, Rosita.

—Usted dirá, voy a enseñársela.

—¡Oh, sí! ¡Gracias!

Rosa María manda llamar a Carmen, una chica que tiene como hija hace ya varios años. Le dicen que ha salido. Piensa mandar al criado a tomarla; pero no, podría no encontrarla. Mejor irá ella misma, volviendo enseguida. Se excusa. Su arrogante figura desaparece por la puerta, tras el cortinaje de seda color musgo. De paso dará algunas órdenes. Sale a su encuentro la nana.

—¿Miss Mónica no ha venido del paseo con la niña?

—No, señora.

—Tardan ya, Nica, ¿les pasará algo?

—No... Ya sabes, Margotica se encanta en el parque, no es dócil para hacerla venir cuando está jugando.

—¡Ya están allí! —Dicen las dos a un tiempo—.

Una voz grave, acallando el alborozo infantil, y unos pasitos impacientes que suben a contrapunto de otros leves, más pausados, por la escalera de mármol, calman la inquietud de Rosa

María. Aparece una niñita blanca como el lino de su traje y una inglesa limpia, pecosa y de ojillos claros, que da las buenas tardes amable y ceremoniosa. A carrera tendida la niña se precipita en los brazos de su madre.

—¡Chist! ¡Nenita! ¡Ay, mí traje! Un beso nada más, con mucha formalidad, ¿eh?... Que tengo visitas linda mía!

Los bracitos que quieren apresarla se agitan en el aire, vibrantes de caricias, y se hacen para atrás sorprendidos.

—Bueno, mamita. ¡Estás más bonita! —Dice—.

Rosa María liba miel en los labios de su hija, que tiene los ojos graves y bellos como ella y la boca más risueña, y luego que desaparece, urgida por la *Miss* en acato de la orden, prosigue su interrumpido diálogo con el ama.

—¿Carmen ha salido?

—Sí, desde la tarde.

—¡Qué extraño! No me dijo nada.

—Que la hermana está enferma, ha dicho.

—¡Ah...!

Ya está al pie de la escalera que conduce a las habitaciones de su esposo. Llega desde el jardín, como asordinado, tres veces el grito largo y quejumbroso de pavo real. Rosa María sube resuelta. Cree oír voces. ¿Habrà vuelto Fernando? Nada sospecha, mas, de pronto, una idea loca acelera su sangre, haciendo sus pasos cautelosos. En la puerta se detiene un momento... y luego penetra de golpe, aparta nerviosa las cortinas y se registra en la penumbra. A nadie ve. Llega hasta el dintel de la otra habitación, la puerta está cerrada. ¡Qué misterio!

Entonces, con fuerzas hercúleas, tremante empuja y débil la cerradura cede. Y allí, enlazados en la suprema y de más íntima caricia, su estupor contempla a Carmen y a Fernando. Perdida la razón quiere gritar, escupirles, matar, huir para siempre de ellos... Y una carcajada irónica expresa solo su amor hecho trizas, su dignidad en afrenta.

Baja temblando, helada como una muerta, llega a sus habitaciones sin saber cómo y se arroja en el lecho, sin vida, sacudida en

sollozos, estertor de agonía, secos los ojos, sin una lágrima, así pasa un rato... Vuelve en sí, recuerda, ¡Ah, sus visitas la esperan! ¡Oh! ¿Qué hacer? ¿Dónde dejar la tempestad que la ahoga? La respiración fatigosa, apretados los labios, se sienta un momento en el borde del lecho... Se levanta... En el espejo su mirar enloquecido, su palidez la asombran.

Llama en auxilio a su alma heroica. Lo primero es fingir, ocultar su dolor, que sus amigos no se den cuenta, que su corazón muera en el silencio de la más espantosa tragedia. ¡Con la máscara bien puesta!

Rápida, sobre la cabellera y el rostro vuelca casi un fracaso de colonia y, paciente, luego, detalle a detalle, pide al artificio todo lo perdido. Busca entre sus fotografías una cualquiera, en lugar de la que no pudo conseguir... ¡Y vuelve al salón donde ríe y charla como nunca!

II

Algunos meses antes

Fernando Nogales comienza a vestirse, cuando empujan suavemente la puerta de su alcoba.

—¿Duermes, querido?

—No; entra, Rosita.

—¿Sabes? Voy a salir.

—¿Tan temprano?

—Sí, a comprar; haré después algunas visitas. La Sra. Benar ha de embarcarse hoy, lleva al niño enfermo a un sanatorio de los Estados Unidos.

»¡Por la vida tuya! No dejes de ir tú. ¡Son tan amables, tan cumplidos!

—Pasaré un momento a saludarla antes de volver esta noche. ¿Se irá don Juan?

—Sí. ¡Claro! los dos, ¡qué iba dejarlo, tan celosa!

—¿Y tú no eres celosa?

—¡Pscht! Como sea...

Se acerca mimosa, besa efusiva sus cabellos castaños, aromados y húmedos todavía por la reciente ablución matinal. Después se queda quieta mirándolo, como si no lo hubiera mirado nunca. Él va de aquí para allá en busca de las prendas de vestir, despreocupado; es alto, un buen mozo, simpático; en los labios, un poco gruesos, la sonrisa triunfal, seductora, muestra una dentadura blanca, sana, fuerte; los ojos garzos amables contrastan con la altivez del porte. En Rosa María, que se ha quedado muda, la mirada avizora va tornándose apacible, afirmándose el esbozo peculiar de su sonrisa.

—Me voy ¿Eh? —Vuelve a besarlo.

Él, devolviéndole los besos y dándole una palmada cariñosa en un hombro:

—Bueno, señora; hasta luego.

Sale Rosa María en busca de las pieles, los guantes y el sombrero. Es blanca, cuerpo maestro, de estatura aventajada; los ojos inmensos, muy negros, esconden el magnetismo, la voluntad de las almas resueltas; rizado y azabachado el cabello, el rostro, de ordinario envuelto en una serenidad grave, parece al sonreír iluminarse más sugestivo, con un encanto inesperado.

Llevan ya diez años de casados y en el hogar en que bulle una niña alegre y adorada, un aura de dicha parece esparcirse. La suerte parecía haberlos hecho el uno para el otro. Ricos, de cultura y educación poco vulgar, su posición les concede un lugar prominente en la sociedad. La señora Nogales posee esa exquisita cualidad de hacer sentir a cada uno de sus amigos la impresión de hallarse en su propia casa; su esposo es un perfecto caballero, de fino y agradable trato.

Las habitaciones de Fernando ocupan un lugar apartado. Son dos piezas en alto y una terraza, una escalera pequeña, casi oculta, las comunica como por encanto con el resto de la casa, regía mansión con todo el *confort* necesario.

Cuando termina su *toilette* Fernando sale, son apenas las nueve. Tiene tiempo sobrado para distraerse fumando un cigarrillo antes de pasar al comedor y dirigirse luego a la oficina. Apoyado en la balaustrada gris de la terraza, goza voluptuosamente el frescor de la mañana. Hay una diafanidad transparente en el aire; el jardín de piso bajo semeja a sus pies una canastilla de rosales florecidos. Copiosas enredaderas caen de los muros envolviéndolos en un manto de verdor. Va por la callecilla enarenada, abierto su espléndido plumaje tornasol, temblando de orgullo un pavo real.

Fernando, distraído, divisa a Carmen, una muchacha dulce, apacible, a quien Rosa María ha recogido y quiere con predilección. ¡Qué bonita es! Su cuerpo cimbreo grácil y esbelto, su cabello parece con el sol más rubio, más sonrosada su piel; va vestida de blanco, desnudos el cuello y los brazos, sin más abrigo que el rebozo azul, ceñido al cuerpo y resbalando como una sierpe hasta el suelo. Va despacio aquí y allá cortando rosas; ya se pierde entre un macizo de plantas, ya aparece en otro lugar más próximo. Al intentar decidir tomar de alta rama unas rosas sangrientas, otras rosas se engarzan a su traje y cabello con tal ensañamiento, que a medida que más esfuerzos hacen por desasirse, se encajan más ellas.

—¡Muchacha, cuidado! Que vas a hacerte daño —grítale Fernando—.

—¡Ah! ¡Es el señor! —Dice al reconocerlo alcanzando el rostro—.

De un tirón hábil logra libertarse.

—¡Ya está! —Exclama—.

—¿Te has lastimado?

—No mucho; apenas el traje y unos rasguños. Un desgarrón muestra el hombro desnudo.

—¿Por qué no llamas al mozo para esto?

—Si es que a mí me encanta cortarlas yo misma: así puedo coger las mejores.

—Pero ya ves como te has puesto.

Bajo la compasión y amabilidad de Fernando, Carmen se aturde, arrebolada bajo los ojos, que son grandes y, tristes y parecen dormidos en caricias; se inclina a recoger las flores que en la contienda se le han caído, acierta con unas y las demás, torpe, se le escapan. Fernando la contempla “es bonita, verdaderamente bonita”, piensa. Un suave encanto desconocido se desprende de ella y va derecho a impresionar su sensibilidad como una red invisible. Él, inconsciente, se da cuenta solo, de que ha suspirado.

¡Desde ese día Fernando baja más a menudo al jardín y las rosas que en su habitación siempre hay, son las bellas!

III

Es la hora entumecida de una siesta invernial. Como una caricia tímida un aroma se esparce en la habitación suavemente. Es el alma de un puñado de violetas, que en un tarro de plata yacen desde la mañana.

En el interior del *boudoir* íntimo cosen y charlan entretenidas Carlota Swayne y María Cristina Fernández.

—¿Has visto a Rosa María qué guapa está?

—Sí; estuve a verla la otra tarde. ¿Y su hija? ¡Una maravilla!

—¡Preciosa chica! Rosa María cuenta los años para atrás.

—¡Qué bien está! Tres años de viuda, parece que fue ayer. Cuánto habrá sufrido la pobre, al perder a Fernando; ¡era un matrimonio ideal!

María Cristina sonreía enigmáticamente; mientras por el iris de sus negras pupilas pasa una sombra de ironía.

—¿De qué te ríes? ¡Qué! ¿Rosa María no era feliz? —comenta asombrada Carlota.

—Rosa María es, voy a decirte, un alma inmensa como pocas he conocido, un alma que puede, llevando un puñal escondido, con la sonrisa en los labios, decidir su vida.

—Pero si Fernando estaba loco, rendido y enamoradoísimo de ella, aquel hombre tan guapo daba la vida por Rosa María.

—¿Y qué? ¿Tú conociste a Carmen?

—Sí. ¡Qué linda era! ¿Con esa?

—Con esa.

—¿Cómo podría ser? ¡Si Carmen hasta poco antes de casarse iba a la casa!

—Ya ves.

—Pero, ¿estás bien enterada? Mira que pueden ser muy bien cuentos nada más.

—¡Bah! Enteradísima, mujer. —Y Rosa María cuando lo supo ¿qué hizo? ¿Nada?

—¡Nada! Se encerró unos días en sus habitaciones sin ver a nadie, a nadie absolutamente, ni al mismo Fernando, que en vano lo intentó. El descubrimiento inesperado [aquí tiene que contar Carlota Swayne lo que ya sabemos] que fue un sacudimiento terrible, lo hizo despertar de su capricho; y como a un abanicazo el fuego dormido se levanta en llama, voraz en el corazón de Fernando surgió de nuevo su amor por Rosa María. Esta, como la naturaleza se engalana después de una tormenta, esa tarde escogió su traje más bello, mandó llamar a Fernando y serena como una diosa le dijo:

—Carmen se fue ya. Pero vendrá a menudo a visitarnos. Mas... todo el tiempo que ella esté aquí, tú estarás presente. Quiero que siempre recuerden juntos lo que yo fui para ustedes y nunca más seré. ¡Nunca más! Sobre todo para ti... Para ella fui más que una madre, porque la recogí y le di toda mi confianza. Esa es la única condición que pongo para seguir viviendo bajo tu techo, el precio de mi silencio... eso es mi castigo...

«Tal vez algún día intentes hacerme cambiar de idea, revolver mi decisión... antes me iría. Carmen podrá vivir con su hermana; en una carta le explico todo. No la abandonaré; por mi mano tendrá siempre, si ella quiere, todo lo necesario.

—¿Y cumplió su palabra?

—Fielmente, hasta que yo la dejé de ver; hace siete años que se fueron a Europa, de donde vuelven hoy. Siguió siendo para su marido la amiga encantadora, una hermosa compañera; con él más que nunca iba a todas partes. Pero una estrella que se contempla lejana, imposible de alcanzar. Y Fernando, entonces, como un loco, la recordaba rendida de amor, toda suya.

En el alma de Rosa María estaba incólume el abismo que el desengaño dejó; ahondado quizá más profundamente por la vehemencia pasional de su carácter, que hacía de todo, una religión.

—Yo que la traté íntimamente, como sabes, quise sorprender el enigma de su espíritu, enterada como estaba de lo más íntimo, porque la hermana de Carmen también lo era de nuestra casa. ¿Te recuerdo de Laura?

—Sí, mucho.

—Fea, pero muy inteligente... Pues bien, mi avidez solo pudo comprobar en Rosa María una artista consumada, todo encanto, talento, exquisitez; su alma por dentro era una, y la que mostraba a los otros era la que quería que vieran... y nada más. Lo único que habla de su secreto es un pequeño detalle, invisible, tal vez para los que no están iniciados, pero que a mí me lo decía todo. Cuando vayas a verla fíjate, en su estudio, entre el retrato de ella y Fernando, arriba, un poco hacia la derecha, está Carmen. “La flor de la caña”, como ella le dice, con el cabello suelto y un sombrero guajiro, perdida en aquel cañaveral del ingenio “Buena Vista”. Y subrayando hay una miniatura, un arpa con las cuerdas rotas, y luego una marina, un mar deshecho y una gaviota que huye blanca, blanca...

Sara Molina

Año de 1913

Sergia Durón de Zúñiga



El maestro, abnegado luchador por la cultura de los pueblos*

Es el maestro el más abnegado luchador por la cultura de los pueblos. Es el más sublime inculcador de las benéficas enseñanzas morales e instructivas. Toda aquella persona que ha cursado los primeros grados elementales ha tenido un maestro y debe saber lo que vale, y lo que este significa para él. Es la luz que lo saca de las tinieblas del analfabetismo, del estado semisalvaje en que se encuentran los que no tienen la facultad de leer y escribir.

El maestro es un apóstol que gasta sus energías enseñando al que no sabe. Le toca la tarea más difícil, la de despertar la inteligencia e ilustrar la mente del niño.

La paciencia del maestro para hacer fructificar, en el cerebro y la conciencia del niño, es maravillosa. Sostiene inmensas luchas con tantos y distintos caracteres, por enderezar los malos hábitos que, tal vez del hogar salen torcidos, por encauzarlos por el camino del bien, para que estos alumnos sean mañana los que a su vez desempeñen eficientemente este santo apostolado, los que tienen vocación para ello, y los que no, los que sigan otras profesiones, lleven en su corazón, como en su inteligencia, la labor magnífica que ha costado desvelos y lágrimas al maestro.

La deuda que tenemos con el maestro no se paga jamás. Es una deuda tan grande que no hay dinero en el mundo que pudiera compensar tanto sacrificio. El maestro no debe ser considerado como un simple sujeto humano. El maestro es más que eso. Es un ser superior que su vida la dedica para el bien de la humanidad.

El maestro prepara la base para que la obra artística que sobre ella se construya se sostenga, sin esa buena base, no puede haber obra que resista, pues cualquier peso que sobre ella se coloque, se vendrá abajo, por los malos cimientos. Esa base que el maestro prepara en la escuela son sus alumnos. Es la base de donde el ser humano se eleva a todas las grandezas.

La vida del maestro, desde que comienza su ardua labor, va llena de dolores y sacrificios, de desengaños e incomprensiones; entre ellos hay hasta mártires.

* Sergia Durón de Zúñiga, "El maestro, abnegado luchador por la cultura de los pueblos", *Sinergia*, vol. I, n. 12, (septiembre, 1941): 270-271.

Son dolores los que sufren por falta de atención de sus alumnos y por el poco interés que estos toman por aprender, sacrificios los que hace, hasta de su propia vida, arriesgando su salud en favor de la enseñanza; desengaños los causados por la ingratitud de sus discípulos, que no siempre corresponden a la bondad del maestro; incomprensión de los padres que no le ayudan estimulando a sus hijos en su inmensa labor, y mártires son aquellos que terminan su vida enfermos y arruinados, víctimas de un interés que nunca fue correspondido.

Es por todo esto que consideramos que el maestro no es un ser común; es más, porque también es el padre o la madre de todos los alumnos cuando estos están a su cargo. ¿Qué madre no qué padre tiene tantos hijos a quienes corregir y educar, y de tantos y distintos sentimientos? No existe. Solo ellos son los que en realidad se pueden contar como padres de tan numerosos hijos.

Cuando recordamos los sufrimientos de nuestros abnegados maestros, sus tormentos cuando se aproximan los exámenes y los alumnos no se preocupaban por estudiar, comprendemos qué ingratos fueron, y qué desagradecidos, pues su interés era para bien del alumno. Hoy, que comprendemos lo que ellos sufrieron por sacarnos de la ignorancia, lo sentimos con toda el alma, porque ellos merecían consideración y cariño por nuestra parte, correspondiendo así a sus muchos desvelos.

Deseamos que cuando este artículo sea leído por aquellos alumnos que no son bien portados con sus maestros, cambien su modo de ser que los lleva por un falso sendero, y se encaucen por los magníficos derroteros que el maestro les señala.

Elevo a Dios una sentida oración por el alma de mis inolvidables maestros, que desde el cielo me escuchan. A mis maestros que viven, envío mi eterna gratitud por el trabajo que mi educación les causó; y a todos los maestros de Honduras, en especial a los maestros de Tegucigalpa y de San Pedro Sula, un saludo con mi admiración más sincera por su grandioso apostolado.

Sergia Durón de Zúñiga

Morazán, símbolo de libertad, unión y justicia*

Los elevados picos que rodean Tegucigalpa, son eternos testigos del nacimiento del más grande paladín de la América Central. Francisco Morazán, con su maravilloso genio y su valiente espada, hizo la unión de cinco países del istmo centroamericano, puente de cordilleras andinas, y rosarios de volcanes, que enlazan y estrechan, en fraternal amor, a las dos grandes Américas, formando así una sola América unida, que Dios creó tan bella, como si fuera grandioso portento de su omnipotencia.

Francisco Morazán nació predestinado para la gloria eterna. Hombre arrogante, entero de carácter, símbolo supremo del valor del hombre que, por su propia fuerza moral, puede elevarse hasta la más alta grandeza.

Varón sublime, que por su hermoso ideal, su comprensión política, genio militar y glorioso sacrificio, debe figurar en la historia de América, a la altura de Bolívar, Washington, Lincoln y demás héroes inmortales de esta América libre y fecunda.

Libertad, justicia y unión, forman la trilogía de su ideal.

Libertad y justicia, bellísimas palabras que hacen para hombres y mujeres la razón de existir, y que immortalizan a los humanos que las practican. Libertad y justicia, que son las más hermosas palabras que componen el sublime nombre de democracia, porque libertad, es la esencia de la vida humana; la justicia es una emanación de Dios; y la unión es el lazo más fuerte que nos une para el cumplimiento de nuestro gran destino.

¡Gloria a Morazán, porque es digno de gloria, quién como él ama y defiende la libertad!

¡Gloria para el hombre que hizo de la justicia un credo, teniendo por ello derecho a la bondad divina!

¡Y gloria eterna para el héroe, que dio su preciosa vida en aras de la hermandad centroamericana!

Sergia Durón de Zúñiga

* Sergia Durón de Zúñiga, "Morazán, símbolo de libertad, unión y justicia", *La Voz de Atlántida*, año 6, n. 301, (septiembre, 1942): 13.

Carretera de oriente*

El auto asciende siguiendo la carretera que va para oriente, que forma blancas curvas que relucen con la claridad deslumbrante de un espléndido sol. En ambas orillas bosques murmurantes y bellos; robles centenarios y pinos aromosos; las hojas anchas y tostadas de los primeros contrastan con las púas perfumadas de los segundos, en cuyas ramas las oropéndolas han colgado sus artísticos nidos. Los árboles más viejos están adornados con paste de cerro; el fresco y suave paste que de sedosa esponja acarició los cuerpos de nuestras abuelas de antaño, en sus perfumados baños, aromados con azahar y romero. Las hojas de los robles caídas, ya secas, parecen doradas y forman sobre la húmeda tierra alfombra acogedora.

Conciertos de música divina, música salida de las gargantas de cristal de las aves canoras endulzan el oído, acompañados por el suave sonido de los árboles movidos por el viento; y el alma queda extasiada ante la naturaleza, y eleva oraciones a Dios que es el autor de tanta belleza, porque nos permite contemplarla en toda su grandeza y nos hace sentir inmensa satisfacción corporal y moral.

La carretera sigue y sigue, camino hacia oriente, ayudando a los vecinos de todos los pueblos con su ruta, civilizando y engrandeciendo a la patria. Carreteras y caminos de hierro, arterias de un país por donde circula la vida; por donde circulan el pensamiento y el progreso material de los pueblos.

Mi sueño: que salgan de Tegucigalpa, mi ciudad amada, caminos de plata y hierro; que son las blancas carreteras, que de plata parecen, y ferrocarriles que corren sobre caminos de hierro, que lleguen hasta las orillas de nuestros dos mares, que rueden hasta tocar nuestras tres fronteras. Sueño feliz que tal vez no tarde en realizarse.

Carreteras y caminos, son “luz de esperanzas”. Caminos cómodos que permitan a nuestros pueblos salir hacia todos los rumbos, para que se les haga menos duro el trabajo y que sea para ellos más dulce la vida.

Esto es lo que deseamos para nuestra patria querida.

Sergia Durón de Zúñiga

* Sergia Durón de Zúñiga, “Carretera de oriente”, *Comizahuatl*, vol. 4, n. 30, (septiembre, 1943): 12.

Siona



Gratos recuerdos*

Hoy he pasado tranquila y sonriente por el mismo camino que hace varios meses recorrí en un hermoso día de abril. Entonces, con el alma ensombrecida por hondos pesares, apenas fijaba mi atención en la magnificencia de los silentes paisajes, en el armonioso canto de los pájaros, en la dulzura serena de las aguas dormidas...

¿Qué hay de extraordinario en mi vida para que aquellas horas tan recientemente pasadas me parezcan un vago sueño que me torturó breves minutos?

Hoy, con el espíritu ligero, sin una nube que lo ensombreciera, sentía toda la belleza que retratan mis pupilas... Un recuerdo gratisimo perfumaba mi vida, haciéndome ver más ardiente el sol y más sereno el cielo...

Allá lejos... hacia el sur, divisaba las crestas de las montañas coronadas de nubes vaporosas, tan blancas como los sueños de la infancia... un poco más cerca, las verdes colinas cubiertas de pinos sonoros... y mucho más allá, la breve llanura que semejaba una enorme esmeralda herida por los rayos de un sol tropical... Hacia el norte, el cielo aparecía límpido y azul, muy azul... Fijaba en él mis miradas y en ellas mi alma toda, escrutando los cerúleos horizontes, más allá de los cuales, a orillas del rumoroso mar Caribe palpita el corazón que más amo en la vida...

Siona

Salamá, 1928

* Siona, "Gratos recuerdos", *Lux*, s. 9, n. 33, (marzo, 1928): 15.

Teresa V. Fortín



Un recuerdo justiciero*

En 1933, y con motivo de la apertura de la Academia de Dibujo al claroscuro que el señor presidente organizará bajo la dirección del notable artista nacional don Carlos Zúniga Figueroa, en los altos del Museo Nacional, tuve oportunidad de hacer amistad con el director de dicho museo, Mr. Cecilio Underwood y señora, quienes, en vista de mi entusiasmo por el arte en todas sus manifestaciones, me admitieron como alumna; y fue así como empecé a trabajar el modelado y la escultura, y la preparación del papel macerado, comenzando por la decoración de algunos trabajos de taxidermia.

Cuando Mr. Underwood fue enviado a Santa Rosa de Copán, en compañía de Lorenzo, ayudante inseparable de él, me quedé haciéndole compañía a Felicia, esposa de don Cecilio.

Cuando este regresó, venía enfermo, a consecuencia de la mordedura por un animal, pero ya traía copias exactas y completas de la estela, tortuga y otros motivos mayas que hoy se encuentran adornando el parque de La Concordia.

Por motivos de su enfermedad, don Cecilio fue despachado por el gobierno a Guatemala y fue así como me dejó a mí, y a su fiel ayudante Lorenzo, encargados de continuar el trabajo (los mascarones y tortuga que rodean la estela) mientras él regresaba para continuar la estela y demás obras que se proponía ejecutar.

A su regreso tuve la dicha de aprender a sacar copias de estos trabajos, logrando adquirir suficientes conocimientos para reproducirlos.

Pocos días después, por haberse visto obligado a trasladarse a Guatemala el señor Underwood, fue nombrado el señor Morales y Sánchez para el arreglo del jardín y arriates, completando la belleza del parque de La Concordia con la erección de la estela y tortuga, ya nombradas, y de los demás motivos mayas que allí existen.

Mi objeto de relatar lo anterior es que el público conozca la colaboración importantísima que en la obra relacionada prestó mi recordado maestro, el señor Underwood, y se le consagre también, lo mismo que al capacitado ingeniero Morales y Sánchez, los tributos de admiración y gratitud a que se hizo acreedor como

* Teresa V. Fortín, "Un recuerdo justiciero", *Par-América*, vol. II, n. 30, (noviembre, 1946): 22.

coautor de las reproducciones que hoy tanto se admiran en el
parque de La Concordia.

Teresa V. Fortín

Tegucigalpa D.C., 25 de octubre de 1946

Victoria “Toyita” Bertrand
(Alma Fiori)



Recuerdo lejano*

Durante varios años, para mí, el recuerdo de aquellos días estaba impregnado de poesía. Hoy todo está muy lejano; lejanos los días y lejana la poesía. Tenía yo casi trece años y aún usaba calcetines.

Él, ya profesional, acabado de llegar de Inglaterra donde había estudiado, tenía veintiuno. Era un hombre, y yo, una chiquilla; lo quería. Tal vez lo quería porque no me trataba como a una chiquilla; era mi pariente y me trataba como a una extraña. Siempre cortés, siempre galante, era, en aquellos tiempos, mi príncipe hechicero.

Jamás me dijo nada. ¿Cómo iba a decirle algo a un hombre de veintiún años a quien no había cumplido los trece y aún usaba calcetines? Pero yo lo quería y él me quería también.

Mis padres, su madre, jamás lo sospecharon; solamente una señora joven, una amiga muy observadora, nos miraba de un modo extraño. En Nochebuena, cuando todos los jóvenes van a divertirse, él se quedó en casa jugando *whist* con viejos y con una chiquilla, que era yo. La amiga observadora nos miraba sonriendo.

Cumplí trece años.

Dejé de usar calcetines y creí sentirme mujer. Él me regaló una caja de bombones, roja, en forma de corazón. La amiga observadora contemplaba el corazón, sonriendo y moviendo la cabeza de un modo significativo.

Por una extraña casualidad, el mismo día que yo entré al convento, él se embarcó para la patria. Yo iba a principiar mi educación, él a principiar su lucha por la vida.

Y pasaron los años...

El convento, los estudios, el deporte, los primeros coqueteos.

Florecimiento intelectual. Florecimiento espiritual. Un nuevo ensueño, una verdadera ilusión, el primer amor.

Luego, de allá de la patria, una carta del amigo-pariente para la amiguita que ya debía ser una linda mujer. Una participación de matrimonio y el encargo de un traje de boda.

* Alma Fiori, "Recuerdo lejano", *Alma Latina*, vol. II, n. 30, (octubre, 1933).

¡Con cuánto primor escogí yo aquel lindo ajuar! Era una nube de encajes y de tules el traje de aquella novia distante a quien yo no conocía más que por las medidas que me enviaran para la compra del ajuar, aquella novia lejana que pudo haber sido mi rival.

Cuando nos volvimos a ver, ya él tenía un año de casado y su mujer iba a ser madre.

Yo llegaba triunfante, recién graduada con los más altos honores del colegio, ávida de vivir. Él ya había vivido bastante; ya no era el joven profesional recién graduado en Inglaterra, era el hombre que lleva una responsabilidad sobre los hombros.

Sin embargo, había poesía en estar allí en aquella casita de madera, rodeada de palmeras. Aquella casita indudablemente debió haber sido un nidito de amor durante la luna de miel; ahora era el hogar de una pareja tranquila que esperaba el primogénito. Yo sentía la poesía de todo aquello. Yo, la educada en los Estados Unidos, la casi *flapper*, sentía fijos en mí aquellos ojos que evocaban un mundo de emociones que no volverían nunca.

No podíamos recordar nada porque nada había sucedido. Precisamente, en el secreto estaba la poesía. Él, en mangas de camisa, mientras se mecía en la hamaca y fumaba su pipa, indudablemente recordaba a aquella chiquilla que aún usaba calcetines antes de cumplir los trece años.

Yo, vestida a la última, sentada en una butaca con la pierna cruzada, evocaba al joven profesional que el día que cumplí trece años me regaló una caja de bombones en forma de corazón.

De repente, él, sonriendo de una manera extraña, me preguntó:

—¿Se acuerda de aquella amiga... tan observadora? Pues, nos había levantado la “ficha” de que estábamos enamorados.

Yo sonreí.

Él medio se incorporó y me miró a los ojos. Añadió:

—Y sabe, por lo que a mí toca... no estaba equivocada.

Por un momento callé. La realidad del momento me dejó como abrumada. Luego, la audacia de mi modernismo me hizo reírme con desenfado. Echando la cabeza hacia atrás, le contesté:

—Y sabe, por lo que a mí toca... no estaba equivocada...

¡Cómo nos reímos! También se rio ella, su esposa. Tal vez para él fue mejor así. Si hubiésemos callado, siempre habría existido aquel precioso secreto entre los dos y aquella nota de poesía, quizá hubiera sido, en su vida tranquila, una nota de inquietud. Pero para mí, cuya vida es la de una mariposa que busca solo belleza, aquel incidente prosaico, aquella risa de los tres, mató la poesía.

Hoy, aquel joven profesional que, recién graduado en Inglaterra, cuando cumplí trece años, me regaló una caja de bombones roja, en forma de corazón, en mi vida es simplemente un pariente... ¡Nada más!

Alma Fiori

Nueva York

Del diario íntimo de Alma Fiori*

Parte I

Cuando A... me pidió permiso para traer un amigo a uno de mis días de recibo, y añadió que era “un hombre interesante”, accedí sin concederle siquiera un pensamiento. Quizá en mi subconsciencia, le catalogué de antemano entre el grupo de nuestros amigos, jóvenes más o menos bien parecidos, más o menos elegantes y todos muy “bien”. Pero A... se creyó en el deber de insistir: “de veras, es un hombre que le gustará. Tiene, además, una espléndida posición; es banquero... Vicegerente de la sucursal de un banco muy grande”.

“Banquero”.

Como ciertos perfumes, como ciertas melodías, ciertas palabras tienen un fortísimo poder de evocación. Inmediatamente, como por maravilloso encanto, la palabra banquero despertó en mi corazón todo un mundo de emociones que apenas acababan de pasar por él. Banquero, para mí, significa un banquero, el banquero, mi banquero. Significa también una voz muy firme y muy profunda que todavía resuena en mis silencios; significa unos ojos azules y muy hondos, muy serenos y muy fieros, unos ojos de déspota que, para mí, por un breve instante, fueron ojos de esclavo; significa toda la poesía de aquel amor que yo corté antes de estar muy segura de que estaba realmente enamorada, aquel amor que se

* Alma Fiori, “Del diario íntimo de Alma Fiori”, *Alma Latina*, vol. III, n. 43, (enero, 1935): 10.

quedó suspenso cuando yo hice mi último viaje a Honduras.

»Mas, como “del después” sé la amargura
también, te digo adiós, con la dulzura
de ahora que aún me estoy enamorando”.

Y ya a bordo, cuando yo creía que habíamos entrado definitivamente a una perpetua lejanía, aquel mensaje radiográfico:

Best wishes, best thoughts, best love.

Todo esto me trajo aquella palabra, y desde ese momento, no sé si sentí curiosidad por ver de cerca a otro banquero o antipatía por aquel intruso que quizás pretendería ser un usurpador.

Naturalmente, al verlo, mi primer impulso fue de comparación. No sé parecían en nada y, sin embargo, sí se parecían. Este tenía unos ojos pequeños y oscuros, casi negros, pero también muy firmes y muy hondos. Eran distintos y eran iguales. Sentí la impresión de que así debieron mirar los ojos del otro, hace unos diez años. Este muchacho de veintisiete años —diez años más joven que el otro— tenía algo de aquel aplomo, de aquella seguridad, algo de aquel gesto de déspota que le quedaba tan bien al otro.

Y el muchacho me gustó. Tenía todo el encanto del otro, sin sus peligros. Yo sentí que podría dejarme querer de este hombre, quererlo yo un poquito, sin temor de que mañana, me hiciera pedazos el alma. Yo podría mirarme en sus ojos oscuros, casi negros, sin temor de naufragar definitivamente como en aquellos, tan azules y tan hondos. Yo podría acercarme mucho a esta boca grande y firme, sin temor de abrasarme, como en aquella otra cuyo aliento parecía embriagarme como un perfume demasiado fuerte y a la vez demasiado sutil. Con este yo me sentía segura, segura de mí misma. Su aplomo y su serenidad serían para mí una protección contra los demás, sin ser, como eran en el otro, un peligro para mí misma.

Nuestra amistad comenzó naturalmente, como algo que tenía que suceder, sin zozobras, sin dudas, sin obstáculos. Nos gustamos desde que nos vimos, sin decírnoslo todavía, sabiendo que era aún muy temprano y que el momento propicio llegaría, como había llegado todo para nosotros.

Un día, tal vez por casualidad, quizá cuando ya estábamos para decírnos que nos queríamos, le pregunté:

“¿De qué banco es usted vicegerente?”

“De una de las sucursales del Bank of ...” Me contestó con orgullo.

“¿De veras?”

Solo eso pude decirle. Por un momento me quedé como abrumada. Como en otra ocasión la palabra “banquero”, ahora el nombre de aquel banco, su banco volvió a despertar en mi corazón un mundo de emociones que ya había comenzado a creer idas para siempre. Más allá de aquellos ojos oscuros, casi negros, aparecieron otros, muy azules y muy hondos. Otra voz, firme y profunda, resonó dentro de mi corazón.

Entonces, muy despacio, le dije, “Yo tengo un amigo en ese banco, uno de los vicepresidentes”.

“No me diga... ¿Quién?”

Y yo, con voz que a mí misma me sonó extraña, pronuncié su nombre.

Él no se fijó en la voz. Sus ojos se abrieron con asombro.

“Pero es posible... ¡Qué no diera yo por tener la oportunidad de hablarle, de estrecharle la mano!”

Y siguió hablando de él, de su gran personalidad, de las maravillas que ha hecho en el banco. Hablaba sin cesar, con entusiasmo, con vehemencia, como solo he oído hablar a ciertos italianos de Mussolini y a ciertos norteamericanos de Roosevelt.

Yo le escuché sin pestañear. Mi corazón latía con violencia, con orgullo. Quizás hasta entonces me di cuenta de la magnitud del ensueño que había sido mío y que yo deliberadamente había concluido. Quizá hasta ese momento me di cuenta de lo que significaba haber visto una lágrima en aquellos ojos de déspota, tan azules y tan hondos.

La personalidad de mi nuevo amigo poco a poco se esfumaba del ambiente y se esfumaba de mi vida. Se había convertido en uno de tantos miles de fieles arrodillados ante el altar. Era un número, un nombre... ¡nada más!

Y pensé en los versos de Clementina Suárez:

“Después de Zeus, es inicuo un hombre”.

New York, invierno de 1934

Del diario íntimo de Alma Fiori*

Parte II

Era una “gran promesa”.

Era joven, inteligente y audaz.

Su talento ya había dado mucho y prometía aún más. Era audaz porque era joven, y quizá fue un desbordamiento de juventud lo que le precipitó hacia la muerte. Su madre cifraba en él todas sus esperanzas y, diferente de muchas madres infortunadas, con razón. Sus amigos y compañeros veían en él a un nuevo paladín de sus ideales. Los intelectuales mayores le admiraban como un digno sucesor.

Indudablemente era una “gran promesa”.

Pero para mí, no era eso. Para mí, era siempre un muchachito de trece años con pantalones cortos y blusa marinera, con quien yo me abonaba en los bailes infantiles cuando yo no había cumplido todavía los diez años. ¿Mi primer novio? No. ¿Mi primer amor? Tampoco. Fue simplemente mi enamorado chiquillo que rondaba la callejuela donde yo vivía en nuestra ciudad natal y me llevaba bombones. Nunca me dijo nada. A esa edad, nunca se dice nada, ni tampoco se siente mucho: lo que sucede es intenso solamente en un sentido duradero, es decir, que jamás se olvida. No sucede nada, pero ese “nada” no se olvida nunca, y a medida que pasan los años y se desarrolla la capacidad de sentir, parece que se hubiera sentido más en aquella época y los recuerdos se vuelven inmensos y eternos.

Yo estudié en Luisiana. El estudio en California. Y pasaron los años...

Cuando nos volvimos a ver, yo tenía dieciocho años; ya habían florecido en mi alma muchos sueños, uno quizás trascendental, y también se habían marchitado muchos, inclusive el quizá trascendental. Y él era el héroe de una verdadera tragedia que casi le había costado la vida, ya el desbordamiento de una juventud demasiado intrépida y demasiado ardiente había estado a punto de arrastrarlo hasta la tumba; esa misma intrepidez y ese mismo ardor que al fin logró vencerlo y matarlo en plena primavera.

Nos encontramos y, cosa extraña, no nos gustamos. Él había cambiado mucho; el ambiente de los Estados Unidos le había vuelto

* Alma Fiori, “Del diario íntimo de Alma Fiori”, *Alma Latina*, vol. IV, n. 48, (junio, 1935): 25.

tan materialista y, su materialismo chocaba con mi romanticismo, que había sobrevivido a las opresiones del medioambiente norteamericano. Su juventud era acometedora, práctica, audaz, pero exenta de idealidad. Mi juventud, por el contrario, era soñadora, toda poesía. Nos reímos mucho después de que logramos entendernos, pues ambos habíamos esperado que forzosamente habíamos de gustarnos; lo creímos tan lógico que hasta quisimos abonarnos en los bailes. Pero no era posible. Estábamos demasiado lejos. Él no sentía mis versos y no sentía yo aquellos artículos de periodista crudo y atrevido.

Por fin nos entendimos y fuimos espléndidos amigos. No nos abonábamos en los bailes, pero disfrutábamos de largas horas de conversación. Él me aconsejaba audacia, yo le aconsejaba prudencia. Él llegó a ver en mí quizá una amiga superior a sus demás amigas, algo muy estimable, tal vez bastante querido, casi algo ideal. Y yo me acostumbre a ver en él una “gran promesa”. Pero también, allá en el fondo de mi alma de mujer, guarde el recuerdo vivo de aquel muchachito de trece años con pantalones cortos y blusa marinera, con quien yo me abonaba en los bailes infantiles. Y tal vez quise más a mi nuevo amigo porque sabía que, por uno de esos extraños caprichos de la vida, aquel joven y audaz periodista, aquella “gran promesa”, era el mismo chiquillo que rondaba la callejuela donde yo vivía en nuestra ciudad natal y que me regalaba bombones, cuando yo no había cumplido todavía los diez años.

Hoy ha muerto. Murió de una manera trágica, arrastrado por aquel desbordamiento de su juventud, demasiado ardiente y demasiado audaz. Su muerte es una tragedia que un pueblo entero lamenta. Hoy, yo misma me sorprendo al escucharme, lamentando en sociedad la pérdida de aquel amigo intelectual, de aquel joven periodista que me aconsejaba ser audaz y a quien yo aconsejaba ser prudente, de aquella “gran promesa”. Lamento su pérdida seriamente, como se lamentan las desgracias que conciernen la mente y aún el alma, sin tocar el corazón. Al lamentarme ni siquiera menciono nuestra infancia, porque esas cosas no se mencionan en sociedad; solamente hablo de nuestras pláticas de jóvenes intelectuales, de nuestra amistad sin nada de *flirt*.

Pero, secretamente, mi corazón ha derramado una lágrima por aquel muchachito de pantalones cortos y blusa marinera, que rondaba la callejuela por donde yo vivía en nuestra ciudad natal, que me regalaba bombones y con quien yo me abonaba en los bailes infantiles.

New York, invierno de 1929

Victoria Rodríguez



Paz, es el grito universal en los pueblos del mundo*

Como una consecuencia lógica de la terminación de la segunda guerra mundial, la estabilidad de la paz es el temario que actualmente mueve y remueve el mundo entero.

Todos los pensadores, estadistas, sociólogos, físicos, químicos y profesionales en general, buscan con el mayor interés, los medios equilibrantes para que esta se haga permanentemente duradera.

También la mujer, como elemento de vital importancia, dirige su pensamiento y sus esfuerzos hacia el mismo objetivo. Y así como antes prestó su valiosa cooperación en el sostenimiento del ejército de campaña, sustituyó a los hombres en la fábrica o taller, realizó, a veces bajo el ardiente sol, las pesadas labores del campo; en honor al mérito, por el buen rendimiento de su labor encomendada hecha con heroísmo, talento y abnegación suprema, logra hoy en aquellos pueblos que los mismos hombres la hagan resurgir, dándole el privilegio del sufragio y honrándola con cargos diplomáticos en delegaciones extranjeras. A lo cual ella ha sabido responder valerosa, segura de sí misma, y con su proyección intuitiva participa y estudia la resolución de los difíciles problemas que encarna la posguerra.

La mujer ha sufrido tanto, o más que el hombre, los horrores de la guerra, la desolación y la angustia motivada por la ausencia o la separación eterna de los seres más amados, y esta misma inquietud le da el comienzo de una vida nueva o, más bien dicho, de una resurrección.

Nosotras, las mujeres hondureñas, que afortunadamente solo hemos estado en actitud de expectación lejana, nos unimos desde aquí, con el corazón y el pensamiento, al dolor de aquellas madres, de las viudas, de los niños huérfanos, de todas las mujeres sin distinción de razas o privilegio, porque son nuestras hermanas dispersas en el mundo.

Victoria Rodríguez

Comayagüela, D. C., 24 de diciembre de 1945

* Victoria Rodríguez, "Paz, es el grito universal en los pueblos del mundo", *Pan-América*, vol. II, n. 17, (diciembre, 1945): 20.

Visitación Padilla



De mis cartas*

Para vos, que habéis quemado un grano de incienso en los altares de mi culto, mi pensamiento —ave de nieve— un jazmín del cabo, el más blanco de mi floresta. Ave de nieve... porque vuela en los cielos purísimos donde las almas olvidan la tierra.

“Vos, amigo de excepción, pudierais dirigir el vuelo de esta mariposa de mis vergeles”, os dije un día. Mariposa o flor... no sé; tal vez el pájaro azul que canta en un paisaje de sol. Nada me respondisteis. Sin duda vuestros ojos han visto alguna vez la frente femenil oscurecida por el polvo que esas alas recogieron, y vos solo sabéis apreciar en el rostro de la mujer la aureola de la vestal... ¡Ah, vuestro silencio...! Por eso, para vos, la más pura de mis flores: un cuento de la luna, suavemente lacrado, dentro el misterio de un sobre... ¡Cuánto encierra, a veces, la muda discreción de una frágil cubierta de papel...!

Una noche de luna a las orillas del mar. El rocío de plata desprendíase sobre las ondas dormidas y la bahía sonriente y cadenciosa, entonces no parecía la mirada cruel del monstruo, esclavo rencoroso y vengador del genio humano. Dulce noche de luna. Blancas velas, lejanas del recuerdo. Todo pasa... Cruzó los horizontes marinos aquella nave de ensueño, y solo el canto fugaz, como el grato arrullo de una voz inolvidable, perfuma las añoranzas. Así cantaron los silfos de los lagos en las edades gentiles...

¿Cuál fue esa canción, amigo mío?... Sobre la sábana azul el barco se deslizaba; los remos, en el agua jugando, desparramaban brillantes, y voces amables venían a la playa con la brisa...

Los espejismos de la dicha son como ese barco de ilusión que vi una vez en una noche de luna, a las orillas del mar, al armonioso cantar de una estrofa sonora... Mas... No. Todo ríe, todo es luz, todo es dicha en la vida para el alma que ve algo sobre todo lo que es sombra, odio y lágrimas. Vos sabéis que la dicha, Dios la tiene en cada átomo del ser y el impío no tiene ojos para verla...

No quiere deciros más.

Vuestra amiga.

Isabel

* Visitación Padilla (Isabel), “De mis cartas”, *Ateneo de Honduras*, año 2, n. 5, (22 de febrero de 1914): 136-137.

Tierras, mares y cielos*

Regalo de los dioses para nuestro banquete intelectual, como un profundo estremecimiento de gloria, el libro de Molina surge del cerebro de Honduras.

Rimas con llanto escritas; palabras y versos de fuego, de luz y de sangre: no dijeron todo lo que vio el vidente; ni todo lo que debió decir a la humanidad, porque el rayo vibró, inesperado, cuando el águila agitaba sus alas, de orgullo, en las cumbres. Bien hubiera dicho con Víctor Hugo: "Limitada es mi obra"; pero el poeta francés, en su vida, contemplará el desfile de un enjambre de generaciones que lo amaron y, para gloria tan real, después de palpar con sus propias manos los laureles de un siglo, he podido sentir, con toda su grandeza, el peso de su cerebro y, desconsolado de ambición infinita, exclamar: "Limitada es mi obra. Inmensamente limitada".

¡Si el teatro de Molina hubiera sido más amplio! Nutrido en fuentes profundas, ha vagado en los confusos laberintos de las ideas modernas y pudo ser un gran sabio como es el primer poeta hondureño de una época literaria. De la roca de las creencias de los pensares de antaño, hizo brotar raudales milagrosos, donde la juventud natal, en días mejores de civilización, recibirá las aguas bautismales.

Entonces, la grandiosa figura de levantarse sobre los tronos del pensamiento, proclamado símbolo de la mente de un pueblo. Maestro de la lira. Sabio del azul. El divino lapidario del verbo engarzó perlas y labró diamantes. En sus poemas, la estrofa ondula; es lluvia de cristal sonora y la admiración nace, espontánea, cuando la idea fulge y el sentimiento vibra en la gama armoniosa de sus versos; porque no es patrimonio de todos los artistas comprender la belleza universal, ni siempre es dócil la frase rimada a la verdad del hondo sentir. Y, así, Molina tiene colores para todos los cuadros; canta, enajenado, a la naturaleza; canta el amor y el dolor; de súbito, piensa que lleva en sus hombros la carga de sus tristezas y, llegando al templo de su infancia, recoge en sus ánforas toda la poesía de una religión de *madonnas*, de cirios y ángeles, immortalizada en las creaciones del genio.

No recuerdo quién ha dicho que el poeta no puede pertenecer exclusivamente a sus ideas; porque antes pertenece al corazón humano que siente, que sufre, que ama, que cree... Quizá Molina padeciera las torturas íntimas de los geniales: atormentado de

* Visitación Padilla (Isabel) "Tierras, mares y cielos", *Ateneo de Honduras*, año 2, n. 13, (22 de octubre de 1914): 394-395.

pensar; embriagado en lecturas ingratas, sintió el vacío, el caos del espíritu y quiso ser feliz; creyó un instante y, aspirando místicos aromas, perfumó sus versos. Un día radió su lumbré en dos claros horizontes de esta tierra y pasó... como una nube de oro, sobre las sagradas cúpulas del Templo del Arte.

Isabel

Octubre de 1914

El porvenir de la escuela hondureña*

Un risueño despertar de las más nobles aspiraciones del patriotismo saluda con entusiasmo a la juventud de Honduras. Auroras resplandecientes, porque nunca faltaron estrellas en nuestro bello cielo...

Peregrinemos hacia los primeros días de la libertad. Centroamérica quería romper el velo del futuro, escudada en su orgullo de joven nación independiente; miraba el pasado con nostalgia, echando de menos el brillo señorial de sus reyes, allende el mar; y, en este momento fatal que atravesara jamás un pueblo, con todo su ardor de sangre, en medio de sus alternativas de ascensión y fracaso, de la sombra del fanatismo de Roma, se levantó un héroe en este pueblo de Tegucigalpa que, tolerante del dogma, le sobró incienso para quemar en los altares de la ciencia y el arte...

La Academia Literaria fue el embrión de una época de luz y el punto de partida de la civilización perfecta que anhelamos. El pensamiento me lleva a los salones primitivos de la Universidad Central y me acerco, emocionada, a tocar con mi mano, los corazones ingenuos de aquellos varones que por vez primera legislaron sobre la educación de la juventud de Honduras. La escuela primaria no existía. Por buena suerte aprendían a leer nuestros antepasados coloniales; pero más tarde fue la academia un foco de luz que penetra también en la densa sombra de los desheredados... La escuela primaria debía manifestarse como la consecuencia de una primera fase de nuestra evolución escolar en el gobierno del doctor Marco Aurelio Soto, después de ensayos nada despreciables en pasadas administraciones.

* Visitación Padilla, "El porvenir de la escuela hondureña", *El mentor hondureño*, tomo II, n. 9, (31 de agosto de 1915): 144-117.

Soto surgió del rayo de la guerra en la vida de este infortunado país, desangrado por ambiciones y despotismos; y, al retirarse para morir en tierra extranjera, el grande estadista que inició a su patria en la civilización moderna, ha dejado una palabra de gratitud inmortal en los labios de las generaciones que en un día de suspirada calma positiva comprenderán cuál es la clase de hombres que la posteridad debe reverenciar.

Viene después un silencio. Hay relámpagos tenues y luego la sombra que parece eterna, cuando aparecen de nuevo en el horizonte, fulgores crepusculares: los del día luminoso. Y la luz será; porque la reconciliación ofrece a los hondureños, en este momento anhelado, el beso de la paz.

Renace la escuela popular rodeada del prestigio de una generación de maestros que comienza a sentir el orgullo de su apostolado. No cosechamos todavía los frutos de su labor; todavía contemplan el miraje del futuro. Plantean el problema, pero han despertado ya de un sueño de siglos a la vida de lucha de la época presente, lucha compleja de razas y de ideas.

Visitación Padilla

A las mujeres de Centroamérica*

Amadas hermanas:

Hondamente sugestionada por el entusiasmo de este pueblo humilde, pero siempre listo a secundar todo esfuerzo magnánimo y libertario; por el entusiasmo de una juventud inteligente y grande que en todos los tiempos ha tremolado la bandera de las nobles causas, consagro a vosotras un instante para deciros cómo siente mi alma en estos momentos que mi gobierno propone a los demás la realización de la Unidad de Centroamérica.

Hablo a la cultísima costarricense que conserva, a través de las generaciones, el germen de la belleza clásica de nuestros colonizadores.

A la salvadoreña intrépida, compañera del hombre en el trabajo; que sabe del cultivo de las letras, de los negocios de Estado; de los adelantos de la agricultura y las transacciones comerciales.

* Visitación Padilla, "A las mujeres de Centroamérica", *Revista Greminal*, n. 10, (16 de septiembre, 1917): 153.

A la ardiente poetisa nicaragüense que inspiró los primeros madrigales de Rubén Darío, y que hoy derrama con sus manos amantes las rosas húmedas de lágrimas sobre el sepulcro del poeta más alto de “las Américas de oro”... A la guatemalteca gentil, la de la gracia criolla y sutileza parisiense; aquella del 71, que arrojaba desde sus balcones señoriales, guirnalda perfumada a los soldados de Justo Rufino Barrios, saludando así, entusiasmada, la bella aurora de la reforma.

Porque la historia nos dice que no fuimos jamás indiferentes a ninguno de los planes grandiosos del patriotismo: ni cuando se proclamó la independencia, ni cuando Francisco Morazán levantó la enseña de la patria de nuestros próceres, aunque no tengamos la honra de otras distinguidas iberoamericanas como Policarpa Salabarrieta y Francisca Ortiz de Domínguez, de quienes se enorgullecen con justicia México y Colombia.

Sin embargo, ¡cuántas veces recordamos a Petronila Barrios, salvadoreña, la esposa de Cabañas! No fue una de tantas mujeres enloquecidas por el delirio de un acontecimiento crítico, el cual en ocasiones ha puesto en sus manos el puñal homicida. Ella tuvo una mente serena, quizá, de estudio y reflexión, y un corazón inmenso para compartir la idea sublime de aquel soldado egregio. Por eso escribió Antonio Grimaldi: “Fue señora de gran inteligencia, de ideas radicales avanzadas y de mucha penetración en la política. Sus elevados sentimientos le dan semejanza con las matronas espartanas. Ejercía un influjo irresistible en las personas que la rodeaban y muchas veces hizo luz en las situaciones difíciles”.

Y no tenemos necesidad de remontarnos a tiempos muy lejanos, si hace muy pocos días, vosotras, valerosas nicaragüenses, como la legendaria española Agustina Zaragoza, habéis manejado los cañones para luchar con denuedo en defensa de la autonomía del país. La mujer hondureña es la más humilde gema en este collar de perlas. Solamente en silencio hemos llorado las desgracias de la patria, pero tuvimos un ligero despertar allá en los albores del siglo, cuando hubo un renacimiento impetuoso en el istmo, otra vez por el ideal de la unión y los corazones juveniles vibraron unánimes en floración fecunda de pensamientos inmortales.

El amor patrio, de una manera inusitada, enardeció las almas generosas y un puñado de jóvenes ilustres, donde también figuraba la mujer, a la cabeza de Salvador Mendieta, inició en Centroamérica una cruzada ardiente que, si bien ha tenido mortales desfallecimientos por las claudicaciones de muchos abanderados y las hostilidades de los enemigos de la causa. También es cierto que son ellos los que han dado el toque más profundo que ha

conmovido la conciencia popular. Hoy renacen los entusiasmos por la magna idea, al conjuro de la voz del Gobierno del Dr. Bertrand, como en su tiempo lo hizo el Dr. don Policarpo Bonilla.

En aquella fecha, una vez más fracasaron los esfuerzos. Tal vez, entonces, los pueblos no querían la unión; tal vez no había, como hoy, una aspiración latente en las distintas secciones en que está subdividida la colectividad nacional. Hoy, la clase trabajadora está representada por inteligentes agrupaciones de obreros que pueden hablar de unión; la juventud intelectual hace más de 20 años que habla de unión; la tolerancia de los partidos políticos favorece los anhelos de unión; y, en prueba de ello, será de la más alta trascendencia histórica el movimiento actual, que si desgraciadamente no trae la consecución de sus nobles fines, cualesquiera que sean los resultados, trágicos o felices, es el escobón más firme que se habrá colocado para llegar a la cima del soñado porvenir.

Y, después de tantas pruebas, acaso renacerá la patria de Morazán, grande, fuerte y respetada, porque los centroamericanos no podrán continuar aislados por más tiempo. Es muy grave pensar en lo que augura la videncia política y ojalá que solo sea un fantasma el pronóstico de peligros futuros.

Luego, nosotras, creo que no debemos permanecer indiferentes en tales circunstancias, aunque tan dulcemente nos diga la linda canción mexicana: “Confórmate, mujer, que hemos nacido en este valle de lágrimas que abate: tú, como la paloma, para el nido: y yo, como el león, para el combate...” Pero la paloma, amigas mías, en presencia del riesgo que amenaza el caro nido de su amor, puede mostrarse impasible. ¿No son, entonces, más tiernos sus arrullos y suplicantes sus quejas? ¡Oh, centroamericanas! También nosotras debemos amar la unión, ya que sabemos lo que esto significa.

En esta oportunidad yo siento mucho más amor por ella, no solo por la de los Estados de Centroamérica, sino por la que soñó Simón Bolívar, no solo por la de Bolívar, sino por la unión universal; porque estoy publicando a las multitudes el mensaje de Jesucristo, padre de todas las federaciones, y tengo esperanza de que, una vez realizado nuestro ideal político, los patriotas lucharán por la fraternidad humana proclamada en el calvario, que es la verdadera fraternidad de las naciones.

¡Dios, unión y libertad!

Visitación Padilla

Tegucigalpa, septiembre de 1917

La vocación de maestro*

Cuando vemos a esos hombres y mujeres que parecen incansables en la tarea de educar a las generaciones, a los cuales han consagrado su talento, sus energías y a veces su capital, se dice que tales personas tienen vocación de maestro. Sin duda, hay excelentes cualidades del carácter: una mansedumbre innata, el amor particular a los niños, la magnanimidad y hasta la ambición y el deseo de exhibir los conocimientos, pueden capacitar a una persona para ejercer con éxito el magisterio.

Pero es difícil comprender por qué muchos buenos maestros se retiran temprano del apostolado y cambian su profesión: maestros inteligentes que aman la ciencia y a la humanidad, sabiendo que la juventud reclama sus esfuerzos y sienten placer en el estudio psicológico del niño.

Al contrario, otros, tal vez sin poseer las condiciones enumeradas de quienes podría decirse que no tienen vocación para la enseñanza, persisten en la azarosa labor, llegan a ocupar el puesto de los insustituibles y acaban por amar tanto su profesión, que la prefieren entre las más brillantes. Solo quiere decir que habrá un solo requisito importante en el buen maestro y es su abnegación sin límites, como la que caracteriza a todo apóstol entregado por completo a su ideal.

El conocimiento de que vivimos para un fin humanitario da fuerzas en la lucha, haciendo despreciar las comodidades materiales, la misma vida y la gloria personal, y quien no se sienta pagado abundantemente al comprender que sus alumnos entendieron la lección, que su espíritu vibra al contacto del suyo en la interrogación sugestiva, no podrá ser maestro en el sentido que demanda la obra inapreciable de formar el ser humano.

Y ¡qué pocos son los que se resignan a aceptar el sacrificio voluntario en las causas altruistas! Y nos referimos a los hombres y mujeres instruidos de inteligencias superiores. Por supuesto, para la conveniencia individual, es preferible ejercer la abogacía, la medicina o cultivar la literatura que, aun cuando produzca tanto como el magisterio, por lo menos da más gloria. ¿En consecuencia, la vocación de maestro no existe? Hay abnegación, lo que significa voluntad y, por tanto, es este un problema que merece la atención de los gobiernos y de las sociedades que representan.

Visitación Padilla, "La vocación de maestro", *Boletín de la Escuela Normal de Varones*, n. 2, (2 de junio, 1921): 35-36.

La verdad es que no es dado calcular hasta donde tengan razón los desertores del magisterio, porque el maestro, si bien tiene la misión de ser apóstol, también es cierto que es hombre y que necesita, como los demás, un pan, un abrigo y un hogar. ¿No será posible en estos tiempos de cultura ayudar al hombre y a la mujer que tienen el altísimo propósito de consagrar su vida al desarrollo de las generaciones?

Por sabido debiéramos callar la inolvidable sentencia de Cicerón, de que el fundamento de las repúblicas descansa en la educación de la juventud, pero el asunto de nuestro artículo nos demanda recordar lo que han dicho los grandes hombres que, en todos los tiempos se han preocupado del progreso de la humanidad.

La escuela moderna, educativa por excelencia, plena de su misión conforme a las nuevas ideas y, sobre todo, poseída de los últimos descubrimientos psicológicos de la infancia, está realizando en el mundo, la obra más grande de los siglos.

El maestro actual no es el director de masas sufridas que están esperando la voluntad del señor feudal para moverse: es el jefe de la turba desenfrenada que pide a gritos la instrucción, como el aire y el sol para vivir, consciente de sus derechos y con el instinto indomable de gobernar a sus conciudadanos. Entonces, su actuación requiere no solo la cultura técnica y pedagógica de las normales, sino también penetrar en la entraña honda de los problemas, trabajo que supone un gasto de fuerzas intelectuales que rebota en su organismo físico el cual debe reponerse con la medicina y el alimento; un bien inapreciable que necesita ser recompensado con la estimación social.

Hemos escrito como si nadie comprendiera los méritos de este humilde obrero de la civilización, porque hay quienes piensan en el espíritu del niño puede entregarse a cualquier atolondrado y que un maestro debería quedar satisfecho con \$ 40.00, y que los maestritos son unos pobres hombres.

Visitación Padilla

Literatura y política*

Varias veces me he preguntado si convendría que los jóvenes dedicados a estudios literarios hicieran política; y, meditando profundamente para responder a un asunto de tanta importancia, ha saltado mi razón a otra pregunta: si la política es tema que merece los esfuerzos que le prodigan sus adeptos.

Es digno todo empeño que tiende a resolver los problemas de Estado. Política significa la ciencia de la administración pública; el estudio de los medios que conducen a la felicidad de los pueblos con vista de sus necesidades, de su riqueza, sus condiciones de raza, carácter, capacidades, tendencias espirituales; y, pasando al concepto de patria, es la consideración de la idea y lo que demanda de los ciudadanos que la forman.

Cuando intervienen nuestras facultades al investigar sus principios, hallamos que exigen un minucioso análisis, posesión consciente de otras oportunas ciencias auxiliares y concepto acabado de lo que son deberes y derechos. La ciencia del gobierno es muy profunda y, por lo tanto, los que a ella se consagran necesitan poderes intelectuales bastante positivos.

Desde ese punto de vista, los jóvenes literatos, más que ningún otro intelectual, tienen derecho a mezclarse en política. En lo que yo no estoy de acuerdo es en que este derecho, fogosamente comprendido y puesto en práctica, procure anular otro, no menos alto y divino, que es el culto de la belleza. La política es absorbente; quiere lo mejor de la vida que es el entusiasmo, lumbre del genio, pan y vino del pensamiento; quiere la flor más delicada de la inspiración, quizás para quebrar lanzas contra malandrines y villanos.

El gusto por el arte que obsesiona a la juventud es uno de los rasgos más sensibles del carácter nativo de Centroamérica. Está en las venas por un noble ancestro. El sentimentalismo suave del aborigen, fundido en el fuego de la energía española, produjo el alma idealista que se deslía en la oda y el madrigal armonioso. Demás está que los hombres prácticos, casi con lágrimas, supliquen a los jóvenes que vuelvan sus ojos de preferencia a los libros de texto.

Honrad el foro, les dicen; desarrollar la industria y la agricultura; sed profesionales sensatos, ciudadanos de rectos principios que, mañana, desempeñando los más delicados puestos públicos, exal-

* Visitación Padilla, "Literatura y política", *Hispanoamérica*, año I, S. VIII, n. 16, (15 de junio, 1923): 251-252.

ten la república. Pero ellos, tan pronto como han escuchado la arenga paternal, olvídenla enseguida, porque en el velador tropiezan con las *Prosas Profanas* de Rubén Darío.

Sin embargo, ¿ha producido la intelectualidad centroamericana la obra digna de su mente genial? La gloria del poeta, del mundo, que duerme en un templo de león, parece aniquilar toda sombra de vida espiritual que aparezca en el escenario artístico del istmo.

La inteligencia centroamericana no debe rendirse por esto. Que venga la reacción y Pegaso, con nuevas alas, surque también nuevos horizontes.

Pero la fuente milagrosa no está en la política. Los poetas inmensos han creado pueblos, han profetizado cambios sociales, destruido monarquías e instituciones atrasadas. Puede ser un objeto de la inspiración del artista, como todas las cosas, más no su anhelo exclusivo. La política de Centroamérica ha perdido generaciones preciosas de literatos. Hay plumas que fueron forjadas solo para decir bien los misterios recónditos de la belleza.

Hoy, con dolor, las vemos en la prensa de combate, convertidas en espadas furiosas y hasta en yataganes y rebenques, acometiendo las hidras de discordia que nunca terminan en la familia nacional. ¿Por qué negar que hay especialistas muy distinguidos? Robustece la razón leyendo a Jacinto López y Adolfo León Gómez.

No reconoce en América don Miguel de Unamuno otros escritores que los políticos, y cita los nombres de Sarmiento, Bartolomé Mitre, Mármol y don Juan Montalvo, pero jóvenes, ha habido una tendencia en la península, de ciertos maestros que no quieren estimar todo el mérito de las letras hispanoamericanas, de dar silencio y anular sus valores originales; mal de transcendencia que deben reconocerlo ya los directores del movimiento fusionista de la raza, quienes, en vez de contrariar los impulsos del genio lírico, deben ayudarlos a conquistar el porvenir de la literatura en nuestro continente latino.

Está bien que abandonéis la lira y os aseguréis el yelmo en la hora de crisis que atraviesa un pueblo cuando la tiranía lo asalte en el camino de su adelanto; que améis la libertad a la manera de José Martí, porque, sin duda, la patria y los más altos ideales de la vida deben ser vuestros amores dilectos; pero esto es muy distinto a perderse en la rencilla local. Cantar el heroísmo de los hombres magnos que dieron altos ejemplos de humanidad y de civismo, no es lo mismo que correr tras la silueta equívoca de una personalidad; ciegamente y con aquella vehemencia solo digna del

momento divino en que se da a luz al mundo un poema o un cuadro inmortal.

Jóvenes centroamericanos, los que tenéis un espíritu que se enajena en la contemplación de una tarde azul, los que nacisteis con el don de penetrar en el alma sutil de las cosas, insensibles al reproche de aquella razón que no reconoce más fronteras que el trabajo que se resuelve en cheques y libranzas; Quijotes de manos blancas, si habéis de usar algún día la pluma de fuego, hacedlo como don Lorenzo Montúfar, por la unión de Centroamérica, o como Ugarte, Chocano y Gabriela Mistral, en defensa de la raza.

Visitación Padilla

Junio de 1923

Unionismo práctico*

Más de un reproche hemos oído por algunos jóvenes que desearían estar escuchando aún las prédicas de los viejos apóstoles de la unión de Centroamérica, con el mismo entusiasmo que los animaba cuando fueron ganados para la noble causa. Todo apostolado pasa por dos períodos importantes de labor: el de las ensoñaciones y el de los hechos prácticos, aunque esas fases del trabajo puedan estar representadas por las dos clases de factores que son los idealistas y los hombres activos.

Generalmente se achaca a traición los desmayos aparentes de los luchadores, porque a menudo no se toma en cuenta el mencionado fenómeno psicológico. Y no. El ideal, cuando se abriga en un pecho honrado y en un alma de acero, va de victoria en victoria, y después de un período de reposo, pues como todas las cosas, está sometido a la ley de las reacciones, resurge más fuerte, quizás convertido en las realidades ambicionadas.

La presente época de labor centroamericanista es de ansiosa espera en un vago resultado que se dibuja impreciso en el horizonte de nuestra política. Los viejos apóstoles, sin duda, se reconcentran en un delicado estudio de circunstancias y de medios. ¡Traidores nunca! Maestros de la juventud, en diferentes épocas, le han enseñado el desinterés, la perseverancia y el patriotismo.

* Visitación Padilla, "Unionismo práctico", *Hispanoamérica*, año II, s. XI, n. 26, (15 de noviembre, 1923): 407.

El trabajo de actualidad tiene que ser distinto. Los obstáculos de la lucha son enteramente nuevos. Entonces, la elección de nuevos elementos de combate se hace necesaria. Por lo pronto, sin desdeñar la tribuna, podríamos practicar la unión, procurando no considerar como extranjero a ningún emigrado de cualquiera de las secciones.

Podemos hablar de los defectos de la patria chica donde nacimos, con el objeto de corregirlos, pero es diferente a hacerlo con otra sección porque aparezca mejor la nuestra, como la hemos observado en ciertas crónicas de autores centroamericanos. El intercambio de libros y periódicos ya se practica por la fuerza de la circulación de las ideas. Debe hacerse también el de maestros y empleados públicos, cómo se verifican las convenciones unionistas y los congresos de obreros, alternando su asiento en las distintas capitales del istmo.

Los gobiernos, en este sentido, debieran cumplir la promesa que hacen al pueblo sus presidentes, cuando pretenden el poder público, de trabajar por la unión de Centroamérica, para no ver con tristeza que un guatemalteco sea extranjero en Honduras cuando se trata de darle un destino. No han dicho mal los que piensan que, sin la unión de las voluntades, la unión política es imposible. Las distancias, es indiscutible, que nos separan demasiado; pero los medios de comunicación, cada vez más se nos facilitan, y conociéndonos mejor seremos más hermanas.

Tenemos a la vista el interesante caso de Pablo Zelaya Sierra, joven hondureño que en la actualidad cultiva en Europa su talento artístico. Su carrera de triunfos ha comenzado en Costa Rica. En esa república fue donde apreciaron primero sus facultades, alentándolo y apoyándolo en sus grandes propósitos. Hay un centro cultural en San José de Costa Rica —el Centro Intelectual Editor— constituido por jóvenes de esfuerzo, uno de cuyos fines es ayudar a compañeros pobres, de talento.

Su centroamericanismo práctico es ostensible en el apoyo que en ellos ha encontrado nuestro coterráneo Pablo Zelaya Sierra, al grado de que en su ausencia recibe fondos de la sociedad, su hermana que vive en Ojozona, la señorita Enriqueta Zelaya.

Tenemos la costumbre de considerar a nuestros hermanos de Costa Rica como a los más antiunionistas de Centroamérica; pero los que aman la idea quieren demostrarlo con hechos.

Visitación Padilla

12 de julio de 1923

La mujer y la política*

Por sabidas callamos las argumentaciones contra la actitud varonil de las mujeres que se dedican a la política. Puedo recordar a un amigo mío a quien le escribí dándole mi opinión sobre un asunto del que todas hablaban en esos días.

“Las mujeres no entienden eso”, me dijo. Confesándome después que su respuesta obedecía al horror que le inspiraban las mujeres políticas, y agregó: “La política es cieno donde no deben mancharse las blancas manos de una dama”.

Tanto para los hombres como para las mujeres, la dificultad consiste en que muy raras veces se prescinde del interés privado. Si se trata de elecciones, corremos tras el pariente y el amigo sin tomar en cuenta los problemas de la patria, de cuya solución depende su porvenir; o nos acogemos a la intriga indecente por venganzas personales o ambiciones no satisfechas.

El político de mala ley es el microbio social más nocivo y la mujer política del mismo corte sería el fantasma de la muerte en un país donde ella hiciera ver su influencia.

Cuando la profesión de la política no halla el empaque de un talento de pura sangre, aplebeya las personalidades que en otro campo de actividad podrían honrarse. Pero no es cieno la verdadera política. Ya dijimos en otra parte el concepto que nos merece la ciencia del gobierno. Es el tema capital digno del estudio más intenso para todo aquel que desee el bien de sus conciudadanos y de la humanidad entera; y la mujer puede, sin mancharse, ser política a base de principios como deben ser los hombres, a condición de que sea por un ideal inmaculado como la unión de Centroamérica o la fraternidad de la raza hispanoamericana. La asamblea que hizo la Constitución de Centroamérica declaró el derecho del sufragio femenino.

La mujer centroamericana no debe olvidar nunca la cortesía y la justicia que su compañero quiso otorgarle en aquella ocasión memorable, cuando la mujer fue discutida ampliamente por vastas mentalidades del istmo.

Bello ha sido el cuadro de la mujer centroamericana en las últimas fechas de reacción unionista. Ha hablado, se ha movido. La mujer hondureña, de extremo a extremo paseó la bandera del triángulo,

* Visitación Padilla, “La mujer y la política”, *Hispanoamérica*, año 1, s. 10, n. 20, (15 de agosto, 1923): 314-315.

manifestando que es capaz de comprender las ventajas de la reconstrucción de una patria que sin una causa omnipotente aparece dividida.

¿Por qué dejar el trabajo? Centroamérica tiene representativas honorables. Julia Bertrand decía: “Que se junten los océanos para sepultar las Américas antes de que la raza latinoamericana sea víctima del peligro yanqui.”

Como aquella maestra, desgraciadamente desaparecida en hora importuna, hay en los cinco Estados otras que sienten lo mismo y sin duda hacen suyas esas palabras de bronce.

La mujer centroamericana, en estos momentos, prescindiendo de pequeñeces de partidos locales, podría pedir al Departamento de Estado, con todo el fuego de su corazón, el retiro de los marinos del norte del suelo de nuestra hermana Nicaragua; recordando a los hombres de yanquilandia que sus mujeres tan cultas, tan personales y tan ciudadanas, no consentirían nunca la bota del conquistador destruyendo sus hogares.

Visitación Padilla

Agosto de 1923

Homenaje de una poetisa hondureña*

*En la tumba de Enrique Pinel,
a nombre del Ateneo de Honduras*

A la lid del pensar llegó siempre el primero, no a reír de los héroes en las justas de honor. ¡Tan amable y tan grato, tan noble y tan sincero que apretaba la mano del bravo vencedor!

—¿Dónde está el fiel amigo, el gentil caballero, quien a todas las damas deshojaba una flor? Aquí en este sepulcro, aquí está prisionero del misterio insondable, el tierno soñador.

Traiga la dulce novia las flores encendidas que al balcón le arrojará en las tardes queridas de confidencias íntimas en su loca ilusión; y nosotros, hermanos, dejemos en su fosa, la perla de una lágrima y la cándida rosa del sentimiento místico de nuestro corazón.

* Visitación Padilla, “Homenaje de una poetisa hondureña”, *Ateneo de Honduras*, n. 55, (enero, 1926): 2123.

Día de Difuntos de 1925.

En el Cementerio General.

Visitación Padilla

El apostolado de la educación*

Los verdaderos benefactores de la humanidad han sido los apóstoles de las grandes ideas. La vida de tales hombres y mujeres es una revelación para la juventud, si deseamos iniciarla en los heroísmos a que está llamada en todos los pueblos de la tierra. Un conferencista en la Escuela Normal de Varones de esta capital presentó a los estudiantes al poeta Longfellow, haciendo suyos aquellos versos de oro: “no es gaje de la vida el placer ni el dolor, la vida es acción”. Cooperación sin duda quiso decir en la obra divina comenzada con tanta sabiduría.

El título de colaborador en el trabajo del universo lo tiene cada criatura. Así está dispuesto en el plan eterno. El hombre es el ser consciente de esta misión inaplazable.

Ojalá que todos los maestros alimentáramos, con esta verdad redentora, la conciencia de nuestros jóvenes: aprender que cada hombre y cada mujer que viene a este mundo tiene una labor especial a cumplir, de conformidad con sus facultades y que, no llevándola a cabo, el orden de la creación se trastorna, sería la enseñanza cuyos frutos traerían los cambios profundos que sueñan los videntes del progreso.

Los maestros representamos el poder dinámico sustantivo en el mecanismo del gran trabajo de los siglos, porque estamos preparando nada menos que los obreros; estamos ayudando a la naturaleza en el desarrollo de los organismos humanos o sean los instrumentos del alma y encendiendo la vida de esa misma alma a fin de que fulgure en toda la plenitud de su luz para que cumpla sus más altos fines en la tarea universal.

Somos los primeros responsables y a veces no conocemos la entraña vital de esta misión tan grande.

* Visitación Padilla, “El apostolado de la educación”, *Ariel*, año II, n. 16, (30 de junio, 1926): 570.

Trabajamos mecánicamente y, por eso, ante el obstáculo que pone en nuestro camino la estulticia, somos los Jeremías que no pensamos más que en llorar sobre las ruinas y, más inferiores que la araña que reconstruye cien veces la tela destruida, abandonamos la lucha, vencidos, sin haber ensayado el último esfuerzo.

El maestro tiene razón de buscar también la utilidad en sus servicios, en cuanto hombre, en cuanto es factor de la vida moderna tan exigente y ligera, pero la humanidad no la comprende todavía; los gobiernos no siempre son el eco de las ideas de regeneración de las masas; le falta mucho en todas partes al poder público para llegar a apreciar intensamente el noble derecho de la educación del pueblo. Por consiguiente, el maestro se verá expuesto, acaso por siglos, al desprecio general, cuando no al martirio por el bien de su causa.

Debemos comprenderlo así quienes nos hemos consagrado a la juventud para no buscar privilegios personales, ya sea sueldo, posición o gloria. En las condiciones económicas actuales del magisterio de Honduras, un maestro enriquecido con su profesión haría dudar de su moralidad. No podremos medir jamás el valor de las renunciaciones de que es capaz un maestro desinteresado.

Sé de algunos que comparten su pan con los alumnos más pobres y visten humildemente para no insultar los harapos de los miserables. Los misioneros cristianos que llevan la luz del evangelio y de la civilización a los lugares más apartados de la tierra dan su vida y sus riquezas por la humanidad. El misionero de la educación del pueblo no tiene que hacer menos. Tenemos compasión del mendigo que pide un pan y un vestido y no la tenemos para el mendigo de luz del alma. Tal espíritu de sacrificio es el que debemos enseñar con nuestro ejemplo a los estudiantes de las Escuelas Normales. Estos centros deben ser verdaderos seminarios donde se preparen sacerdotes dispuestos a luchar contra todos los obstáculos y todos los prejuicios.

Debemos plantearles con la mayor claridad el problema humano. Esas multitudes hambrientas e ignorantes que debemos redimir de la abyección en que están sumidas; debemos inculcarles la idea de que ningún progreso será perfecto en el mundo, mientras la civilización no haga felices a todos los hombres y que nadie pueda ser útil y feliz sin ser un hombre y una mujer conscientes de sus deberes y de sus derechos dentro de la naturaleza y de la sociedad, que es la obra de un maestro sabio y apóstol.

Visitación Padilla

Tegucigalpa, junio de 1926

Día de la Madre*

El día consagrado en Honduras a las madres vertió del corazón de un grupo de mujeres tegucigalpenses en una hora de entusiasmo cívico sin precedente en el desarrollo del feminismo vernáculo. El escándalo de la frase golpeó muy fuerte en las rocas del cauce civilizador, pero las rocas, al fin, gritaron juntándose a las palabras reveladoras y floreció un jardín de rosas que los buenos hijos cultivan amantes y fieles.

En este grato domingo de mayo la piedad del pueblo penetra en ese vergel inmarcesible a buscar el símbolo de su veneración en el recuerdo o en el amor que todavía puede calentar el hielo de la vida. Día de graves pensamientos ante el problema de las responsabilidades para las madres que aceptaron, conscientes, el don supremo; y de severa justicia para quienes, con inteligencia o sin ella, se rehúsan a posesionarse de la delicada labranza que Dios les ha confiado. Día de amor y gratitud. El beso filial y, al mismo tiempo, en la ofrenda de rosas, el más amable tesoro que se es capaz de conquistar en la lucha.

¿Quién puede ser malo? ¿Quién no quiere perdonar si una mirada de fortaleza y seguridad lo sigue a donde quiera? Árbol firme y orgulloso de su retoño vernal, que siempre abrió sus brazos de asilo confortable y amoroso entre la gracia de sus flores.

Jamás el ave hambrienta y perseguida encontró el nido frío e indefenso; el fruto de abundancia eterna, ni el escudo del follaje que desvía las flechas del cazador. Madre mía. Mi sombra. Todo mi descanso. Aún se ve de frente el camino a donde tú me condujiste. La línea ingrata se retuerce bajo la planta resuelta, y, a pesar de que ya es tarde, mientras me abrigues, no importa la montaña, los lobos, la noche...

Por la libertad de los reos políticos*

Hemos leído en el número 7 del semidiario *El Libertador*, que se publica en esta ciudad, la conmovedora carta de una madre cuyo hijo está sufriendo los tormentos de la Penitenciaría, desde hace dos años, sin causa que justifique su reclusión en dicho centro penal.

* Visitación Padilla, "Día de la Madre", *Excelsior*, año I, n. 2, (20 de mayo, 1933): 3.

* Visitación Padilla, "Por la libertad de los reos políticos", *Orientación*, año I, n. 6, (23 de marzo, 1946).

Como ella, ¡cuántos más harían público la misma denuncia, respecto a los suyos que soportan idénticas condiciones, si ya se hubiera restablecido la ley de temor! Tienen miedo de aumentar las penas de sus deudos en su campo de martirio, o de recibirles de alimentos y otras cosas para suavizarles su mísera situación.

De nada sirve que en las escuelas se funden sociedades protectoras de animales, cuando se les presenta a los niños ejemplos inhumanos. No destruyáis los nidos porque un nido es un hogar —dice el maestro a sus alumnos—, pero el niño ve que un hombre armado de rifle lleva a su padre a la cárcel sin ser un criminal.

No clavéis con alfileres las lindas mariposas; no asfixiéis las esperanzas en cajas de fósforos, pero las criaturas ven llorar a su mamá porque a su padre le han puesto grillos siendo un inocente. Él no sabe qué es esto, pero alguien comete la indiscreción de contarle que es un hierro torturador de sus pies, capaz de hacerlo inválido para siempre.

“Estuve en la cárcel y no me visitasteis”. El señor Jesucristo se transforma en un reo para enternecer las entrañas de los hombres, aun hablando de reos, en verdad culpables y dice de quienes no lo son, presos también “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia”.

El régimen de los trece años no conoce a Jesús de Nazaret, por tanto, no podrá comprender jamás ese lenguaje de amor; pero, desde el momento que se hizo solidario con las Naciones Unidas, que acaban de ganar la Guerra Mundial, tiene obligación de haber aprendido ya el idioma de la democracia, aunque solo fuera por el vergonzoso mimetismo con la política internacional que ha practicado siempre para sostenerse en el poder.

Sin embargo, no lo sabe todavía, ni aun pronunciarlo, porque si lo supiera, hubiese comprendido lo que Truman y Bramen enseñan en sus discursos. No habrían escandalizado al pueblo hondureño con la ley del 8 de marzo, ni tuvieran ese saldo de presos, retenidos, todavía, en las celdas infames del terror.

A estas palabras, los defensores del mal contestan que los ciudadanos allí reclusos no son presos políticos, sino reos por delitos comunes; y, para justificar su detención, añaden el embuste de que son sediciosos y autores de asesinatos frustrados en la persona del jefe supremo de la nación.

El militar, don Eulalio Rodríguez Ferrufino, es el preso defendido valerosamente por su propia madre en la carta de que hacemos referencia, solo que, como la mayoría del pueblo hondureño,

permanece fiel a la causa de la libertad. Jamás ha intentado suprimir a ningún funcionario del actual Gobierno de facto, como no lo han intentado, tampoco sus demás compañeros de presidio. Los hombres del poder se guardan en carros blindados, por puro miedo; pues, nosotros, gracias a Dios, no somos asesinos.

Cuando en el pugilato de las ideas ha vencido la fuerza, haciendo uso del derecho de insurrección, el pueblo hondureño ha reivindicado la constitución y las leyes, en los campos de la Trinidad, en El Picacho, en Namasigüe, en el Cerro de los Coyotes; pero no manchándose con el asesinato político.

Pero no hay redención para este remanente de infelices prisioneros patriotas que yacen, desesperados, en el cementerio de los vivos. Al contrario, procúrase más bien aumentar el número, con el Señor Efraín Lemus Arita, agente y corresponsal de *El Norte* en Nueva Ocotepeque y con los ciudadanos de Curarén: señores Miguel Martínez, Ramón Munguía Vásquez y Eustaquio Fúnez, por el momento, no recordamos solo por ser lectores de los periódicos de oposición. ¿Cómo pueden los hombres que mandan actualmente, sentarse a la mesa con su familia, en presencia de tanto dolor de madres, hijos y esposas? ¿Cómo pueden alegrarse en sus festines, cuando la música de sus orquestas se quiebra, al ruido trágico de las cadenas de quienes también tienen derecho a la vida, al trabajo, a la libertad de su cuerpo y de su espíritu, y criar y educar sus hijos?

Cómo pueden descansar en sus chalets de grandes señores, tranquilamente, regocijadamente: ¿como los aristocráticos franceses de la Costa Azul antes de la guerra?

La explicación se encuentra en su libro de cabecera, que se llama: *Arte del crimen útil*.

Por la libertad de elecciones*

El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, es la democracia. Este principio escrito con la sangre de Abraham Lincoln, el apóstol mártir de la gran nación del norte, y consagrado por más de un siglo en las leyes de nuestra América, quiso borrarlo para siempre de la conciencia de la humanidad el totalitarismo nazi-fascista de allende el Atlántico.

* Visitación Padilla, "Por la libertad de elecciones", *Orientación*, año I, n. 8, (6 de abril, 1946).

Pero el mundo enfrentó sus legiones y ha vencido a la hidra de la fuerza que pretendía sofocar la vida. La guerra fue tremenda. Nuestra patria estuvo también en ella, porque en esa lucha de titanes no hubo potencias grandes ni pequeñas: fue el hombre mismo. Y ganó la guerra y la paz.

Por consiguiente, de ese embravecido mar de la muerte surge la diosa democracia, rejuvenecida, como una expresión de justicia eterna, en el devenir de la historia. Y los pueblos del continente de Colón apréstanse, de nuevo, a erigirle un monumento.

¿Cuál debe ser la contribución que a Honduras le corresponde?

Esto viene a constituir un problema, porque ya no se trata de enviar, en manos de los diplomáticos, bolsitas de tierra para abonar el árbol panamericano; pues, parece que han pasado ya esos tiempos de romanticismo político.

Queremos ver los ideales del pueblo, hechos carne y sangre de verdad.

Hace trece años que nadie ha podido manifestar impunemente su pensamiento, ni de palabra, ni por escrito. En este minuto —podemos decir— que gozamos de una relativa libertad de prensa. Fruto del triunfo, es este, de las Naciones Unidas. He aquí la democracia en acción.

Hace trece años que las cárceles se han llenado, día tras día, de reos políticos, por injusticia del régimen.

De dos a tres meses, hasta la actualidad, ha comenzado a evacuarse la cárcel de ciudadanos, detenidos allí; por el único delito de inconformidad, con las prácticas de un Gobierno ilegal. Cambio, es este, debido a la victoria de las Naciones Unidas. Cambio es este, debido a la promesa cívica, formulada en cuatro puntos por dos grandes hombres, en las soledades del que se llamó: Mar de las Tinieblas, para llamarse, hoy, Mar del Sol de la Libertad.

“Los pueblos tienen el derecho de darse el Gobierno que quieran”, firmaron Winston Churchill y Franklin Delano Roosevelt, en las Cámaras de los Comunes, grita la ciudadanía, con voz única, de apóstol de la Guerra Santa, haciendo la “V” de la victoria, a las masas conquistadoras de la libertad y de la justicia. Y canta el primer verso de la Marsellesa del libre pueblo inglés: ¡A las urnas, ciudadanos! Aunque el ganador de la guerra bajara de su sillón de primer ministro.

—¡Bien...! —dijo él y... siempre haciendo, con sus gruesos dedos, la “V” de la Victoria— ¡Estos son los hombrones...!

Y no aquellos que, con la espada al cinto, como ha dicho en este momento un notable hondureño, profesor de la historia: “la desenfundan cuando el pueblo clama sus libertades y la ponen de punta hasta contra sus mismos amigos”.

El pueblo hondureño está esperando el Decreto de Amnistía General que el presidente general Carías recomendó en su último mensaje al congreso de la República; porque de ese decreto depende la convocatoria a elecciones libres que la patria espera desde hace largos trece años.

¿Por qué ha sido preterida su recomendación? ¿Ha recobrado el congreso de su libertad?

Nadie lo cree.

Pero el llamado jefe supremo de la nación puede rectificar, en parte. Las circunstancias no pueden ser más propicias; pues acaba de firmar los más recientes documentos internacionales.

¡Qué oportunidad más bella perdería el general Carías, no obligando a su congreso a convocar su pueblo a elecciones libres previo el Decreto de Amnistía General! De uno a otro confín del mundo, dicen todos:

¡Sufragio libre! ¡Sufragio libre!

Esta es la paz de un Gobierno Democrático.

Choncita Padilla en la convención liberal*

Pueblo hondureño
Juventud hondureña
Consejo Supremo del Partido Liberal de Honduras
Y demás autoridades
Señoras y señoritas
Amigos correligionarios en el ideal de la restitución de las leyes de Honduras

* Visitación Padilla, “Choncita Padilla en la convención liberal” en Paz Barnica, Edgardo, *La oratoria en Honduras*, (Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1979): 145-149.

Amigos y correligionarios en los altos propósitos de esta convención

Señores delegados:

Ante vosotros, en nombre del Frente Femenino Hondureño Pro Legalidad.

Silencio del sepulcro en los hogares, desolados por la iniquidad de una tragedia nacional. Silencio en las calles de los pueblos porque pasan los encadenados, de pies y manos, rumbo al penal inmisericorde. Silencio en las selvas... Silencio en las montañas... Ha pasado el tropel equino de las persecuciones a muerte, para el pueblo inerme, para los periodistas libres, para las mujeres, inconformes con un régimen arbitrario y... van por montes y valles al amargo destierro.

¡Bendita paz! Dicen algunos, pero ¡gracias a Dios que son tan pocos! El 1 % tal vez, que, con sus labios inconscientes y sus prensas infecundas, están profanando la palabra más dulce que pronunció Jesucristo. Están justificando, con esa frase divina, dos mil vidas preciosas, inmoladas en el departamento de Olancho, a la barbarie dictatorial; las masacres de la raza morena en Colón y la que no podremos olvidar nunca las mujeres hondureñas: la del 6 de julio de 1944, en San Pedro Sula. En esa fecha, la canalla continuista profanó el espíritu de las Naciones Unidas, marcando a balazos la “V” de la victoria, en el seno sagrado de las mujeres patriotas.

Están justificando la vergüenza de las claudicaciones, a base del temor, el hambre y la cárcel, que degenera física y moralmente, sobre el delito horroroso de pervertir a la juventud, corrompiéndola con las treinta monedas de Judas, a cambio de un servicio de espionaje criminal y desvergonzado.

Están justificando el peculado, la bolsa negra; pues, no les ha bastado crucificar a la patria, también juegan la túnica inconsútil, tejida con el sudor y las lágrimas del pueblo. Están justificando la transgresión del derecho desde la Constitución política, la carta magna de la república hasta el más simple reglamento de policía rural. Y, por último (si se puede decir, por último), están justificando el delito de esa democracia, imponiendo una candidatura oficial para presidente y vicepresidente de la república: a palos, a guaro y a soborno.

¡Bendita paz de Varsovia! O, como ha dicho muy bien un estadista norteamericano: “Paz de estado de sitio”.

Con todo, señores: como Dios es todopoderoso, por una maravilla de su gran poder; ha devuelto a nuestra patria a su gran líder que ha denunciado, día por día, en sus quince años de exilio, el crimen inaudito de esta “Paz de los sepulcros”, Dr. don Ángel Zúñiga Huete. Este varón que veis aquí, vástago de un hogar sin mancha, carácter de acero, forjado en el modelo de la historia patria, por lo que tiene más grande: Morazán; por lo que tiene más noble: Trinidad Cabañas; por lo que tiene más intelectual: Juan Ramón Molina.

Ciudadano rectilíneo del Partido Demócrata Liberal de Honduras; mantenedor firme de sus principios; el que ha defendido con las armas en la mano, la pureza de su bandera; el que ha defendido la integridad nacional, con su dialéctica sólida y crudita; y el que, con pluma de oro, ha escrito uno de los libros más consistentes de la literatura patria: *Morazán y un ensayo admirable*. Liberalismo que, también es el ataque más fuerte que escritor liberal alguno haya lanzado en esta época contra el quintacolumnismo del soviet en el hemisferio occidental.

Hombre recio, invulnerable a las seducciones de la diplomacia comercial, de infamia imperialista o comunista. Su nombre en el Departamento de Estado está escrito con todas sus letras y no con números, al igual de otros que figuran con esa marca en los casilleros de los presupuestos de ciertas compañías, con “números” como los “presidarios” ha escrito Gregorio Velásquez, intelectual, hoy ausente en el exilio.

Doctor don Ángel Zúñiga Huete: varón íntegro, de molde antiguo; caballero de la reserva medieval, que sabe retar al adversario con las armas defensoras de la dignidad personal, sabiendo que este es un requisito imperativo, para entrar en la arena de las luchas por la patria.

Y este sí que es hombre de paz, aunque puede ir a la guerra de las reivindicaciones y de la defensa nacional, porque es un hombre, no es un demagogo. Es enemigo de las asonadas contraproducentes, que no traen al país, sino anarquía, duelo y miseria.

Como funcionario público, no lleva sobre sí, delitos de sangre ni de malversación del Tesoro Nacional; y, como abogado del Foro Hondureño, sus alegatos se inspiran en el bibelot de su escritorio, que representa la matrona vendada, que porta en sus manos la balanza de Dios. Por sus cualidades y virtudes de hombre público, el Dr. Zúñiga Huete es admirado y reverenciado por su pueblo, siendo esta la única razón que tienen sus enemigos para atacarlo. Los volantes de injurias y calumnias de actualidad son los cohetillos

de una plebe intelectual, tirados a las multitudes delirantes que lo ovacionan a su paso, desde el 22 de febrero, día de su entrada triunfal a la capital de la república. El país entero ha participado en ese entusiasmo tan justo, que no declina un instante; y, por lo mismo, la envidia tiene que cobrar con la moneda de su ignominia, los golpes mortales que recibe en su propio corazón.

No hay hombre en el mundo de personalidad sobresaliente que no sea combatido ni perseguido. El doctor don Ángel Zúñiga Huete es uno de los hombres públicos más discutidos en Honduras, tanto como Policarpo Bonilla; no, por ser caudillos del partido liberal, no.

Simplemente, porque en estos dos hombres se ha reencarnado el espíritu de los profetas hebreos que mantuvieron a los reyes sitiados, con la fuerza de su palabra, en defensa del arca santa que encerraba los códigos divinos. Pero el doctor Zúñiga Huete, en todos los procesos que instaura el demonio leguleyo de los falsificadores de la política criolla, ha sabido defenderse, gallardamente, a satisfacción de sus amigos y adversarios imparciales y honrados, con su digna actitud, con su argumentación de abogado irresistible. Con su pluma demoledora en la prensa cadente y aún en los tribunales de justicia, regentados por opositores a su credo político, ha sabido salir airoso en las acusaciones gratuitas de la estulticia y mala fe, que procuran mancillar las más nítidas reputaciones.

A su defensa propia, súmase en este momento la pluma limpia del patriotismo, esgrimida por jóvenes de alta alcurnia intelectual, por honrados periodistas, leales a la verdad que estamos viviendo en Honduras; como también por mujeres de capacidad mental indiscutible, representativas del Frente Femenino Hondureño Pro Legalidad. Y, para la defensa de su vida que el crimen útil reclama, ya que las oraciones de su madre le faltan, por haberla perdido en el exilio, tiene las plegarias de su madre patria que suben, sin atraso, al trono del Dios omnipotente.

La mujer hondureña resiste la crítica incesante de quienes la deturpan por haberse incorporado en las gloriosas filas de la oposición libertaria, representada por esta convención que hará época en la historia.

Sus oídos están abiertos para escuchar el coro ríspido de las furias desmelenadas que, en vano intentan imitar las danzas en el altar de la patria. Porque nada divino pueden dar las vacantes, ebrias de sangre y de lágrimas. La mujer hondureña no teme a los desbordes de los canales por donde ha descargado la deletérea corriente de la dictadura de los quince años.

Antes, promete en este día su firme adhesión al movimiento electoral que será el primer estallido de la democracia que rompe sus cadenas; y, así como permaneció serena frente a la tormenta impía en los tres lustros de cautiverio, hoy, plena de fe, sigue el paso valiente del grande del liberalismo, doctor don Ángel Zúñiga Huete, porque piensa y siente que un jefe de su talla es una garantía de democracia, bajo la égida del progreso; y porque ya lo dijo una vez que sus ideales para el hombre que dirija los destinos de Honduras son: “Capacidad y eficiencia en los de arriba. Pan, paz, trabajo y cultura para los de abajo”.

¿Cuál es la causa del escándalo de la incomprensión cuando la voz femenina proclama al líder de una causa grandiosa? ¿En esta hora de crisis, no forma parte la mujer hondureña del pueblo hondureño? ¿Es incapaz la mujer de sentir la belleza de un apostolado?

La mujer ha seguido siempre a los grandes hombres en la ascensión a las cumbres del ideal y en la vía cruenta de su misión. La reina de Saba atravesó un continente para contemplar la grandeza y la sabiduría de Salomón.

Isabel la Católica, habilitó la flota sublime de Colón y las mujeres siguieron a Cristo al pie de la cruz.

Por consiguiente, si la mujer hondureña gozara de sus derechos políticos con las de otras naciones, su voto, en los próximos comicios, para presidente de la república, sería para el Dr. don Ángel Zúñiga Huete. Esto no será más que ser leal con la patria.

Por todos los horizontes de Honduras, un solo clamor se oye: Ángel Zúñiga Huete. Este grito no lo pueden acallar sus enemigos. No ha podido silenciarlo la camarilla continuista, matando, encarcelando y desterrando; y, mientras los radios del terror cantan la “Bendita Paz”, el eco de los montes repite: “¡Viva el doctor Zúñiga Huete!”.

Él no podrá declinar su posición política. ¡Jamás! ¿Por conveniencia del partido? Ya lo dijo un joven inteligente y honrado, profesor don Miguel Navarro: “Es el primer hombre del Partido Liberal”. ¿Por conveniencia internacional? Sería, nada menos, que una traición a la patria. ¿Por contemporizar con los demás partidos organizados en el país en nombre de la conciliación nacional? Eso sería, después de cederle el campo al enemigo, con quien luchamos, acusarse a sí mismo de deslealtad a la república, porque un liberal de prestancia, es garantía perfecta de los postulados de la democracia genuina y auténtica.

Señores: Estamos viviendo en este momento toda una época de la historia. La actitud desafiante de una mujer así lo demuestra. Es un minuto de responsabilidad tremenda para cada uno de nosotros. El gran catedrático de la universidad de Salamanca ha dicho que la historia es el dedo de Dios que marca los acontecimientos, pero no dice que los hombres son los sujetos instrumentales; pues, todos saben que Dios nos hizo libres y que, enseguida vendrá el juicio para los criminales y también para los pueblos que no quisieron escuchar la voz de su conciencia.

Pueblo hondureño: No desistáis de seguir la buena causa.

Desde la independencia, no habéis quebrado vuestra línea de defensa contra las agresiones extrañas, fieles hijos del indomable Lempira que no se rindió nunca a los hijos del sol; y, herederos de Morazán, habéis luchado un siglo contra los despotismos, contra las imposiciones, contra la audacia de los simuladores de la democracia, porque en vuestras manos, con la insignia rojo y blanco de la libertad, ha brillado el duro fierro del trabajo “para no ser el esclavo servil de los tiranos”. Y, porque sois soberano o, así lo dice aquella estrofa popular del poeta de los tiempos románticos de Honduras...

¿Y, qué es el pueblo?

Es la acción, es la fuerza, es el derecho, es la ley, es el destino.

Es en Roma, el Aventino.

Y, en Francia, la convención...

El pueblo hondureño está representado en esta convención.

¡Viva Honduras!

Tegucigalpa, D.C., 14 de mayo, 1948

El pueblo hondureño*

El hiburense fue guerrero, sin duda, como lo fueron los naturales de la raza precolombina; pero el conquistador descubrió, con las minas de oro nativo, en aquellas tribus belicosas, el tesoro de

* Visitación Padilla, “El pueblo hondureño”, *El Ciudadano*, n. 870, (9 de septiembre, 1948): 1-2.

hombres auténticos como Lempira, cuyo patriotismo solo el plomo asesino pudo vencer; y, como Urraca —el quetzal herido que murió de angustia—, cuando vio a su patria esclavizada en poder del hombre blanco.

Somos hijos del héroe español y del insurrecto aborigen. La gesta del indio y la jornada única del castellano; la espada y la lanza; el crucifijo y la serpiente divina en el jeroglífico tatuado en el pecho del *maschual* legendario; todo en la unidad de nuestra brava estirpe, espera todavía la Iliada americana que la escribirá en el porvenir, una juventud que diga como el genio francés: que, “la patria no es una abstracción, sino una realidad”.

El alma latina reclama su típica expresión porque los pueblos se manifiestan, en una palabra: arte en Grecia; derecho en Roma; revolución en Francia; trabajo, en Estados Unidos de Norteamérica; y en nuestro continente de don Quijote debe ser lucha el término simbólico, así como la civilización dijo Cruzada en la Edad Media: por el arte, la evolución, la ciencia, la moral, la ley, la patria, por el ideal imponderable de Abraham Lincoln que implica el santo resumen de los derechos humanos y políticos que constituyen la verdadera democracia.

Honduras no está excluida en el calendario cívico de nuestra América. Sus páginas gloriosas brillan a la luz del sol. Sus hombres, sus riquezas, su literatura, sus monumentos. Su historia cruenta es cierta, pero no como un ejemplo de país salvaje; sí como un modelo de entidad libre, soberana e independiente, pese al grupo negativo que, en toda colectividad, como un hongo venenoso, enmohece la maquinaria del trabajo redentor; pese la rémora del crimen que obstruye el progreso y apaga la luz que despierta la conciencia pública.

En estos momentos el pueblo hondureño se debate en esa lucha que la sibila de este occidente; acechado favorece, coronando a sus apóstoles. Morazán defendiendo la Constitución de Centroamérica, en la aurora de la independencia, no es más grande que el doctor don Ángel Zúñiga Hueté que confronta la situación creada por Tiburcio Carías Andino.

Desde el punto de vista cívico ¡Qué trecho tan glorioso de nuestra historia brilla entre estos dos hombres!

El árbol de la libertad, abonado con sangre, como el árbol de la cruz salpicado con la lluvia carmesí que deífico la humanidad, manos de patricios excelsos que cultivaron en un Getsemaní, de cristos agonizantes prendidos por Judas traidores. No os asombréis,

enemigos gratuitos y calumniadores de quienes mataron al primero y quieren matar al último.

El doctor Zúñiga Huete representó en este período histórico, a ese pueblo hondureño que surgió a la vida de nación con el mártir de Coyocutena y educaron su civismo los grandes conductores del liberalismo que han estructurado la república.

No en vano la dictadura carriística está liquidando, a mortificación felina, a este pueblo viril que defiende, inerme, solo con su coraje ingénito, su simpatía ciudadana, expresada en el hombre que ha anhelado como presidente para su patria, por más de tres lustros; porque ha jurado recobrar sus libertades en la contienda cínica, honesta y digna o en el campo del deber, allí donde se juega su honor y su hidalguía.

Yo presento al mundo a este pueblo, erguido en el sótano; altanero, en el tribunal arbitrario; entusiasta en la manifestación antiesclavista; sereno ante las amenazas. ¿Mártir? —responden los penales—. Habla la espalda llagada por el látigo del tirano.

Hablan los muertos que caen día por día.

Los verdugos del general Carías, del licenciado Gálvez y don Julio Lozano, acérquense para decirles a sus amos: —Jamás hombres más duros han herido nuestras bayonetas—. —¡Matadlos!— Contestan los príncipes del mal. Y los matan, pero sus espíritus proclaman el 1 de octubre, en un grito unánime, de occidente a oriente; de mar a mar: ¡A votar por el doctor don Ángel Zúñiga Huete!

La mujer hondureña pide igualdad de derechos civiles, políticos y sociales que los otorgados al varón como ciudadano de la república*

HONORABLE CONGRESO NACIONAL:

“La mujer es el primer ser humano víctima de la servidumbre. Ha sido esclava aun antes de que hubiese esclavos” BEBEL.

Amparados bajo los auspicios del derecho de petición que a los hondureños concede el artículo 66 de la Constitución política de

* Frente Femenil Pro-Legalidad, “La mujer hondureña pide igualdad de derechos civiles, políticos y sociales que los otorgados al varón como ciudadano de la república”, *Ideas*, año 2, n. 9, (ene-feb, 1973): 3-11.

la nación, venimos a pedir que se nos reconozcan a las mujeres de este país, para el ejercicio de la ciudadanía, iguales derechos, privilegios o facultades, que los reconocidos y otorgados al varón, o sea al hombre, por el artículo 24 del indicado estatuto, en justo tributo a la dignidad que la naturaleza ha conferido a todo ser humano, sin distinción de sexos.

Venimos a demandar el reconocimiento de un patrimonio jurídico, ético, social, moral y político que nos ha correspondido y corresponde como seres humanos y que durante milenios nos han negado los hombres, quienes, de facto, monopolizan y retienen para su personal provecho un acervo en el que son copartícipes y tienen responsabilidades sus madres, sus hermanas, sus esposas y sus hijas.

Venimos respetuosas, pero animadas de la mayor entereza y conciencia de la justicia que nos asiste, a exigir que se nos abra, dentro del marco de la Carta Política de la Nación, el sitio que nos corresponde y a que se nos facilite el ejercicio íntegro de los derechos que hasta la fecha nos son negados y a que somos acreedoras dentro de la colectividad social y política del Estado, en concepto de personas jurídicas que somos, autónomas, responsables e independientes de toda tutela indebida.

Queda relegada a la historia la época remota del derecho exclusivo al hombre o varón, para considerar a su mujer e hijo como objetos de su dominio o patrimonio, con derecho de vida y muerte sobre los mismos.

Atrás quedan los tiempos de incompreensión en que la mujer era para el hombre tan solo un objeto de servidumbre, de placer o de lujo.

Pretérito es la época en que la personalidad de la mujer estaba sujeta a vínculos, restricciones y tutelas excepcionales limitativas de su personalidad y derechos dentro de la vida social, como entidades cívicas, jurídicas y libres.

Rezagado queda el ambiente en que las mujeres de París, queriendo contribuir, al igual que los hombres, a la defensa de la patria, se dejaron convencer y rechazar hasta sus hogares por la repulsa del convencional que les endilgó este agrí dulce discurso:

¿De cuándo acá es permitido a las mujeres renegar de su sexo y cambiarse en hombres? ¿Desde cuándo acá se acostumbra que descuiden los piadosos menesteres de su casa y las cunas de sus hijos, para venir a estos sitios a pronunciar discursos desde la tribuna, enjaretarse en las tropas y llenar deberes que la

naturaleza exige sólo al varón? La naturaleza ha dicho al varón: sé varón siempre. La carrera, la caza, la agricultura, la política y las fatigas de todas clases son tu privilegio; quédense para la mujer el cuidado de los niños, el de la casa, las dulces inquietudes de la maternidad. Mujeres imprudentes, ¿por qué queréis convertirnos en hombres? ¿No está ya bastante dividido el género humano? ¿Qué más necesitáis? Permaneced como sois en nombre de la naturaleza y mejor que envidiarnos los peligros de vida tan borrascosa, contentaos con hacénnoslas olvidar en el seno de nuestras familias, permitiendo que se recree nuestra vista en el delicioso cuadro de nuestros hijos, dichosos merced a vuestros inteligentes cuidados.

Las palabras del convencional Chaumette estaban a la altura de las ideas y costumbres de su tiempo; pero se encuentran en pugna con la justicia y con la misión de la mujer de la cultura y destinos de la humanidad. En la época del aludido revolucionario francés (1792), la condición de la mujer, supeditada al hombre, era de servidumbre, como lo acredita el Código Civil de Napoleón, hijo de esa conmoción político-social, que produjo la primera declaratoria de los derechos del hombre y del ciudadano.

El reclamo de las mujeres de Francia, encabezadas por Olimpia de Gouges y Luisa Lacombe¹ (20 de noviembre de 1793), era justo por estar basado en los fueros de la naturaleza humana, y bien hicieron en exigir que se les concediera amplia libertad de trabajo y ser llamadas al ejercicio de todas las funciones para que fuesen aptas, al igual que los hombres; porque, como lo hicieron notar, “si tenían derecho para subir al cadalso, también debían tenerlo para escalar la tribuna”; y, a más de esto, tenían derecho para ser tomadas en cuenta por el Estado, como unidades de cultura, de economía y de solidaridad social.

De la época de la Revolución Francesa al presente, la humanidad ha madurado mucho y las nuevas modalidades del mundo imponen a la mujer, responsabilidades y amplia participación en la vida social y en la del Estado, como directoras de hogar, como factores de producción y como elementos de cultura.

A estas horas, la mujer y el varón, vinculados por los lazos de la familia no pueden desligarse y ponerse a salvo de las contingencias económicas y culturales que, en común, deben enfrentar, con iguales derechos y unas mismas obligaciones. Negar esta igualdad

1. Podría hacer referencia a Claire Lacombe (1765-1826), actriz, activista, revolucionaria y feminista francesa.

de derechos es proclamar una injusticia, la injusticia milenaria que entraña la servidumbre de la mujer bajo el arbitrario dominio del hombre.

Dentro de las normas actuales de la vida individual y colectivamente, la mujer está expuesta y dispuesta a enfrentarse con todos los azares que impone la lucha por la existencia, lo mismo que los hombres, y esta situación obliga a la mujer a sobrellevar idénticos deberes a los que llena el varón. Por lo mismo, en un plano de justicia y de equidad, no deben existir privilegios que establezcan odiosas diferencias de garantías y derechos entre los miembros de ambos sexos, o sea, entre hombres y mujeres.

A la mujer del presente no le son indiferentes las condiciones sociales, políticas, económicas, culturales y de todo orden del momento en que vive. Todas le atañen de manera directa y todas ellas la envuelven con sus exigencias y angustias: la renta inquilinaria, el precio de los víveres, los impuestos, el costo del vestuario, la educación de la familia, el reclutamiento de sus maridos e hijos como carne de cañón, la prosperidad de las cosechas, el mercado de cambios, la paz y la guerra, etc., y todos estos factores son, en la actualidad, motivos de interés y preocupación grandes tanto para hombres como para las mujeres, con respecto a la vida diaria y al bienestar individual, de la familia y del pro-común.

La civilización contemporánea, con sus beneficios y adelantos, ha incorporado a la mujer a todas las actividades de la vida, al abrirla las puertas de todas las profesiones universitarias y de las artes liberales, que tanto miran a la satisfacción de lo necesario para el individuo y la familia, como a las más altas esencias del pensamiento científico y del espíritu artístico.

La mujer moderna ha invadido en los países de avanzada todas las esferas de actividad del hombre, compatibles con su sexo, y sabe que tiene deberes sociales que cumplir; pero también tiene conciencia de sus derechos, fundados en la naturaleza, para llenar cumplidamente sus obligaciones, y que hasta hoy le niega el hombre en países retrasados del planeta, al parecer satisfechos de marchar a la zaga de la civilización.

Trece repúblicas hispanoamericanas, siguiendo el movimiento universal más avanzado, han reconocido la igualdad de derechos civiles y políticos a hombres y mujeres; y, probablemente, Honduras no abriga el deseo de significarse en ser el último país del Continente Americano que se incorpore a ese movimiento de justicia y de progreso.

Las mujeres de Honduras queremos ocupar el puesto de responsabilidad que la civilización nos depara en el seno de la sociedad, y para ello venimos a reclamar lo que hasta la fecha nos han negado los directores políticos de la nación. Queremos participar en la vida total de la república y aportar nuestro grano de arena al progreso y cultura comunes, animadas del mayor entusiasmo y conscientes del peso de nuestras obligaciones para con la patria.

La situación de la mujer hondureña en nuestro ambiente es precaria, no solo en el orden político y cívico, sino también en el cultural y económico. No existe legislación adecuada sobre el trabajo de la mujer ni sobre la libertad de sus actividades profesionales.

Las aulas universitarias están abiertas tanto al varón como a la mujer; pero al tiempo de ingresar al ejercicio profesional, la mujer es objeto de excepciones tan ridículas y tradicionalistas como odiosas.

Hoy en día el pensamiento y las prácticas profesionales no tienen fronteras señaladas por el sexo.

La mujer hondureña ha figurado, en forma visible, como incorporada al movimiento político y social de la nación, desde la época en que los doctores Céleo Arias y Policarpo Bonilla inculcaron en la mente de los ciudadanos, hombres y mujeres, los derechos humanos, tan fuera de respeto hasta aquella fecha, en que, por lo general, los gobiernos de fuerza daban la pauta en todas las esferas de la vida colectiva.

Las mujeres de Honduras tuvieron gesta activa y valerosa en los movimientos político-sociales que dieron en tierra con los despotismos sanguinarios de Ponciano Leiva y Domingo Vásquez, al extremo que, al victorioso final de aquella epopeya del pueblo de este país, el doctor don Policarpo Bonilla pudo decir: "El triunfo de la causa que he defendido se debe, en gran parte, a la actividad entusiasta y desprendida de la mujer hondureña".

El aserto del doctor Bonilla no fue exagerado. Responde a la realidad. La propaganda, la actividad y el entusiasmo femenino pesaron mucho en la balanza de los acontecimientos. Fresco en las mentes debe estar el recuerdo funesto de las represalias de que fueron víctimas las mujeres de Tegucigalpa, sin distinción de categorías sociales, el año de 1893.

Las ofensas a la dignidad humana hacían su clímax cuando Vásquez mandaba pelar de raíz a las mujeres. En aquella época ninguna mujer se habría cortado su cabellera para hacerse un

peinado a la moda: consideraba su pelo sagrado, y era el signo de recato y honestidad; era su ornamento y lo máspreciado para embellecer su figura, dándole atractivo. Y en medio de aquel justo criterio, rodeado de una devoción religiosa, Vásquez cortaba el pelo a las mujeres con una máquina No. CERO; una de las víctimas perdió el sentido cuando se vio en un espejo, pues más bien parecía un simio que figura humana; y como castigo de la Providencia para el tirano y sus esbirros, esa mujer no se volvió a dejar crecer el cabello, y vivió largos años ambulando por las calles de Tegucigalpa, donde los rapaces de barrio la apellidaban, “Paulita la loca”.²

Bajo el mismo ominoso régimen del general Domingo Vásquez, un grupo de mujeres opositoras al déspota y que tenían puestos de negocios en el mercado de Comayagüela, encabezadas por doña Mariana García, alias “la física” (madre de doña Adela Valladares, de igual sobrenombre) y otras damas del Mercado de Dolores, así como de las barriadas de La Ronda, La Plazuela, La Hoya y el Barrio Abajo, fueron capturadas y conducidas a la Penitenciaría Central, donde se les obligó a confeccionar tortillas y totopoxte para el consumo y alimentación de las tropas, bajo la vigilancia de capataces provistos de foetes e instrumentos de tortura.

En esta humillación no solo se incluyeron a las sufridas y valerosas mujeres del pueblo llano, sino a personas distinguidas de la sociedad, como las señoritas Dionisia y Concepción Vega y a matronas provecas y respetables, como doña Sara Andino de Carías, madre del general Tiburcio Carías Andino, lo mismo que a otras que sería prolijo enumerar.

Una lavandera, hija de doña Micaela Ponzoña, fue fusilada en el paseo La Isla (Tegucigalpa) por causa de su denodado entusiasmo contra el sistema sanguinario imperante. La inmensa mayoría de la feminidad hondureña militaba resueltamente en las filas antivasquistas y contribuía con su esfuerzo a mantener la rebelión en la república, recogiendo armas, ocultándolas, transportándolas y transmitiendo noticias, etc. En cierta forma, las mujeres eran como los periódicos de propaganda de la oposición.

A pesar de su valioso concurso en aquella conmoción nacional, la mujer hondureña, por causa de las costumbres e ideología social dominantes, no obtuvo sino algunas ventajas, en concepto de conquistas legales para su gremio.

2. Héctor Medina Planas, *General Vásquez, expresidente de Honduras*, (Costa Rica, 1941).

Desde el año de 1892 hasta la fecha,³ la mujer hondureña ha intervenido con entusiasmo, comprensión, eficacia y con elevado espíritu cívico, en todas las luchas tocantes con los problemas que en alguna forma han debido afectar la vida de la república. Ese entusiasmo femenino por el progreso, la democracia y demás intereses de la patria, debieron ameritar desde hace tiempos el reconocimiento de los derechos civiles y políticos a que tiene derecho la mujer, en igualdad de los que ha monopolizado para sí el hombre, con espíritu, más que egoísta, equivocado.

Ya es hora de dar de manos a las envejecidas convicciones que tan solo daban categoría a la mujer para tener hijos, ser la vigilante abnegada del hogar y de la prole, reconociéndoles en cuanto a cultura, muy apenas, el derecho de informarse en los rudimentos del saber.

Hasta en los retrasados países del oriente, donde la mujer fue hasta hace poco objeto de lujo y de placer en los serrallos, el horizonte se ha ampliado en materia de derechos civiles y políticos. El velo que ocultaba sus gracias de la vista de las gentes está desapareciendo, arrastrado por el soplo de la civilización y en reconocimiento a los fueros de la dignidad humana.

Si hubiera necesidad de aportar más datos acerca del espíritu cívico de la mujer hondureña y de su amor a las libertades públicas, a la democracia y a la cultura nacional, bastaría dirigir la mirada a acontecimientos políticos no muy lejanos que ofrecen testimonio elocuente de su ejemplar civismo y de su celo por el respeto a las instituciones y a los atributos de la ciudadanía, en los que, con elevado patriotismo y frente a los peligros del momento, comprometió su libertad y su vida en defensa de los derechos humanos; por lo que bien podría repetir la frase lapidaria de la mujer de París: “Si tenemos derecho para subir al cadalso, también debe reconocérse nos el derecho de subir a la tribuna”.

En vista de lo expuesto, El Frente Femenil Pro-Legalidad, del que, las firmantes del presente curso, integramos su Junta Directiva de Gobierno, venimos en nombre de las mujeres libres y patriotas de Honduras, no a que se nos concedan por gracia unas facultades con que nos ha investido la naturaleza, sino a

3. La campaña feminista se ha intensificado en Honduras a partir de 1944 y no desde 1948 como, por equivocación, se afirma en algunas divulgaciones al respecto. Es inolvidable esa gesta gloriosa de la mujer hondureña en mayo y julio de 1944, con escandaloso saldo de sangre de madres y de vírgenes en San Pedro Sula y con vergonzosa muestra de prisioneras en mayo de 1945, en esta capital.

que se nos reconozcan todos los derechos y garantías que ella nos brindará al lanzarnos al mundo, y de los que, hasta hoy, solo disfrutaban los varones, quienes nos niegan y privan de su ejercicio, escudados en arcaicos prejuicios y en los fueros de la injusticia y la violencia.

Pedimos que se nos reconozcan:

1.º El derecho del sufragio democrático activo.

2.º El derecho de optar a cargos públicos de elección popular y de ejercer toda clase de cargos administrativos, técnicos y de representación.

3.º El derecho a ejercer toda clase de trabajos, de orden profesional, científico y artístico.

4.º El derecho de integrar todo género de asociaciones lícitas.

A fin de hacer efectivas las realizaciones que pretendemos, y que se dejan mencionadas, respetuosamente pedimos la reforma del artículo 24 de la Constitución política de la nación en vigor, haciendo extensivos a la mujer los derechos civiles y políticos que dicho ordenamiento reserva, de modo exclusivo, a los hombres o varones, dándole a la reforma solicitada el trámite de ley.

Acompañamos al presente curso el correspondiente proyecto de decreto.

Tegucigalpa, 16 de enero de 1952

Visitación Padilla

Presidenta

Lola R. de Watson

Vicepresidenta

Antonia Velásquez v. de Flores

2.ª Vicepresidenta

Tomasita v. de Bertrand Anduray

Vocal

Marina de Reyna

Vocal

Esterlina de Sandoval

Vocal

Magdalena de Zúniga

Vocal

Zoila Hidalgo

Secretaria

Joaquina Carrasco

Secretaria

Cristina de Bustamante

Secretaria

Beatriz Argueta

Tesorera

DECRETO NÚM...

EL CONGRESO NACIONAL,

CONSIDERANDO: Que es de justicia, por orden natural y de cultura, reconocer a la mujer hondureña igualdad de derechos civiles, políticos y sociales, que los reconocidos al hombre por el artículo 24 de la Constitución Política de la Nación, para el ejercicio de la ciudadanía, y

CONSIDERANDO: Que la mujer hondureña, por su espíritu cívico, cultura y patriotismo, ha demostrado estar capacitada para ejercer plenamente los atributos de la ciudadanía definidos por la ley,

DECRETA:

Artículo 1.º- Reformar el artículo 24 de la Constitución Política, el que, para lo sucesivo, se leerá y regirá conforme al siguiente tenor:

ARTÍCULO 24. —Son ciudadanos:

1.º Todos los hondureños, varones y mujeres, mayores de veintiún años.

2.º Todos los hondureños, varones y mujeres, mayores de dieciocho años que sean casados.

3.º Todos los hondureños, varones y mujeres, mayores de dieciocho años que sepan leer y escribir.

Artículo 2.º La igualdad de derechos civiles, políticos y sociales del hombre y la mujer queda establecida por efecto de la presente ley.

Artículo 3.º Toda disposición legal contraria a los conceptos de la reforma precedente, queda por este decreto, sin ningún valor ni efecto.

Artículo 4.º Este decreto será ratificado de conformidad con el artículo 200 de la Constitución política.

Dado en Tegucigalpa, en el Salón de Sesiones del Congreso Nacional, etc...

CONGRESO NACIONAL

REPÚBLICA DE HONDURAS

C. A.

Tegucigalpa, D. C., 16 de enero de 1952.

Oficio N.º 108

Srita. Visitación Padilla y demás firmantes.

Presente.

Les acusamos recibo de su solicitud de fecha 16 de enero en curso, en la que piden la reforma y ampliación del artículo 24 de la Constitución política, para que se reconozcan a la mujer hondureña, iguales derechos civiles, políticos y sociales que los otorgados y reconocidos al varón como ciudadano de la república.

Comunicamos a ustedes que gustosamente dimos cuenta al Congreso Nacional, en su sesión de hoy, de su mencionada solicitud.

Con toda consideración, quedamos de ustedes sus muy atentos y seguros servidores.

(f) Manuel Luna Mejía,

Secretario

(f) Manuel J. Fajardo,

Secretario

Hay un sello que dice:

Secretaría del Congreso Nacional.

Rep. de Honduras.

COLECCIÓN

LETRAS NACIONALES

A lo largo de la historia, y a través de los espacios por los que han luchado y las dificultades que han afrontado, las mujeres hondureñas reconocieron la imperiosa necesidad de emitir sus opiniones en materia de política, derechos civiles, educación, literatura y todo lo que implicaba ser mujer en su época. Fueron maestras, literatas, feministas, sufragistas, universitarias de primera generación; mujeres que, por medio de sus escritos, manifestaron sus pensamientos y sentimientos.

Este compendio reúne publicaciones lanzadas entre 1892-1948 en diversas revistas a nivel nacional, agrupando tanto a autoras reconocidas tradicionalmente por sus aportes, como a otras que suelen pasar desapercibidas. En el Tomo III podrán encontrar escritos de Marta Raudales Alvarado, Olimpia Varela y Varela, Paca Navas de Miralda, Rafaela Turcios, Visitación Padilla, entre otras importantes mujeres hondureñas.

Con este libro, la Secretaría de Desarrollo Social mantiene y amplía su compromiso de rescatar y divulgar el patrimonio bibliográfico nacional. Reconociendo y dignificando el pensamiento de aquellas mujeres que, con sus voces y con sus letras, se posicionaron desde la literatura y la prensa escrita en la historia intelectual de Honduras.